



LIBRO DEL CABALLERO ZIFAR



EDICIÓN DE
J. GONZALEZ MUELA

El *libro del caballero Zifar* es la historia de un caballero que tenía mujer, Grima, y dos hijos pequeños. Era muy buen caballero, pero tenía la desgracia de que se le moría el caballo cada diez días y se vio obligado a abandonar el reino en que sus antepasados habían sido reyes... Así se inicia esta obra, la primera novela de caballerías que se conserva escrita en castellano. Las aventuras están precedidas de un Prólogo, en el que se cuentan detalles del jubileo que el Papa Bonifacio VIII organizó en 1300, con datos confirmados por la historia. Zifar es la vida de un santo, es una traducción del árabe, es un tratado de educación de príncipes, es una novela realista, es un romance fantástico, es una novela bizantina, es un sermón universitario y es mucho más...

Lectulandia

Anónimo

Libro del caballero Zifar

ePub r1.0

Titivillus 25.09.16

Anónimo, 1300

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Nota preliminar

Presentamos una edición modernizada del manuscrito 11.309 de la Biblioteca Nacional de Madrid, basándonos en la edición de Joaquín González Muela (*Libro del Caballero Zifar*, Madrid, Castalia, 1990), cuya consulta recomendamos. Con el objetivo de facilitar la lectura del texto al público no especializado se opta por ofrecer una edición modernizada y eliminar las marcas de editor, asumiendo, cuando lo creemos oportuno, las correcciones, reconstrucciones y enmiendas propuestas por González Muela.]

Introducción

El *Libro del caballero Zifar*, compuesto a principios del siglo XIV es el primer relato de aventuras de ficción extenso de la prosa española, con rasgos de novelas de caballería y se trata de uno de los manuscritos más interesantes e importantes creados en la península ibérica.

El autor de caballero Zifar

El libro se inicia con un prólogo (aunque no se nombra así en los manuscritos) en el que un tal Ferrand Martínez asegura haber traducido la historia titulada: *Libro del caballero Zifar* o *Libro del caballero Çifar* o *Libro del caballero Cifar* según las ediciones de la lengua caldea, que aquí significa probablemente «árabe». Aunque es este un tópico habitual de los relatos de tradición caballeresca, lo cierto es que muchos de los antropónimos del Zifar son árabes y también ciertos motivos estilísticos, pues la técnica de inserción de los cuentos recuerda la estructura de *Las mil y una noches*. De hecho, la obra en sí es un homenaje a la traducción y a el lejano Oriente.

Por otro lado, muchas veces el autor medieval es anónimo por razones sencillas. La obra medieval es una obra colectiva donde la palabra del autor está considerada como la palabra de Dios. Era habitual que el autor medieval recurriera a una obra anterior. En nuestro caso, el personaje de Ferrán Martínez aparece en los prólogos de dos manuscritos, sin embargo no se dice que este personaje es el autor de la obra.

El *Zifar* está clasificado como novela de caballería cuya fecha de escritura oscila entre 1300-1341, pero estamos seguros de que fue escrita en el siglo XIV. Diferentes manuscritos fueron encontrados y el que se acerca más al original desconocido sería el manuscrito de París.

El ejemplo prologal nos sitúa en el año de 1300, año jubilar bajo el papado de Bonifacio VIII, y en Roma, adonde llega Ferrand Martínez, archidiácono de Madrid para encontrarse con Gonzalo García Gudiel, arzobispo primado de Toledo y posteriormente cardenal en Roma, que le ruega a Ferrand que traslade a Toledo su cuerpo finado, lo que ocurre al año siguiente. Datos comprobados de este cuento son el jubileo, la historicidad de Ferrand Martínez y de Gonzalo García Gudiel, por lo que la crítica ha creído verosímil que Ferrand Martínez compusiera el libro hacia 1300 y que escribiera el cuento introductorio tres o cuatro años después.

De lo que no cabe duda es de que el autor poseía formación jurídica y experiencia en cancillerías. En todo caso el autor del Zifar tuvo que conocer o tener noticia de estos personajes históricos. La fecha *ante quem* de redacción no iría más allá del primer cuarto del siglo XIV. No obstante, en su estudio «Los problemas del Zifar» de

la última edición facsímil de 1996, Juan Manuel Cacho Blecua retrasa su fecha de composición hasta mediados del siglo XIV.

El caballero Cifar: La obra

Copias la obra:

1. El *manuscrito M* de la Biblioteca Nacional de Madrid: El ms. 11.309 que se conserva en una caja fuerte de la Biblioteca Nacional de España del siglo XIV, llamado códice M. El manuscrito es un volumen de gran tamaño (41,5 por 27,2 cm). Consta de 192 folios, escritos a dos columnas entre 30 y 45 líneas de texto. El texto está escrito en letra gótica semicursiva de finales del siglo XIV, y se distinguen dos manos, una corresponde al texto y la otra a las rúbricas. El texto se encuentra dividido en 219 capítulos más un prólogo.

2. El *manuscrito P* de la Biblioteca Nacional de París – Esp.36: Por otro lado, tenemos el ms. espagnol 36 en la Biblioteca Nacional de Francia llamado códice P o manuscrito de París, de 1464. A este manuscrito se le suele llamar manuscrito «casi-original», es famoso primero por su estado de conservación y por sus miniaturas preciosas.

El manuscrito de París está compuesto por 192 folios, con cuatro hojas de guarda al principio y al final. Está escrito sobre vitela (el primer folio) y papel. Sus folios miden, aproximadamente, 400 x 260 mm. Posee dos numeraciones: una antigua, en números romanos, equivocada a partir del folio 122 (cxxxiii) y otra moderna, hecha a lápiz, en números arábigos, ambas en la esquina superior derecha.

El texto está escrito a dos columnas, con letra redonda o semigótica, la habitual para los textos en castellano en el siglo XV. Parece escrito por dos amanuenses distintos, uno hasta el folio 121 y otro en adelante. La tinta para el texto ha conservado su tono oscuro. También se emplea tinta roja en los epígrafes y calderones, y morada solo para los calderones, alternándose con la roja. Las letras capitales, al comienzo de cada capítulo, son góticas adornadas con arabescos y representaciones florales. Para el cuerpo de la letra se utiliza el dorado sobre una base de tinta marrón; para la decoración interior, el azul celeste y el rojo burdeos; y, para el contorno de la letra, el negro.

El códice posee 243 hermosísimas miniaturas muy ricamente iluminadas sobre la vida civil y militar de la época, repartidas a lo largo del texto, con medidas que oscilan entre 120 x 100 mm cuando se sitúan en una columna, y 150 x 180 mm si ocupan la anchura de la caja de escritura. El artista principal (se aprecia la colaboración de varias manos) ha sido identificado con Juan de Carrión, famoso pintor de una obra muy amplia que firmó los libros de coro de la catedral de Ávila.

Su encuadernación actual es de piel de ternera sobre tapas de madera que miden 418 x 280 mm. El lomo, de cuero rojo, pertenece a una encuadernación anterior. Mide 70 mm de ancho, y en él aparece repetidamente el escudo de Napoleón I con

adornos dorados que representan flores de lis. En el tejuelo se lee «roman de cifar».

Este manuscrito fue expresamente copiado para la biblioteca de Enrique IV de Castilla como ha demostrado Alix Saulnier por las armas llevadas por ángeles en el f. 1, pasando a su muerte, a Isabel I, donde formaba parte del tesoro personal de la reina. En torno al año 1511 es posible que perteneciera a Charles de Croy, conde de Chimay, de quien conservó las armas en una encuadernación de terciopelo. En todo caso, en 1526 estaba ya en la biblioteca de Margarita de Austria, y poco después, en 1565, en la de María de Hungría, hermana del emperador Carlos V. De ahí pasó a la biblioteca de los Duques de Borgoña, donde está documentado en 1577 y 1614, hasta finales del siglo XVIII. En 1796 llega a París. Napoleón lo admira y lo recoge en la Bibliothèque Impériale. Ahí, en lo que iba a ser la Bibliothèque Nationale de France a partir de 1871, permanece el código hasta nuestros días. El papel fue restaurado en 1947 y la encuadernación, en 1980.

3. La *edición impresa en Sevilla* en 1512 de la que existen dos ejemplares impresos por Jacobo Cromemberg. La originalidad del libro de 1512 se encuentra en el prólogo totalmente diferente al de los manuscritos de París o de Madrid. La edición de 1512 toma un modelo diferente al que conocemos, pero desgraciadamente, el modelo se perdió.

En el siglo XVI Los impresores sevillanos sacaron a la luz una amplia gama de libros en romance, tanto de autores españoles como de extranjeros traducidos al castellano de tipo caballeresco. Así Jacobo Cromberger editó en 1507, 1509 y 1510 la *Historia de los nobles caballeros Oliveros de Castilla y Artús de Algarve*; en 1507, la *Estoria del noble cavallero el Conde Fernán González con la muerte de los siete Infantes de Lara*; en 1508, el *Libro del caballero don Tángano y de las cosas que en el Infierno y Purgatorio y el Paraíso vido*; en 1510, las *Sergas de Esplandián*; en 1511, el *Libro de don Tristán de Leonís* y la *Crónica del rey don Rodrigo*; en 1512, la *Coránica del noble cavallero Guarino Mezquino*, y finalmente el 9 de junio de 1512, *La coránica del muy esforcado y esclarecido cavallero Cifar*.

Estructura de la obra:

Muy posiblemente la inclusión de digresiones típicas de la literatura sapiencial o las colecciones de *exempla* viene dada por la novedad que suponía componer una obra extensa de ficción en prosa, a pesar de que la labor del taller literario alfonsí y la aclimatación de la materia de Bretaña en la Península, junto con la necesidad de desarrollar modelos narrativos en las crónicas históricas, habían allanado el camino a la irrupción de la ficción novelesca.

El crítico Charles Philip Wagner, en 1929, divide la historia en cuatro partes (además del prólogo):

Prólogo: Convencionalmente denominado así por la crítica que se ha ocupado del

Zifar, se trata de un *exemplum*, como recomendaban las *artes poeticae* para el *ordo artificialis*, una parte de la retórica medieval. Brunetto Latini, en los Libros del Tesoro aconseja comenzar estas obras extensas con «un enxiemplo o proverbio o sentencia o autoritat de los sabios».

Las dos primeras partes: Se titulan «El caballero de Dios» y «El rey de Mentón» en la edición de Wagner (1929). Relatan una historia de separación y encuentro de Zifar con su familia, compuesta por su mujer Grima y sus hijos Garfín y Roboán.

La tercera parte, «Castigos del rey de Mentón», recoge los consejos que Zifar — ya rey de Mentón— da a sus hijos Garfín y Roboán. Es un tratado doctrinal de educación de príncipes, y se aparta del género narrativo para hacer una digresión didáctica. Esta parte reelabora las *Flores de filosofía*, una colección de sentencias obtenidas del *Libro de los cien capítulos* que a su vez provienen de las colecciones árabes de dichos de sabios griegos.

La cuarta parte narra la historia de Roboán desde que abandona el reino de Mentón hasta que consigue ser coronado emperador de Tígrida, con lo que repite el modelo de su padre.

Fuentes:

Múltiples influencias pueden detectarse en el libro del caballero Zifar. En primer lugar, las similitudes con la cuentística oriental (*Mil y una noches*, *Calila y Dimna* o *Sendebar*) así como la semejanza de su argumento con la leyenda del caballero llamado *Plácidas* o (*Placidus*), que originó varios libros de aventuras españoles, como el *De un caballero Plácidas*, del mismo siglo XIV. Otras influencias posibles europeas que se han señalado son la *chanson de geste*, los *Lais de María de Francia* o el de Chrétien de Troyes, y como no, el del ciclo artúrico, pues de esta época datan las primeras traducciones españolas.

Pero toda búsqueda de fuentes no explica la radical originalidad de un libro que ha sido considerado el primer libro de caballerías castellano, pero que incluye en su parte central un extenso tratado de «educación de príncipes», el capítulo de los «Castigos del rey de Mentón», donde se ha visto el influjo directo de las *Flores de filosofía*. Este tratado pertenece al género de la literatura doctrinal, o también sapiencial o gnómica, adaptándolo a la figura del caballero cristiano, en consonancia con el espíritu de las órdenes militares.

En resumen, el texto del Zifar combina características del *roman* medieval, en el sentido que tiene en Chrétien de Troyes y los autores de la Vulgata artúrica, con elementos didácticos de tipo variado: *exempla*, proverbios, sermones y tratados para la educación de príncipes.

Estilo de la obra:

Destaca, en todo caso, la presencia constante del humor en el Libro del caballero Zifar, aspecto en el que concluye que supera a todas sus obras contemporáneas. Pero quizá los elementos más señalados del estilo del Zifar son los proverbios y refranes y los *exempla* o cuentos moralizantes. En cuanto a los primeros se nota, a diferencia de lo que ocurre en otras obras de la literatura española que los utilizan, como El libro de buen amor, *La Celestina* o *El Quijote*, que no aparecen enristrados, sino diseminados por toda la obra.

En cuanto a los *exempla*, aparecen en el texto más de veinte, tratados siempre con algún añadido original. Su filiación es diversa y va desde las fábulas de Esopo (como sucede en el Arcipreste de Hita), hasta el origen oriental, pasando por el anecdotario de procedencia clásica.

Pese a que la obra ha sido considerada como la primera novela de caballerías de la literatura española, carece de algunos rasgos definitorios de este género, como son la ausencia de descripción de batallas y estrategias militares, la precaución e incluso elusión de los enemigos, la escasísima presencia de duelos entre dos caballeros y, en fin, un sentido de la fama, el amor y la aventura muy diferente del mundo ideal caballeresco. Antes al contrario, el relato del Zifar se esfuerza en reproducir con bastante fidelidad el contexto de la realidad cotidiana del siglo XIV. Por otro lado la influencia de la novela griega de aventuras o novela helenística basta para explicar la separación y reencuentro familiar, el encumbramiento del héroe y el entrelazamiento de los episodios.

Por último cabe mencionar la inclusión de dos poemas castellanos, en uno de los primeros ejemplos de lírica en esta lengua que se conservan.

Prólogo

En el tiempo del honrado padre Bonifacio VIII, en la era de mil y trescientos años, en el día de la nacencia de Nuestro Señor Jesucristo, comenzó el año Jubileo, el cual dicen centenario porque no viene sino de ciento a ciento años, y cúmplase por la fiesta de Jesucristo de la era de mil y cuatrocientos años, en el cual año fueron otorgados muy grandes perdones, y tan cumplidamente quanto se pudo extender el poder del Papa a todos aquellos quantos pudieron ir a la ciudad de Roma a buscar las iglesias de San Pedro y de San Pablo quince días en este año, así como se contiene en el privilegio de nuestro señor el Papa, onde este nuestro señor el Papa, parando mientes a la gran fe y a la gran devoción que el pueblo cristiano había en las indulgencias de este año jubileo, y a los enojos y peligros, y a los grandes trabajos, y a los enojos de los grandes caminos, y a las grandes expensas de los peregrinos, porque se pudiesen tornar con placer a sus compañeros, quiso y tuvo por bien que todos los peregrinos de fuera de la ciudad de Roma que fueron a esta romería, maguer no cumpliesen los quince días en que habían de visitar las iglesias de San Pedro y de San Pablo, que hubiesen los perdones cumplidamente, así como aquellos que las visitaran aquellos quince días. Y fueron así otorgados a todos aquellos que salieron de sus casas para ir en esta romería y murieron en el camino antes que llegasen a Roma, y después que llegaron y visitaron las iglesias de San Pedro y de San Pablo; y otrosí, a los que comenzaron el camino para ir en esta romería con voluntad de cumplirla y fueron embargados por enfermedades y por otros embargos, algunos porque no pudieron y^[1] llegar, tuvieron por bien que hubiesen estos perdones cumplidamente, así como aquellos que y llegaron y cumplieron su romería.

Y ciertas bien, fue hombre aventurado el que esta romería fue ganar tantos grandes perdones como en este año, sabiéndolo o pudiendo ir allá sin embargo; ca en esta romería fueron todos absueltos a culpa y a pena, siendo en verdadera penitencia, tan bien de los confesados como de lo olvidado. Y fue y despendido el poder del Padre Santo contra todos aquellos clérigos que cayeron en yerro o irregularidad, no usando de sus oficios, y fue despendido contra todos aquellos clérigos y legos y sobre los adulterios y sobre las horas no rezadas que eran tenidos de rezar, y sobre aquestas muchas cosas salvo ende^[2] sobre deudas que cada uno de los peregrinos debían, también lo que tomaron prestado o prendado o hurtado; en cualquier manera que lo tuviesen contra voluntad de cuyo era, tuvieron por bien que lo tornasen; y porque luego no se podía tornar lo que cada uno debía según dicho es, y lo pudiesen pagar, hubiesen los perdones más cumplidos, dioles plazo a que lo pagasen hasta la fiesta de Resurrección, que fue hecha en la era de mil y trescientos y treinta y nueve años.

Y en este año sobredicho Ferrand Martínez, arcediano de Madrid en la iglesia de

Toledo, fue a Roma a ganar estos perdones. Y después que cumplió su romería y ganó los perdones, así como Dios tuvo por bien, porque don Gonzalo, obispo de Albaña y cardenal en la iglesia de Roma, que fue natural de Toledo, estando en Roma con el este arcediano sobredicho, a quien criara e hiciera merced, queriéndose partir^[3] de él e irse a Toledo donde era natural, hízole prometer en las sus manos que si él, siendo cardenal en la iglesia de Roma, si finase, que este arcediano que fuese allá a demandar el cuerpo, y que hiciese y todo su poder para traerle a la iglesia de Toledo, donde había escogido su sepultura. El Arcediano, conociendo la crianza que le hiciera y el bien y la merced que de él recibiera, quísole ser obediente y cumplir la promesa que hizo en esta razón, y trabajose cuanto él pudo a demandar el su cuerpo. Y comoquiera que el Padre Santo ganase muchos amigos en la corte de Roma, tan bien cardenales como otros hombres buenos de la ciudad, no halló el Arcediano a quien se atreviese a demandar el su cuerpo, salvo al Padre Santo. Y no era maravilla, ca nunca fue ende enterrado en la ciudad de Roma para que fuese dende^[4] sacado para llevarlo a otra parte. Y así es establecido y otorgado de los padres santos que ningún cuerpo que fuese y enterrado que no sea ende sacado. Y ya lo había demandado muy ahincadamente don Gonzalo, arzobispo sobrino de este cardenal sobredicho, que fue a la corte a demandar el palio, y no lo pudo acabar; antes le fue denegado, que no se lo darían en ninguna manera. Y cuando el Arcediano quería ir para demandarlo, fue a Alcalá al Arzobispo a despedirse de él, y díjole de cómo quería ir a demandar el cuerpo del cardenal, que se lo había prometido en las sus manos antes que se partiese de él en Roma. Y el Arzobispo dijo que no se trabajase ende ni tomase y afán, ca no se lo darían ca no se lo quisieron dar a él, y cuando lo demandó al Papa, habiendo muchos cardenales por sí que se lo ayudaban a demandar. El Arcediano con todo esto aventurose y fuelo a demandar con cartas del rey don Ferrando y de la reina doña María su madre, que le enviaba pedir merced al Papa sobre esta razón. Mas don Pedro, que era obispo de Burgos a esa sazón, y refrendario del Papa, natural de Asturias de Oviedo, habiendo verdadero amor por la su medida con este arcediano de Madrid, y queriéndole mostrar la buena voluntad que había entre todos los españoles, a los cuales él hacía en este tiempo muchas ayudas y muchas honras del Papa cuando acaecía, y viendo que el Arcediano había mucho a corazón este hecho, no quedando de día ni de noche, y que andaba muy ahincadamente en esta demanda, doliéndose de su trabajo y queriendo llevar adelante el amor verdadero que él siempre mostrara, y otrosí por ruego de doña María, reina de Castilla y de León que era a esa sazón, que le envió rogar, la cual fue muy buena dueña y de muy buena vida, y de buen consejo, y de buen seso natural, y muy cumplida en todas buenas costumbres, y amadora de justicia y con piedad, no orgulleciendo con buena andanza ni desesperando con mala andanza cuando le acaecía, mas muy firme y estable en todos los sus hechos que entendía que con Dios y con razón y con derecho eran, así como se cuenta en el libro de la historia; otrosí, queriendo el obispo honrar a toda España, no había otro cardenal enterrado. Ninguno

de los otros no lo osaban al Papa demandar, y él, por la su medida, ofreciose a demandarlo. Y comoquiera que luego no se lo quiso otorgar el Papa, a la cima mandóselo dar. Y entonces el Arcediano sacolo de la sepultura donde yacía enterrado en la ciudad de Roma en la iglesia de Santa María, cerca de la capilla *de praesepe domini* donde yace enterrado San Jerónimo. Y allí estaba hecha la sepultura del cardenal muy noblemente obrada en memoria de él, y está alta en la pared. Y el Arcediano trajo el cuerpo muy encubiertamente por el camino, temiendo que se lo embargarían algunos que no estaban bien con la iglesia de Roma, o otros por aventura, por enterrarlo en sus lugares; así como le aconteció en Florencia una vegada, que se lo quisieron tomar por enterrarlo y, sino porque les dijo el Arcediano que era un caballero su pariente que muriera en esta romería, que lo llevaba a su tierra. Y después que llegó a Logroño descubriolo, y fue y recibido muy honradamente de don Ferrando, obispo de Calahorra, que le salió a recibir revestido con sus vestiduras pontificales y con toda la clerecía del obispo, de vestiduras de capas de seda, y todos los hombres buenos de la villa con candelas en las manos y con ramos. Y hasta que llegó a Toledo fue recibido muy honradamente, y de toda la clerecía, y de las órdenes, y de los hombres buenos de la villa. Y antes que llegasen con el cuerpo a la ciudad de Burgos, el rey don Ferrando, hijo del muy noble rey don Sancho y de la reina doña María, con el infante don Enrique su tío, y don Diego, señor de Vizcaya, y don Lope su hijo, y otros muchos ricos hombres e infanzones y caballeros que le salieron a recibir fuera de la ciudad, y le hicieron mucha honra y, por donde iban, saliendo a recibir todos los de las villas como a cuerpo santo, con candelas en las manos y con ramos. Y en las procesiones que hacían la clerecía y las órdenes, cuando llegaban a las villas, no cantaban responsos de difuntos, sino *ecce sacerdos magnus* y otros responsos y antífonas semejantes, así como a fiesta de cuerpo santo. Y la honra que recibió este cuerpo del cardenal cuando llegaron con él a la noble ciudad de Toledo fue muy gran maravilla, en manera que no se acordaba ninguno, por anciano que fuese, que oyese decir que ni a rey ni a emperador ni a otro ninguno fuese hecha tan grande honra como a este cuerpo de este cardenal; ca todos los clérigos del arzobispado fueron con capas de seda, y las órdenes de la ciudad también de religiosos... No fincó^[5] cristiano ni moro ni judío que todos no le salieron a recibir con sus cirios muy grandes y con ramos en las manos. Y fue y don Gonzalo, arzobispo de Toledo, su sobrino, y don Juan, hijo del infante don Manuel, con él; ca el Arzobispo lo salió a recibir a Peñafiel y no se partió de él hasta en Toledo, donde le hicieron tan gran honra como ya oísteis; pero que el Arcediano se paró a toda la costa de ida y de venida, y costole muy gran algo: lo uno porque era muy luengo el camino, como de Toledo a Roma; lo ál^[6] porque había a traer mayor compañía a su costa por honra del cuerpo del cardenal; lo ál porque todo el camino eran viandas muy caras por razón de la muy gran gente sin cuento que iban a Roma en esta romería de todas las partes del mundo, en que la cena de la bestia costaba cada noche en muchos lugares cuatro torneses gruesos. Y fue gran milagro de Dios que en todos los caminos

por donde venían los peregrinos, tan abundados eran de todas las viandas que nunca falleció a los peregrinos cosa de lo que habían mester; ca Nuestro Señor Dios por la su merced quiso que no menguase ninguna cosa a aquellos que en su servicio iban. Y ciertas, si costa grande hizo el Arcediano en este camino, mucho le es de agradecer, porque lo empleó muy bien, reconociendo la merced que del cardenal recibiera y la crianza que en él hiciera, así como lo deben hacer todos los hombres de buen entendimiento, y de buen conocer, y que bien y merced reciben de otro. Onde bienaventurado fue el señor que se trabajó de hacer buenos criados y leales; ca estos tales ni les fallecieran en la vida ni después; ca lealtad les hace acordarse del bien hecho que recibieron en vida y en muerte. Y porque la memoria del hombre ha luengo tiempo, y no se pueden acordar los hombres de las cosas muy antiguas si no las halló por escrito, y por ende el trasladador de la historia que adelante oiréis, que fue trasladado de caldeo en latín y de latín en romance, y puso y ordenó estas dos cosas sobredichas en esta obra, porque los que vinieren después de los de este tiempo sepan cuando el año jubileo ha de ser, porque le puedan ir a ganar los bienaventurados perdones que en aquel tiempo son otorgados a todos los que allá fueren, y que sepan que este fue el primer cardenal que fue enterrado en España. Pero esta obra es hecha so enmienda de aquellos que la quisieren enmendar. Y ciertas débenlo hacer los que quisieren y la supieren enmendar siquiera, porque dice la Escritura que sutilmente la cosa hecha enmienda más de loar es que el que primeramente la halló. Y otrosí mucho debe placer a quien la cosa comienza a hacer que la enmienden todos cuantos la quisieren enmendar y supieren; porque cuanto más es la cosa enmendada, tanto más es loada. Y no se debe ninguno esforzar en su solo entendimiento ni creer que todo se puede acordar; ca haber todas las cosas en memoria y no pecar ni errar en ninguna cosa, más es esto de Dios que no de hombre. Y por ende debemos creer que todo hombre ha cumplido saber de Dios sólo y no de otro ninguno. Ca por razón de la mengua de la memoria del hombre fueron puestas estas cosas a esta obra, en la cual hay muy buenos ejemplos para saberse guardar hombre de yerro, si bien quisiere vivir y usar de ellas; y hay otras razones muchas de solaz en que puede hombre tomar placer, ca todo hombre que trabajo quiere tomar para hacer alguna buena obra, debe en ella entreponer a las vegadas algunas cosas de placer y de solaz. Y la palabra es del sabio que dice así: «Entre los cuidados a las vegadas pone algunos placeres». Ca muy fuerte cosa es de sufrir el cuidado continuado si a las vegadas no diese hombre placer o algún solaz. Y con gran enojo del trabajo y del cuidado, suele hombre muchas vegadas desamparar la buena obra que ha hombre comenzado; onde todos los hombres del mundo se deben trabajar de hacer siempre bien y esforzarse a ello y no enojarse. Y así lo puede bien acabar con el ayuda de Dios, ca así como la casa no ha buen cimiento, bien así de razón y de derecho de la casa que ha buen cimiento esperanza debe hombre haber que habrá buena cima, mayormente comenzando cosa honesta y buena a servicio de Dios, en cuyo nombre se deben comenzar todas las cosas que buen fin deben haber. Ca Dios es

comienzo y acabamiento de todas las cosas, y sin Él ninguna cosa no puede ser hecha. Y por ende, todo hombre que alguna cosa u obra buena quiere comenzar, debe anteponer en ellas a Dios. Y Él es hacedor y mantenedor de las cosas; así puede bien acabar lo que comenzare, mayormente si buen seso natural tuviere. Ca entre todos los bienes que Dios quiso dar al hombre, y entre todas las otras ciencias que aprende, la candela que a todas estas alumbrá, seso natural es. Ca ninguna ciencia que hombre aprenda no puede ser alumbrada ni endrezada sin buen seso natural. Y comoquiera que la ciencia sepa hombre de corazón y la rece, sin buen seso natural no la puede hombre bien aprender. Y aunque la entienda, menguado el buen seso natural, no puede obrar de ella ni usar así como conviene a la ciencia, de cualquier parte que sea; onde a quien Dios quiso buen seso dar, puede comenzar y acabar buenas obras y honestas a servicio de Dios y aprovechamiento de aquellos que las oyeren, y buen prez de sí mismo. Y pero que la obra sea muy luenga y de trabajo, no debe desesperar de no poderlo acabar, por ningunos embargos que le acaezcan; porque aquel Dios verdadero y mantenedor de todas las cosas, el cual hombre de buen seso natural antepuso en la su obra, hale dar cima aquella que le conviene, así como aconteció a un caballero de las Indias donde anduvo predicando San Bartolomé apóstol, después de la muerte de Nuestro Salvador Jesucristo, el cual caballero hubo nombre Zifar de bautismo, y después hubo nombre el Caballero de Dios, porque se tuvo él siempre con Dios y Dios con él en todos los hechos, así como adelante oiréis, podréis ver y entenderéis por las sus obras. Y por ende es dicho éste Libro del Caballero de Dios; el cual caballero era cumplido de buen seso natural y de esforzar, de justicia y de buen consejo, y de buena verdad, comoquiera que la fortuna era contra él en traerlo a pobreza, pero que nunca desesperó de la merced de Dios, teniendo que Él le podría mudar aquella fortuna fuerte en mejor, así como lo hizo, según ahora oiréis.

El Caballero de Dios

Cuenta la historia que este caballero había una dueña por mujer que había nombre Grima, y fue muy buena dueña, y de buena vida, y muy mandada a su marido y mantenedora y guardadora de la su casa; pero tan fuerte era la fortuna del marido que no podía mucho adelantar en su casa así como ella había mester. Y hubieron dos hijuelos que se vieron en muy grandes peligros, así como oiréis adelante, tan bien como el padre y la madre. Y el mayor había nombre Garfín y el menor Roboán. Pero Dios, por la su piedad, que es enderezador de todas las cosas, viendo el buen propósito del caballero y la esperanza que en Él había, nunca desesperando de la su merced, y viendo la mantención de la buena dueña, y cuán obediente era a su marido, y cuán buena crianza hacía en sus hijuelos, y cuán buenos castigos les daba, mudoles la fortuna que habían en el mayor y mejor estado que un caballero y una dueña podrían haber, pasando primeramente por muy grandes trabajos y grandes peligros.

Y porque este libro nunca apareció escrito en este lenguaje hasta ahora, ni lo vieron los hombres ni lo oyeron, cuidaron algunos que no fueran verdaderas las cosas que y se contienen, ni hay provecho en ellas, no parando mientes al entendimiento de las palabras ni queriendo curar en ellas. Pero comoquiera que verdaderas no fuesen, no las deben tener en poco ni dudar en ellas hasta que las oigan todas cumplidamente y vean el entendimiento de ellas, y saquen ende aquello que entendieren de que se puedan aprovechar; ca de cada cosa que es ya dicha pueden tomar buen ejemplo y buen consejo para saber traer su vida más cierta y más segura, si bien quisieren usar de ellas; ca tal es el libro para quien bien quisiere catar por él, como la nuez, que ha de parte de fuera fuste seco y tiene el fruto escondido dentro. Y los sabios antiguos, que hicieron muchos libros y de gran provecho, pusieron en ellos muchos ejemplos en figura de bestias mudas y aves y de peces, y aun de las piedras y de las yerbas, en que no hay entendimiento ni razón ni sentido ninguno, en manera de hablillas, que dieron entendimiento de buenos ejemplos y de buenos castigos, e hiciéronnos entender y creer lo que no habíamos visto ni creímos que podría esto ser verdad; así como los padres santos hicieron a cada uno de los siervos de Jesucristo ver como por espejo, y sentir verdaderamente, y creer de todo en todo que son verdaderas las palabras de la fe de Jesucristo, y maguer el hecho no vieron; porque ninguno no debe dudar en las cosas ni menospreciarlas, hasta que vean lo que quieren decir y cómo se deben entender. Y por ende, el que bien se quiere loar y catar, y entender lo que se contiene en este libro, sacará ende buenos castigos y buenos ejemplos, y por los buenos hechos de este caballero, así se puede entender y ver por esta historia.

Dice el cuento que este caballero Zifar fue buen caballero de armas y de muy sano consejo a quien se lo demandaba, y de gran justicia cuando le acomendaban

alguna cosa donde la hubiese de hacer, y de gran esfuerzo, no mudándose ni orgulleciendo por las buenas andanzas, ni desesperando por las desventuras fuertes cuando le sobrevenían. Y siempre decía verdad y no mentira cuando alguna demanda le hacían, y esto hacía con buen seso natural que Dios pusiera en él. Y porque todas estas buenas condiciones que en él había, amábale el rey de aquella tierra, cuyo vasallo era y de quien tenía gran soldada y bienfecho de cada día. Mas tan gran desventura era la suya que nunca le duraba caballo ni otra bestia ninguna de diez días arriba, que no se le muriese, y aunque la dejase o la diese antes de los diez días. Y por esta razón y esta desventura era él siempre y su buena dueña y sus hijos en gran pobreza; pero que el Rey, cuando guerras había en su tierra, guisábalo^[7] muy bien de caballos y de armas y de todas las cosas que había mester, y enviábalo en aquellos lugares donde entendía que mester era más hecho de caballería. Y así se tenía Dios con este caballero en hecho de armas, que con su buen seso natural y con su buen esfuerzo siempre vencía y ganaba honra y vitoria para su señor el Rey, y buen prez para sí mismo. Mas de tan gran costa era este caballero, el Rey habiéndole de tener los caballos aparejados, y las otras bestias que le eran mester a cabo de los diez días, mientras duraba la guerra, que semejaba al Rey, que no lo podía sufrir ni cumplir. Y de la otra parte, con gran envidia que habían aquellos a quien Dios no quisiera dar hecho de armas acabadamente así como al caballero Zifar, decían al Rey que era muy costoso, y que por cuanto daba a este caballero al año, y con las costas que en él hacía al tiempo de las guerras, que había quinientos caballos cada año para su servicio, no parando mientes los mezquinos como Dios quisiera dotar al caballero Zifar de sus grandes dones y nobles, señaladamente de buen seso natural, y de verdad, y de lealtad, y de armas, y de justicia y de buen consejo, en manera que donde él se encerraba con cien caballeros, cumplía más y hacía más en honra del Rey y buen prez de ellos que mil caballeros otros cuando los enviaba el Rey a su servicio a otras partes, no habiendo ninguno estos bienes que Dios en el caballero Zifar pusiera.

Y por ende todo gran señor debe honrar y mantener y guardar al caballero que tales dones puso como en este, y si alguna batalla hubiere a entrar, debe enviar por él y atenderlo; ca por un caballero bueno se hacen grandes batallas, mayormente en quien Dios quiso mostrar muy grandes dones de caballería. Y no deben creer a aquellos en quien no parece buen seso natural ni verdad ni buen consejo, y señaladamente no debe creer en aquellos que con maestrías y con sutilezas de engaño hablan. Ca muchas vegadas algunos, porque son sutiles y agudos, trabájanse de mudar los derechos y los buenos consejos en mal, y danles entendimiento de leyes, colorando lo que dicen con palabras engañosas y cuidando que no hay otro ninguno tan sutil como ellos, que lo entiendan. Y por ende no se debe asegurar en tales hombres como estos, ca peligrosa cosa es creer hombre aquellos en quien todas estas menguas y estas maestrías son, porque no habrá de dudar de ellos y no estará seguro. Pero el señor de buen seso, si dudar de aquellos que le han de seguir, para ser cierto, llámalos a su consejo y a lo que le aconsejaren, y cate y piense bien en los dichos de

cada uno, y pare mientes a los hechos que antes pasaron con él; y si con gran hemencia los quiere catar, bien puede ver quién le aconseja bien o quién mal; ca la mentira así trasluce todas las palabras del mentiroso como la candela tras el vidrio en la linterna. Mas, mal pecado, algunos de los señores grandes más aína se inclinan a creer las palabras halagueras de los hombres mentirosos y las lisonjas so color de algún provecho, que no el su pro ni la su honra, maguer se quieran y lo vean por obra, en manera que maguer se quieran arrepentir y tornarse a lo mejor, no pueden, con vergüenza que no los retraigan que ellos mismos con mengua de buen seso se engañaron, dejando la verdad por la mentira y la lisonja. Así como aconteció a este rey, que viendo la su honra y el su pro ante los sus ojos, por prueba de la bondad de este caballero Zifar, menospreciándolo, todo por miedo de la costa, queriendo creer a los envidiosos lisonjeros, perjuró en su corazón y prometioles que de estos dos años no enviase por este caballero maguer guerras hubiese en la su tierra, y quería probar cuánto excusaría en la costa que este caballero hacía; e hízolo así, donde se halló que más deshonoras que recibió y daños grandes en la su tierra. Ca en aquellos años hubo grandes guerras con sus vecinos y con algunos de los naturales que se alzaron. Y cuando enviaba dos mil o tres mil caballeros a la frontera, lo que les era ligero de ganar de sus enemigos decían que no podían conquistar por ninguna manera, y a los lugares del Rey dejábanlos perder; así que fincaba el Rey deshonorado y perdido y con gran vergüenza, no atreviéndose enviar por el caballero Zifar porque no le dijese que no guardaba lo que prometiera. Ciertas, vergüenza y mayor mengua es en querer guardar el prometimiento dañoso y con deshonor, que en revocarlo; ca si razón es y derecho que aquello que fue establecido antiguamente sin razón, que sea enmendado, catando primeramente la razón de donde nació, y hacer ley derecha para las otras cosas que han de venir, y razón es que el yerro que nuevamente es hecho, que sea luego enmendado por aquel que lo hizo; ca la palabra es de los sabios que no debe haber vergüenza, ca ninguna cosa no hace medroso ni vergoñoso el corazón del hombre sino la conciencia de la su vida si es mala, no haciendo lo que debe. Y, pues la mi conciencia no me acusa, la verdad me debe salvar, y con gran fucia^[8] que en ella he, no habré miedo e iré con lo que comencé cabo adelante y no dejaré mi propósito comenzado.

Y estas palabras que decía el caballero oyolas Grima la su buena mujer, y entró a la cámara donde él estaba en este pensamiento, y díjole: «Amigo señor, ¿qué es este pensamiento y este gran cuidado en que estáis? Por amor de Dios decídmelo; y pues parte hube convusco^[9] en los cuidados y en los pesares, ciertas nunca os vi flaco de corazón por ninguna cosa que vos hubieseis, sino ahora». El caballero, cuando vio a su mujer que amaba más que a sí, y entendió que había oído lo que él dijera, y pesole de corazón y dijo: «Por Dios, señora, mejor es que el uno sufra el pesar que muchos; ca por tomar vos otro tanto de pesar como yo, por eso no menguaría a mí ninguna cosa del pesar que yo hubiese, y no sería aliviado de pesar, mas acrecentamiento; ca recibiera más pesar por el pesar que vos hubieseis». «Amigo, señor», dijo ella, «si

pesar es que remedio ninguno no puede hombre haber, es dejarlo olvidar, y no pensar en ello, y dejarlo pasar por su ventura. Mas si cosa es en que algún buen pensamiento puede aprovechar, debe hombre partir el cuidado con sus amigos, ca más pueden pensar y cuidar muchos que uno, y más aína pueden acertar en lo mejor. Y por ende todo hombre que alguna gran cosa quiere comenzar y hacer, débelo hacer con consejo de aquellos de quien es seguro que le aconsejarán bien. Y amigo», dijo ella, «esto os oí decir, quejándoos, que queríais ir con vuestro hecho adelante y no dejar vuestro propósito comenzado, y porque sé que vos sois hombre de gran corazón y de gran hecho, tengo que este vuestro propósito es sobre alta cosa y grande, y que según mío cuidar debéis haber vuestro consejo». «Ciertas», dijo el caballero su marido, «guardado me habéis y dádome habéis conhorto al mi gran cuidado que tengo en el mi corazón guardado muy gran tiempo ha, y nunca quise descubrirle a hombre del mundo; y bien creo que así como el fuego encubierto dura más que el descuberto, y es más vivo, bien así la puridad que uno sabe dura más y es mejor guardada que si muchos la saben, pero que todo el cuidado es de aquel que la guarda; ca toma gran trabajo entre sí y grandes pesares para guardarla. Onde bienaventurado es aquel que puede haber amigo entero a quien pueda mostrar su corazón, y que enteramente quiso guardar a su amigo en las puridades y en las otras cosas que hubo de hacer; ca pártese el cuidado entre ambos, y hallan más aína lo que deben hacer; pero que muchas veces son engañados los hombres en algunos que cuidan que son sus amigos y no lo son, sino de infinta^[10]. Y ciertas los hombres no lo pueden conocer bien hasta que los prueban; ca bien así como por el fuego se prueba el oro, así por la prueba se conoce el amigo. Así aconteció en esta prueba de los amigos a un hijo de un hombre bueno en tierras de Sarapia, como ahora oiréis.

»Y dice el cuento que este hombre bueno era muy rico y había un hijo que quería muy bien, y dábale de lo suyo que despendiese cuanto él quería. Y castigole que sobre todas las cosas y costumbres, que aprisase y pugnase en ganar amigos, ca esta era la mejor ganancia que podría hacer; pero que tales amigos ganase que fuesen enteros, y a lo menos que fuesen medios. Ca tres maneras son de amigos: los unos de enfinta, y estos son los que no guardan a su amigo sino mientras pueden hacer su pro con él; los otros son medios, y estos son los que se paran por el amigo a peligro, que no parece más en duda si era hombre; y los otros son enteros, los que ven al ojo la muerte o el gran peligro de su amigo y pónese delante para tomar muerte por él, que el su amigo no muera ni reciba daño. Y el hijo le dijo que lo haría así y que trabajaría de ganar amigos cuanto él más pudiese, y con el algo que le daba el padre convidaba y despendía y daba de lo suyo granadamente, de guisa que no había ninguno en la ciudad onde él era, más acompañado que él. Y al cabo de diez años, preguntole el padre cuántos amigos había ganados, y él le dijo que más de ciento. “Ciertas”, dijo el padre, “bien despendiste lo que te di, si así es; ca en todos los días de la mi vida no pude ganar más de medio amigo, y si tú cien amigos has ganado, bienaventurado eres”. “Bien creed, padre señor”, dijo el hijo, “que no hay ninguno de ellos que no se

pusiese por mí a todos los peligros que me acaecieren”. Y el padre lo oyó y calló y no le dijo más. Y después de esto aconteció al hijo que hubo de pelear y de haber sus palabras muy feas con un mancebo de la ciudad, de mayor lugar que él. Y aquel fue buscar al hijo del hombre bueno por hacerle mal. El padre, cuando lo supo, pesole de corazón, y mandó a su hijo que se fuese para una casa fuerte que era fuera de la ciudad, y que se estuviese quedo allá hasta que apagasen esta pelea, y el hijo hízolo así; y desí^[11] el padre sacó luego seguridad de la otra parte y apaciguolo muy bien. Y otro día hizo matar un puerco y mesolo y cortole la cabeza y los pies, y guardolos, y metió el puerco en un saco y atolo muy bien y púsole so el lecho, y envió por su hijo que se viniese en la tarde y cuando fue a la tarde llegó el hijo y acogiole el padre muy bien y díjole de cómo el otro le había asegurado y cenaron. Y desde que el padre vio la gente de la ciudad que era aquedada, dijo así: “Hijo, comoquiera que yo te dije luego que viniste que te había asegurado el tu enemigo, dígotte que no es así; ca en la mañana, cuando venía de misa, lo hallé aquí en casa dentro, tras la puerta, su espada en la mano, cuidando que eras en la ciudad, para cuando quisieses entrar a casa, que te matase. Y por la su ventura matelo yo o cortele la cabeza y los pies y los brazos y las piernas, y echelo en aquel pozo, y el cuerpo metilo en un saco y téngolo so el mi lecho. Y no lo oso aquí soterrar por miedo que nos lo sepan; porque me semeja que sería bien lo llevases a casa de algún tu amigo, si lo has, y que lo soterrasen en algún lugar encubierto”. “Ciertas, padre señor”, dijo el hijo, “mucho me place, y ahora veréis qué amigos he ganado”. Y tomó el saco auestas y fuese para casa de un su amigo en quien él más fiaba. Y cuando fue a él maravillose el otro porque tan gran noche venía, y preguntole qué era aquello que traía en aquel saco, y él se lo contó todo, y rogole que quisiese que lo soterrasen en un trascorral que y había. Y su amigo le respondió que como hiciera él y su padre la locura, que se parasen a ella y que saliese fuera de casa; que no quería verse en peligro por ellos. Y eso mismo le respondieron todos los otros amigos, y tornó para casa de su padre con su saco, y díjole cómo ninguno de sus amigos no se quisieron aventurar por él a este peligro. “Hijo”, dijo el hombre bueno, “mucho me maravillé cuando te oí decir que cien amigos habías ganados, y seméjame que entre todos los ciento no hallaste un medio; mas vete para el mi medio amigo, y dile de mi parte esto que nos aconteció, y que le ruego que nos lo encubra”. Y el hijo se fue y llevó el saco e hirió a la puerta del medio amigo de su padre. Y ellos fuéronselo decir, y mandó que entrase. Y cuando le vio venir, y le halló con su saco auestas, mandó a los otros que saliesen de la cámara, y fincaron solos. El hombre bueno le preguntó qué era lo que quería, y qué traía en el saco, y él le contó lo que le aconteciera a su padre y a él y rogole de parte de su padre que se lo encubriese. Y él le respondió que aquello y más haría por su padre, y tomó un azadón e hicieron amos a dos fuesa so el lecho y metieron y el saco con el puerco, y cubriéronle muy bien de tierra. Y fuese luego el mozo para casa de su padre y díjole de cómo el su medio amigo le recibiera muy bien, y que luego que le contó el hecho, y le respondiera que aquello y más haría por él, y que hiciera una

fuesa so el lecho y que lo soterraron y. Entonces dijo el padre a su hijo: “¿Qué te semeja de aquel mi medio amigo?” “Ciertas”, dijo el hijo, “seméjame que este medio amigo vale más que los mis ciento”. “Y hijo”, dijo el hombre bueno, “en las horas de la cuita se prueban los amigos; y por ende no debes mucho fiar en todo hombre que se demuestra por amigo, hasta que lo pruebes en las cosas que te fueren mester. Y pues tan bueno hallaste el mi medio amigo, quiero que antes del alba vayas para él y que le digas que haga puestas de aquel que tiene soterrado, y que haga de ello cocho^[12] y de ello asado, y que cras seremos sus huéspedes yo y tú”. “¿Cómo, padre señor?”, dijo el hijo, “¿comeremos el hombre?”. “Ciertamente”, dijo el padre, “mejor es el enemigo muerto que vivo, y mejor es cocho y asado que crudo; y la mejor venganza que el hombre de él puede haber es esta, comerlo todo, de guisa que no finque de él rastro ninguno; ca donde algo finca del enemigo, y finca la mala voluntad”. Y otro día en la mañana, el hijo del hombre bueno fuese para el medio amigo de su padre y díjole de cómo le enviaba rogar su padre que aquel cuerpo que estaba en el saco, que le hiciese puestas y que lo guisasen todo, cocido y asado, ca su padre y él vendrían comer con él. Y el hombre bueno cuando lo oyó comenzose a reír, y entendió que su amigo quiso probar a su hijo, y díjole que se lo agradecía, y que viniesen temprano a comer, que guisado lo hallarían muy bien, ca la carne del hombre era muy tierna y cocía muy deprisa. Y el mozo se fue para su padre, y dijo la respuesta de su medio amigo, y al padre plugo mucho porque tan bien le respondiera. Y cuando entendieron que era hora de yantar, fuéronse padre y hijo para casa de aquel hombre bueno, y hallaron las mesas puestas, con mucho pan y mucho vino. Y los hombres buenos comenzaron a comer muy de recio como aquellos que sabían qué tenían delante. Y el mozo recelábalo de comer, comoquiera que le parecía bien. Y el padre cuando vio que dudaba de comer, díjole que comiese seguramente, que tal era la carne del hombre como la carne del puerco, y que tal sabor había. Y él comenzó a comer, y súpole bien, y metiose a comer muy de recio, más que los otros, y dijo así: “Padre señor, vos y vuestro amigo bien me habéis encarnizado en carnes de enemigo; y cierto creed que, pues las carnes del enemigo así saben, no puede escapar el otro mío enemigo que era con este, cuando me dijo la soberbia que no le mate y que no le coma muy de grado; ca nunca comí carne que tan bien me supiese como esta”. Y ellos comenzaron a pensar sobre esta palabra entre sí, y tuvieron que si este mozo durase en esta imaginación que sería muy crudo y que no lo podrían ende partir. Ca las cosas que hombre imagina mientras mozo es, mayormente aquellas cosas en que toma sabor, tarde o nunca se puede de ellas partir. Y sobre esto el padre, queriéndole sacar de esta imaginación, comenzole a decir: “Hijo, porque tú me dijiste que tú habías ganado más de cien amigos, quise probar si era así. Y maté ayer este puerco que ahora comemos, y cortele la cabeza y los pies, y metí el cuerpo en aquel saco que acá trajiste, y quise que probases tus amigos así como los probaste. Y no los hallaste tales como cuidabas, pero que hallaste este medio amigo bueno y leal, así como debía ser; porque debes parar mientes en cuáles amigos debes fiar... Cosa muy fea y muy

cruda cosa sería, y contra natura, querer el hombre comer carne de hombre, ni aun con hambre”. “Padre señor”, dijo el mozo, “agradezco mucho a Dios porque tan aína me sacaste de esta imaginación en que estaba; ca si por los mis pecados el otro enemigo hubiese muerto, o de él hubiese comido, y así me supiese como esta carne que comemos, no me faltaría hombre que no codiciase comer. Y por aquesto que ahora me dijistes, aborreceré más la carne del hombre”. “Ciertas”, dijo el padre, “mucho me place, y quiero que sepas que el enemigo, y los otros que con él se acertaron, te han perdonado, y yo perdoné a ellos por ti, y de aquí adelante guárdate de pelear, y no arrufen así malos amigos, ca cuando te viesen en la pelea desampararte habían, así como viste en estos que probaste”. “Padre señor”, dijo el hijo, “no he probado cuál es el amigo de enfinta, así como estos que yo gané, que nunca me guardaron, sino mientras partí con ellos lo que había, y cuando los había mester fallecieronme, y he probado cuál es el medio amigo. Decidme si podré probar y conocer cuál es el amigo entero”. “Guárdete Dios, hijo”, dijo el padre, “ca muy fuerte prueba sería fucia de los amigos de este tiempo; ca esta prueba no se puede hacer sino cuando hombre está en peligro cierto de recibir la muerte o daño o deshonra grande”. Y pocos son los que aciertan en tales amigos que se paren por su amigo a tan gran peligro que quieran tomar la muerte por él a sabiendas. Pero hijo, oí decir que en tierras de Corán se criaron dos mozos en una ciudad, y queríanse muy bien, de guisa que lo que quería el uno, eso quería el otro. Onde dice el sabio que entre los amigos uno debe ser el querer y uno el no querer en las cosas buenas y honestas. Pero que el uno de estos dos amigos quiso ir buscar consejo y probar las cosas del mundo, y anduvo tanto tiempo tierras extrañas hasta que se halló en una tierra donde se halló bien, y fue y muy rico y muy poderoso, y el otro fincó en la villa con su padre y su madre que eran ricos y abundados. Cuando estos habían mandado uno de otro, cuando acaecían algunos que fuesen aquellas partes, tomaban en placer. Así que este que fincó en la villa después de muerte de su padre y de su madre llegó a tan gran pobredad que no se sabía aconsejar, y fuese para su amigo. Y cuando le vio el otro su amigo que tan pobre y tan deshecho venía, pesole de corazón, y preguntole cómo venía así, y él le dijo que con gran pobredad. “¡Por Dios, amigo!”, dijo el otro, “mientras yo vivo fuere y hubiere de que cumplirlo, nunca pobre serás; ca, ¡loado sea Dios!, yo he gran algo y soy poderoso en esta tierra, no te fallecerá ninguna cosa de lo que fuere mester”. Y tomolo consigo y túvolo muy vicioso, y fue señor de la su casa y de lo que había, muy gran tiempo, y perdiolo todo después por este amigo, así como ahora oiréis.

»Y dice el cuento que este su amigo fue casado en aquella tierra, y que se le muriera la mujer, y que no dejara hijo ninguno, y que un hombre bueno su vecino, de gran lugar y muy rico, que le envió una hijuela que había pequeña que la criase en su casa, y cuando fuese de edad que casase con ella. Y andando la moza por casa, que se enamoró de ella el su amigo que le sobrevino, pero que no le dijese ni le hablase a ninguna cosa a la moza, él ni otro por él, ca tenía que no sería amigo verdadero y leal,

así como debía ser, si lo hiciese ni tal cosa cometiese. Y maguer se trabajase de olvidar esto, no podía; antes crecía todavía el cuidado más; de guisa que comenzó a desecar y a le fallecer la fuerza con grandes amores que había de esta moza. Y al su amigo pesaba mucho de la su flaqueza, y enviaba por físicos a todos los lugares que sabía que los había buenos, y dábales gran algo porque le guareciesen. Y por cuanta física en ellos había, no podían saber de qué había aquella enfermedad; así que llegó a tan gran flaqueza que hubo a demandar clérigo con quien confesase. Y enviaron por un capellán y confesose con él y díjole aquel pecado en que estaba por que le venía aquella malatía de que cuidaba morir. Y el capellán se fue para el señor de casa y díjole que quería hablar con él en confesión, y que le tuviese puridad; y él prometiole que lo que le dijese que lo guardaría muy bien. “Dígoos”, dijo el capellán, “que este vuestro amigo muere con amores de aquesta vuestra criada con quien os habéis de casar; pero que me defendió que no lo dijese a ninguno y que le dejase así morir”. Y el señor de la casa desde que lo oyó hizo como quien no daba nada por ello; y después que se fue el capellán, vínose para su amigo y díjole que se conhortase, que de oro y plata tanto le daría cuanto él quisiese, y con gran mengua de corazón no se quisiese así dejar morir. «Ciertas, amigo», dijo el otro, “¡mal pecado!, no hay oro ni plata que me pueda pro tener, y dejadme cumplir el curso de mi vida, ca mucho me tengo por hombre de buena ventura pues en vuestro poder muero”. “Ciertas no moriréis”, dijo el su amigo, “que pues yo sé la vuestra enfermedad cuál es, yo os guareceré de ella; ca sé que vuestro mal es de amor que habéis a esta moza que yo aquí tengo para casarme con ella. Y pues de edad es, y vuestra ventura quiere que la debéis haber, quiérola yo casar con vos y dar os he muy gran haber; y llevadla para vuestra tierra y pararme he a lo que Dios quisiere con sus parientes”. Y el su amigo cuando oyó esto, perdió la habla y el oír y el ver con gran pesar que hubo, porque cayó el su amigo en el pensamiento suyo, de guisa que cuidó su amigo que era muerto, y salió llorando y dando voces y dijo a la su gente: “Idos para aquella cámara donde está mi amigo, porque, ¡mala la mi ventura!, muerto es, y no le puedo acorrer”. La gente se fue para la cámara y halláronlo como muerto, y estando llorándole en derredor de él oyó la moza llorar, que estaba entre los otros, y abrió los ojos, y desí callaron todos y fueron para su señor, que hallaron muy cuitado llorando; y dijéronle de cómo abriera los ojos su amigo; y fuese luego para allá y mandó que la moza y su ama pensasen de él y no otro ninguno. Así que a poco de tiempo fue guarido, pero que cuando venía su amigo no alzaba los ojos él con gran vergüenza que de él había. Y luego el su amigo llamó a la moza su criada, y díjole de cómo aquel su amigo le quería muy gran bien; y ella con poco entendimiento le respondió que eso mismo hacía ella a él, mas que no lo osaba decir que era así, que ciertamente gran bien quería ella a él. “Pues así es”, dijo él, “quiero que caséis con él, ca de mejor lugar es que yo, comoquiera que seamos de una tierra, y os he de dar gran haber que llevéis, con que seáis bien andante”. “Como quisiereis”, dijo ella. Y otro día en la gran mañana envió por el capellán con quien se confesara su amigo; casolos y dioles gran

haber y enviolos luego a su tierra.

»Y desde que los parientes de la moza lo supieron, tuviéronse por deshonrados y enviáronle a desafiar, y corrieron con él muy gran tiempo, de guisa que comoquiera que rico y poderoso era, con las grandes guerras que le hacían de cada día, llegó a tan gran pobredad en manera que no podía mantener la su persona sola. Y pensó entre sí lo que haría y no halló otra carrera sino que se fuese para aquel su amigo a quien él acorriera. Y fuese para allá con poco de haber que le fincara, pero que le duró poco tiempo, que era muy luengo el camino, y fincó de pie y muy pobre.

»Y acaeciole que hubo de venir de noche a casa de un hombre bueno de una villa a quien decían Dios-lo-una, cerca de aquel lugar donde quiso Abraham sacrificar a su hijo, y demandó que le diesen de comer alguna cosa, por mesura. Y dijéronlo a su señor cómo demandaba de comer aquel hombre bueno. Y el señor de la casa era muy escaso, y dijo que lo enviase comprar. Y dijéronle que decía el hombre bueno que no tenía de qué. Y aquello poco que le dio, dióselo de malamente y tarde, así que no quisiera haber pasado las vergüenzas que pasó por ello, y fincó muy quebrantado y muy triste, de guisa que no hubo hombre en casa que no hubo muy gran piedad de él.

»Y por ende dice la Escritura que tres naturas son de hombre de quien debe hombre haber piedad, y son estas: el pobre que ha a demandar al rico escaso; y el sabio que se ha de guiar por el torpe, y del cuerdo que ha de vivir en tierra sin justicia. Ca estos son tristes y cuitados porque no se cumple en aquellos lo que debía, y según aquello que Dios puso en ellos.

»Y cuando llegó a aquella ciudad donde estaba su amigo, era y ya de noche y estaban cerradas las puertas, así que no pudo entrar. Y como venía cansado y lazado de hambre, metiose en una ermita que halló y cerca de la ciudad, sin puertas, y echose tras el altar y durmiose hasta otro día en la mañana, como hombre cuitado y cansado. Y en esta noche, alboreando^[13] dos hombres de esa ciudad, hubieron sus palabras y denostáronse y metiéronse otros en medio y despartiéronles. Y el uno de ellos pensó esa noche de ir matar el otro en la mañana, ca sabía que cada mañana iba a maitines, y fuelo esperar tras la su puerta, y en saliendo el otro de su casa metió mano a la su espada y diole un golpe en la cabeza y matolo, y fuese para su posada, ca no lo vio ninguno cuando le mató. Y en la mañana hallaron el hombre muerto a la su puerta. El ruido fue muy grande por la ciudad, de guisa que la justicia con mucha gente andaba buscando el matador. Y fueron a las puertas de la villa, y eran todas cerradas salvo aquella que era en derecho de la ermita donde yacía aquel cuitado y lazado, que fueron abiertas antes del alba por unos mandaderos que enviaba el concejo a gran prisa al Emperador. Y cuidaron que el matador y que era salido por aquella puerta, y anduvieron buscando, y no hallaron rastro de él. Y en queriéndose tornar, entraron de ellos aquella ermita y hallaron aquel mezquino durmiendo, su estoque cinto, y comenzaron a dar voces y decir: “He aquí el traidor que mató el hombre bueno”. Y apresáronle y lleváronle ante los alcaldes. Y los alcaldes preguntáronle si matara él aquel hombre bueno, y él con el desesperamiento, codiciando más la muerte que

durar en aquella vida que él había, dijo que sí; y preguntáronle que por cuál razón. Dijo que sabor que hubiera de matarlo. Y sobre esto los alcaldes hubieron su acuerdo y mandábanle matar pues de conocido venía.

»Y ellos estando en esto, el su amigo, a quien él casara con la su criada, que estaba entre los otros, conociolo, y pensó en su corazón que pues aquel su amigo lo guardara de muerte y le había hecho tanta merced como él sabía, que quería antes morir que el su amigo muriese, y dijo a los alcaldes: “Señores, este hombre que mandáis matar no ha culpa en muerte de aquel hombre bueno, ca yo lo maté”.

»Y mandáronlo prender, y porque amos a dos venían de conocido^[14] que le mataran, mandábanlos matar a amos a dos. Y el que mató al hombre bueno estaba a la su puerta entre los otros, parando mientes a los otros qué decían y hacían, y, cuando vio que aquellos dos mandaban matar por lo que él hiciera, no habiendo los otros ninguna culpa en aquella muerte, pensó en su corazón y dijo así: “¡Cautivo errado!, ¿con cuáles ojos pareceré ante mío señor Dios el día del Juicio, y cómo lo podré catar? Ciertas no sin vergüenza y sin gran miedo, y en cabo recibirá mi alma pena en los infiernos por estas almas que dejo perecer, y no habiendo culpa en muerte de aquel hombre bueno que yo maté por mi gran locura. Y por ende tengo que mejor sería en confesar mi pecado y arrepentirme, y poner este mi cuerpo a morir por enmienda de lo que hice, que no deje estos hombres matar”.

»Y fue luego para los alcaldes y dijo: “Señores, estos hombres que mandáis matar no han culpa en la muerte de aquel hombre bueno, ca yo soy aquel hombre que le maté por la mi desventura. Y porque creáis que es así, preguntad a tales hombres buenos, y ellos os dirán de cómo anoche tarde habíamos nuestras palabras muy feas yo y él, y ellos nos despartieron. Mas el diablo que se trabaja siempre de mal hacer, metiome en corazón en esta noche que le fuese matar, y hícelo así; y envidad a mi casa y hallarán que del golpe que le di quebró un pedazo de la mi espada, y no sé si fincó en la cabeza del muerto”.

»Y los alcaldes enviaron luego a su casa y hallaron el pedazo de la espada del golpe. Y sobre esto hablaron mucho, y tuvieron que estas cosas que así acaecieron por saberse la verdad del hecho, que fueron por milagro de Dios, y acordaron que guardasen estos presos hasta que viniese el Emperador, que había y de ser a quince días, e hiciéronlo así. Y cuando el Emperador llegó contáronle todo este hecho, y él mandó que le trajesen al primer preso; y cuando llegó ante él, dijo: “Di, hombre cautivo, ¿qué corazón te movió a conocer la muerte de aquel hombre bueno, pues en culpa no eras?” “Señor”, dijo el preso, “yo os lo diré: yo soy natural de aquí, y fue buscar consejo a tales tierras, y fui muy rico y muy poderoso; y desí llegué a tan gran pobredad que no me sabía aconsejar, y venía a este mi amigo que conoció la muerte del hombre bueno después que yo lo conocí, que me mantuviese a su limosna. Y cuando llegué a esta villa hallé las puertas cerradas, y húbeme de echar a dormir tras el altar de una ermita que es fuera de la villa; y en durmiéndome, en la mañana oí gran ruido y que decían: ‘Este es el traidor que mató el hombre bueno’. Y yo, como

estaba desesperado y me enojaba ya de vivir en este mundo, ca más codiciaba ya la muerte que la vida, y dije que yo lo había muerto”.

»Y el Emperador mandó que llevasen aquel y trajesen al segundo; y cuando llegó ante él díjole el Emperador: “Di, hombre sin entendimiento, ¿qué fue la razón por que conociste la muerte de aquel hombre bueno, pues no fuiste en ella?” “Señor”, dijo él, “yo os lo diré: este preso que ahora se partió delante la vuestra merced, es mi amigo, y fuimos criados en uno”. Y contolo todo cuanto había pasado con él y cómo lo escapara de la muerte, y la merced que le hiciera cuando le dio la criada suya por mujer. “Y señor, ahora viendo que lo querían matar, quise yo antes morir y aventurarme a la muerte que no que la tomase él”.

»Y el Emperador envió este y mandó traer el otro y díjole: “Di, hombre errado y desventurado, pues otros te excusaban, ¿por qué te ponías a la muerte, pudiéndola excusar?” “Señor”, dijo el preso, “ni se excusa bien ni es de buen entendimiento ni de buen recaudo el que deja perder lo más por lo de menos; ca en querer yo excusar el martirio de la carne por miedo de muerte, y dejar perder el alma, conocido sería del diablo y no de Dios”. Y contole todo su hecho y el pensamiento que pensó porque no se perdiesen estos hombres que no eran en culpa, y que no perdiese él su alma.

»Y el Emperador cuando lo oyó plúgole de corazón, y mandó que no matasen ninguno de ellos, comoquiera que merecía muerte este postrimero. Mas pues Dios quiso su milagro hacer en traer en este hecho a ser sabida la verdad, y el matador lo conoció, pudiéndolo excusar, el Emperador le perdonó y mandó que hiciese enmienda a sus parientes; y él hízoselo cual ellos quisieron. “Y estos tres hombres fueron muy ricos y muy buenos y muy poderosos en el señorío del Emperador, y amábanlos todos, y preciábanlos por cuanto bien hicieron, y sedieron por buenos amigos. Y mi hijo”, dijo el padre, “ahora puedes tú entender cuál es la prueba del amigo entero y cuánto bien hizo el que mató el hombre bueno, que lo conoció por no llevar las almas de los otros sobre la suya. Puedes entender que hay tres maneras de amigos: ca la una es el que quiere ser amigo del cuerpo y no del alma, y la otra es el que quiere ser amigo del alma y no del cuerpo, y la otra es el que quiere ser amigo del cuerpo y del alma, así como este preso postrimero, que fue amigo de su alma y de su cuerpo, dando buen ejemplo de sí, y no queriendo que su alma fuese perdida por excusar el martirio del cuerpo”».

Todas estas cosas de estos ejemplos contó el caballero Zifar a la su buena dueña por la traer a saber bien guardar su amigo y las sus puridades, y díjole así: «Amiga señora, comoquiera que digan algunos que las mujeres no guardan bien puridad, tengo que fallece esta regla en algunas; porque Dios no hizo los hombres iguales ni de un seso ni de un entendimiento, mas departidos, tan bien varones como mujeres. Y porque yo sé cuál es el vuestro seso y cuán guardada fuistes en todas cosas del día en que fuimos hasta el día de hoy, y cuán mandada y obediente me fuistes, quiéroos decir la mi puridad, la que nunca dije a cosa del mundo; mas siempre la tuve guardada en el mi corazón, como aquella cosa que me tendrían los hombres a gran

locura si la diese ni la pensase para ir adelante con ella; ca puso en mí, por la su merced, algunas cosas señaladas de caballería que no puso en caballero de este tiempo, y creo que el que estas mercedes me hizo me puso en el corazón de andar en esta demanda que ahora os diré en confesión. Y si yo en esta demanda no fuese adelante, tengo que menguaría en los bienes que Dios en mí puso.

»Amiga señora», dijo el caballero Zifar, «yo, siendo mozo pequeño en casa de mi abuelo, oí decir que oyera a su padre que venía de linaje de reyes; y yo como atrevido pregunté que cómo se perdiera aquel linaje, que fuera depuesto, y que hiciera rey a un caballero simple, pero que era muy buen hombre y de buen seso natural y amator de la justicia y cumplido de todas buenas costumbres. “¿Y cómo, amigo?”, dijo él, “¿por qué tan ligera cosa tienes que es hacer y deshacer rey? Ciertamente con gran fuerza de maldad se deshace y con gran fuerza de bondad y de buenas costumbres se hace. Y esta maldad o esta bondad viene tan bien de parte de aquel que es o ha de ser rey, como de aquellos que la deshacen o lo hacen”. “Y si nos de tan gran lugar venimos”, dije, “¿cómo fincamos pobres?” Respondió mi abuelo; dijo que por maldad de aquel rey onde descendimos, ca por la su maldad nos abajaron así como tú ves. “Y ciertas no he esperanza”, dijo mi abuelo, “que vuestro linaje y nuestro cobre, hasta que otro venga de nosotros que sea contrario de aquel rey, y haga bondad y haya buenas costumbres, y el rey que fuere ese tiempo que sea malo, y lo hayan a desponer por su maldad y este hagan rey por su bondad. Y puede esto ser con la merced de Dios”. “¿Y si yo fuese de buenas costumbres”, dije yo, “podría llegar a tan alto lugar?” Y él me respondió riéndose mucho, y me dijo así: “Amigo pequeño de días y de buen entendimiento, dígo te que sí, si bien te esfuerzas a ello y no te enojares de hacer bien; ca por bien hacer bien puede hombre subir a alto lugar”. Y diciendo, tomando gran placer en su corazón, santiguó a sí y a mí, y dejose luego morir, riéndose ante aquellos que y eran. Y maravilláronse todos de la muerte de aquel mi abuelo que así aconteciera. Y estas palabras que mi abuelo me dijo de guisa se fincaron en mi corazón que propuse entonces de ir por esta demanda adelante; pero que me quiero partir de este propósito, no puedo; ca en durmiendo se me viene en mente, y en velando eso mismo. Y si Dios hace alguna merced en hecho de armas, cuido que me lo hace porque se me venga en mente la palabra de mi abuelo. Mas señora», dijo el caballero, «yo veo que vivimos aquí a gran deshonor de nos y en gran pobredad, y si por bien lo tuvieseis, creo que sería bien de nos ir para otro reino, donde no nos conociesen, y quien sabe si mudaremos ventura; ca dice el verbo antiguo: “Quien se muda, Dios le ayuda”; y esto dicen aquellos que no seen bien, así como nos por la nuestra desventura; ca el que bien see no no ha por qué se leve, ca mudándose a menudo pierde lo que ha. Y por ende dicen que piedra movediza, no cubre moho. Y pues nos seamos no bien, mal pecado, ni a nuestra honra ni el proverbio de “quien bien es no leve” no es por nosotros. Tengo que mejor sería mudarnos que fincar».

«Amigo señor», dijo la dueña, «decís bien. Agradézcaos Dios la merced grande que me habéis hecho en querer que yo supiese vuestra puridad y de tan gran hecho; y

ciertas quiero que sepáis que tan aína como contastes estas palabras que os dijera vuestro abuelo, si es cordura o locura, tan aína me subieron en corazón, y creo que han de ser verdaderas. Y todo es en poder de Dios, del rico hacer pobre y del pobre rico, y moved cuando quisieréis en el nombre de Dios, y lo que habéis a favor hacedlo aína; ca a las vegadas la tardanza en el buen propósito empece». «¿Y cómo?», dijo el caballero, «¿tan aína os vino a corazón que podría ser verdad lo que mío abuelo me dijo?» «Tan aína», dijo ella. «Y quien ahora me catase el corazón lo hallaría muy movido por esta razón, y no se semeja que estoy en mi acuerdo». «Y ciertas», dijo el caballero, «así aconteció a mí cuando mi abuelo lo oí contar. Y por ende no nos conviene de fincar en esta tierra, siquiera que los hombres no nos caigan en esta locura».

Y este caballero Zifar, según se halla por las historias antiguas, fue del linaje del rey Tared, que se perdió por sus malas costumbres; pero que otros reyes de su linaje de este hubo y antes muy buenos y bien acostumbrados; mas la raíz de los reyes y de los linajes se derraiga y se abaja por dos cosas: lo uno por malas costumbres, y lo otro por gran pobredad. Y así el rey Tared, comoquiera que el Rey su padre le dejara muy rico y muy poderoso, por sus malas costumbres llegó a pobredad y húbose de perder, así como ya lo contó el abuelo del caballero Zifar, según oísteis; de guisa que los de su linaje nunca pudieron cobrar aquel lugar que el rey Tared perdió.

Y este reino es en la India primera, que poblaron los gentiles, así como ahora oiréis.

Y dicen las historias antiguas que tres Indias son: la una comarca con la otra de los negros, y de esta India fue el caballero Zifar onde fue el rey Tared, que fue ende rey. Y hállase por las historias antiguas que Nembrot el valiente, biznieto de Noé, fue el primero rey del mundo, y llámanle los cristianos Nembrot. Y este libro fue hecho en la ciudad de Babilonia la desierta con gran estudio, y comenzó a labrar una torre contra voluntad de Dios y contra mandamiento de Noé, que subiese hasta las nubes; y pusieron nombre a la torre Magdar. Y viendo Dios que contra su voluntad la hacían, no quiso que se acabase, ni quiso que fuesen de una lengua, porque no se entendiesen ni la pudiesen acabar. Y partiolos en setenta lenguajes: y los treinta y seis en el linaje de Sem, y los dieciséis en el linaje de Cam, hijo de Noé, y los dieciocho en el linaje de Jafet. Y este linaje de Cam, hijo de Noé, hubo la mayor partida de estos lenguajes por la maldición que le dio su padre en el temporal; que le erró en dos maneras; lo primero que yogo con su mujer en el arca, onde hubo un hijo a que dijeron Cus, cuyo hijo fue este rey Nembrot. Y maldijo entonces Cam en los bienes temporales; y otrosí dicen los judíos que fue maldicho el can porque yogo con la cadiella^[15] en el arca. Y la maldición fue esta: cuantas yoguiese con la cadiella, que fincasen lisiados; pero los cristianos decimos no es verdad, ca de natura lo han los canes desde que formó Dios el mundo y todas las otras cosas acá. Y el otro yerro que hizo Cam fue cuando su padre se embeodó, y lo descubrió haciendo escarnio de él. Y por ende este rey Nembrot que fue su nieto, fue malo contra Dios, y quiso semejar a la raíz de su

abuelo Cam, onde viniera. Y Asur, el segundo hijo de Sem, con todo su linaje, viendo que el rey Nembrot que hacía obras a de servicio de Dios, no quiso y morar, y fue poblar a Nínive, una gran ciudad que había andadura de tres días, y la cual quiso Dios que fuese destruida por la maldad de ellos. Y destruyola Nabucodonosor y una compañía de gentiles que amaban el saber y las ciencias y allegábanse todavía a estudiar en uno. Y apartáronse ribera de un río que es allende de Babilonia, y hubieron su consejo de pasar aquel río y poblar allende y vivir todos en uno. Y según dicen los sabios antiguos, que cuando puso nombre Noé a las mares y a los ríos, puso nombre a aquel río Indias, y por el nombre que le puso pusieron nombre a aquellos que fincaron poblar allende, de indios. Y pusieron nombre a la provincia de este pueblo India, por el nombre de los pobladores.

Y después que fueron asesegados, pugnaron de estudiar y de aprender y de certificar; onde dijo Abuit, un sabio de las Indias antiguas que fueron los primeros sabios que certificaron el sol y las planetas después del diluvio. Y por vivir en paz y haber por quien se asegurasen, esleyeron y alzaron rey sobre sí un sabio a quien dicen Albarheme el Mayor, ca había y otro sabio que le decían así. Y este fue el primero que hubieron las Indias, que hizo el esfera y las figuras de los signos y de las planetas. Y los gentiles de India fueron gran pueblo, y todos los reyes del mundo y todos los sabios los conocieron mejoría en el seso y en nobleza y en saber.

Y dicen los reyes de Cin que los reyes del mundo son cinco, y todos los otros andan en su rastro de ellos: y son estos los reyes de Cin y los reyes de India y los reyes de los turcos y los reyes persianos y los reyes cristianos. Y dicen que el rey de Cin es rey de los hombres, porque los hombres de Cin son más obedientes y mejor mandados que otros hombres a sus reyes y a sus señores. Al rey de India dícenle el rey de los leones, porque son muy fuertes hombres y muy esforzados y muy atrevidos en sus lides. Al rey de los persianos dicen el rey de los reyes, porque fueron siempre muy grandes y de muy gran guisa y de gran poder; ca con su poder y su saber y su seso poblaron la mitad del mundo, y no se lo pudo ninguno contradecir, maguer no eran de su partición ni de su derecho. Y el rey de los cristianos dícenle el rey de los barraganes, muy esforzados y más apersonados y más apuestos en su cabalgar que otros hombres.

Ciertamente de antigüedad fue India fuente y manera de ciencia, y fueron hombres de gran medida y de buen seso, maguer son loros, que tiran cuanto a los negros cuanto en la color, porque con ellos, Dios nos guarde de las maneras de ellos y de su torpedad, y dioles medida y bondad en manera y en seso, más que a muchos blancos. Y algunos de los astrólogos dicen que los indios hubieron estas bondades porque la provincia de India ha y por natural partición Saturno y Mercurio mezclado con Saturno. Y sus reyes fueron siempre de buenas costumbres y estudiaron todavía en la divinidad. Y por eso son hombres de buena fe y de buena creencia, y creen todos en Dios muy bien, fuera ende pocos de ellos que han la creencia de Saba, que adoran las planetas y las estrellas. Y esto todo de las Indias que fue leído y fue puesto

en esta historia, porque no se halla en escritura ninguna que otro rey hubiese en la India mal acostumbrado sino el rey Tared, onde vino el caballero Zifar, comoquiera que este caballero fue bien acostumbrado en todas cosas, y ganó muy gran prez y gran honra por costumbres y por caballería, así como adelante oiréis en la historia.

Dice el cuento que el caballero Zifar y la buena dueña su mujer vendieron aquello poco que habían y compraron dos palafrenes en que fuesen, y unas casas que habían, hicieron de ellas un hospital y dejaron toda su ropa en que yoguiesen los pobres, y fuéronse. Y llevaba en el caballo en pos de sí el un hijuelo, y la dueña el otro. Y anduvieron en diez días que salieron del reino onde eran naturales y entraron en el onceno; en la mañana, habiendo cabalgado para andar su camino, muriósele el caballo, de que recibió la dueña muy gran pesar, y dejose caer en tierra llorando de los ojos y diciéndole así: «Amigo señor, no toméis cuidado grande, ca Dios os ayudará, y subid en este palafrén y llevaréis estos dos hijuelos convusco, ca bien podré yo andar la jornada, con la merced de Dios». «Por Dios, señora», dijo el caballero, «no puede ser, ca sería cosa desaguisada y muy sin razón ir yo de caballo y vos de pie; ca según natura y razón mejor puede el varón sufrir el afán del camino que no la mujer; y por ende tengo por bien que subáis en vuestro palafrén y toméis vuestros hijuelos el uno delante y el otro de pos». Y hízolo así, y anduvieron su jornada ese día. Y otro día fueron hacer su oración a la iglesia y oyeron misa, que así lo hacían cada día antes que cabalgasen. Y después que hubieron oído misa tomaron su camino, que iba a una villa que decían Galapia, donde estaba una dueña viuda que había nombre Grima, cuya era aquella villa, que había guerra con un gran hombre su vecino, de mayor poder que ella; y era señor de las tierras de Éfeso, que es muy gran tierra y muy rica; y él había nombre Rodán. Y cuando llegaron aquella villa hallaron las puertas cerradas y bien guardadas, con recelo de sus enemigos. Y demandaron la entrada, y el portero les dijo que iría antes preguntarlo a la señora de la villa, y el caballero y la dueña, estando a la puerta esperando la respuesta de la villa, he vos aquí un caballero armado donde venía contra la villa en su caballo armado. Y llegose a ellos y dijo así: «Dueña, ¿qué hacéis aquí vos y este hombre que es aquí convusco? Partíos ende e idos vuestra vía, y no entréis a la villa, ca no quiere mío señor, que ha guerra con la señora de la villa de este lugar, que entre ninguno allá, mayormente de caballo». Y el caballero Zifar le dijo: «Caballero, nos somos de tierra extraña, y acaecimos por nuestra ventura en este lugar, y vinimos muy cansados y es muy tarde, hora de vísperas, y no habremos otro lugar poblado donde fuésemos albergar. Plégaos que finquemos aquí esta noche si nos acogieren, y luego cras en la mañana nos iremos donde Dios nos guiare». «Ciertas», dijo el caballero, «no fincaréis aquí, ca yo no he que ver en vuestro cansancio; mas partíos ende, si no, mataré a vos y levaré a la vuestra dueña y haré de ella a mi talante». Y cuando el caballero oyó estas palabras tan fuertes, pesole de corazón y díjole: «Ciertas, si vos caballero sois, no haréis mal a otro hidalgo, así no desafiar, mayormente no os haciendo tuerto». «¿Cómo?», dijo el otro, «¿cuidáis escapar por caballero, siendo rapaz de esta dueña? Si caballero sois,

subid en ese caballo de esa dueña, y defendedla». Cuando esto oyó el caballero Zifar, plúgole de corazón porque tamaño vagar le daba de cabalgar. Y subió en el palafren de que la dueña descendiera. Y un velador que estaba en la torre sobre la puerta, doliéndose del caballero y de la dueña, echole una lanza que tenía muy buena, y díjole: «Amigo, tomad esta lanza y ayúdeos Dios».

Y el caballero Zifar tomó la lanza, ca él traía su espada muy buena, y dijo al otro caballero que estaba muy airado: «Ruégoos por amor de Dios que nos dejemos en paz, y que queráis que holguemos aquí esta noche. Y hágoos pleito y hombrenaje que nos vayamos cras, si Dios quisiere». «Ciertas», dijo el caballero, «ir os conviene, y defendeos». Y el caballero Zifar dijo: «Defiéndanos Dios, que puede». «¿Pues de tan vagar está Dios», dijo el otro, «que no ha que hacer sino de nos venir a defender?». «Ciertas», dijo el caballero Zifar, «a Dios no es ninguna cosa grave, y siempre ha vagar para bien hacer, y aquel es ayudado y acorrido y defendido aquel a quien quiere él ayudar y acorrer y defender». Y dijo el caballero: «¿Por palabras me queréis detener?» E hincó las espuelas al caballo y dejose venir para él, y el caballero Zifar para el otro. Y tal fue la ventura del caballero armado que erró de la lanza al caballero Zifar, y él fue herido muy mal, de guisa que cayó en tierra muerto. Y el caballero Zifar fue tomar el caballo del muerto por la rienda, y trájolo de la rienda a la dueña, que estaba cuitada, pero rogando a Dios que guardase a su marido de mal.

Y ellos estando en esto, he vos el portero y un caballero donde venían, a quien mandaba la señora de la villa que tomasen hombrenaje del caballero que no viniese ningún mal por ellos a la villa y que los acogiesen. Y el portero abrió la puerta, y el caballero con él y dijo al caballero Zifar: «Amigo, ¿queréis entrar?» «Queremos», dijo el caballero Zifar, «si a vos pluguiese». Y el caballero le dijo: «Amigo, ¿sois hidalgo?» «Ciertas sí soy», dijo el caballero Zifar. «¿Y sois caballero?» «Sí», dijo él. «¿Y aquellos dos mozos? ¿Y esta dueña, quién es?» «Mi mujer», dijo él, «y aquellos dos mozos son nuestros hijuelos». «¿Pues haceisme hombrenaje», dijo el otro, «así como sois hidalgo, que por vos ni por vuestro consejo, no venga mal ninguno a esta villa ni a ninguno de los que y moran?» «No», dijo el caballero, «mas para en todo tiempo». Y el caballero Zifar le dijo que no lo haría, ca no sabía que le había de acaecer con alguno de la villa en algún tiempo. «Ciertas pues, no entraréis acá», dijo el caballero, «si este hombrenaje no me hacéis». Y ellos estando en esta porfía, dijo el velador que estaba en la torre, el que le diera la lanza al caballero Zifar: «Entraos en bien, ca cien caballeros salen de aquel monte y vienen cuanto pueden de aquí allá». Y sobre esto estando, dijo el caballero de la villa: «Amigo, ¿queréis hacer este hombrenaje que os demando?; y si no, entraré y cerraré la puerta». Y entonces el caballero Zifar dijo que hacía el hombrenaje de guardar la villa y los que y eran si no le hiciesen porque no lo debiese guardar. «Amigo», dijo el caballero, «aquí no os harán sino todo placer». «Y yo os hago el hombrenaje», dijo el caballero, «como vos demandáis, si así fuere». Y así acogieron a él y a la dueña y a sus hijos, y cerraron la puerta de la villa.

Y en cabalgando y queriéndose ir a la posada, llegaron los cien caballeros y demandaron al velador: «Di, amigo, ¿entró acá un caballero armado?» «¿Y quién sois vos», dijo el velador, «que lo demandáis?». «Ciertas», dijo el uno de ellos, «conocernos debíais, que muchas malas sonochadas y malas matinas habéis de nos recibidas en este lugar». «Verdad es», dijo el velador, «mas cierto soy que a mal iréis de aquí esta vegada». «Villano traidor», dijo el caballero, «¿cómo podría ser eso? ¿Es preso el caballero que acá vino, por quien nos demandamos?». «Ciertas no es preso», dijo el velador, «mas es muerto. Y catadlo donde yace en ese barranco, y lo hallaréis muerto». «¿Y quién lo mató?», dijo el caballero. «Su soberbia», dijo el velador. «¿Pero quién?», dijo el caballero. «Ciertas», dijo, «un caballero viandante que ahora llegó aquí con su mujer». Los caballeros fueron al barranco y halláronlo muerto. Y el caballero muerto era sobrino de aquel que había guerra con la señora de la villa, y comenzaron a hacer el mayor duelo que podría ser hecho por ningún hombre. Y tomaron el caballero muerto y fueron haciendo muy gran duelo.

Y la señora de la villa cuando oyó este ruido y tan gran llanto que hacían, maravillose qué podría ser, y andaba demandando que le dijese que qué era. Y en esto entró el caballero que había enviado que recibiese el homenaje de aquel que lo vio, ca luego que oyó el ruido subió a los andamios con la otra gente que allá subía para defenderse. Y contole cómo este caballero que entrara en la villa había muerto aquel sobrino de su enemigo; el caballero más atrevido que él había, y el más soberbio, el que mayor daño había hecho aquella villa, por quien se levantara aquella guerra entre su tío y la señora de la villa, porque no quería casar con este sobrino de aquel gran señor. La señora de aquella villa, cuando lo oyó plúgole de corazón, y tuvo que Dios adujera a aquel caballero extraño a aquel lugar por afinamiento de la su guerra. Y mandó a ese su caballero que le hiciese dar muy buena posada, y que le hiciese mucha honra; y el caballero hízolo así.

Y otro día en la mañana después de las misas, el caballero Zifar y su mujer, queriendo cabalgar para irse, llegó mandado de la señora de la villa que se fuese para allá y que quería hablar con ellos. Y el caballero Zifar pesole porque se habían a detener, que perdían su jornada; pero fuéronse allá para la señora de la villa, y ella preguntó en cuál manera eran allá venidos. Y el caballero le dijo que eran salidos de su tierra, no por maleficios que tuviesen hechos, mas con gran pobredad en que cayeran, y que habían vergüenza de vivir entre sus parientes, y que por eso salieran de su tierra a buscar vida en otro lugar donde no los conociesen.

Y la señora de la villa pagose del buen razonar y del buen seso y del buen sosiego del buen caballero y de la dueña, y dijo: «Caballero, si vos con esta vuestra dueña quisierais aquí morar, os daría yo un hijo mío pequeño que criéis, y os haría estos vuestros hijos con el mío». «Señora», dijo el caballero, «no me semeja que lo pudiese hacer, y no querría cosa comenzar a que no pudiese dar cabo». Y la señora de la villa le dijo: «Esperad aquí hoy, y cras pensad en ello más; y me responderéis». Y el caballero Zifar pesole mucho, pero húboselo de otorgar.

Y estos dos días recibieron mucha honra y mucho placer de la señora de la villa, y todos los caballeros y los hombres buenos venían ver y a solazar con el caballero Zifar, y todas las dueñas con su mujer, y hacíanles sus presentes muy grandamente. Y tan gran alegría y tan gran conhorto tomaban con aquel caballero que les semejaba que de toda la guerra y de toda la premia en que estaban eran ya librados con el andanza buena que Dios diera aquel caballero en matar aquel sobrino de aquel gran señor su enemigo.

Y en esto la señora de la villa envió por la dueña, mujer del caballero Zifar, y rogole muy ahincadamente que trabase con el caballero su marido que fincase y con ella, y que partiría con ellos muy de buenamente lo que hubiesen. Y tan grande fue el afincamiento que le hizo, que lo hubo de otorgar que trabajaría con su marido que lo hiciese. Y cuando la mujer del caballero fue en su posada, habló luego con su marido y preguntole que le semejaba de la fincada que la señora de la villa les demandaba. «Ciertas», dijo él, «no sé y escoger lo mejor, ca ya veo que tenemos mester bien hecho de señores por la nuestra pobreza en que somos; y de la otra parte, la fincada de que veo es muy peligrosa y con muy gran trabajo; ca la guerra que esta dueña que hubo hasta aquí con aquel gran señor, de aquí adelante será muy ahincadamente entre ellos por la muerte de aquel caballero su sobrino que yo maté por la su desventura». «Amigo señor», dijo ella, «nos venimos cansados de este luengo camino y traemos nuestros hijuelos muy flacos; y si por bien lo tuvieseis, tendría que sería bien que holgásemos aquí algún día». «Ciertas», dijo el caballero Zifar, «si a vos place, a mí hace pro; quiera Dios por la su merced que nos recuda a bien esta fincada». «Amén», dijo la dueña.

Y ellos estando en esto, entró un caballero de la villa por la puerta, y díjoles así: «Caballero, a vos y a la vuestra buena dueña envía decir la señora de la villa que os vengáis luego para allá, y que os lo agradecerá». Y ellos hiciéronlo así. Y cuando llegaron y donde la señora de la villa estaba hablando con todos los caballeros y los hombres buenos y las dueñas de aquel lugar, la señora de la villa se levantó a ellos y recibiolos muy bien y dijo así: «Caballero, no me quería poner a cosa que no supiese ni pudiese hacer».

Un caballero de los de la villa, y de los muy poderosos, levantose entre los otros y díjole: «Caballero extraño, yo no sé quién vos sois, mas por cuanto yo entiendo en vos, creo que sois de buen lugar y de buen entendimiento; y porque soy cierto que vos haréis mucho bien en este lugar por vos, me placería ya mucho que fincaseis aquí con nuestra señora y dos hijuelos, y os daría la tercia parte de todo cuanto yo he para vos y vuestra dueña con que os mantuvieseis». «Muchas gracias», dijo el caballero Zifar, «de vuestro buen talante». Y la señora de la villa dijo: «Caballero bueno, ¿no os semeja que es bien de hacer aquello que os decía aquel caballero? Es de los más poderosos y de mejor lugar, y más rico de esta tierra». «Señora», dijo la mujer del caballero Zifar, «decidle que finque aquí convusco un mes, y entretanto hablaremos lo que tuviereis por bien». «Por Dios, señora», dijo la señora de la villa, «muy bien

dijistes. Y caballero, ruégoos que lo queráis así hacer». «Ciertas», dijo el Caballero, «hacerlo he, pues a mi mujer place, comoquiera que me pluguiera que menos tiempo tomase para esta holgura».

Todos los que estaban en aquel palacio recibían gran placer con la fincada de este caballero, y la señora de la villa dijo entonces: «Caballero bueno, pues esta gracia habéis hecho a mí y a los de este lugar, y ruégoos que en aquello que entendiereis guiar y endrezar nuestros hechos, que lo hagáis». Y el caballero Zifar respondió que así lo haría muy de grado, en cuanto pudiese. Y entonces mandó la señora de la villa que pensasen de él, y que le diesen todas aquellas cosas que le fuesen mester.

Al tercer día después de esto, en la gran mañana antes del alba, fueron en derredor de la villa tres mil caballeros muy bien aguisados, y muy gran poder de peones y de ballesteros de los enemigos de la señora de la villa, y comenzaron a hincar las tiendas en derredor de la villa a gran prisa. Y cuando los veladores lo sintieron comenzaron a decir: «¡Armas, armas!» El ruido fue tan grande a la vuelta por la villa, cuidando que se la querían entrar, y fueron todos corriendo a los andamios de los muros, y si no fueran y llegados perdiérase la villa, tan recio se llegaban los de fuera a las puertas. Y desde que fueron arredrando de día divisáronlo mejor, y fuéronlos arredrando de la villa los ballesteros; ca tenían muchos garatos y muchas ballestas de torno biriculas para defenderse, así como aquellos que estaban apercebidos para tal hecho. Y el caballero Zifar en estando en su cama, preguntó al huésped qué gente podría ser, y díjole que de tres mil caballeros arriba y muy gran gente de pie. Y preguntoles que cuántos caballeros podrían ser en la villa; y dijo que hasta ciento de buenos. «Ciertas», dijo el caballero Zifar, «con ciento de buenos cuidaría acometer con la merced de Dios mil caballeros de no tan buenos». «Y si vos», dijo el huésped, «a corazón lo habéis de proeza, asaz habéis aquí de buenos caballeros con quien lo hacer; y maravillome siendo tan buen caballero como dicen que sois, cómo os sufre el corazón de os estar aquí en la cama a tal prisa como esta». «¿Cómo?, dijo el caballero, «¿quieren los de aquí salir a lidiar con los otros?». Dijo el huésped: «¿No semejaría gran locura en lidiar ciento con mil?» «¿Y pues así estarán siempre encerrados?», dijo el caballero, «¿y no harán ninguna cosa?» «No sé», dio el huésped, «mas tengo que haríais mesura y cordura en llegar aquel consejo en que están los caballeros ahora». «Ciertas», dijo el caballero, «no lo haré, ca sería gran locura de allegar a consejo antes que sea llamado.» «Por Dios, caballero», dijo el huésped, «seméjame que vos excusaríais de buenamente de lidiar; y tengo que seríais mejor para predicador que no para lidiador». «Ciertas», dijo el caballero Zifar, «verdad es; que más de ligero se dicen las cosas que no se hacen». Cuando esto oyó el huésped, bajó la cabeza y salió de la cámara diciendo: «Algo nos tenemos aquí guardado, estando los otros en el peligro que están, y él muy sin cuidado».

Y fuese para la señora de la villa, con quien estaban los caballeros y la gente habiendo su acuerdo cómo harían. Y cuando la señora de la villa lo vio, preguntole y díjole: «¿Qué es de tu huésped?» Y él le dijo: «Señora, yace en su cama sin cuidado

desto en que vos estáis». «Ciertas», dijo la señora de la villa, y los otros que y eran con ella, «maravillámosnos mucho de tal caballero como él es, y de tal entendimiento, en así errarlo. «¿Y él qué te decía», dijo la señora de la villa, «de esta prisa en que estamos?» «Señora, yo le preguntaba que cómo no venía a este acuerdo en que estábais. Y él díjome que sería locura en llegar a consejo de ninguno, antes que fuese llamado». «¡Por Dios!», dijeron todos, «dijo como hombre sabio». «¿Y díjote más?», dijo la señora de la villa. «Ciertas, señora, yo le dije que me semejaba más para predicador que no para lidiador, y él díjome que decía verdad, ca más de ligero se pueden decir las cosas que no hacerse. Y aún preguntome más: cuántos caballeros se podrían haber aquí en la villa; y yo díjele que ciento de buenos; y él díjome que con cien caballeros de buenos podría hombre acometer mil de no tan buenos». Y esta palabra plugo algunos y pesó a los otros; ca bien entendieron que si guiar se hubiesen por este caballero, que los metería en lugar donde las manos hubiesen mester.

«Ciertas», dijo la señora de la villa, «no es menester de deternos de no enviar por él». Y mandó a dos caballeros de los mejores que fuesen luego por él, y que lo acompañasen. Y ellos llegaron a él, halláronlo que oía misa con muy gran devoción, y su mujer con él. Y después que fue acabada la misa, dijéronle los caballeros que le enviaba rogar la señora de la villa que se fuese para allá. «Muy de grado», dijo el caballero, y fuese con ellos. Y yendo en uno preguntole un hombre bueno de la villa: «Caballero, ¿qué os semeja de cómo estamos con estos nuestros enemigos?» «Ciertas», dijo, «amigo, seméjame que os tienen en estrechura, si Dios no os ayuda y el vuestro buen esfuerzo; ca todo es y mester».

Y cuando llegaron al palacio levantose la señora de la villa a él, y todos cuantos eran con ella, y díjole así: «Caballero bueno, ¿no veis cuán apremiados nos tienen estos nuestros enemigos?» «Ciertas», dijo, «señora, seméjame que os tienen en estrechura, si Dios no os ayuda y el vuestro buen esfuerzo; ca todo es y mester» «Ciertas, señora», dijo él, «oí decir que vinieron combatir hasta las puertas de la villa». Y la señora de la villa le dijo: «Pues, caballero, ¿os esforzaréis», dijo la señora de la villa, «de hacer algo contra estos nuestros enemigos?». «Señora», dijo él, «con esfuerzo de Dios y de esta buena gente». «Pues mando yo», dijo la señora de la villa, «que todos cuantos son aquí en la villa, que se guíen por vos y hagan vuestro mandado. Y esto mando yo con consentimiento y con placer de todos ellos». Y dijo la señora de la villa a los suyos: «¿Es así como yo digo?» Respondieron ellos todos: «Sí, señora». «Señora», dijo el caballero, «mandad a todos los caballeros hijosdalgo ayuntar, y a los otros que estén guisados de caballos y de armas». Y la señora de la villa mandolo así hacer, y ellos luego se apartaron. Y desí el caballero tomó de ellos hombrenaje que le siguiesen e hiciesen por él y que no le desamparasen en el lugar donde hubiese mester su ayuda. Y ellos hiciéronlo así. «Ahora, señora», dijo el caballero, «mandadles que hagan alarde cras en la mañana, lo mejor que cada uno pudiere, tan bien caballeros como escuderos y ballesteros y peones; y si algún

aguisamiento tenéis de caballero, mandádmelo prestar». «Ciertas», dijo ella, «muy de grado; ca os daré el aguisamiento de mi marido, que es muy bueno». «Señora», dijo el caballero, «no lo quiero donado mas prestado; ca heredamiento es de vuestro hijo, y por ende vos no lo podéis dar a ninguno».

Y otro día en la mañana salieron a su alarde muy bien aguisados, y hallaron que había, de caballeros hijosdalgo buenos, ciento y diez caballeros; y de escuderos hijosdalgo cincuenta, comoquiera que no habían lorigas de caballo. Y los otros ruanos de la villa hallaron y aguisados sesenta. Y así fueron por todos doscientos y veinte. «Ciertas», dijo el caballero Zifar, «gente hay aquí para defender su tierra, con merced de Dios». La señora de la villa dio al caballero el aguisamiento que le prometiera, muy rico y muy hermoso, y probolo ante todos y enderezolo donde entendió que era mester. Y mandó a los otros que lo hiciesen así a los sus aguisamientos, y bien daba a entender que algún tiempo anduviera en hecho de caballería; ca muy bien sabía enderezar sus guarniciones, y entre todos los otros parecía bien armado y muy hermoso y muy valiente.

Esta señora de la villa estaba en los andamios de su alcázar, y paró mientes en lo que hacía cada uno, y vio el caballero Zifar cómo andaba requiriendo los otros, y castigándolos, y plúgole mucho.

Y desí mandoles el caballero Zifar que se fuesen cada uno a sus posadas y comiesen, y a hora de nona que recudiesen todos a aquella plaza; e hiciéronlo así. El caballero Zifar paró mientes en aquel caballo que había ganado del caballero que había muerto a la puerta de la villa, y hallolo que era bueno y muy enfrenado y muy valiente, y plúgole mucho con él. Y a la hora de nona llegaron todos en la plaza según les había mandado, y díjoles así: «Amigos, a los que tienen en prisa y en premia, no se deben dar vagar, mas deben hacer cuanto pudieren por salir de aquella premia y prisa; ca natural cosa es del que está en premia querer salir de ella así como el siervo de la servidumbre; y por ende ha mester que antes que aquellos de aquella hueste se carguen y se fortalezcan, que les hagamos algún rebate de mañana». Y ellos dijeron que de como él mandase, que ellos así harían. «Pues aparejaos», dijo el caballero Zifar, «en manera que antes que el alba quiebre, seamos con ellos». Dijeron ellos que lo harían de buenamente. Y dijo el caballero Zifar: «Vayamos a andar por los andamios del muro, y veremos cómo están asentados». Y el caballero Zifar vio dos portillos grandes en la cerca que no estaba y gente ninguna, y preguntó: «¿Qué es aquel espacio que está y vacío?» «Ciertas», dijeron ellos, «la cerca de la villa es grande, y no la pueden todos cercar». Y vio un lugar donde estaban tiendas hincadas, y díjole un caballero de la villa: «El señor de la hueste está allá». «¿Y onde lo sabéis vos?» dijo el caballero. «Ciertas», dijo él, «uno de los nuestros barruntes que vino de allá». E hizo llamar a aquel barrunte, y preguntole el caballero Zifar: «Di, amigo, ¿el señor de la hueste posa en aquellas tiendas?» «Sí», dijo él, «yo lo vi cabalgar el otro día; semejome que podrían ser hasta tres mil y quinientos caballeros entre buenos y malos». «¿Y hay gran gente de hijosdalgo?», dijo el caballero. «Ciertas», dijo, «no

creo que sean de doscientos caballeros arriba». «¿Y todos estos caballeros hijosdalgo están con el señor de la hueste en el su real?» «Ciertas no», dijo él, «ca apartó los caballeros hijosdalgo por la hueste, porque no fiaba en los otros; ca son ruanos y no vinieron de buenamente a esta hueste». «Mucho me place», dijo el caballero Zifar, «ca semeja que Dios nos quiere hacer merced». Y dijo a otro caballero: «Si más bien habemos a hacer y, en la cabeza habemos a herir primeramente». «Por Dios», dijo el otro caballero, «decís muy bien, y nos así lo haremos; ca si lo de más fuerte nos les vencemos, lo más flaco no se nos puede bien defender». «¿Y por dónde podríamos haber entrada», dijo el caballero Zifar, «por que los saliésemos a las espaldas, que no lo sintiesen?». «Yo lo sé bien», dijo el otro caballero. «Pues comencemos», dijo el caballero Zifar, «en el nombre de Dios, cras en la mañana, y vos guiadnos y por donde vos sabéis que está la entrada mejor». Y el caballero dijo que él lo haría de buenamente.

Y ellos estando en esto, he vos donde venían seiscientos caballeros y gran gente de pie. Y los de la villa preguntaron al caballero Zifar si saldrían a ellos, y él les dijo que no, mas que defendiesen su villa; ca mejor era que los de fuera no supiesen cuánta gente era en la villa, y que por esta razón no se apercibirían, cuidando que eran menos, y que no los acometieran. Y llegaron los otros cerca de los muros de la villa, tirando de piedras y de fondas y de saetas, y haciendo gran ruido; pero el que se llegaba a las puertas o al muro no se partía ende sano, de cantos y de saetas que les tiraban de la villa. Y así fueron muchos muertos y heridos esa noche de esta guisa. Y entre ellos andaba un caballero grande armado de unas armas muy divisadas, el campo de oro y dos leones de azul. «Amigos», dijo el caballero Zifar, «¿quién es aquel que aquellas armas trae?». Y dijéronle que el señor de la hueste, y el caballero Zifar calló y no quiso más preguntar, pero que paró mientes en las armas de aquel señor de la hueste y divisolas muy bien, y dijo a los otros: «Amigos, id a buenas noches, y holgad hasta cras en la gran mañana, que oigáis el cuerno; y ha mester que seáis apercibidos y que os arméis muy bien, y que salgáis a la plaza, en manera que podamos ir allá donde Dios nos guiare». Y cada uno de ellos derramaron y fueron para sus casas y posadas, y el caballero Zifar para la iglesia. Y rogó al clérigo que otro día antes de maitines que fuesen en la plaza, y que armase su altar para decir la misa. Y el clérigo la dijo muy bien y muy aína, en manera que todos vieron el cuerpo de Dios y se acomodaron a él. Desí el caballero Zifar cabalgó y díjoles así: «Amigos, los cien caballeros hijosdalgo y los cincuenta escuderos de caballo y doscientos escuderos de pie vayámonos todos lo más escondidamente que podremos por este val ayuso donde no posan ningunos de los de la hueste, antes estaban arredrados. Y guiábalos un caballero que dijeron antenoche que los guiaría. Y cuando fueron allende de la hueste, parose el caballero que guiaba, y dijo al caballero Zifar: «Ya somos arredrados de la hueste bien dos trechos de ballesta». «¿Pues por dónde iremos», dijo el caballero Zifar, «al real del señor de la hueste?». «Yo os guiaré», dijo el caballero. «Guiadnos», dijo el caballero Zifar, «ca me semeja que

quiere quebrar el alba; y llegad cuanto pudiereis al real, y cuando fuereis cerca tocad este cuerno y nos moveremos luego e iremos herir en ellos. Todos tengamos ojo por el señor de la hueste, ca si y nos hace Dios merced todo lo habremos desbaratado».

Y un cuerno que traía al cuello fue lo dar al caballero, con que hiciese la señal, y movieron luego muy paso, y fueron yendo contra el real. Y tanta merced les hizo Dios que no hubo y caballo que relinchase; antes fueron muy asesegados hasta que llegaron muy cerca de la hueste. Y el caballero que los guiaba comenzó a tocar el cuerno, ca entendió que las velas lo barruntarían. Y luego el caballero Zifar movió contra la otra gente y fueron herir en la hueste muy de recio, llamando: «Galapia, por la señora de la villa». Los de la hueste fueron muy espantados de este arrebató tan a deshora, y no se pudieron acorrer de sus caballos ni de sus armas; y estos otros mataban tan bien los caballos como hombres cuantos hallaban, y no paraban mientes por prender, mas por matar, y los que escapaban de ellos íbanse para las tiendas del señor de la hueste.

Y así se barrearón aderedor de escudos y de todas las cosas que pudieron haber, que los no pudieron entrar con el embargo de las tiendas. Y ellos que se defendían muy de recio, así que el caballero Zifar iba recibiendo muy gran daño en los sus caballeros, y tornose a los suyos y díjoles: «Amigos, ya de día es, y veo grandes polvos por la hueste, y semejaba que se alborotaban para venir a nos; y vayámonos, que asaz habemos hecho y cumple para la primera vegada». Y fuéronse tornando su paso contra la villa.

El señor de la hueste armorese muy toste^[16] en la tienda y salió en su caballo, y su hijo con él, y seis caballeros que se uviaron a correr de armar, y movieron contra la villa. Y el caballero Zifar cuando los vio, mandó a los suyos que anduviesen más, antes que los de la hueste llegasen, ca no es vergüenza de ponerse hombre a salvo cuando ve mejoría grande en los otros, mayormente habiendo caudillo de mayor estado. Y el caballero Zifar iba en la zaga diciéndoles que anduviesen cuanto pudiesen, ca muy cerca les venían, comoquiera que venían muy derramados, unos en pos otros. Y el señor de la hueste vio las armas que fueron del señor de Galapia. «Ciertas si vivo es, cierto soy que él haría tal hecho como este, ca siempre fue buen caballero de armas, pero no podría ser, ca yo me acerté en su muerte y a su enterramiento. Y él no dejó sino un hijo muy pequeño, mas bien cuido que dieron las armas porque se guiasen los otros». Y tan cerca venían ya de los de la villa, que se podían entender unos a otros lo que se decían. El caballero Zifar volvió la cabeza y violos venir cerca de sí y conoció en las armas al señor de la hueste, las que viera antenoche. Y venía en los delanteros y no venía con él sino un hijo y otro caballero, y eran muy cerca de alcantarilla donde tenía la otra gente el caballero Zifar. Y dio una voz a la su compañía e dijo: «Atendedme». Y volviöse de rostro contra el señor de la hueste y puso la lanza so el sobaco y dijo así: «Caballero, defendeos». «¿Y quién eres tú», dijo el señor de la hueste, «que a tanto te atreves?». «Ciertas», dijo el caballero Zifar, «ahora lo veréis». E hincó las espuelas al caballo y fue lo herir, y diole una gran

lanzada por el costado que le paso las guarniciones, y metiose por el costado la lanza bien dos palmos, y dio con él en tierra. La su gente, como iban viniendo, iban hiriendo sobre él y trabajábanse mucho de lo desponer del caballo. Y entretanto el caballero Zifar tornose con su gente y pasaron el alcantarilla en salvo. Y más merced hizo Dios al caballero Zifar y a su gente; que el hijo del señor de la hueste, cuando vio que el su padre era derribado, hincó las espuelas al caballo y fue herir un caballero de los de la villa; pero que no lo empeció, y metiose en la espesura de la gente y apresáronle, y así lo llevaron preso a la villa.

Y el duelo fue muy grande en la hueste, cuidando que su señor era muerto. Y después que lo llevaron a las tiendas del real y lo desnudaron, hallaron que tenía una gran herida en el costado. Y cuando demandaron por su hijo y no lo hallaron, tuviéronse por mal andantes más de cuanto eran; ca tuvieron que era muerto o preso. Y cuando entró en su acuerdo el señor de la hueste, vinieron los cirujanos a catarlo, y dijeron que lo guarecerían muy bien con merced de Dios. Y él se conhortó cuanto pudo y demandó por su hijo, y ellos le dijeron que era ido a andar por la hueste por asosegar su gente, y plúgole mucho y dijo que lo hacía muy bien. Los caballeros de la hueste enviaron luego un caballero de la hueste a la villa a saber del hijo de su señor si era muerto o vivo o preso.

Y el caballero cuando llegó cerca de la puerta de la villa, hincó la lanza en tierra y dijo que no tirasen saetas, que no venía sino para saber una pregunta. Y el velador que estaba sobre la puerta le dijo: «Caballero, ¿qué demandáis?» «Amigo», dijo el caballero, «decidme qué sabéis del hijo del señor de la hueste, si es preso o muerto». «Preso es», dijo el velador. «Ciertas», dijo el caballero, «muy mal escapamos nos de esta cabalgada». Y con tanto se tornó para los de la hueste y díjoles en cómo su hijo del señor de la hueste era preso y sin herida ninguna.

Y cuando fue en la tarde acerca de vísperas, llamó el señor de la hueste aquellos hombres buenos que solía llamar a su consejo, y preguntoles qué les semejaba de este hecho. Y los unos le decían que no diese nada por ello, que Dios le daría mucho aína venganza; y los otros le decían que tales cosas como estas siempre acaecían en las batallas; y los otros le decían que parase mientes si en esta demanda que hacía contra aquella dueña, si tenía derecho, y si no, que se dejase de ello, siquiera por lo que aconteciera en este día en él y en su hijo. «¿Cómo?», dijo el señor de la hueste, «¿es muerto el mi hijo?». «No», dijeron los otros, «mas es preso sin herida ninguna». «¿Y cómo fue preso?», dijo el señor de la hueste. «Ciertas», dijeron, «cuando a vos hirieron, fue hincar las espuelas al caballo, y fue herir en aquellos, y metiose en un tropel y desapoderáronle». «¡Bendito sea Dios!», dijo el padre, «pues que vivo es mío hijo y sano. Y amigos y parientes, quiéroos decir una cosa: que si el sobrino me mataron en este lugar, y el mío hijo tienen preso y a mí hirieron, creo que Dios que quiere ayudar a ellos y empecer a nos; ca yo tengo a la dueña tuerto grande, y le he hecho muchos males en este lugar, ella no mereciéndolo; porque ha mester que conozcamos nuestro yerro y nos arrepintamos de él y hagamos a Dios y a la dueña

enmienda; ca si no, bien creo que Dios nos lo querrá acaloñar más ciertamente».

Levantose un caballero su vasallo, hombre de Dios y de muy buen consejo, y fuele besar las manos, y díjole así: «Señor, agradezco mucho a Dios cuanta merced ha hecho a vos y a nos hoy en este día, en os querer poner en corazón de conocer vos que tenéis tuerto a esta dueña: lo que nunca quisistes conocer hasta ahora, siendo manifiesto a todas las gentes que era así. Y por ende, señor, cobrad vuestro hijo y demandad perdón a la dueña del mal que le hicistes, y aseguradla de aquí adelante que de nos no reciba mal; y yo os seré fiador sobre la mi cabeza que Dios os ayudará en todas las cosas que comenzareis con derecho, así como a esta dueña contra vos, y las acabaréis a vuestra voluntad». «Ciertas, mío vasallo bueno y leal», dijo el señor de la hueste, «pláceme con lo que decís, ca me aconsejáis muy bien, a honra y a pro del cuerpo y del alma en llevarlo delante en aquella manera que entendiereis que mejor será; pero querría saber quién fue aquel que me hirió». «¿Cómo?», dijo el caballero, «¿lo queréis acaloñar?» «No», dijo el señor de la hueste, «mas querría conocerlo por hacerle honra doquier que lo hallase; ca bien os digo que nunca un caballero vi que tan apuestamente cabalgase ni tan apoderado ni tan bien hiciese de armas como aqueste». «Ahora, señor», dijo el caballero, «holgad esta noche y nosotros andaremos en este pleito». «En el nombre de Dios», dijo el señor de la hueste.

La señora de la villa, antes de maitines, cuando oyó el cuerno tocar en la villa para quererse ir los suyos contra los de la hueste, luego fue levantada y envió por la mujer del caballero Zifar, y siempre estuvieron en oración, rogando a Dios que guardase los suyos de mal, como aquella que tenía que si por sus pecados los suyos fuesen vencidos, que la villa luego sería perdida y ella y su hijo cautivos y desheredados para siempre. Mas Dios poderoso y guardador y defendedor de las viudas y de los huérfanos, viendo cuanto tuerto y cuanta soberbia había recibido hasta aquel día, no quiso que recibiese mayor quebranto, mas quiso que recibiese honra y placer en este hecho. Y cuando los sus caballeros se estaban combatiendo en el real con los de la hueste, envió una doncella a los andamios, que parase mientes en cómo hacían. Y la doncella tornose y dijo: «Señora, en las tiendas del real del señor de la hueste hay tan grandes polvos que en los cielos contienen, en manera que no podíamos ver quién hacía aquel polvo; y porque arraya ahora el sol, hace aquel polvo tan bermejo que semejava sangre; pero que vemos que todos los otros que estaban en derredor de la villa se armaban cuanto podían y van corriendo contra las tiendas del señor de la hueste donde son aquellos polvos».

Y cuando la señora de la villa oyó estas palabras, cuidando que los suyos no podrían sufrir aquella gente contraria, que era muy grande, y que serían vencidos, teniendo su hijuelo en los brazos, comenzó a pensar en ello y dio una gran voz como mujer salida de seso, y dijo: «¡Santa María valga!», y dejose caer en tierra transida, de guisa que su hijuelo se hubiera a herir muy mal sino que lo recibió en los brazos la mujer del caballero Zifar. Así que todas cuantas dueñas y eran cuidaron que era muerta; de guisa que ni por agua que la echasen, ni por otras cosas que le hiciesen no

la podían meter en acuerdo. Y el duelo y las voces de las doncellas y dueñas que había en la villa todas eran y con ella; ca las unas tenían sus maridos en la hueste, y las otras sus hermanos y las otras sus parientes y sus padres y sus hijos, de que estaban con muy gran recelo.

Los que estaban en los andamios vieron salir un tropel de caballeros de aquel polvo mucho espeso, y enderezaban contra la villa y vinieron luego a la señora de la villa y dijeron por la conhortar: «Señora, he aquí los vuestros caballeros donde vienen sanos y alegres, loado sea Dios, y conhortaos». Pero de ella no podían haber respuesta ninguna; antes semejaba a todos que era muerta. Y después que los caballeros pasados el alcantarilla, y entraron en la villa y les dijeron estas nuevas de cómo la señora de la villa era muerta, pesoles muy de corazón, y la gran alegría tornóseles en gran pesar; y así como lo oyeron dejáronse caer todos de los caballos en tierra, dando muy grandes voces, y haciendo muy gran llanto.

Y el caballero Zifar estaba muy cuitado y llamolos a todos y díjoles así: «Dios nunca fue desigual en sus hechos, y pues Él tan gran buena andanza nos dio hoy en este día, por razón de ella no creo que nos quisiese dar tan gran quebranto otrosí por ella; ca semejaría contrario a sí mismo en querer que el su comienzo fuese bueno y malo el acabamiento; ca Él siempre suele comenzar bien y acabar mejor, y acrecentar bien en sus bienes y en sus dones, mayormente a aquellos que se tienen con Él. Y vayamos a saber cómo murió, ca yo no puedo creer que así sea; y por ventura nos mintieron».

Las dueñas, estando en derredor de su señora, llorando y haciendo gran llanto, oyeron una voz en la capilla donde estaba su señora, que dijo así: «Amiga de Dios, levántate, que tu gente está desconhortada y tienen que cuanta merced les hizo Dios mío hijo el Salvador del mundo hoy en este día, que se les es tornada en contrario por esta tu muerte; y creí que voluntad es de mío hijo de enderezar este tu hecho a tu voluntad y a tu talante». Todas las dueñas que y estaban fueron muy espantadas y maravilláronse ónde fuera esta voz que y oyeran tan clara y tan dulce. Y tan grande fue la claridad entonces en la capilla que les tolliera la lumbre de los ojos, de guisa que no podían ver una a otra. Y a poca de hora vieron a su señora que abrió los ojos y alzó las manos ayuntadas contra el cielo y dijo así: «¡Señora, Virgen Santa María, abogada de los pecadores y consoladora de los tristes, y guiadora de los errados y defendedora de las viudas y de los huérfanos que mal no merecen! Bendito sea el hijo de Dios que por el Espíritu Santo que en ti encarnó, bendicho sea el fruto que de ti salió y nació! Ca me tornaste por la tu santa piedad de muerte a vida, y me sacaste de gran tristeza en que estaba y me trajiste a gran placer». Todos los que y estaban oyeron muy bien lo que decía, y enviaron mandado a los caballeros de cómo su señora era viva. Así que todos tomaron gran placer y se fueron para allá, salvo ende el caballero Zifar, que se fue para su posada. Y cuando llegaron allá halláronla en su estrado asentada, llorando de los ojos con gran placer que había porque veía todos los de su compañía sanos y alegres. Y preguntoles y díjoles: «¿Qué es del buen caballero

Zifar que convusco fue?» Y ellos le dijeron: «Señora, fuese para su posada». «¿Y qué vos semeja de él?», dijo ella, «Señora», dijo un caballero antiguo, «seméjame que mejor caballero sea en todo el mundo en armas y en todas buenas costumbres que este caballero». «¿Y ayudoos bien?», dijo ella. «Por Dios, señora», dijo el caballero, «él comenzó el real del señor de la hueste muy de recio y muy sin miedo, conhortándonos y dándonos muy gran esfuerzo para hacer lo mejor. Y señora, no me semeja que palabra de ningún hombre tan virtuosa fue del mundo para conhortar y para esforzar su gente como la de aqueste caballero. Y creed ciertamente que hombre es de gran lugar y de gran hecho». La señora de la villa alzó las manos a Dios y agradeciole cuanta merced le hiciera en aquel día, y mandoles que fuesen para sus posadas. Y desí desarmáronse todos y fueron comer y a holgar. La mujer del caballero Zifar se quería ir para su marido, y ella no la dejó, ca trabó con ella mucho ahincadamente que comiese con ella, y ella húbolo de hacer. Y la señora de la villa la asentó consigo a la su tabla, e hízole mucha honra y diciendo así ante todos: «Dueña de buen lugar y bien acostumbrada y sierva de Dios, ¿cuándo podré yo galardonar a vuestro marido y a vos cuanta merced me ha hecho Dios hoy en este día por él y por vos? Ciertas, yo no os lo podría agradecer; mas Dios, que es poderoso y galardonador de todos hechos, Él os dé el galardón que merecéis; ca si no por vos el mío hijuelo muerto fuera, sino que lo recibistes en los brazos cuando yo me iba derribar con él de los andamios como mujer salida de entendimiento. Ciertas yo no sé dónde me caí, ca me semejó que de derecho en derecho que me iba para los andamios a derribar, con cuita y con recelo que tenía en mi corazón de ser vencidos aquellos caballeros que por mí fueron contra los de la hueste, y yo ser presa y cautiva y mío hijuelo eso mismo; mas Dios por la su merced quiso que por el buen entendimiento y la buena caballería y la buena ventura de vuestro marido fuésemos librados de este mal y de este peligro en que éramos». Y desí comenzaron a comer y a beber y haber solas. Y cuantos manjares enviaban a la señora de la villa, todos los enviaba al caballero Zifar, agradeciéndole cuanta merced le había Dios hecho.

Y cuando fue hora de nona envió por todos caballeros de la villa y por el caballero Zifar que viniese antes ella. Y llorando de los ojos dijo así: «Amigos y parientes y vasallos buenos y leales, ruégoos que me ayudéis a agradecer a este caballero cuanto ha hecho por nos, ca yo no se lo podría agradecer ni sabría, porque bien me semeja que Dios por la su merced le quiso a esta tierra guiar por afinamiento de esta guerra; pero que estoy con muy gran recelo que sea la guerra más ahincada por razón del señor de la hueste que es herido, y de su hijo que tenemos aquí preso. Ca él es mucho emparentado y de grandes hombres y muy poderosos, y luego que sepan estas nuevas serán con él y con todo su poderío para vengarle». «Señora», dijo el caballero Zifar, «tomad buen esfuerzo y buen conhorto en Dios; ca Él que os defendió hasta el día de hoy y os hace mucha merced, Él os sacará de este gran cuidado que tenéis, mucho a vuestra honra». «Caballero bueno», dijo ella, «sí fuera con el vuestro buen esfuerzo y con vuestro entendimiento». «Ciertas, señora», dijo él,

«yo haré y lo que yo pudiere con la merced de Dios». La señora de la villa preguntole si sería bien enviar por el hijo del señor de la hueste para hablar con él. Respondieron todos que sí, ca por aventura alguna carrera cataría para afinamiento de esta guerra; y luego enviaron por él, y él vino muy humildosamente e hincó los hinojos ante ella.

«Amigo», dijo ella, «mucho me place convusco, sábelo Dios». «Ciertas, señora», dijo él, «bien lo creo, que cuanto place a vos, tanto pesa a mi padre». «¿Cómo?», dijo ella, «¿no os place de ser aquí conmigo vivo, antes que muerto?». «Ciertas», dijo él, «sí, si mi padre es vivo, ca cierto soy que hará y tanto porque yo salga de esta prisión; y si muerto es, yo no querría ser vivo». «¿Y vuestro padre», dijo ella, «herido fue?». «Ciertas, señora», dijo él. «¿Y quién lo hirió?», dijo ella. «Un caballero», dijo él, «lo hirió que andaba muy ahincadamente en aquel hecho, y bien me semejó que nunca vi caballero que tan bien usara de sus armas como aquel». «¿Y lo conoceréis?», dijo ella. Sonriose un poco y díjole: «Amigo señor, sabéis vos que yo no tengo tuerto a vuestro padre, y hame hecho grandes daños y grandes males, y no sé por cuál razón. Pero amigo, decidme si podría ser por alguna carrera que se partiese esta guerra y este mal que es entre nos». «Ciertas, señora, no lo y sé», dijo él, «sino una». «¿Y cuál es?», dijo ella. «Que caséis conmigo», dijo él. Y ella hincó los ojos en él y comenzolo a catar, y no le dijo más; pero que el caballero era mancebo y mucho apuesto y muy bien razonado y de muy gran lugar, y además que su padre no había otro hijo sino este. La señora de la villa mandó que se fuesen todos, y que fincase el caballero Zifar y aquellos que eran de su consejo, y díjoles así:

«Amigos, ¿qué os semeja de este hecho?» Callaron todos, que no y hubo ninguno que respondiese. Y el caballero Zifar, cuando vio que ninguno no respondía, dijo así: «Señora, quien poco seso ha, aína lo expende, y ese poco de entendimiento que en mí es, quiérooslo decir cuanto esta razón, so enmienda de estos hombres buenos que aquí son. Señora», dijo el caballero Zifar, «veo que Dios quiere guiar a toda vuestra honra, no con daño ni con deshonor de vuestro hijo; ca por os casar con este caballero hijo del señor de la hueste, tengo que es vuestra honra y gran bando de vuestro hijo. Ca esta villa y los otros castillos que fueron de vuestro marido, todos fincarán a vuestro hijo, y vos seréis honrada y bienandante con este caballero». Y los caballeros y los hombres buenos que eran con ella otorgaron lo que el caballero Zifar decía, y dijeron que lo catara muy bien, como hombre de buen entendimiento. «Amigos», dijo la señora de la villa, «pues vos por bien lo tenéis, yo no he de salir de vuestro consejo. Catadlo y ordenadlo en aquella guisa que entendéis que es más a servicio de Dios y a pro y a honra de mí y de mi hijo». Y el caballero Zifar dijo que fincase este pleito hasta en la mañana, que hablasen con el hijo del señor de la hueste. Y fuéronse cada uno para sus posadas a holgar.

Y otro día en la mañana, vinieron seis caballeros del señor de la hueste, muy bien vestidos en sus palafrenes y sin armas ningunas, a la puerta de la villa. Y los que estaban en las torres dijeron que se tirasen afuera, y si no, que los harían ende arredrar. «Amigo», dijo un caballero de ellos, «no hagáis, ca nos vinimos con buen

mandado». «Pues ¿qué queréis?», dijo el de la torre. «Queremos», dijo el caballero, «hablar con la señora de la villa». «¿Y queríais», dijo el de la torre, «que se lo hiciese saber?». «Sí», dijo el caballero. Y díjole este mandado, de cómo seis caballeros honrados de la hueste estaban a la puerta y querían hablar con ella, y que le dijeron que venían con buenos mandados. «Dios lo quiera», dijo ella, «por su merced». Y luego envió por el caballero Zifar y por los otros hombres de la villa y díjoles de cómo aquellos caballeros estaban a las puertas desde gran mañana, y si tenían por bien que entrasen, y que fuesen allá algunos hombres buenos de la villa que los acompañasen. Y ellos escogieron entre sí veinte caballeros de los más ancianos y de los más honrados y enviáronlos allá. Y ellos abrieron las puertas de la villa y llegaron y donde estaban los seis caballeros, y dijéronles que si querían entrar, y ellos dijeron que sí, para hablar con la señora de la villa. «Pues hacednos hombrenaje», dijo el caballero Zifar, «que por vos ni por vuestro consejo no venga daño a la villa ni a ninguno de los que y son». «Ciertas», dijeron los caballeros, «nos así lo hacemos. ¿Y vos nos aseguráis», dijeron los caballeros. «Sí», dijeron los de la villa, «que recibáis honra y placer y no otra cosa ninguna que contraria sea». Y así entraron en la villa y fuéronse para la señora de la villa, que los estaba atendiendo. Y cuando los vio entrar, levantose a ellos, y todos los otros que y eran con ella, y recibieronlos muy bien. Y ellos dijeron que se asentasen todos y que dirían su mandado, e hicieronlo así y estuvieron muy asesegados. «Señora», dijo un caballero de los que vinieron de la hueste, «ca ciertos somos que querría vuestra honra y la vuestra salud; y no dudes, ca más bien hay de cuanto vos cuidáis». «¡Dios lo quiera!», dijo ella. «Señora», dijo el caballero, «nuestro señor os envía decir así, que si Dios le da algunos embargos en este mundo, y algunos enojos, y lo trae a algunos peligros dañosos, que se lo hace porque es pecador entre los pecadores, y señaladamente por el yerro que a vos tiene, vos no se lo mereciendo, ni le haciendo por qué, ni el vuestro marido, señor que fue de este lugar; antes dice que fue mucho su amigo en toda su vida, y que él que os ha hecho guerra y mucho daño y mucho mal en aquesta vuestra tierra. Y por ende tiene que si mayores embargos le diese y mayores deshonoras de cuantas le ha hecho hasta el día de hoy, con gran derecho se lo haría. Onde os envía rogar que le queráis perdonar, y él que será vuestro amigo y se tendrá convusco contra todos aquellos que mal os quisieren hacer. Y esto todo sin ninguna infinta y sin ningún entredicho; pero antes os envía a decir que si os pluguiere, que mucho placería a él que el su hijo casase convusco; porque vos sabéis que él no ha otro hijo heredero sino aquel que vos aquí tenéis en vuestro poder, y que luego en la su vida le daría estas dos villas grandes que son aquí cerca de vos, y ocho castillos de los mejores que fueren aquí cerca en derredor». «Caballeros», dijo la señora de la villa, «yo no os podría responder a menos que yo hablase con estos hombres buenos de mío consejo. Y tiraos allá, y hablaré con ellos». «Ciertas», dijeron ellos, «mucho nos place». E hicieronlo así.

La señora de la villa estando con aquellos hombres buenos no decía ninguna cosa

y estaba como vergoñosa y embargada; y los hombres buenos estaban maravillados entre sí, y teniendo que era mal en tardar la respuesta, ca no era cosa en que tan gran acuerdo hubiese haber, haciéndoles Dios tanta merced como les hacía. Y ellos estando en esto, levantose un caballero anciano, tío de la señora de la villa, y dijo así: «Señora, tarde es bueno a las vegadas, y malo otrosí; ca es bueno cuando hombre asma de hacer algún mal hecho de que puede nacer algún peligro, de tardarlo, y en tardando lo que puede hacer aína, puédele acaecer alguna cosa que lo dejaría todo o la mayor parte de ello. Y eso mismo del que quiere hacer alguna cosa arrebatadamente de que después hubiese a arrepentir, débelo tardar; ca lo debe primero cuidar en cuál guisa lo debe mejor hacer, y desde que lo hubiese cuidado y enmendado, puede más ir enderezadamente al hecho. Y eso mismo cuando hubiese camiadados el tiempo de bien en mal, de manera que los hechos no se hiciesen así como conviene; ca en tal sazón como esta deben los hombres sufrirse y dar pasada a las cosas que tornen los tiempos a lo que deben; ca más vale desviarse de la carrera mala y medrosa, ca quien bien va, no tuerce maguer que tarde; mas quien hubiese buen tiempo para hacer las cosas, siendo buenas, y tuviese aguisado de cumplirlo, esto no lo debe tardar por ninguna manera, así como este buen propósito en que estamos, ca se puede perder por aventura de una hora o de un día. Mas endrécese y hágase luego sin tardanza ninguna; ca a las vegadas quien tiempo ha y tiempo atiende, tiempo viene que tiempo pierde». «Ciertas», dijo la señora de la villa, «en vuestro poder soy. Ordenad la mi hacienda como mejor viereis». Y ellos entonces hicieron llamar aquellos seis caballeros del señor de la hueste, y preguntáronles que qué poder traían para afirmar estas cosas que ellos demandaban. Y ellos dijeron que traían procuratorios muy cumplidos que por cuanto ellos hiciesen fincaría su señor, y demás que traían el su sello para afirmar las cosas que se y hiciesen.

Y el tío de la señora de la villa les dijo: «Amigos, todas las cosas que demandáis vos son otorgadas, y háganse en el nombre de Dios». Y un caballero de los del señor de la hueste dijo así: «Señora, ¿perdonáis al señor de la hueste de cuanto mal y de cuanto daño y enojo os hizo hasta el día de hoy, y perdéis querella de él ante estos hombres buenos que aquí son?» «Sí perdono», dijo ella, «y pierdo toda querella de él, si me guardare lo que vos aquí dijistes». «Y yo os hago pleito y hambrenaje», dijo el caballero, «con estos caballeros que son aquí conmigo, y yo con ellos, por el señor de la hueste, que él que os cumpla todo lo que aquí dijimos, y que se atenga convusco contra todos aquellos que contra vos fueren. Y por mayor firmeza firmarlo hemos con el sello de nuestro señor. Pero, señora», dijo el caballero, «¿qué me decís de lo que envía rogar el señor de la hueste sobre el casamiento de su hijo?». Y ella calló y no le respondió ninguna cosa; y preguntóselo otra vegada y calló. Y los otros, viendo que ella no quería responder a esta demanda, dijo el tío de la señora de la villa: «Caballero, yo os hago seguro en esta demanda que vos hacéis de este casamiento, que cuando el señor de la hueste se viere con mi sobrina, que se haga de todo en todo, y se cumplirá lo que él quisiere en esta razón, cumpliendo a su hijo aquello que vos

dijistes y de su parte». «¿Asegúrame vos?», dijo el caballero. Y luego fue ende hecho un instrumento público.

Y luego los caballeros se despidieron de la señora de la villa y de los otros que y eran, muy alegres y muy pagados, y cabalgaron en sus palafrenes y fuéronse para el señor de la hueste; e iban rezando este salmo a alta voz: *beati immaculati in via qui ambulat in lege domini*. Ciertas dicen bien, ca bienaventurados son los que andan y deben ser los que andan en buenas obras a servicio de Dios.

Los de la hueste estaban esperando, y maravillábanse mucho de la tardanza que hacían; ca desde gran mañana que fueron, no tornaron hasta hora de nona, tanto duró el tratado. Y cuando llegaron a su señor, los vio luego, les preguntó y les dijo: «Amigos, ¿venisme con paz?». «Ciertas, señor», dijeron ellos, «esforzaos muy bien, que Dios lo ha traído a vuestra voluntad». «¿Cómo?», dijo él, «¿y soy perdonado de la señora de la villa?». «Ciertas», dijeron ellos, «sí». «Ahora», dijo él, «soy guarido en el cuerpo y en el alma; bendito sea Dios por ende». «Pues aún más traemos», dijeron ellos, «y sabemos que es cosa que os placera mucho, ca traemos aseguramiento del tío de la señora de la villa, que cuando vos viereis con ella, que se haga el casamiento de vuestro hijo. «Ciertas», dijo él, «mucho me place; y envía decir a la señora de la villa que el domingo de gran mañana, a hora de prima, seré con ella, si Dios quisiere, y no como guerrero, mas como buen amigo de su honra y de su pro». Y luego mandó que toda la gente otro día en la mañana que descercasen la villa y se fuesen todos para sus lugares. Y retuvo en sí dos caballeros de la mejor caballería que y había, y mandoles que enviasen las lorigas y las armas, y que retuviesen consigo los sus paños de vestir, que el domingo cuidaban hacer bodas a su hijo, con la merced de Dios, con la señora de la villa. Y todos los de la hueste fueron muy alegres y agradeciéronlo mucho a Dios, ca tenían que salía de yerro y de pecado. Y cuando fue el domingo en la gran mañana, levantose el señor de la hueste y oyó su misa, y eso mismo la señora de la villa, ca apercebidos estaban y sabían que el señor de la hueste había de ser esa mañana, y todos estaban muy alegres, mayormente de que vieron derramar la hueste e irse.

Cuando llegó el señor de la hueste a las puertas de la villa, mandáronselas abrir y dijéronle que entrase cuando quisiese. Y todas las plazas de la villa y las calles eran de estrados de juncos. Y todos los caballeros le salieron a recibir muy apuestamente. Y las dueñas y las doncellas de la villa hacían sus alegrías y sus danzas por la gran merced que Dios les hiciera en librarlos de aquel embargo en que estaban. Y el señor de la hueste llegó a la señora de la villa y saludola, y ella se levantó a él y dijo: «Dios os dé la su bendición». Y asentáronse amos a dos en el su estrado y todos los caballeros en derredor, y él comenzó a decir palabras de solaz y de placer, y preguntole: «Hija señora, ¿perdonáste me de corazón?» «Ciertas», dijo ella, «sí, si vos verdaderamente me guardareis lo que me enviastes prometer». «Cierto soy», dijo él, «que por el tuerto que yo a vos tenía, me veía en muchos embargos, y nunca cosa quería comenzar que la pudiese acabar; antes salía ende con daño y con deshonra. Y

bien creo que esto me hacía las vuestras plegarias que hacíais a Dios». «Bien creed», dijo ella, «que yo siempre rogué a Dios que os diese embargos porque no me viniese mal de vos, mas desde aquí adelante rogaré a Dios que os endrece los vuestros hechos con bien y en honra». «Agradézcaoslo Dios», dijo él. «Y hija señora, ¿qué será de lo que os envié rogar con mis caballeros en razón del casamiento de mío hijo?» Y ella calló y no le respondió ninguna cosa. El señor de la hueste fincó engañado; tuvo que a ella no debiera hacer esta demanda». Llamó a uno de aquellos caballeros que vinieron con el mandado: «¿Quién es aquel caballero que os aseguró del casamiento?» «Señor», dijo, «es aquel que está y». Entonces fue el señor de la hueste y tomolo por la mano y sacolo aparte y díjole: «Caballero, ¿qué será de este casamiento? ¿Puédese hacer luego?» «Sí», dijo él, «si vos quisiereis». «Pues endrezadlo», dijo el señor de la hueste, «si Dios endrece todos los vuestros hechos» «Pláceme», dijo el caballero. Y fue a la señora de la villa y díjole que este casamiento de todo en todo que se delibrase. Dijo ella que lo hiciese como quisiese, que todo lo ponía en él.

El caballero fue luego traer al hijo del señor de la hueste que tenía preso. Y cuando llegaron antes la señora de la villa dijo el caballero al señor de la hueste: «Demandad lo que quisiereis a mí y os responderé». «Demándoos», dijo el señor de la hueste, «a esta señora de la villa por mujer para mío hijo». «Yo os lo otorgo», dijo el caballero. «Y yo os otorgo el mío hijo para la dueña, comoquiera que no sea en mío poder; ca no es casamiento sin él y ella otorgar». Y otorgáronse por marido y por mujer; empero dijo el señor de la hueste: «Si mesura valiese, suelto debía ser el mío hijo sobre tales palabras como estas, pues paz habemos hecho». «Ciertas», dijo la señora de la villa, «esto no entró en la pleitesía, y mío preso es y yo lo debo soltar cuando yo me quisiere; y no querría que se me saliese de manos por alguna maestría». «Ciertas», dijo el señor de la hueste riendo mucho, «me place que le hayáis siempre en vuestro poder». Y enviaron por el capellán, y preguntó al hijo del señor de la hueste si recibía a la señora de la villa que estaba y delante por mujer como manda santa iglesia. Él dijo que sí recibía. Y preguntó a ella si recibía a él por marido, y ella dijo que sí. Cuando esto ella vio, demandó la llave de la prisión que él tenía; y la prisión era de una cinta de hierro con un candado. Y cayose la prisión en tierra. Y dijo el capellán: «Caballero, ¿sois en vuestro poder y sin ninguna presión?» «Sí», dijo él. «¿Pues recibís esta dueña como santa iglesia manda?» Dijo él: «Sí recibo». Allí se tomaron por las manos y fueron oír misa a la capilla, y desí a yantar. Y después que fueron los caballeros a bohordar y a lanzar y a hacer sus demandas y a correr toros y a hacer grandes alegrías. Allí fueron dados muchos paños y muchas joyas a juglares y a caballeros y a pobres.

El señor de la hueste estaba encima de una torre, parando mientes como hacían cada uno, y vio un caballero mancebo hacer mejor que cuantos y eran; y preguntó al tío de la señora de la villa: «¿Quién es aquel caballero que anda entre aquellos otros que los vence en lanzar y en bohordar y en todos los otros trebejos de armas y en

todas las otras aposturas?». «Un caballero extraño», dijo el tío de la señora de la villa. «Ciertas», dijo el señor de la hueste, «aquel me semeja el que me hirió». El tío de la señora de la villa envió por el caballero Zifar. Y él cuando lo supo que el señor de la hueste enviaba por él, temiose de haber alguna afrenta; pero con todo eso fuese para allá muy paso y de buen continente. Y preguntole el señor de la hueste: «Caballero, ¿ónde sois?» «De aquí», dijo el caballero Zifar. «¿Natural?», dijo el señor de la hueste. «Ciertas», dijo el caballero Zifar, «no, mas soy del reino de Tarta, que es muy lejos de aquí». «¿Pues cómo vinistes a esta tierra?», dijo el señor de la hueste. «Así como quiso la mi ventura», dijo el caballero Zifar. Y si vos sois el que me heristes, yo os perdono, y si quisieréis fincar aquí en esta tierra, os heredaré muy bien, y partiré con vos lo que hubiere». «Grandes mercedes», dijo el caballero Zifar, «de todo cuanto aquí me dijiste, más adelante es el mío camino que he comenzado, y no podría fincar si no hasta aquel tiempo que puse con la señora de la villa». «Cabalgemos», dijo el señor de la hueste. «Pláceme», dijo el caballero Zifar.

Cabalgaron y fueron andar fuera de la villa donde andaban los otros trebejando y haciendo sus alegrías. Y andando el señor de la hueste hablando con el caballero Zifar, preguntole dónde era y cómo fuera la su venida y otras cosas muchas de que tomaba placer. Era ya contra la tarde y cumplíanse los diez días que hubiera ganado el caballo cuando mató al sobrino del señor de la hueste. Y ellos estando así hablando, dejose el caballo caer muerto en tierra. El caballero Zifar se salió de él y parose a una parte. «¿Qué es esto?», dijo el señor de la hueste. «Lo que suele ser siempre en mí, ca tal ventura me quiso Dios dar que nunca de diez días arriba me dura caballo ni bestia; que yo por eso ando así apremiado de pobre». Dijo el señor de la hueste: «Fuerte ventura es para caballero, mas tanto os haría que, si por bien tuvieseis, que os cumpliría de caballos y de armas y de las otras cosas, si aquí quisieréis fincar». «Muchas gracias», dijo el caballero Zifar, «no lo queráis, ca os sería muy gran costa, y a vos no cumplía la mi fincada; ca, loado sea Dios, no habéis guerra en esta vuestra tierra». «¿Cómo?», dijo el señor de la hueste, «¿el caballero no es para otro sino para guerra?» «Sí», dijo el caballero Zifar, «para ser bien acostumbrado y para dar buen consejo en hecho de armas y en otras cosas cuando acaecieren; ca las armas no tienen pro al hombre si antes no ha buen consejo de cómo hubiese de usar de ellas». El señor de la hueste envió por un su caballo que tenía muy hermoso, y diolo al caballero Zifar y mandolo subir en el caballo, y díjole: «Tomad ese caballo y haced de él como de vuestro». «Muchas gracias», dijo el caballero Zifar, «ca mucho era mester». Y desí viniéronse para el palacio donde estaba la señora de la villa, y despidiéronse de ella y fuéronse para sus posadas. Y otro día en la mañana vino el señor de la hueste con toda su gente para la señora de la villa y fue entregado su hijo de las villas y de los castillos que había prometido. Y cada una de aquellas dos villas eran muy mayores y más ricas que no Galapia. Y acomendó a Dios su hijo y a la señora de la villa y fuese para su tierra.

El caballero Zifar estuvo y aquel tiempo que había prometido a la señora de la

villa; y el caballo que le diera el señor de la hueste muriósele a cabo de tres días, y no tenía caballo en que ir. Cuando la señora de la villa oyó que se quería ir, pesole mucho y envió él y dijo así: «Caballero bueno, ¿os queréis ir?» «Señora,» dijo él, «cumplido he el mes que os prometí». «¿Y por cosa que vos hombre dijese fincaríais?», dijo ella. «Ciertas», dijo él, «no, ca puesto he de ir más adelante». «Pésame», dijo ella, «tan buen caballero como vos, por quien nos hizo Dios tanta merced, en salir de la mi tierra; pero no puedo y al hacer, pues vuestra voluntad es. Y tomad aquel mi palafrén, que es muy bueno, y os den cuanto quisiereis largamente para despender, y guíeos Dios». Y él se despidió de la señora de la villa luego y la su mujer eso mismo, llorando la señora de la villa muy fuertemente porque no podía con él que fincase. El tío de la señora de la villa le mandó dar el palafrén y le mandó dar muy gran haber. Y salieron con él todos cuantos caballeros había en la villa, trabando con él y rogándole que fincase, y que todos le harían y servirían y catarían por él así como por su señor. Pero que de él palabra nunca pudieron haber que fincaría; antes les decía que su intención era de irse de todo en todo. Y cuando fueron arredrados todos de la villa una gran pieza, partiose el caballero Zifar y díjoles así: «Amigos, acomiándoos a Dios, ca hora es de tornaros». «Dios os guíe», dijeron los otros; pero con gran pesar tornaron, llorando de los ojos.

Y cuando se cumplieron los diez días después que salieron de Galapia, murióse el caballo que le diera la señora de la villa, de guisa que hubo de andar bien tres días de pie. Y llegaron un día a hora de tercia cerca de un montecillo, y hallaron una fuente muy hermosa y clara, y buen prado en derredor de ella. Y la dueña, habiendo gran piedad de su marido que venía de pie, díjole: «Amigo señor, descendamos a esta fuente y comamos esta fiambre que tenemos». «Pláceme», dijo el caballero; y estuvieron cerca de aquella fuente y comieron de su vagar, ca cerca habían la jornada hasta una ciudad que estaba cerca de la mar, que le decían Mella. Y después que hubieron comido, acostose el caballero un poco en el regazo de su mujer, y ella espulgándole, durmíose. Y sus hijuelos andaban trebejando por aquel prado, y fuéronse llegando contra el montecillo. Y salió una leona del montecillo y tomó en la boca el mayor. Y a las voces que daba el otro hijuelo que venía huyendo, volvió la cabeza la dueña y vio cómo la leona llevaba el un hijuelo, y comenzó a dar voces. El caballero despertó y dijo: «¿Qué habéis?» «El vuestro hijuelo mayor», dijo ella, «lleva una bestia, y no sé si es león o leona, y es entrado en aquel monte». Y entrando en aquel monte, pero que no halló ningún recaudo de ello. Y tornose muy cuitado y muy triste y dijo a la dueña: «Vayámosnos para esta ciudad que está aquí cerca; ca al no podemos aquí hacer si no agradecer a Dios cuanto nos haces, y tenérselo por merced».

Y llegaron a la ciudad a hora de vísperas, y posaron en las primeras casas del alberguería que hallaron. Y dijo el caballero a la dueña: «Iré buscar qué comamos y yerba para este palafrén». Y ella andando por casa hablando con la huéspeda, salióle el palafrén de la casa, y ella hubo de salir en pos él, diciendo a los que encontraba que

se lo tornasen. Y el su hijuelo cuando vio que no era su madre en casa, salió en pos ella llamándola, y tomó otra calle y fuese perder por la ciudad. Y cuando tornó la madre para su posada, no halló su hijuelo, y dijo a la huéspeda: «Amiga, ¿qué se hizo mío hijuelo que dejé aquí?» «En pos vos salió», dijo ella, «llamando madre señora». Y el caballero Zifar cuando llegó y halló a la dueña muy triste y muy cuitada, y preguntole qué había, y ella dijo que Dios que la quería hacer mucho mal, porque ya el otro hijuelo perdido lo había. Y él le preguntó cómo se perdiera, y ella se lo contó. «Ciertas», dijo el caballero, «Nuestro Señor Dios derramarnos quiere; y sea bendito su nombre por ende». Pero que dieron algo a hombres que lo fuesen buscar por la ciudad, y ellos anduvieron por la ciudad toda la noche y otro día hasta hora de tercia, y nunca pudieron hallar recaudo de él, salvo ende una buena mujer que les dijo: «Ciertas, anoche después de vísperas, pasó por aquí dando voces, llamando a su madre; y yo habiendo duelo de él llamelo y preguntele qué había, y no me quiso responder, y volvió la cabeza y fuese la calle ayuso». Y cuando llegaron con este mandado al caballero y a su madre, pesoles muy de corazón, señaladamente a la madre, que hizo muy gran duelo por él, de guisa que toda la vecindad fue y llegada. Y cuando lo oyó decir que en aquel día mismo le había llevado la leona el otro hijo, tomaban gran pesar en sus corazones y gran piedad de la dueña y del caballero que tan gran pérdida habían hecho en un día. Y así era la dueña salida de seso que andaba como loca entre todas las otras, diciendo sus palabras muy extrañas con gran pesar que tenía de sus hijos; pero que las otras dueñas la conhortaban lo mejor que podían.

Y otro día en la mañana fue el caballero Zifar a la ribera del mar; y andando por y vio una nave que se quería ir para el reino de Orbín, donde decían que había un rey muy justiciero y de muy buena vida. Y preguntole el caballero Zifar a los de la nave si le quería pasar allá a él y a su mujer, y ellos dijéronle que si les algo diese. Y él pleiteó con ellos y fuese para la posada y díjole a su mujer cómo había pleiteado con los marineros para que los llevasen a aquel reino donde era aquel buen rey. A la dueña plugo mucho, y preguntole que cuándo irían. «Ciertas», dijo luego, «cras en la mañana, si Dios quisiere». La dueña dijo: «Vayamos en buen punto, y salgamos de esta tierra donde nos Dios tantos embargos y hizo y quiere hacer». «¿Cómo?», dijo el caballero Zifar, «¿por salir de un reino y irnos a otro, cuidáis huir del poder de Dios? Ciertas no puede ser, porque él es señor de los cielos y de la tierra y del mar y de las arenas, y ninguna cosa no puede salir de su poder. Ca así como aconteció a un emperador de Roma que cuidó huir del poder de Dios; y aconteciole como ahora oiréis decir».

«Dice el cuento que un emperador hubo en Roma que había muy gran miedo de los truenos y de los relámpagos, y recelándose del rayo del cielo que caía y con miedo del rayo mandó hacer una casa so tierra, labrada con muy grandes cantos y muchas bóvedas de yuso, y mientras nublado hacía, nunca de y salía. Y un día vinieron a él en la mañana pieza de caballeros sus vasallos, y dijéronle de cómo hacía muy claro día y muy hermoso, y que fuesen fuera de la villa a caza a tomar placer. Y

el Emperador cabalgó y fuese con los caballeros fuera de la villa. Y él siendo fuera cuanto un mijero, vio una nubecilla en el cielo, pequeña, y cabalgó en un caballo muy corredor para irse a aquella casa muy fuerte que hiciera so tierra. Y antes que allá llegase, siendo muy cerca de ella, húbose extendido la nube por el cielo, e hizo truenos y relámpagos, y cayó muerto en tierra, y está enterrado en una torre de la su casa fuerte, y no pudo huir del poder de Dios. Y ninguno no debe decir: “No quiero fincar en este lugar donde Dios tanto mal me hizo; ca ese mismo Dios es en un lugar que en otro, y ninguno no puede huir de su poder. Y por ende le debemos tener en merced quequier que acaezca de bien o de mejor, ca él es el que puede dar después de tristeza alegría, y después de pesar placer; y esforcémonos en la su merced. Y cierto soy que en este desconhorte nos ha de venir gran conhorte”. “¡Así lo mande Dios!”, dijo ella.

»Y otro día en la mañana después que oyeron misa, fuéronse para la ribera de la mar para irse. Y los marineros no atendían sino viento con que moviesen. Y desde que vieron la dueña estar con el caballero en la ribera, el diablo, que no queda de poner pensamientos malos en los corazones de los hombres, puso en los corazones de los señores de la nave que metiesen a la dueña en la nave, y el caballero que lo dejasen de fuera en la ribera; e hiciéronlo así. “Amigo”, dijeron al caballero, “atendednos aquí con vuestro caballo en la ribera, que no cabremos todos en el batel, y tornaremos luego por vos y por otras cosas que tenemos de meter en la nave”. “Pláceme”, dijo el caballero, “y acomiándoos esta dueña que la guardéis de mal”. “Ciertas, así lo haremos”, dijeron los otros. Y desde que tuvieron la dueña en la nave y les hizo un poco de viento, alzaron la vela y comenzaron de ir.

»Y el caballero andando pensando por la ribera, no paró en ellos mientes ni vio cuándo movieron la nave. Y a poco de tiempo vio la nave muy lejos y preguntó a los otros que andaban por la ribera: “Amigos, ¿aquella nave que se va, es la que va al reino de Orbín?” “Ciertas”, dijeron los otros, “sí”. “¿Y por mí habían de tornar?”, dijo él. “No de esta vegada”, dijeron los otros. “¿Veis, amigos”, dijo el caballero, “qué gran falsedad me han hecho? Diciendo que tornarían por mí mintieronme y llevaron mi mujer”. Cuando esto oyeron los otros fueron mucho espantados de tan gran enemiga como habían aquellos marineros hecho, y si pudieran y poner consejo, hiciéranlo de muy buena mente. Mas tan lejos iba la nave y tan buen viento habían, que no se atrevieron a ir en pos ella. Cuando el buen caballero Zifar se vio así desamparado de las cosas de este mundo que él más quería, con gran cuita dijo así: “Señor Dios, bendito sea el tu nombre por cuanta merced me haces, pero Señor, si te enojas de mí en este mundo, sácame de él; ca ya me enoja la vida, y no puedo sufrir bien con paciencia así como solía. Y, señor Dios, poderoso sobre todos los poderosos, lleno de misericordia y de piedad, tú que eres poderoso entre todas las cosas, y que ayudas y das conhorte a los tus siervos en las sus tribulaciones y ayudas los que bien quieres que derramas por las desventuras de este mundo: así como ayudaste los tus siervos bienaventurados Eustaquio y Teospita su mujer y a sus hijos Agapito y

Teospito, y te plega a la tu misericordia de ayudar a mí y a mi mujer y a mis hijos que somos derramados por semejante. Y no cates a los mis pecados, mas cata a la gran esperanza que hube siempre en la tu merced y en la tu misericordia; pero si aún te place que mayores trabajos pase en este mundo, haz de mí a tu voluntad; ca aparejado estoy de sufrir quequier que me venga”.

»Mas Nuestro Señor Dios, viendo la paciencia y la bondad de este buen caballero, envióle una voz del cielo, la cual oyeron todos los que y eran en derredor de él, conhortándole lo mejor que podía, la cual voz le dijo así: “Caballero bueno”, dijo la voz del cielo, “no te desconhortes por cuantas desventuras te avinieron que te vendrán muchos placeres y muchas alegrías y muchas honras. Y no temas que has perdido la mujer y los hijos, porque todo lo habrás a toda tu voluntad”. “Señor”, dijo el caballero, “todo es en tu poder, y haz como tuvieres por bien”. Pero que el caballero fincó muy conhortado con estas palabras que oía; y los otros que estaban por la ribera que oyeron esto fueron maravillados y dijeron: “Ciertas este hombre bueno de Dios es, y pecado hizo quien le puso en este gran pesar”. Y trabaron con él que fincase y en la villa, y que le darían todas las cosas del mundo que hubiese mester. “Ciertas”, dijo el caballero, “no podría fincar donde tantos pesares he recibido; y acomiéndoo a Dios”. Cabalgó en su caballo y fuese por una senda que iba ribera de la mar. Y la gente toda se maravillaban de estas desventuras que acontecieran a este caballero en aquella ciudad; ca por esta razón unos decían de cómo lloraba los hijos, diciendo que la leona le llevara el uno cerca de la fuente, y el otro en cómo le perdiera en la villa; los otros decían de cómo aquellos falsos de la nave llevaron su mujer con gran traición y con gran enemiga.

»Y ellos estando en esta habla, sobrevino un burgués de los mayores y más ricos y más poderosos de la villa, y preguntó qué era aquello en que hablaban, y ellos contáronse todo. “Ciertas”, dijo el burgués, “no son perdidos los sus hijos”. “¿Y cómo no?”, dijeron los otros. “Yo os lo diré”, dijo el burgués. “Yo andando el otro día a caza con mis canes y con mi compañía, sentí los canes que se espantaban mucho, y fui en pos de ellos y hallé que iban latiendo en pos una leona que llevaba una criatura en la boca muy hermosa, y sacudiéronse, y tomé yo la criatura en los brazos y trájela a mi posada. Y porque yo y mi mujer no habíamos hijo ninguno, rogué que quisiese que le porhijásemos, pues no le sabían padre ni madre; y ella túvolo por bien y porhijámoslo. Y cuando fue en la tarde, estando mi mujer a las fenestras con aquella criatura en brazos, vio venir otra criatura muy hermosa del tamaño que aquella o poco menor, llorando por la calle; díjole: ‘Amigo, ¿qué es?’ Y él no respondió. Y la otra criatura que tenía en brazos viola cómo iba llorando, y dióle una voz, y el otro alzó los ojos y viole y fue llegándose a la puerta, haciendo la señal que le acogiesen; ca no sabía bien hablar. Y la mi mujer envió una manceba por él, y subióselo a la cámara. Y los mozos cuando se vieron en uno comenzáronse abrazar y a besar, haciendo muy gran alegría como aquellos que fueron nacidos de una madre y criado en uno y conocíanse. Y cuando preguntaban a cualquiera de ellos: ‘¿Qué es de

tu padre y de tu madre?’, respondían: ‘No sé’. Y cuando yo llegué a la posada, hallé a mi mujer mucho alegre con aquella criatura que Dios le enviara; y díjome así: ‘Amigo señor, ¿veis cuán hermosa criatura me trajo Dios a las manos? Y si a vos hizo merced en esta otra criatura que os dio, tengo que mejor la hizo a mí en quererme hacer gracia y enviarme esta otra. Ciertas creo que sean hermanos, ca se semejan; y pídoos por merced que queráis que porhijemos a esta criatura como hicimos a la otra’. Y yo respondile que me placía muy de corazón, y porhijámoslo”.

»“¡Oh nuestro Señor!”, dijo el otro burgués, “¡qué buenas nuevas para el caballero si hubiese quién se las llevar”. “Ciertas”, dijo el otro, “yo quiero andar en su demanda estos ocho días, y si lo hallare decirle he estas buenas nuevas”. Y tomó cartas de los hombres buenos de la ciudad porque lo creyese, y cabalgó, y fuese en demanda del caballero. Pero tal fue la su ventura que nunca pudo hallar mandado de él, si era muerto o vivo, y tornose para la ciudad y dijo a los hombres buenos como no pudiera hallar recaudo ninguno del caballero, y pesoles muy de corazón. Y todos pugnaban en hacer merced y placer a aquellas criaturas, y más el padre y la madre que los porhijaron, porque ellos eran muy acostumbrados, maguer mozos pequeños, ca así los acostumbraron y los nudrieron aquella buena dueña que los falsos llevaron en la nave, de que ahora vos contará la historia en cómo pasó su hacienda».

Dice el cuento que cuando la dueña vio que los marineros movían su nave y no fueron por su marido, tuvo que era caída en manos malas y que la querían escarnecer; y con gran cuita y con gran pesar que tenía en su corazón fuese por derribar en la mar. Y tal fue la su ventura que en dejándose caer revolviose la cinta suya en una cuerda de la nave, y los marineros cuando la vieron caer fueron a ella corriendo, y halláronla colgada; y tiráronla y subiéronla en la nave. «Amiga», dijo el uno de los de la nave, «¿por qué os queréis matar? No lo hagáis, ca el vuestro marido aquí será mucho aína; ca por razón del caballo, que no pudiera más de ligero meter en la nave, roguemos a otros marineros que estaban muy cerca de la ribera con su nave, que lo acogiesen y, y mucho aína será convusco; y no dudéis. Y demás, estos que están aquí todos os quieren gran bien, y yo más que todos». Cuando ella estas palabras oyó, entendió que eran palabras de falsedad y de enemiga, y dio una voz y dijo así: «Virgen Santa María, tú que acorres a los cuitados y a los que están en peligro, y acorre a mí, si entiendes que he mester». Y desí tomáronla y fuéronla meter en la saeta de la nave, porque no fuese otra vegada a se derribar en la mar, y sentáronse a yantar, porque era ya cerca de mediodía.

Y ellos estando comiendo y bebiendo a su solas y departiendo en la hermosura de aquella dueña, la virgen Santa María, que oye de buena mente los cuitados, quiso oír a esta buena dueña, y no consintió que recibiese mal ninguno, según entenderéis por el galardón que recibieron del diablo aquestos falsos por el pensamiento malo que pensaron. Así que ellos estando comiendo y bebiendo más de su derecho y de lo que habían acostumbrado, el diablo metioles en corazón a cada uno de ellos que quisiesen aquella dueña para sí. Y hubo a decir el uno: «Amigos, yo amo aquesta dueña más

que a ninguna cosa del mundo y quiérola para mí; y ruégoos que no os trabajéis ningunos de la amar; porque yo soy aquel que os la defenderé hasta que tome y muerte». «Ciertas», dijo el otro, «yo eso mismo haré por mí, porque más la amo que tú». Así que los otros todos de la nave, del menor hasta el mayor, fueron en este mal acuerdo y esta discordia, en manera que metieron mano a las espadas y fuéronse herir unos a otros, de guisa que no fincó ninguno que no fuese muerto o herido.

Y la dueña estaba en la saeta de la nave, y oyó el ruido muy grande que hacían. Y oía las voces y los golpes, más que no sabía que se era, y fincó muy espantada, de guisa que no osaba subir. Y así fincó todo el día y la noche; pero estando haciendo su oración y rogando a Dios que le hubiese merced. Y cuando fue el alba, antes que saliese el sol, oyó una voz que decía: «Buena dueña, levántate y sube a la nave, y echa esas cosas malas que y hallarás en la mar, toma para ti todas las otras cosas que y hallares; ca Dios tiene por bien que las hayas y las despendas en buenas obras». Y ella cuando esto oyó agradeciolo mucho a Dios, pero dudaba que por ventura que enemiga de aquellos falsos, que llamaban para escarnecerla. Y no osaba salir hasta que vio otra voz; y díjole: «Sube y no temas, ca Dios es contigo». Y ella pensó en estas palabras tan buenas y tan santas que no serían de aquellos falsos, y demás que si ellos quisiesen entrar a la saeta de la nave que lo podían bien hacer.

Y subió a la nave y vio todos aquellos falsos muertos y hinchados, y según la voz le dijera tomábalos por las piernas y daba con ellos en la mar; tan livianos le semejaban como si fuesen sendas pajas, y no se espantaba de ellos, ca Dios le daba esfuerzo para lo hacer y la conhortaba y ayudaba. Y ella bien veía y bien entendía que este esfuerzo todo le venía de Dios, y dábale las gracias que ella podía, bendiciendo el su nombre y el su poder. Y cuando vio ella delibrado la nave de aquellas malas cosas, y barrida y limpia de aquella sangre, alzó los ojos y vio la vela tendida; que iba la nave con un viento el más sabroso que pudiese ser. Y no iba ninguno en la nave que la guiase, salvo ende un niño que vio estar encima de la vela. Y este era Jesucristo, que viniera a guiar la nave por ruego de su madre Santa María. Y así lo había visto la dueña esa noche en visión. Y este niño no se quitó de la dueña ni de día ni de noche hasta que la llevó y la puso en el puerto donde hubo de arribar, así como lo oiréis adelante.

La dueña anduvo por la nave catando todas las cosas que en ella eran, y halló y cosas muy nobles y de gran precio, y mucho oro, y mucha plata, y mucho aljófár, y muchas piedras preciosas, y paños preciados, y muchas otras mercaderías de muchas maneras, así que un rey no muy pequeño se tendría por abundado de aquella riqueza. Y bien semejó que había paños y guarnimientos para doscientas dueñas, y maravillose mucho que podría ser esto. Y por esta buena andanza alzó las manos a Nuestro Señor Dios y agradecirole cuanta merced le hiciera. Y tomó de esta ropa que estaba en la nave, y hizo su estrado muy bueno en que seyese, y vistiose un par de paños los más ordenados que y halló, y asentose en su estrado y y rogaba a Dios de día y de noche que hubiese merced y que le diese buena cima a lo que había

comenzado. Y bien dijo el cuento que esta hubo gran espanto para catar las cosas de la nave y saber qué eran y las poner en recaudo; y no era maravilla, que sola andaba, y dos meses anduvo sola dentro en la mar desde el día que entró en la nave, hasta que arribó al puerto. Y este puerto donde arribó era la ciudad de Galán, y es en el reino de Orbín.

Y en aquella ciudad estaba el Rey y la Reina, haciendo sus fiestas muy grandes por la fiesta de Santa María, mediado agosto. Y la gente que estaba ribera de la mar vieron aquella nave que estaba parada en el puerto, la vela tendida, y haciendo muy gran viento, no moviéndose a ninguna parte. Maravilláronse mucho, de guisa que entraron muchos en bateles y fueron allá a saber qué era. Y llegaron a la nave y vieron en cómo no tenía áncoras, y tuvieron que era milagro de Dios, así como lo era, y no se atrevía ninguno de subir en la nave; pero uno de ellos dijo que se quería aventurar a subir, a la merced de Dios, a saber qué era; y subió a la nave. Y desde que vio la nave así, y la dueña asentada en un estrado muy noble a maravilla, fue mucho espantado y díjole así: «Señora, ¿quién sois vos, o decidme quién guía esta nave?» «¿Y vos sois caballero?», dijo ella. «Ciertas», dijo él, «no». Y por ende no se quiso levantar a él. «¿Y por qué no respondéis», dijo él, «a la mi demanda?». Dijo ella: «Porque no es vuestro de lo saber ahora quién soy yo». «Señora», dijo él, «¿decirlo habéis al Rey si acá viniere?» «Ciertas», dijo ella, «razón es, ca por él vine de la mi tierra». «¿Y esta vuestra nave», dijo el hombre, «cómo está así sin áncoras ningunas?». «Está así como vos veis», dijo ella, «en poder de aquel que la mantiene y la guía», dijo ella, «aquel que mantiene y guía las otras cosas». «Pues, señora, iré al Rey», dijo él, «con este mandado y con estas nuevas». «Dios os guíe», dijo la dueña. Descendió a su batel y fuese para los otros, que se maravillaban mucho de su tardanza, y preguntáronle que en qué tardara, o qué era aquello que viera allá. «Tardé», dijo él, «por una dueña que hallé allá, de las más hermosas del mundo y muy bien razonada; mas por cosa que me dijese no pude saber ni entender ninguna cosa de su hacienda». Desí fuéronse para el Rey, que estaba en la ribera con la Reina y con muy gran gente a saber qué era aquello.

El que subió a la nave dijo: «Señor, decíroslo he lo que vi en aquella nave». Y contóselo todo cuanto pasara con aquella dueña y cuantas respuestas le diera, en manera que entendió el Rey por las respuestas que esta dueña era de Dios y de buen entendimiento. Y metiose en una galea y otros muchos con él, y otros en otras barcas, y fuéronse para la nave. Y cuando llegaron a la nave maravilláronse de cómo estaba queda, no teniendo áncoras ningunas, y dudaron los que iban allá, y dijeron al Rey: «Señor, no te adventures a cosa que no sabes qué es». Y el Rey era muy buen cristiano y díjoles así: «Amigos, no es este hecho del diablo, ca el diablo no ha poder de retener los vientos y las cosas que se han a mover por ellos; mas esto puede ser hecho por el poder de Dios que hizo todas las cosas y las ha a su mandado. Y por ende quiérome aventurar a lo de Dios, en el su nombre, y ponerme he en la su merced». Y con poca de gente, de aquellos que él escogió, subió a la nave. Y cuando la dueña vio

que traía una corona de oro en la cabeza y una pértiga de oro en la mano, entendió que era rey y levantose a él y fue por besarle las manos.

El Rey no quiso y fuese sentar con ella al su estrado, y preguntole quién era. Y ella le dijo que era una dueña de tierra de las Indias que fincara desamparada de su marido y que no sabía si era muerto o si era vivo, tiempo había. Y el Rey de aquella tierra que era muy crudo y muy sin justicia, y que hubiera miedo de él que le tomaría todas sus riquezas; y porque oyera decir de él que era buen rey y justiciero, y que quisiera vivir a la su sombra, y que hiciera cargar aquella nave de todas las riquezas que había, y que se viniera para él. «¿Cómo», dijo el Rey, «viene esta nave sin gente y sin gobernador? ¿No salió de allá gente convusco?» «Ciertas», dijo ella, «señor, sí salió». «¿Y pues qué se hizo la gente?», dijo él. «Señor, hacíanme gran falsedad y gran enemiga», dijo ella, «y por sus pecados matáronse unos a otros queriéndome escarnecer, ca así se lo había puesto el diablo en sus corazones». «¿Pues quién os guía la nave?», dijo el Rey. «Señor», dijo ella, «no sé al sino el poder de Dios y un mozo como hombre se santigua».

Y él entendió que era el hijo de Dios, e hincó los hinojos y adorolo, y dende en adelante no pareció aquella criatura. Y el Rey envió luego a la Reina que saliese a la ribera con todas las otras dueñas y doncellas de la villa con las mayores alegrías que pudiesen. Y desí tomáronla y descendieronla a la galea, y mandó el Rey que echasen las áncoras y bajasen la vela de la nave, y dejó muy buenas guardas en ella que guardasen bien todas las cosas. Y vinieron su paso a la ribera, haciendo los de la mar muy grandes alegrías y muchos trebejos; y cuando llegaron a la ribera, y la Reina y muchas doncellas haciendo sus danzas. Y desí salió el Rey de la galea y tenía la dueña por la mano y dijo así: «Reina, recibid estas donas que vos Dios envió, ca bien fío por la su merced que por esta dueña vendrá mucho bien a nos y a nuestra tierra y a nuestro reino». «Y yo en tal punto la recibo», dijo la Reina, y tomola por la mano y fuéronse para el palacio y toda la gente con ellos. Y la Reina iba preguntando de su hacienda y ella respondiendo lo más bien, a guisa de buena dueña y de buen entendimiento, de guisa que fue muy pagada de ella y díjole así: «Dueña, si os pluguiese, dentro en las nuestras casas moraréis conmigo, porque os podamos ver cada día y hablar en uno». «Señora», dijo ella, «como mandares». Y así fincó con la Reina más de un año en las sus casas, que no se partió de ella, y tenía la Reina que hacía Dios a ella y al Rey y a toda su tierra bien por esta dueña. Y señaladamente tenían los de la tierra que la plantía grande que este año hubiera viniera por la oración que hacía esta buena dueña, y por ende la amaban y la honraban mucho.

Y esta buena dueña luego que vino hizo sacar el su haber de la su nave, y pidió por merced al Rey y a la Reina que le diesen un solar de casas donde pudiese hacer un monasterio. Y a cabo de un año fue todo acabado. Y después pidió por merced al Rey y a la Reina que quisiesen poblar aquel monasterio, no porque ella quisiese entrar en la orden, ca esperanza había ella en la merced de Dios de ver a su marido, mas poblarlo de muy buenas dueñas y hacer su abadesa. Y pidioles que le diesen

licencia a todas las dueñas y a todas las doncellas que quisiesen entrar en aquel monasterio, que trajesen lo suyo libremente.

Y el Rey y la Reina tuviéronlo por bien y mandaron pregonar por toda la tierra que todas aquellas dueñas y doncellas que quisiesen en aquel monasterio entrar, que viniesen seguramente a servicio de Dios, y que se lo agradecerían mucho. Y vinieron pieza de dueñas y de doncellas, más de cuatrocientas, y ella escogió de ellas doscientas, las que entendió que cumplían para el monasterio, que pudiesen sufrir y mantener la regla de la orden. Y hecha y una abadesa muy hijadalgo y muy buena cristiana, y heredó el monasterio muy bien y dotolo de muchas villas y castillos que compró, de muchas heredades buenas y de mucho ganado, y de aquellas cosas que entendían que cumplían al monasterio, de guisa que no hubiese mengua en ningún tiempo. Y es de la orden de San Benito y hoy en día le dicen el monasterio de la Dueña Bendicha. Y las otras dueñas y doncellas que fincaron y no pudieron caber en el monasterio, casolas y heredolas, y las que casó vistiolas de aquellos paños que en la nave tenía, muy nobles y muy preciados, de guisa que la Reina y las otras dueñas que lo veían se maravillaban mucho de cuán nobles paños eran.

Y viendo la dueña que la Reina se pagaba de aquellos paños, envíele un gran presente de ellos, y de ellos hechos y de ellos por hacer, y mucho aljófar y muchas cosas y otras joyas preciadas. Y la Reina fue maravillada que fuera la razón por que traía tantos paños hechos y adobados, y preguntole: «Dueña, ¿decidme habéis por qué traéis tantos paños?» «Señora», dijo ella, «yo os lo diré. Este monasterio que yo aquí hice de dueñas, cuidelo hacer en mi tierra, y en mi propósito fue de cumplirlo de casadas al tantas como fuesen en el monasterio, y mandé hacer estos paños con miedo del Rey, que codiciaba con codicia, me quería tomar todo lo que hubiese, hube de venir acá a esta extraña tierra». «Bendicho sea Dios», dijo la Reina, «y el día en que vos habéis a venir, y hayáis buena cima de ellos así como vos codiciáis». «Amén», dijo la dueña.

Del día que llegó aquella ciudad y lo hubo hecho, hasta nueve años, muy honrada y muy amada y muy visitada de toda la buena gente de la tierra. Y cumplidos los nueve años, pidió por merced al Rey y a la Reina que la dejasen ir para su tierra a ver sus parientes y sus amigos y morir entre ellos.

Cuando lo oyeron el Rey y la Reina fueron espantados y recibieron muy gran pesar en sus corazones porque se quería ir, y dijo el Rey: «¡Ay!, buena dueña, amiga de Dios, por Dios no nos desamparéis, ca mucho tenemos que si os vais, que no irá tan bien a esta tierra de como fue hasta aquí desde que vos vinistes» Dijo: «Señor, no podría fincar, ca a vos no tendría pro la mi fincanza y a mí se tornaría en muy gran daño. Y heos aquí estas dueñas en este monasterio, muy buenas cristianas, que rueguen a Dios por vos y por la Reina y por endrezamiento de vuestro reino. Y vos, señor, guardad y defended el monasterio y todas las cosas y honradle, y Dios por ende guardará a vos en honra; ca mucho bien os ha Dios a hacer por las oraciones de estas buenas dueñas». «Ciertas», dijo el Rey, «así lo haremos por lo de Dios y por el

vuestro amor». «Señor», dijo ella, «mandadme vender una nave de estas del puerto, ca la mía vieja es y podrida es». «Dueña», dijo el Rey, «yo os mandaré dar una de las mías, de las mejores que y fueren, y mandaros he dar todo lo que hubieres mester». «Muchas gracias», dijo la dueña, «mas, señor, mandadme dar la nave y a hombres seguros que vayan conmigo en ella; ca yo he haber asas, ¡loado sea Dios!». El Rey mandó dar la nave y muy buenos hombres que fuesen con ella, y ella hizo y meter y muy gran haber que tenía y muchas joyas, y despidiose del Rey y de la Reina y de toda la gente de la ciudad, y fuese meter en la nave para fincar y la noche hasta otro día que hubiesen viento para mover. ¡Ay, Dios! ¡Cómo fincaron desconsortados el Rey y la Reina y todos los otros de la tierra cuando la vieron ir a la nave! Ca gran alegría hicieron el día que la recibieron, y muy gran tristeza, y muy gran pesar hubieron al partir.

Y otro día en la gran mañana la buena dueña alzó los ojos a ver si hacía viento, y vio estar encima del mástel aquella criatura misma que estaba y a la venida, que guiaba la nave. Y ella alzó las manos a Dios y dijo así: «¡Señor, bendito sea el tu nombre, que tanta merced me haces, y tan bienaventurado es aquel que tú quieres ayudar y guiar y endrezar, así como haces a mí sierva por la tu santa piedad y la tu santa misericordia!» Y estando en esta oración, un hombre bueno que iba con ella a que le recomendara el Rey el gobierno de la nave, díjole así: «Señora, ¿en qué estás, o qué guiador demandas para la nave? ¿Hay otro guiador sino yo?» «Ciertas, sí», dijo ella, «y alzá la vela y endrezadla y dejadla andar en el nombre de Dios». El hombre bueno hízolo así y después vínose para el gobierno tomar, y hallolo tan fuerte y tan recio que no lo podía mover a ninguna parte, y fue mucho espantado, y dijo: «Señora, ¿qué es esto? Que no puedo mover el gobierno». Dijo ella: «Dejadle; ca otro le tiene de mayor poder que vos; e id holgar y trebejar con aquella compañía y dejadla andar en buen hora». Y la nave moviose con muy buen viento que hacía, e iba muy endrezadamente; y todos los de la nave se maravillaban ende y decían entre sí: «Este es el poder de Dios que quiere guiar a esta buena dueña, y por amor de ella hagámosle la honra que pudiéremos y sirvámosla muy bien». Y ella estaba pensando en su marido si lo podía hallar vivo, lo que no cuidaba si no fuese por la merced de Dios que lo podría hacer.

Onde dice el cuento que este su marido cuando se partió de ella de la ribera, halló una ermita de un hombre bueno siervo de Dios que moraba en ella; y díjole: «Amigo, ¿puedo aquí albergar esta noche?» «Sí», dijo el ermitaño, «mas no he cebada para vuestro caballo que traéis». «No nos incal^[17]», dijo el caballero, «ca esta noche ha de ser muerto». «¿Y cómo?», dijo el ermitaño, «¿lo sabéis vos eso?». «Ciertas», dijo el caballero, «es mi ventura que no me dura más de diez días la bestia». Y ellos estando en este departamento cayó el caballo muerto en tierra. De esto fue el ermitaño mucho maravillado y díjole así: «Caballero, ¿qué será de vos de aquí adelante, o cómo podréis andar de pie pues ducho fuistes de andar de caballo? Me placería si quisieseis holgar aquí algún día, y no os meter a tanto trabajo tan aína». «Ciertas», dijo el

caballero, «mucho os lo agradezco; siquiera unos pocos dineros que tengo despenderlos he aquí convusco; ca muy quebrantado ando de grandes cuidados que me sobrevinieron, más de los que había de haber que a la ciudad de Mela llegase». Y desí fincó en aquella ermita con aquel ermitaño, rogando a Dios que le hubiese merced. Y en la ribera de la mar so la ermita había una choza de un pescador donde iba por pescado el ermitaño cuando lo había mester.

En la ribera de la mar, so la ermita, había una choza de un pescador, donde iba por pescado el ermitaño cuando lo había mester. Y estaba y un pescador que tenía un ribaldo, que le servía. Y cuando se iba el su señor, venía el ribaldo a la ermita haber solas con el ermitaño. Y ese día que llegó y el caballero, vino y el ribaldo y preguntole quién era aquel su huésped; y díjole que un caballero andante que llegara y por su ventura; y que luego que y fuera llegado le dijera que se había de morir el su caballo, y que no podría más vivir el su caballo, y luego que cayera en tierra muerto. «Ciertas», dijo el ribaldo, «creo que es algún caballero desventurado y de poco recaudo debe ser, y quiérome ir para él y decirle he algunas cosas ásperas y graves y veré si se moverá a saña o cómo me responderá». «Ve tu vía, ribaldo loco», dijo el ermitaño. «¿Cuidas hallar en todos los otros hombres lo que hallas en mí, que te sufro en paciencia cuanto quieres decir? Ciertas de algunos querrás decir las locuras que a mí dices, de que te podrás mal hallar, y por aventura que te acontecerá mal con este caballero, si no te guardares de decir necedad». «Verdad es lo que vos decís», dijo el ribaldo, «si este caballero es loco de sentido; ca si es cuerdo y de buen entendimiento, que no me responderá mal; ca la cosa del mundo en que más prueba el hombre si es de sentido y loco, sí es en esto: que cuando le dicen alguna cosa áspera y contra su voluntad, que se mueve aína a saña y responder mal, y el cuerdo no; ca cuando alguna cosa le dicen desaguizada, sábelo sufrir con paciencia y dar respuesta de sabio. Y por ventura», dijo el ribaldo, «que este caballero es más paciente cuanto vos cuidáis». «Dios lo mande», dijo el ermitaño, «y que no salga a mal el tu atrevimiento». «Amén», dijo el ribaldo, «pero que me conviene de lo probar, ca no empece probar hombre las cosas, sino si la prueba es mala». «De eso he yo miedo», dijo el ermitaño, «que la tu prueba sea no buena; ca el loco en lo que cuida hacer placer a hombre, en eso le hace pesar; por ende no es bien recibido de los hombres buenos. Y guárdete Dios no te acontezca como aconteció a un asno con su señor». «¿Y cómo fue eso?», dijo el ribaldo. «Yo te lo diré», dijo el ermitaño.

«Un hombre bueno había un perrillo que tenía en su cámara, de que se pagaba mucho y tomaba placer con él. Y había un asno en que le traían leña y las cosas que eran mester para su casa. Y un día estando el asno en su establo muy holgado, y había días que no trabajaba, vio a su señor que estaba trebejando con aquel perrillo, poniéndole las manos en los pechos de su señor, y saltándole y corriendo delante de él; y pensó entre sí el asno, y semejole que pues él más servía a su señor que aquel perrillo, que no hacía al sino comer y holgar, que bien podría él ir a trebejar con él. Y desatose y fuese para su señor, corriendo delante de él, alzando las coces, y púsole las

manos en los pechos de su señor, y púsole las manos sobre la cabeza, de guisa que le hirió mal. Y dio muy grandes voces el señor y vinieron sus sirvientes y diéronle palancadas al asno hasta que lo dejaron por muerto. Y fue con gran derecho, ca ninguno no podemos más atrever de cuanto la natura le da. Onde dice el proverbio, que "lo que la natura niega, ninguno lo debe cometer". Y tú sabes que no te lo da la natura, ni fuiste criado entre los hombres buenos, ni sabes razonar; y este caballero parece como de alhaja, y de buen entendimiento, y por ventura que cuidases decir algo ante él y dirás poco recaudo». «Andad, hombre bueno», dijo el ribaldo, «que necio me haría si no probase las cosas. ¿Y no sabes», dijo el ribaldo, «que la ventura ayuda aquellos que toman osadía? Y por ventura que puedo yo aprender buenas costumbres de este caballero a ser bien andante con él». «¡Dios lo mande!», dijo el ermitaño, «y vete y sé cortés en tus palabras, ¡así Dios te ayude!». «Así lo haré», dijo el ribaldo; y fuese para el caballero, y en lugar de decirle: «¡Sálveos Dios!», díjole estas palabras que ahora oiréis.

«Caballero desventurado, ¿perdiste tu caballo y no muestras y pesar?» «No lo perdí yo», dijo el caballero, «ca no era mío; ca lo tenía en acomienda hasta diez días y no más». «¿Pues creas», dijo el ribaldo, «que no lo peches a aquel que te lo acomendó, pues en tu poder murió y por ventura por mala guarda?». «No pecharé», dijo el caballero, «ca aquel lo mató cuyo era y había poder de hacerlo». «Pues así es», dijo el ribaldo, «yo te doy por quito de la demanda». «Muchas gracias», dijo el caballero, «porque tan buen juicio diste, y bien semeja que eres hombre de entendimiento; ca sin buen entendimiento no podría ser dado tan buen juicio». Y el ribaldo díjole: «No me respondes con lisonja o con maestría, cuidando así escapar de mí, ca mucho más sé de cuanto vos cuidáis». «Ciertas», dijo el caballero, «a cada uno dio Dios su entendimiento. Bien creo que pues hombre te hizo, algún entendimiento te dio, y tengo que con entendimiento decís cuanto decís». Y el ribaldo se partió de él muy pagado y fuese para su cabaña.

Y otro día recudió al caballero y díjole: «Caballero desventurado, mal dirán de ti los hombres». «Ciertas, bien puede ser», dijo el caballero, «ca siempre dicen mal los que bien no saben; y por ende con igual corazón debe hombre oír denuestos de los necios». Y el ribaldo le dijo: «Caballero desventurado, pobre eres y muy grave cosa es la pobredad para tal hombre como tú». «Ciertas», dijo el caballero, «más grave soy yo a la pobredad que ella a mí; ca en la pobredad no hay pecado ninguno si la bien sufre hombre con paciencia, mas el que no tiene por abundado de lo que Dios le da, peca por ende. Y cree que aquel es pobre, no es rico, el que más codicia». El ribaldo le dijo: «Caballero desventurado, nunca serás poderoso». «Ciertas», dijo el caballero, «mientras que yo hubiere paciencia y alegría habré poder en mí; y cree que aquel no es poderoso el que no ha poder en sí». El ribaldo le dijo: «Caballero desventurado, nunca serás tan rico como aquel señor de aquel castillo». «Hablas», dijo el caballero. «Sepas que arca es de bolsas de envidia peligrosa; ca todos le han envidia por deshacerle». El ribaldo le dijo: «Caballero desventurado, muchos acompañan a aquel

rico». «¿Qué maravilla es?», dijo el caballero; «ca las moscas siguen a la miel y los lobos a la carniza y las hormigas al trigo; mas creas por cierto que aquella compañía que tú ves no servían ni sirven aquel rico, mas siguen la prea y lo que cuidan ende sacar». El ribaldo le dijo: «Caballero desventurado, rico eras y perdiste tu haber». «Ciertas», dijo el caballero, «bienaventurado es aquel que perdió con él la escasedad». «Pero perdiste tu haber», dijo el ribaldo. «Natura es del haber», dijo el caballero, «de andar de mano en mano, y por ende debes creer que el haber nunca se pierde; y sepas que cuando lo pierde uno otro lo gana; y sepas que cuando yo lo hube, otro lo perdió». «Pero», dijo el ribaldo, «perdiste tu haber». «¿Y por qué me sigues?» dijo el caballero, «ca mejor fue en que lo perdí yo, que no perdiese ello a mí». «Caballero desventurado», dijo el ribaldo, «perdiste los hijos y la mujer, ¿y no lloras?». «¿Quién hombre es», dijo el caballero, «quien llora muerte de los mortales? Ca, ¿qué pro tiene el llorar, en que aquello por que llora no se puede cobrar? Ciertas, si las vidas de los muertos se pudiesen por lágrimas recobrar, toda la gente del mundo andaría llorando por cobrar sus parientes o sus amigos; mas lo que una vegada de este mundo pasa, no puede tornar si no por milagro de Dios, así como Lázaro, que hizo resucitar Nuestro Señor Jesucristo. Onde bienaventurado es aquel que supo pasar con paciencia las puridades de este mundo. Y amigo, ¿qué maravilla es en perderse los mis hijos y la mi mujer? Ca se perdió lo que se había a perder, y por aventura que los recibió Dios para sí, ca suyos eran, y así me los tollió Dios para sí. Ca, ¿qué tuerto hace Dios al hombre si le tolle lo que le dio en acomienda mayormente queriendo para sí lo que suyo es? Ciertas quanto en este mundo habemos, en encomienda lo tenemos, y no se atreva ninguno a decir: “Esto mío es”, ca en este mundo no han al sino el bien que haces, y esto lleva consigo al otro mundo y no más». El ribaldo le dijo: «Caballero desventurado, dolor grande te vendrá ahora». «Si es pequeño», dijo el caballero, «sufrámoslo; ca grande es la gloria en saber hombre sufrir y en pasar los dolores de este mundo». «Para mientes», dijo el ribaldo, «ca dolor es cosa muy dura y muy fuerte, y pocos son los que bien pueden sufrirlo». «¿Y qué cuidado has tú», dijo el caballero, «si quiero yo ser uno de aquellos que lo pueden sufrir?». «Guárdate», dijo el ribaldo, «que más dura cosa es el dolor». Dijo el caballero: «Esto no puede ser; el dolor va en pos del que huye, y ciertamente el que huye no huye sino con dolor que siente y tiene ya consigo, y huye de otro mayor que va en pos él». El ribaldo le dijo: «Caballero desventurado, enfermarás de fiebre». «Enfermaré», dijo el caballero, «mas creas que dejará la fiebre o la fiebre a mí». «Verdad es», dijo el ribaldo, «que no puede hombre huir el dolor natural, así como el que viene por muerte de parientes o de amigos, mas el dolor accidental puede huir si bien se guardare». «Ciertas así es como tú dices», dijo el caballero, «mas pocos son los que en este mundo guardados son en todo». El ribaldo le dijo: «Caballero desventurado, morirás desterrado». «No es», dijo el caballero, «el sueño más pesado en casa que fuera de casa, y eso mismo es la muerte; ca a la hora de la muerte así extiende hombre el pie en casa que fuera». El ribaldo le dijo: «Caballero desventurado, morirás mancebo». «Muy mejor es», dijo

el caballero, «haber hombre la muerte antes que la codicie; ca no la codicia hombre sino siendo enojado de la vida por razón de las muchas malas andanzas de este mundo; ca a los que viven mucho es dada esta pena, que vean muchos pesares en su lengua vida, y que estén siempre con lloro y con pesar en toda su vejeidad, codiciando la muerte; ca si mancebo he de morir, por ventura la muerte que me tan aína viene, me sacará de algún mal que me podría venir mientras viviese; y por ende no he de contar cuántos años he de haber, mas cuántos he habidos, si más no puedo haber; ca esta es la mi edad cumplida. Onde cualquier que viene a la postrimería de sus hados muere viejo y no mancebo; ca la su vejeidad es la su postrimería. Y por eso no dices bien que moriré mancebo; antes he de morir viejo y no mancebo cuando los mis días fueren cumplidos». El ribaldo le dijo: «Caballero desventurado, degollado has de morir». «¿Y qué perdimiento ha», dijo el caballero, «entre ser degollado o morir de otra llaga? Ciertas que comoquiera que muchas sean las llagas de este mundo, una ha de ser la mortal, y no más». «Caballero desventurado», dijo el ribaldo, «perderás los ojos». «Cuando los perdiere», dijo el caballero, «quedaré la codicia del corazón; ca lo que ve el ojo desea el corazón». «Caballero desventurado», dijo el ribaldo, «¿en qué estas porfiando? Creas que morirás de todo en todo». «Amigo», dijo el caballero, «¡qué pequeña maravilla en morir! Ca esta es natura de hombre y no pena, y creas que con tal condición viene a este mundo, porque saliese de él. Y por ende, según razón no es pena, mas deudo a que soy tenido de cumplir. Y no te maravilles en la vida del hombre, que tal es como peregrinación. Cuando llegara el peregrino al lugar donde propuso de ir, acabar su peregrinación. Así hace la vida del hombre cuando cumple su curso en este mundo; que dende adelante no ha más que hacer. Ciertas, ley es entre las gentes establecida de tornar hombre lo que debe a aquel de quien lo recibe; y así lo recibimos de Dios, y debémosselo tornar. Y lo que recibimos de la tierra debémosselo tornar a la tierra. Ca el alma tiene el hombre de Dios y la carne de la tierra; y por ende muy loca cosa es temer hombre lo que excusar puede, así como la muerte, que no se puede excusar; ca ella es la postrimera pena de este mundo, si pena puede ser dicha, y tornar hombre a su natura que es la tierra, onde es hecho el hombre. Onde debe tomar la muerte, ca maguer la aluengue no la puede huir. Y yo no me maravillo porque he de morir, ca no soy yo el primero ni el postrimero, y ya todos los que fueron antes que yo son idos ante mí, y los que ahora son y serán después de mi muerte, todos me seguirán. Ca con esta condición son todas las cosas hechas, que comiencen y hayan fin; que comoquiera que el hombre haya muy gran sabor de vivir en este mundo, debe ser cierto que ha de morir, y debe ser de esta manera apercebido, que le halle la muerte como debe. Ca, ¿qué pro, qué honra es su fuerza, y sin grado sale de su lugar donde está, diciéndole: “Sale ende maguer no quieras”? Y por ende mejor es y más sin vergüenza salir hombre de su grado antes que le echen de su lugar por fuerza. Onde bienaventurado es el que no teme la muerte y está bien aparejado, de guisa que cuando la muerte viniere, que no le pese con ella y que diga: “Aparejado soy, ven cuando quisieres”».

El ribaldo le dijo: «Caballero desventurado, después que murieras no te soterrarán». «¿Y por qué?», dijo el caballero, «ca más ligera cosa es del mundo de echar el cuerpo en la sepultura, mayormente que la tierra es casa de todas las cosas de este mundo, recíbelas de grado. Y creed que la sepultura no se hace sino por honra de los vivos, y porque los que la vieren digan: “Buen siglo haya quien yace en la sepultura, y buena vida los que la mandaron hacer tan noble”. Y por ende, todos se deben esforzar de hacer la mejor sepultura que pudiesen». «Caballero desventurado», dijo el ribaldo, «¿cómo pierdes tu tiempo, habiendo con qué podrías usar de caballería?» «Ciertas», dijo el ribaldo, «yo oí decir que el rey de Mentón está cercado en una ciudad que ha nombre Grades, y dícenle así porque está en alto y suben por gradas allá. Y este rey de Mentón envió decir y pregonar por toda su tierra que cualquiera que le descercase, que le daría su hija por mujer y el reino después de sus días, ca no había otro hijo».

El caballero comenzó a reír como en desdén, y el ribaldo túvolo por mal, ca le semejó que le tenía en nada todo lo que le decía; y díjole: «Caballero desventurado, ¿en poco tienes las mis palabras?» «Dígotelo», dijo el caballero, «que en poco, ca tú no ves aquí hombre para tan gran hecho como ese que tú dices». «Ciertas», dijo el ribaldo, «ahora no te tengo por tan sesudo como yo cuidaba. ¿Y no sabes que cada uno anda con su ventura, que Dios puede poner al hombre de pequeño estado en grande? ¿Y no eres tú el que me dijiste que te dejase sufrir el dolor maguer que era grave y duro, con aquellos que lo podrían sufrir?». «Sí», dijo el caballero. «¿Pues cómo», dijo el ribaldo, «podrás sufrir muy gran dolor cuando te acaeciese, pues tu cuerpo no quieres a afán en lo que por ventura ganarás prez y honra? Ca bien sabes tú que el dolor siempre viene con desventura, y por ende te dejarás esforzar a bien hacer y a pararte afán y trabajo por que más valieses. Y si ahora, mientras eres mancebo, no lo hicieres, no he esperanza en ti que lo hagas cuando fueres viejo. ¿Y no semeja que estarías mejor con aquella caballería que está en aquel campo, habiendo su acuerdo en cómo descercarían al rey de Mentón?» «Ciertas», dijo el caballero, «tanto hay de bien en aquel campo cuanto yo veo». «¿Y cómo puede ser?», dijo el ribaldo. «Yo te lo diré», dijo el caballero. «En el campo no ha pecado ninguno, y en aquella gente ha mucha falsedad y mucha enemiga, y cada uno de ellos se trabaja por engañar los otros por razón de la honra del reino ganar, y ciertamente en ninguna cosa no se guarda tan mal el derecho ni verdad como por reinar y señorear». «¿Y cómo?», dijo el ribaldo, «¿tú no quieres reinar y ser señor de alto lugar?». «Sí quiero», dijo el caballero, «no haciendo tuerto a ninguno». «Esto no puede ser», dijo el ribaldo, «que tú puedes ser rey ni señor de ningún lugar, sino tirando al otro de él». «Sí puedo», dijo el caballero. «¿Y cómo?», dijo el ribaldo. «Si este rey de Mentón», dijo el caballero, «fuese descercado por mí y me diese la su hija por mujer, y el reino después de sus días, así como lo mandó a pregonar por toda la tierra, así lo podría haber sin pecado. Mas véome muy alongado de todas aquestas cosas para el que yo soy, y cual es el hecho, ca contra un rey otro es mester de mayor poder, para llevar tan

gran hecho adelante».

«Caballero desventurado», dijo el ribaldo, «¡qué poco paras mientes a las palabras que te hombre dice! Y ya desamparar me haces el buen entendimiento que me cuidaba que habías. Ruégote, caballero», dijo el ribaldo, «que por amor de Dios no me desampares, ca Dios me puede hacer merced. Si no, sepas que no perderás el nombre de desventurado. Y ayúdate bien y ayudarte ha Dios; ca Dios no quiere hacer ni llevar adelante sino aquel que se esfuerza y lo muestra por obra. Y por ende dicen que no da Dios pan sino en enero sembrado, onde si tú bien te ayudares, cierto soy que te ayudará y llevará la tu hacienda adelante. Y no tengas que tan pequeña es la ayuda de Dios; ca los pensamientos de los hombres, si buenos son y los ponen por obra y los lleva adelante, si los hombres han sabor de seguirlo y lo siguen, acaban parte de lo que quieren».

«¡Ay amigo!», dijo el caballero, «quedan ya tus palabras, así Dios te valga, ca te puedo responder ya a cuantas preguntas me haces; pero creas por cierto iría aquellas partes de aquel reino que tú dices, si hubiese quien me guiase». Dijo el ribaldo: «Yo te guiaré, que sé dónde está cercado aquel rey; y no hay de aquí adelante hasta allá más de diez días de andadura; y servirte he de muy buena mente, a tal pleito que cuando Dios te pusiere en mayor estado que me hagas merced; que soy cierto que Dios te guiará si lo quisieres por compañero, ca de grado acompaña muy de buena mente y guía Dios a quien lo recibe por compañero». «Muy de buena mente», dijo el caballero, «haría lo que me aconsejares; y ve tu vía, y cuando fuere en la gran mañana, sé aquí conmigo». Y el ribaldo se fue, y el caballero anduvo una gran pieza por la ermita hasta que vino el ermitaño. Y el caballero le preguntó que dónde venía. «De aquella villa», dijo el ermitaño, «de buscar de comer. Ciertas halleos una ave muy buena», dijo el ermitaño. «Comámosla», dijo el caballero, «ca según mío cuidar cras me habré a ir de aquí, ca asaz os he enojado en esta ermita». «Y sabe Dios», dijo el ermitaño, «que no tomó enojo con las cosas que os dijo aquel ribaldo que a vos vino». «No tomé», dijo el caballero «antes me fueron solas las sus palabras, y conmigo se quiere ir para servirme». «¿Cómo?», dijo el ermitaño, «¿llevarlo queréis con vos aquel ribaldo malo? Guardaos no os haga algún mal». «Guárdeme Dios!», dijo el caballero.

Después que fue adobada la cena comieron y holgaron; en departiendo, dijo el ermitaño: «Caballero, nunca vistas tan gran ruido como anda por la villa, que quien descercara a un rey que tiene otro cercado, que le da su hija por mujer y el reino después de sus días. Y vanse para allá muchos condes y duques y otros ricos hombres». Y el caballero calló, y no quiso responder a lo que le decía, y fuese a dormir. Y el ermitaño estando durmiendo, vínole en visión que veía el caballero su huésped en una torre mucho alta, con una corona de oro en la cabeza y una pértiga de oro en la mano; y en esto estando despertó y maravillose mucho qué podría ser esto, y levantose y fuese a hacer su oración, y pidió merced a Nuestro Señor Dios que le quisiese demostrar que quería aquello significar. Y después que hizo su oración fuese

echar a dormir. Y estando durmiendo vino una voz del cielo y dijo: «Levántate y di al tu huésped que tiempo es de andar; ca cierto sea que ha a descercar aquel rey, y ha de casar con su fija, y ha de haber el reino después de sus días». Levantose el ermitaño y fuese al caballero y dijo: «¿Dormís o veláis?» «Ciertas», dijo el caballero, «ni duermo ni velo; mas estoy esperando que sea cerca el día a que pueda andar». «Levantaos», dijo el ermitaño, «y andad en buen hora, ca el más aventurado caballero habéis a ser de cuantos fueron de muy gran tiempo acá». «¿Y cómo es eso?», dijo el caballero. «Yo os lo diré», dijo el ermitaño. «Esta noche en durmiendo, vi en visión que estabais en una torre muy alta, y que teníais una corona de oro en la cabeza y una pértiga en la mano, y en esto desperté muy espantado y fue hacer mi oración. Y rogué a Dios que me quisiese demostrar qué quería decir esto que viera en visión, y torneme a mi lecho a dormir. Y en durmiendo me vino una voz y díjome así: “Di al tu huésped que hora es de andar; y bien cierto sea que ha de descercar aquel rey y ha de casar con su hija, y de haber el reino después de sus días. Ca él es poderoso de hacer y deshacer como él tuviere por bien, y hacer dél muy pobre rico. Y ruégoos que cuando Dios os trajere y os pusiere en otro mayor estado, que os venga en mente de este lugar”». «Muy de buena mente», dijo el caballero, «y prométoos que cuando Dios a esta honra me llegare, que la primera cosa que ponga en la cabeza por nobleza y por honra, que lo envíe a ofrecer a este lugar. Y vayamos en buen hora»; dijo el caballero, «¿mas dónde podremos oír misa?». «En la villa», dijo el ermitaño.

Y fuéronse ambos a la villa, y mientras ellos oían misa el ribaldo estaba conteniendo con su amo que le diese algo de su soldada. Y húbole a dar una saya que tenía y un estoque y unos pocos de dineros que tenía en la bolsa, que decía que no tenía más. Y el ribaldo le dijo: «¿No me quieres pagar toda mi soldada? ¡Aún venga tiempo que te arrepentirás!» «Ve tu vía, ribaldo necio», dijo el pescador. «¿Y qué me puedes tú hacer?» «Aún vendrá tiempo», dijo el ribaldo, «que habré yo mayor poder que tú». «Ciertas», dijo el pescador, «tú nunca lo verás; ca no veo en ti señal por que esto pueda ser». «¿Cómo?», dijo el ribaldo, «¿tienes que Dios no puede hacer lo que quisiere? ¿Y no sabes tú que a campo malo le viene su año? Comoquiera que yo no sea tan cuerdo como me era mester, que Dios me puede dar seso y entendimiento que más valga». «Sí», dijo el pescador, «mas no tiene ahora ojo para ti para hacerlo». «Véngasete en mente esta palabra que ahora dices», dijo el ribaldo, «ca muy mejor vi yo responder poco ha un hombre bueno a las preguntas que hacían, que tú no sabes responder. Y acomiéndote al tu poco seso, que yo voyme».

Y el ribaldo se fue para el ermitaño y no halló y al caballero ni al ermitaño; y fuese para la villa y hallolos que oían misa. El caballero cuando lo vio, plúgole y díjole: «Amigo, vayamos en buen hora». «¿Cómo?», dijo el ribaldo, «¿así iremos de aquí antes que almorcemos primero? Yo traigo un pez de mar de la cabaña de mi señor». «Cómaslo», dijo el caballero, «y hagamos como tú tuvieres por bien, ca me conviene seguir tu voluntad mientras por ti me hubiese a guiar, pero tiempo no es mi costumbre de comer en la mañana». «Verdad es», dijo el ribaldo, «mientras que

andabais de bestia, mas mientras anduviereis a pie no podréis andar sin comer y sin beber, mayormente habiendo de hacer jornada».

Desí fueron a casa de un hombre bueno con el ermitaño, y comieron su pez, que era bueno y muy grande, y despidiéronse del ermitaño y fueron andando su camino. Y acaecióles una noche de albergar en una alberguería donde yacían dos malos hombres ladrones, y andaban en manera de peregrinos, y cuidaron que este caballero que traía muy gran haber maguer venían de pie, porque le vieron muy bien vestido. Y cuando fue la medianoche levantáronse estos dos malos hombres para ir degollar al caballero y tomarle lo que traía. Y fuese el uno echar sobre él, y el otro fue para degollarlo; en manera que el caballero no se podía de ellos escabullir. Y en esto estando despierto el ribaldo, y cuando los vio así estar, a lumbre una lámpara que estaba en medio de la cámara, y comenzó de ir a ellos dando voces y diciendo: «¡No muera el caballero!», de guisa que despertó el huésped y vino corriendo a las voces, y cuando llegó, había el ribaldo muerto el uno de ellos, y estábase hiriendo con el otro, en manera que el caballero se levantó, y el huésped y el ribaldo apresaron al otro ladrón. Y preguntáronle que fuera aquello. Y él les dijo que cuidaban él y su compañero que este caballero traía algo, y por eso se levantaron para degollarle y tomárselo. «Ciertas», dijo el caballero, «en vano vos trabajabais, ca por lo que a mí hallaréis, si pobres erais, nunca salierais de pobredad». Desí tomó el huésped el ladrón delante sus vecinos que recudieron a las voces, y atolo muy bien y hasta otro día en la mañana, que le dieron a la justicia, y fue ajusticiado de muerte.

Y yéndose por el camino dijo el ribaldo: «Bien fuistes servido de mí esta noche». «Ciertas», dijo el caballero, «verdad es; y pláceme mucho porque tan bien has comenzado». «Más me probaréis», dijo el ribaldo, «en este camino». «¡Quiera Dios», dijo el caballero, «que las pruebas no sean de nuestro daño!». «De ello y de ello», dijo el ribaldo, «ca todas las manzanas no son dulces; y por ende conviene que nos paremos a lo que viniere». «Pláceme», dijo el caballero, «de estas tus palabras, y hagámoslo así; y bendicho seas porque tan bien lo haces».

Y a cabo de los seis días que se partieron del ermitaño, llegaron a un castillo muy fuerte y muy alto que ha nombre Herín. Y había y una villa al pie del castillo, muy bien cercado, y cuando y fueron era ya hora de vísperas, y el caballero venía muy bien cansado, ca había andado muy gran jornada. Y dijo a su compañero que le fuese buscar de comer; y el ribaldo lo hizo muy de grado. Y en estando comprando un faisán, llegó a él un hombre malo que había hurtado una bolsa llena de pedazos de oro, y díjole: «Amigo, ruégote que me guardes esta bolsa mientras que yo enfreno aquel palafrén».

Y mentía, que no había bestia ninguna, mas venía huyendo por miedo de la justicia de la villa que venía en pos él por prenderle. Y luego que hubo dado la bolsa al ribaldo, metiose entre hombre y hombre y fuese. Y la justicia andando buscando el ladrón, hallaron al ribaldo que tenía el faisán en la una mano y la bolsa que le acomendara el ladrón en la otra, y apresáronlo y subiéronlo al castillo hasta otro día,

que le juzgasen los alcaldes.

El caballero estaba esperando su compañero, y después que fue noche y vio que no venía, maravilloso porque no venía. Y otro día en la mañana fue a buscar y hallar recaudo de él, y cuidó que por ventura era ido con codicia de unos pocos de dineros que le acomendara que despendiese, y fincó muy triste; pero que aún tenía una pieza de dineros para despende, y mayor cuidado había del compañero que perdiera que no de los dineros, ca lo servía muy bien, y tomaba alegría con él, ca le decía muchas cosas en que tomaba placer; y sin esto que era de buen entendimiento y de buen recaudo y de buen esfuerzo.

Y otro día descendieron al ribaldo del castillo para juzgarle ante los alcaldes. Y cuando le preguntaron quién le diera aquella bolsa, dijo que un hombre se la diera en encomienda cuando comprara el faisán, y que no sabía quién era, pero si lo viese que cuidaba que lo conociera. Y mostráronle muchos hombres si lo podría conocer, y no pudo acertar en él, ca estaba escondido de lo que había hecho. Y sobre esto mandaron los alcaldes que lo llevasen a enhorcar, ca en aquella tierra era mantenida justicia muy bien, en manera que por hurto de cinco sueldos o dende arriba mandaban matar al hombre. Y atáronle una cuerda a la garganta y cabalgáronle en un asno, y iba muy gran gente en pos él a ver de cómo hacían de él justicia. Y iba el pregonero delante él, diciendo a grandes voces: «Quien tal hace, tal pide». Y es gran derecho, que quien al diablo sirve y cree, mal galardón prende; comoquiera que este no había culpa en aquel hurto, mas hubo culpa en recibir en encomienda, ca, ciertamente, quien alguna cosa quiere recibir de otro en encomienda, debe catar tres cosas: la primera, quién es aquel que se lo acomienda; la segunda, qué cosa es, catar lo que le da; la tercera es si la sabrá o podrá bien guardar; ca bien podría ser que se la daría algún mal hombre, y que se la daría con engaño la cosa que le acomendase, y por aventura recibiese que no sería en estado para saberlo guardar: así como aconteció a aqueste, que el que se lo dio era mal hombre y ladrón, y la cosa que le dio era hurtado, y otrosí, el que no estaba en estado que lo pueda guardar, mucho debe extrañar de no recibir en guarda depósito; ca de tal fuerza es el depósito que debe ser guardado enteramente así como hombre lo recibe, y no debe usar de ello en ninguna manera sin mandado de él.

Y cuando llevaban a enhorcar a aquel ribaldo, los que iban en pos él habían muy gran piedad de él, porque era hombre extraño y era mancebo mucho apuesto y de buena palabra y hacía salva que no hiciera él aquel hurto, mas que fuera engañado de aquel que se lo acomendara. Y estando el ribaldo al pie de la horca, caballero en el asno, y los sayones atando la soga a la horca, el caballero Zifar, pues que no podía haber a su compañero, rogó al huésped que le mostrase el camino del reino de Mentón, y el huésped, doliéndose de él porque perdiera a su compañero, salió con él al camino. Y desde que salieron de la villa vio el caballero estar muy gran gente en el camino en derredor de la horca, y preguntó al su huésped: «¿A qué está y aquella gente?». «Ciertas», dijo el huésped, «quieren enhorcar un ribaldo que hurtó una bolsa llena de oro». «¿Y aquel ribaldo», dijo el caballero, «es natural de esta tierra?».

«No», dijo el huésped, «y nunca pareció aquí sino ahora, por la su desventura, que le hallaron con aquel hurto». El caballero sospechó que aquel podría ser el su compañero, y díjole así: «Amigo, la fe que debéis, aquel es; ayúdame a derecho; aquel hombre sin culpa es». «Ciertas», dijo el huésped, «muy de grado si así es».

Y fuéronse para y donde habían atado la soga en la horca y querían mover el asno. Y el caballero llegando conociolo el ribaldo, y dando grandes voces dijo: «Señor, señor, véngaseos en mente del servicio que os hice hoy a tercer día, cuando los ladrones os venían para degollar!» «Amigo», dijo el caballero, «¿a qué es la razón por que te mandan matar?». «¡Señor», dijo el ribaldo, «a tuerto y sin derecho, así Dios me valga!». «Atiende un poco», dijo el caballero, «e iré hablar con los alcaldes y con la justicia, y rogarles he que no te quieran matar, pues no hiciste por qué». «¡Y qué buen acorro de señor!», dijo el ribaldo, «para quien está en tan fuerte paso como yo estoy. ¿Y no veis señor, que la mi vida está so el pie de este asno, en un “harre” solo con que le muevan, y decís que iréis a los alcaldes a demandarles consejo? Ciertas los hombres buenos y de buen corazón, que tienen razón y derecho por sí, no deben dudar ni tardar el bien que han de hacer; ca la tardanza muchas vegadas empece». «Ciertas, amigo», dijo el caballero, «si tú verdad tienes no estaría la tu vida en tan pequeña cosa como tú dices». «Señor», dijo el ribaldo, «por la verdad os digo». El caballero metió mano al espada y tajó la soga de que estaba ya colgado, ca había ya movido el asno. Y los hombres de la justicia cuando esto vieron, apresaron al caballero y tomáronlos amos a dos y lleváronlos ante los alcaldes, y contáronles todo el hecho en como acaeciera. Y los alcaldes preguntaron al caballero que cómo fuera atrevido de cometer tan grande locura de quebrantar las prisiones del señorío, y que no cumpliese justicia. Y el caballero estando a sí y a su compañero, hiciera aquel hurto, que le metería las manos y que le cuidaba vencer; ca Dios y la verdad que tenía le ayudaría; y que mostraría que sin culpa de aquel hurto que ponían a su compañón.

Y aquel que hubo hurtado la bolsa con el oro, después que supo que aquel a quien él la bolsa acomendó era llevado a enhorcar, cuidando que era enhorcado y que no le conocería ninguno, fuese para allá donde estaban juzgando los alcaldes; y luego que le vio el ribaldo conociolo y dijo: «Señor, mandad prender aquel que y viene, que aquel es el que me acomendó la bolsa». Y mandáronlo luego prender, y el ribaldo trajo luego testigos a aquel de quien había comprado el faisán, y los alcaldes por esto y por otras presunciones que de él habían, y por otras cosas muchas de que fuera acusado, y maguer no se podían probar, pusiéronlo a tormento; de guisa que hubo a conocer que él hiciera aquel hurto, porque iban en pos él por prenderle, que lo diera aquel ribaldo que lo guardase, y él que se escondiera hasta que oyera decir que le habían enhorcado. «¡Ay, falso traidor!», dijo el ribaldo, «que ¿dónde huye quien al huerco debe? Ciertas, tú no puedes huir de la horca, ca esta ha de ser tu huerco, y a ti espera para ser tu huésped; y ve maldicho de Dios ca en tan gran miedo me metiste; que bien cierto soy que nunca oiré decir “harre” que no me tome gran espanto. Y agradezco mucho a Dios ca en ti ha de fincar la pena cumplida y con derecho, y no en

mí». Y llevaron al ladrón a enhorcar, y el caballero y su compañero fuéronse por su camino, agradeciendo mucho a Dios la merced que les hiciera.

«Señor», dijo el ribaldo, «quien buen árbol se allega, buena sombra le cubre; y por Dios hálleme bien porque a vos me allegué; y quiera Dios que a buen servicio aún yo os dé la revidada en otra tal, o más grave». «Calla, amigo», dijo el caballero, «que fío por la merced de Dios que no querrá que en tal nos veamos; que bien te digo que más peligrosa me semejó esta que el otro peligro por que ya somos antenoche». «Ciertas, señor», dijo el ribaldo, «no creo que con esta sola escapemos». «¿Y por qué no?», dijo el caballero. «Yo os lo diré», dijo el ribaldo. «Ciertas quien mucho ha de andar, mucho ha de probar, y aún nos lo más peligroso habemos a pasar».

Y ellos yendo a una ciudad donde habían de albergar, amanecioles a cabo de una fuente; hallaron una manada de ciervos y; entre ellos había cervatillos pequeños. Y el ribaldo metió mano al estoque y lanzolo contra ellos e hirió uno de los pequeños y fuelo a lanzar y tomolo y trájolo a cuestras; y dijo: «¡Ya tenemos que comer!» «Bien me place», dijo el caballero, «si mejor posada hubiéremos y con mejores huéspedes que los de anoche». «Vayámonos», dijo el ribaldo, «ca Dios nos dará consejo».

Y ellos yendo, antes que llegasen a la ciudad hallaron un comienzo de torre sin puertas, tan alto como una asta de lanza, en que había muy buenas camas de paja de otros que habían y albergado, y una fuente muy buena ante la puerta, y muy buen prado. «¡Ay, amigo!», dijo el caballero, «¡qué gran vergüenza he de entrar por las villas de pie! Ca como extraño estanme oteando y haciéndome preguntas, y yo no les puedo responder. Y fincaría aquí en esta torre esta noche, antes que pasar las vergüenzas de la ciudad». Y con la leña de este soto que aquí está, después que viniere, aguisaré de comer». E hizolo así. Y después que fue aguisado de comer, dio a comer al caballero. El caballero se tuvo por bien pagado y por vicioso estando cerca de aquella fuente en aquel prado. Pero que después que fueron a dormir llegaron tantos lobos a aquella torre, que no fue sino maravilla; de guisa que después que hubieron comido los lobos aquella carniza que fincara de fuera, querían entrar a la torre a comer a ellos, y no se podían defender en ninguna manera, que en toda esa noche no pudieron dormir ni holgar, hiriéndolos muy de recio.

Y en esto estando, arremetiose un lobo grande al caballero, que estaba en derecho de la puerta, y fuelo trabar de la espada con los dientes, y sacóse la de la mano, y echola fuera de la torre. «¡Santa María valga!», dijo el caballero, «llevádome ha el espada aquel traidor de lobo y no he con qué defenderme». «No temáis», dijo el ribaldo, «tomad este mío estoque y defended la puerta, y yo cobraré la vuestra espada». Y fue al rincón de la torre donde había cocinado, y tomó toda cuanta brasa y halló, y púsolo en pajas y con leña, y parose a la puerta y derramolo entre los lobos; y ellos con miedo del fuego arredraronse de la torre, y no se llegaron los lobos, y el ribaldo cobró el espada y diola al caballero. Y de mientras que las brasas duraron del fuego a la puerta de la torre, no se llegaron y los lobos, antes se fueron yendo y apocando. Y ciertas, bien sabidor era el ribaldo, ca de ninguna cosa no han los lobos

tan gran miedo como del fuego. Pero que era ya cerca de la mañana, en manera que cuando fue el alba no fincó y lobo ninguno. «Por Dios», dijo el caballero, «mejor fuera pasar las vergüenzas de la ciudad que no tomar esta mala noche que tomamos». «Caballero», dijo el ribaldo, «así va hombre a paraíso, ca primeramente ha de pasar por purgatorio y por los lugares mucho ásperos antes que allá llegue; y vos antes que lleguéis a gran estado al que habéis a llegar, antes habéis a sufrir y a pasar muchas cosas ásperas». «Y amigo», dijo el caballero, «¿cuál es aquel estado a que he de allegar?» «Ciertas no sé», dijo el ribaldo, «mas el corazón me da que a gran estado habéis a llegar y gran señor habéis a ser». «Amigo», dijo el caballero, «vayámonos en buen hora y pugnemos de hacer bien; y Dios ordene y haga de nos lo que la su merced fuere».

Anduvieron ese día tanto hasta que llegaron a una villa pequeña que estaba a media legua del real de la hueste. Y el caballero Zifar, antes que entrasen en aquella villeta, vio una huerta a un valle muy hermoso y muy grande. Y dijo el caballero: «¡Ay, amigo, qué de grado comería esta noche de aquellos nabos, si hubiese quien me los supiese adobar!». Y llegó con el caballero a una alberguería y dejole y, y fuese para aquella huerta con un saco; y halló la puerta cerrada, y subió sobre; los mejores metía en el saco; y arrancándolos, entró el señor de la huerta, y cuando lo vio fuese para él y díjole: «Ciertas, ladrón malo, vos iréis conmigo preso ante la justicia, y daros han la pena que merecéis porque entrastes por las paredes a hurtar los nabos». «Ay, señor», dijo el ribaldo, «si os dé Dios buena andanza, que lo no hagáis, ca forzado, entré aquí». «¿Y cómo, forzado?», dijo el señor de la huerta. «Señor», dijo el ribaldo, «yo, pasando por aquel camino, hizo un viento torbellino tan fuerte, que me levantó por fuerza de tierra y me echó en esta huerta». «Pues ¿quién arrancó estos nabos?», dijo el señor de la huerta. «Señor», dijo el ribaldo, «el viento era tan recio y tan fuerte que me soliviaba de tierra, y con miedo que me echase en algún mal lugar, trabeme a los nabos y arrancábanse mucho». «Pues ¿quién metió los nabos en este saco?», dijo el señor de la huerta. «Ciertas, señor», dijo el ribaldo, «de eso me maravillo mucho». «Pues tú te maravillas», dijo el señor de la huerta, «bien das a entender que no has en ello culpa. Perdónote esta vegada». «¡Ay, señor!», dijo el ribaldo, «¿y qué mester has perdón al que es sin culpa? Ciertas, mejor haríais en dejarme estos nabos por el lacerio que llevé en arrancarlos, pero que contra mi voluntad, haciéndome el gran viento». «Pláceme», dijo el señor de la huerta, «pues tan bien te defendiste con mentiras apuestas».

Fuese el ribaldo con los nabos, muy alegre porque tan bien escapara. Y adobolos muy bien con buena cecina que halló a comprar, y dio a comer al caballero. Y desde que hubo comido contole el ribaldo lo que le aconteciera cuando fue coger los nabos. «Ciertas», dijo el caballero, «y tú fuiste de buena ventura en así escapar, ca esta tierra es de gran justicia. Y ahora veo que es verdad lo que dijo el sabio, que a las vegadas aprovecha a hombre mentir con hermosas palabras; pero amigo, guárdate de mentir, ca pocas vegadas acierta hombre en esta ventura que tú acertaste, que escapaste por

malas arterías». «Ciertas, señor», dijo el ribaldo, «de aquí adelante más querría un dinero que ser artero, ca ya todos entienden las arterías y las encubiertas. El señor de la huerta por su mesura me dijo que luego me entendió que hablaba con maestría. Y no se quiera ninguno engañar en esto, ca los hombres de este tiempo luego que nacen sabedores más en mal que no en bien. Y por ende ya uno a otro no puede engañar, por arterías que sepa, comoquiera que a las vegadas no quieren responder ni dar a entender que lo entienden. Y esto hacen por encubrir a su amigo o a su señor, que habla con maestría y artería de mal, y no por no entenderlo ni porque no hubiese y respuesta que le convenía. Onde muy poco aprovecha el artería al hombre pues se la entienden».

El caballero preguntó al ribaldo: «Amigo, ¿qué te semeja que habemos a hacer, que ya cerca de la hueste somos?» «Ciertas», dijo el ribaldo, «yo os lo diré. El rey de Ester, ese que tiene cercado al rey de Mentón, tiene en poco las cosas, porque es señor del campo; mas la honra y el brío quien ganarlo quiere, con los de dentro que menos pueden ha de estar, para defenderlos y para ampararlos y para sacarlos de la premia en que están. Y ende seméjame que es mejor de meteros con los de la villa que no fincar acá donde no catarán por vos». «¿Y cómo podría yo entrar», dijo el caballero, «a la villa sin embargo?». «Yo os lo diré», dijo el ribaldo. «Vos me daréis estos vuestros vestidos, y vos tomaréis estos míos que son viles; y pondréis una guirnalda de hojas de vides en vuestra cabeza y una vara en la mano, bien como sandio, y maguer os den voces no os deis nada por ello; y en la tarde idos allegando a la puerta de la villa, ca no catarán por vos. Y si estuviere hombre alguno en los andamios, decirle habéis que queréis hablar con el mayordomo del Rey. Y desde que os acogieren, idos para el mayordomo, ca dicen que es muy buen hombre, y demostradle vuestra hacienda lo mejor que pudiereis, y endréceos Dios a lo mejor. Y yo dicho os he aquello poco que yo entiendo», dijo el ribaldo, «si más supiese más os diría, mas no ha en mí más seso de cuanto vos veis; y acorreos de aquí adelante del buen seso». «Amigo», dijo el caballero, «tomar quiero vuestro consejo, ca no tengo ni veo otra carrera más segura para entrar en la villa».

Cuando fue en la mañana desnudó sus paños el caballero y desnudó los suyos el ribaldo, y vistiose el caballero los paños del ribaldo, y puso una guirnalda de hojas en la cabeza, y fuese para la hueste. Y cuando entraron por la hueste comenzaron a dar voces al caballero todos, grandes y pequeños, como a sandio, y diciendo: «He aquí el rey de Mentón, sin caldera y sin pendón». Así que aqueste ruido anduvo por toda la hueste, corriendo con él y llamándole rey de Mentón. Y el caballero, comoquiera que pasaba grandes vergüenzas, hacía enfinta que era sandio, y corriendo hasta que llegó a una choza, demandó del pan y del vino. El sirviente venía en pos él a trecho, diciendo a todos que era sandio, y fuese a la choza donde vendían el vino y dijo: «Oh, sandio rey de Mentón, ¿aquí eres? ¿Has comido hoy?» «Ciertas», dijo el sandio, «no». «¿Y quieres que te dé a comer por amor de Dios?» Dijo el sandio: «Querría». Metió mano el sirviente a aquello que vendían mal cocinado, y dióle de comer y

beber cuanto quiso. Y dijo el sirviente: «Sandio, ¿ahora que estás beodo cuidas que estás en tu reino?» «Ciertas», dijo el sandio. Y dijo el tabernero: «Pues, sandio, defiende tu reino». «Déjame dormir un rato», dijo el sandio, «y verás cómo me irá luego a dar pedradas con aquellos que están tras aquellas paredes». «¿Y cómo», dijo el tabernero, «el tu reino quieres tú combatir?» «Oh, necio», dijo el sandio, «¿y no sabes tú que antes debo saber que tengo en mí que no deba ir contra otro?» «¿Y qué quiere decir eso?», dijo el tabernero. «Dejadle», dijo el sirviente, «que no sabe qué se dice; duerma, ca ya devanea». Y así se dejaron de aquellas palabras y el sandio durmió un poco. Y desde que fue el sol yendo, levantose e hizole el sirviente del ojo que se fuese escontra las puertas de la villa. Y él tomó dos piedras en las manos y su espada so aquella vestidura mala que traía y fuese, y los hombres cuando le veían dábanle voces, llamándole rey de Mentón; así que llegó a las puertas de la villa, y a uno que estaba en los andamios dijo: «Amigo, hazme acoger allá, ca vengo con mandado al mayordomo del Rey». «¿Y cómo te dejaron pasar los de la hueste?», dijeron los que estaban en los andamios. «Ciertas», dijo él, «híceme entre ellos sandio, y dábanme todos voces, llamándome rey de Mentón». «Bien seas tú venido», dijo el de los andamios, e hizolo acoger. Y desde que fue el caballero dentro en la villa, demandó dónde era la posada del mayordomo del Rey, y mostráronsele.

Y cuando fue allá, el mayordomo quería cabalgar, y llegó a él y dijo: «Señor, querría hablar convusco si por bien lo tuvieseis». Y apartose con él y díjole así: «Señor, yo soy caballero hijodalgo y de luengas tierras, y oí decir de vos mucho bien, y véngoos servir». «Bien seáis vos venido», dijo el mayordomo, «y pláceme convusco. Pero ¿que sabréis usar de caballería?». «Sí», dijo el caballero, «con la merced de Dios, si aguisamiento tuviese». «Ciertas, yo os lo daré», dijo el mayordomo. Y mandole dar muy bien de vestir, y buen caballo y buenas armas, y todo cumplimiento de caballero, y desde que fue vestido el caballero pagose mucho el mayordomo de él, ca bien le semejó en sus hechos y en sus dichos que era hombre de gran seso y de gran lugar.

Y estando un día con el mayordomo en su casa en su solas, dijo el caballero: «Señor, ¿qué es esto? Que de la otra parte de la hueste sale uno a uno a demandar si ha quien quiera lidiar con ellos, habiendo aquí tantos hombres buenos». «Ciertas, caballero», dijo el mayordomo, «escarmentados son los nuestros; ca aquellos dos caballeros que vos veis que sale uno a uno son hijos del Rey, y son muy buenos caballeros de sus armas, y aquellos mataron ya dos condes, por que no osa ninguno salir a ellos». «¿Cómo?», dijo el caballero, «¿pues así habéis a estar envergoñados y espantados de ellos? Ciertas, si vos quisierais, yo saldré allá cuando alguno de ellos saliere, y lidiaré con él». «Mucho me place de lo que decís», dijo el mayordomo, «mas saberlo he antes del Rey mío señor». Y dijo al Rey: «Un caballero extraño vino a mí el otro día que quería vivir conmigo a la vuestra merced, y recibilo, y mandele dar de vestir y aguisar de caballo y de armas; y ahora pidiome que le dejase salir a lidiar con aquellos de la otra parte que demandaban lidiadores; y yo díjele que no lo

haría a menos que vos lo supieseis». «¿Y qué caballero os semeja», dijo el Rey, «que es aquese?» «Señor», dijo el mayordomo, «es un caballero mucho apuesto y de buena palabra, y muy aguisado para hacer todo bien». «Veámoslo», dijo el Rey. «Muy de grado», dijo el mayordomo. Y envió por él. El caballero entró por el palacio y fuese para el Rey donde estaba él y su hija, y el mayordomo con ellos, y entró muy paso y de buen continente, en manera que entendió el Rey y su hija que era hombre de prestar. Y el Rey le preguntó y díjole: «Caballero, ¿ónde sois?» «Señor», dijo, «de tierra de las Indias». «¿Y atreveros habéis», dijo el Rey, «a lidiar con aquellos que salen y a demandar lidiadores?» «Sí», dijo el caballero, «con la merced de Dios». «Ayúdeos Dios», dijo el Rey.

Y otro día en la gran mañana aguisose el caballero muy bien de su caballo y de sus armas, así que no le menguaba ninguna armadura, que le dejasen salir y que le acogiesen cuando él quisiese. Cuando comenzó el sol a salir, salió un hijo del rey de Ester a demandar lidiador. El caballero, cuando lo oyó, dijo al portero que le dejase salir, y el portero dijo que no lo haría si no le prometiese que le daría algo si Dios le ayudase. El caballero dijo que si Dios le ayudase acabar su hecho, que le daría el caballo del otro si lo pudiese tomar. Y el portero le abrió la puerta y dejolo salir. Y cuando fue en el campo con el otro, díjole el hijo del Rey: «Caballero, mal consejo hubistes en quereros atrever a lidiar conmigo. Creo mejor hicierais en fincaros en vuestra posada». «No me metáis miedo», dijo el caballero, «más de cuanto yo me tengo, y haced lo que habéis a hacer». Y desí dejáronse correr los caballos el uno contra el otro, e hiriéronse de las lanzas en manera que pasaron los escudos más de sendas brazadas. Mas así quiso Dios cuidar al caballero que no le empeció la lanza del hijo del Rey; y la lanza del caballero pasó las guarniciones del hijo del Rey y echósela por las espaldas, y dio con él muerto en tierra. Y tomó el caballo del hijo del Rey y trájolo y diolo al portero así como se lo prometiera, y fuese luego para su posada a desarmarse.

El ruido y llanto fue muy grande por la hueste por el hijo del Rey que era muerto. El Rey envió por su mayordomo y preguntó quién mató el hijo del Rey. «Señor», dijo el mayordomo, «el vuestro caballero que vino a mí ayer aquí a vos; y tenemos ciertas señales ende», dijo el mayordomo, «ca el caballo del hijo del Rey que mató dio a los porteros, y los que estaban en las torres y sobre las puertas». «En el nombre de Dios sea bendicho», dijo el Rey, «ca por aventura Dios trajo a este hombre por su bien y el nuestro. Y ¿qué hace ese caballero?», dijo el Rey. «Señor», dijo el mayordomo, «cierto soy que cras saldrá allá, ca hombre es de buen corazón y de buen seso natural».

La Infante, hija del Rey, había gran sabor de verlo, y dijo: «Señor, bien haríais en enviar por él y halagarle y castigarle que haga lo mejor». «Y si él mejor lo hace», dijo el Rey, «¿en qué lo podremos nos castigar? Dejémosle con su buen andanza adelante».

Y cuando fue otro día en la mañana antes del alba, el caballero fue armado y

cabalgó en su caballo y fuese para la puerta de la villa, y dijo a los otros de las torres que si algún lidiador saliese, que se lo hiciesen saber. Y de la hueste no salió ningún lidiador, y dijo uno de los que estaban en las torres: «Caballero, no sale ninguno, y bien podéis ir si quisierais». «Pláceme», dijo el caballero, «pues Dios lo tiene por bien». Y en yéndose el caballero, vieron salir los de las torres dos caballeros armados de la hueste, que venían contra la villa dando voces si había dos por dos que lidiasen. Y los de las torres dieron voces al caballero que se tornase, y él vino para la puerta y preguntoles qué era lo que querían, y ellos le dijeron: «Caballero, mester habíais otro compañero». «¿Y por qué?», dijo el caballero. «Porque son dos caballeros bien armados y demandan si hay dos por dos que quieran lidiar». «Ciertas», dijo el caballero, «no he aquí compañero ninguno, mas tomaré a Dios por compañero, que me ayudó ayer contra el otro, y me ayudará hoy contra estos dos». «¡Y qué buen compañero escogiste!», dijeron los otros. «Id en nombre de Dios, y Él por la su merced os ayude».

Abrieron las puertas y dejáronle ir, y cuando fue fuera en el campo, dijéronle los otros dos caballeros muy soberbiamente y como en desdén. «Caballero, ¿dónde el tu compañero?» «Aquí es conmigo», dijo el caballero. «¿Y parece?», dijeron los otros. «No parece a vos», dijo el caballero, «ca no sois dignos de verlo». «¿Cómo?», dijeron los caballeros, ¿invisible es, que no se puede ver?» «Ciertas, invisible», dijo el caballero, «a los muy pecadores». «¿Y cómo?», dijeron los caballeros, «¿más pecadores tienes que somos nos que tú?» «A mi creencia es», dijo el caballero, «que sí; y bien creo que si lo descercaseis que haríais medida y bondad, y os haría Dios bien por ende». «Ciertas», dijeron los otros, «bien cuida este caballero que descercaremos nos este rey por sus palabras apuestas. Bien creáis que no lo haremos hasta que le tomemos por la barba».

Y de estos dos caballeros era el uno el hijo del rey de Ester, y el otro su sobrino: los más poderosos caballeros que eran en la hueste, y los mejores de armas. Todos los que eran en la hueste y en la ciudad estaban parando mientes a lo que hacían estos caballeros y maravillábanse mucho en qué se detenían; pero que les semejaba que estaban razonando, y cuidaban que hablaban en alguna pleitesía. Y eso mismo cuidaba el rey de Mentón, que estaba en su alcázar con su hija y con su mayordomo mirándolos. Y el Rey dijo a su mayordomo: «¿Es aquel el nuestro caballero extraño?» «Señor», dijo el mayordomo, «sí». «¿Y cómo?», dijo el Rey, «¿cuida lidiar con aquellos dos caballeros?». «Yo no lo sé», dijo el mayordomo. «¡Dios Señor!», dijo el Rey, «¡ayude a la nuestra parte!». «Sí hará», dijo la Infante, «por la su merced, ca nos no lo merecemos porque tanto mal nos hiciesen».

Los dos caballeros de la hueste se tornaron contra el caballero y dijéronle: «Caballero, ¿dónde es tu compañero? Loco eres si tú solo quieres conusco lidiar». «Y ya lo dije», dijo el caballero, «que conmigo está mi compañero, y cuido que está más cerca de que no sois amos uno de otro». «¿Y eres tú, caballero», dijeron los otros, «que mataste el nuestro pariente?». «Matolo su soberbia y su locura», dijo el

caballero, «lo que cuido que matará a vos. Amigos, no tengáis en poco a ninguno porque vos seáis buenos caballeros de alta sangre. Ciertas, debéis pensar que en el mundo hay de más alta sangre y de más alto lugar que no vos». «No lo eres tú», dijo un caballero de ellos. «Ni yo me pondría en tan grandes grandías», dijo el caballero, «como pongo a vos, y bien sé quién soy; y ninguno no puede bien juzgar ni conocer a sí mismo. Pero que os digo que antes juzgue a mí que a vos, y por ende no cuidé errar en lo que dije. Pero comoquiera que caballeros buenos sois, y de gran lugar, no debéis tener en poco los otros caballeros del mundo, así como hacéis con soberbia. Ciertas todos los hombres del mundo deben esquivar los peligros, no solamente los grandes mas los pequeños, ca donde hombre cuida que hay muy pequeño peligro a las vegadas es muy grande; ca de pequeña centella se levanta a las vegadas gran fuego, y maguer que el enemigo humildoso sea, no le deben tener en poco; antes lo debe hombre temer». «¿Y qué enemigo eres tú», dijo el hijo del Rey, «para acometernos?». «No digo yo por mí», dijo el caballero, «mas digo que es sabio el que teme a su enemigo y se sabe guardar de él, maguer no sea buen caballero ni tan muy poderoso; ca pequeño can suele embargar muy gran venado, y muy pequeña cosa mueve a las vegadas la muy grande y hace caer». «Pues ¿por derribados nos tienes?», dijo el hijo del Rey. «Ciertas no por mí», dijo el caballero, «ca yo no os podría derribar ni me atrevo a tanto en mí». «En mí querría saber», dijo el hijo del Rey, «en cuyo esfuerzo salistes acá, pues en vos no os atrevéis». «Ciertas», dijo el caballero, «en el esfuerzo de mi compañero». «Mal acorrido serás de él», dijeron los otros, «cuando fueres en nuestro poder». «Bien debéis saber», dijo el caballero, «que el diablo no ha ningún poder sobre aquel quien a Dios se acomienda, y por ende no me veréis en vuestro poder». «Y mucho nos baldonas», dijeron los otros; «este caballero, vayamos a él». Y fincaron las espuelas a los caballos y dejáronse ir contra el caballero, y él hizo lo mismo.

Los caballeros dieron sendos golpes con las lanzas en él, mas no pudieron abatir al caballero, ca era muy cabalgante. Y el caballero dio una lanzada al sobrino del Rey que le metió la lanza por el costado y falsó las guarniciones y dio con el muerto en tierra. Y desí, metieron mano a las espadas el caballero y el hijo del Rey. Y dábanse tamaños golpes encima de los yelmos y de las guarniciones que traían, en manera que los golpes oía el rey de Mentón encima del alcázar donde estaba. Y qué buen abogado había el caballero en la Infante, que si fuese su hermano no estaba más devotamente haciendo sus plegarias a Dios por él, y demandando muchas vegadas al mayordomo y diciendo: «¿Cómo va al mi caballero?», hasta que le vino decir por nuevas que había muerto el un caballero de los dos, y que estaba lidiando con el otro. «¡Ay, Nuestro Señor!», dijo ella, «bendito sea el tu nombre, que tanto bien y tanta merced haces por este caballero. Y pues buen comienzo le has dado a su hecho, pídotte por merced que le des buen acabamiento». Y luego se tornó a su oración como antes estaba, y los caballeros se andaban hiriendo en el campo de las espadas muy de recio, en manera que no les fincó pedazo en los escudos.

Y el caballero Zifar viendo que no se podían empecer por las guarniciones que tenían muy buenas y muy fuertes metió mano a una misericordia que traía y llegose al hijo del Rey y púsole el brazo al cuello y bajole contra sí, ca era muy valiente, y cortole las correas de la capellina y un bacinete que tenía so ella, y tiróselas y comenzáronlo a herir en la cabeza de muy grandes golpes con la misericordia sobre el almofa, hasta que se despuntó la misericordia. Y metió mano a una maza que tenía y diole tantos golpes en la cabeza hasta que lo mató.

Y ellos estando en aquella lid, y el ribaldo que venía por el camino con el caballero Zifar estaba mirando con los otros de la hueste qué fin habría aquella lid, paró mientes y semejole en la palabra que el que lidiaba por los de la villa, que era su señor, y cuando el caballero daba alguna voz, que él era de todo en todo. Y porque hubiese razón de ir allá a saberlo, dijo a los de la hueste: «Señores, a aquel caballo del sobrino del Rey que anda por el campo, temo que se irá a la villa si alguno no lo va tomar; y si por bien lo tuvieseis iría yo por él». «Ciertas», dijeron los de la hueste, «díceslo muy bien, y ve por él». Y el ribaldo se fue para allá donde lidiaban estos dos caballeros, y cuando fue cerca de ellos conociole el caballero Zifar en los paños que le había dado, y díjole: «Amigo, ¿aquí eres?» «Señor», dijo el ribaldo, «aquí a la vuestra merced; ¿y cómo estáis», dijo el ribaldo, «con ese caballero?». «Ciertas», dijo el caballero, «muy bien, mas espera un poco hasta que sea acortado, ca aún está resollando». «Pues ¿qué me mandáis hacer?», dijo el ribaldo. «Ve a tomar aquel caballo que anda en aquel campo», dijo el caballero, «y ve para la villa conmigo».

El ribaldo fue tomar el caballo y cabalgó en él. Y el caballero, pues que vio que el otro era muerto, dejolo caer en tierra y tomó el caballo por la rienda y fuese para la villa y el ribaldo con él. Y cuando llegaron a la puerta, llamó al portero el caballero y dijo que los llevasen a una casa donde se pudiesen desarmar. Y cerraron la puerta. Y diole el caballo que traía el ribaldo, que fue del hijo del Rey, y desarmaron el caballero y el caballo que traía el ribaldo. Y el caballero demandó al portero que le emprestase sus vestiduras hasta que llegase a su posada, porque no le conociesen, y el portero emprestóselo. Y cabalgó en su caballo y el ribaldo en el otro y fuéronse por otra puerta mucho encubiertamente para su posada.

Y toda la gente estaba a la puerta por donde entró el caballero, esperándolo cuando saldría por conocerlo, tan bien los condes como los otros hombres grandes; ca tenían que ningún caballero del mundo no podría hacer mejor de armas que este hiciera en aquel día. Y cuando les dijeron que era ido por otra puerta encubiertamente, pesoles muy de corazón y preguntaron a los porteros si lo conocieron, y ellos dijeron que no, que era un caballero extraño, y no les semejaba que era de aquella tierra. Los condes y los hombres buenos se partieron ende con muy gran pesar porque no le habían conocido, hablando mucho de la su buena caballería, y loándolo.

Y esta lid de estos dos caballeros duró bien hasta hora de vísperas; y el Rey y la Infante y el mayordomo, cuando vieron que la lid era ya acabada y el su caballero se

tornaba, maravilláronse mucho del otro que venía con el otro caballo. Y dijo el Rey a su mayordomo: «Idos para la posada y sabed de aquel caballero en cómo pasó todo su hecho y quién es el otro que con él vino; y nos entretanto comeremos, ca tiempo es ya de comer. «Muy de grado», dijo el mayordomo. «Venir os habéis luego con las nuevas que supiereis». «Por Dios, señor», dijo la Infante, «vos yantastes hoy muy bien y hubistes por huésped a Nuestro Señor Dios, que no os quiso desamparar, antes os ayudó contra sus enemigos muy bien, tuvistes victoria contra ellos, y bendito sea el nombre de Dios, que vos tal caballero quiso acá enviar. Fío yo por la merced suya que por este será la ciudad descercada y nos fuera de esta premia». El Rey se asentó a comer y ella dijo que no lo haría hasta que oyese nuevas de aquel caballero si era sano, ca tenía de tan grandes golpes que hubo como en aquella batalla de la una parte y de la otra, que por ventura sería herido. «¿Y cómo, hija?», dijo el Rey, «¿queréis que él venciese y descercase esta ciudad y nos sacase de esta premia en que somos?». «Señor, querría, si a Dios pluguiese, esto mucho aína». «¿Y no paráis mientes, mi hija», dijo el Rey, «que a casar os conviene con él?» «Ciertas, señor», dijo ella, «si Dios lo tiene por bien, muy mejor es casar con un caballero hijodalgo y de buen entendimiento y buen caballero de armas para poder y saber amparar el reino en los vuestros días, que no casar con infante o con otro de gran lugar que no supiese ni pudiese defender a sí ni a mí.» «Por Dios, hija», dijo el Rey, «mucho os lo agradezco porque tan bien lo decís, y bien cuido que este caballero de más alto lugar es de cuanto nos cuidamos».

Y ellos estando en esta, he vos dónde venía el mayordomo con todas las nuevas ciertas. Y cuando la Infante le vio dijo así: «¿El mío caballero, si no es herido?». «No», dijo el mayordomo, «loado sea Dios, antes está muy leído y muy sano». «¿Y quién era el otro que venía con él por el camino?» Dijo el mayordomo que le dijera que un su sirviente que viniera con él hasta en la hueste. «Y aún díjome el caballero una cosa que yo antes no sabía: que este su servidor le había aconsejado antes que entrasen en la hueste, que si él quería entrar a la ciudad, que le daría aquellas sus vestiduras y que tomase las suyas que valían poco, y que pasase por la hueste así como sandio, no haciendo mal a ninguno; y que de esta guisa podría venir a la ciudad sin embargo; y aún dijo más el sirviente, que cuando venía por la hueste que le daban voces como a sandio, y llamando rey de Mentón, que así entró en la ciudad». Y dijo el Rey: «Estas palabras no quiere Dios que se digan de balde, y alguna honra tiene aparejada para este caballero». «Dios se la dé», dijo la Infante, «ca mucho lo merece bien». Y él comenzó de reír y dijo al mayordomo que fuese hacer pensar muy bien del caballero. El mayordomo se fue y mandó a su sirviente que pensasen del caballero muy bien, y fuese a sentar a comer, que no había comido en aquel día.

Y cuando fue otro día en la mañana, vinieron los condes y los grandes hombres a casa del Rey, y preguntoles el Rey: «Amigos, ¿quién fue aquel caballero tan bueno que tanto bien hizo ayer? Por amor de Dios, mostrádmelo y hagámosle todos aquella honra que él merece, ca extrañamente de bien me semeja que usó de sus armas».

«Ciertas», dijeron los condes, «señor, no sabemos quién es, y bien nos semeja que ningún caballero del mundo no podría hacer mejor de armas que él hace. Y nos fuimos a la puerta de la villa por conocerlo cuando saliese, y salió por otra puerta muy encubiertamente, y fuese, de guisa que no podríamos saber quién era». «Ciertas», dijo el Rey, «cuido que sea Caballero de Dios, que nos ha aquí enviado para defendernos y lidiar por nos. Y pues así es que no lo podemos conocer, agradezcámoslo a Dios mucho por este acorro que nos envió, y pidámosle por merced que lo quiera llevar adelante; ca aquel Caballero de Dios ha muerto los más soberbios dos caballeros que en todo el mundo eran; y aún me dicen que el tercero es sobrino del Rey, que le semejaba mucho en la soberbia». «Verdad es», dijeron los otros condes, «ca así lo apresamos nos a la puerta de la villa cuando allá fuimos, y nunca tan gran llanto vimos hacer por hombre del mundo como por este hicieron esta noche, y aún hacen esta mañana». «Dios les dé llanto y pesar», dijo el Rey, «y a nos alegría, ca asaz nos han hecho de mal y de pesar, no mereciéndoselo». «Así lo quiera Dios», dijeron los otros. Y de y adelante le dijeron el Caballero de Dios.

«Amigos», dijo el Rey, «pues tanta merced nos ha hecho Dios en toller el rey de Ester los mejores dos brazos que él había, y a un su sobrino el tercero, en quien él había gran esfuerzo, y pensemos en cómo podamos salir de esta premia en que nos tienen». «Muy bien es», dijeron todos, «y así lo hagamos».

El Caballero de Dios estando con el mayordomo en su solas, preguntó al mayordomo en cómo podrían salir de aquella premia en que eran porque el Rey los tenía cercados. Ca la ventura ayuda a aquel que se quiere esforzar y toma osadía en los hechos; ca no da Dios el bien a quien lo demanda, mas a quien obra en pos la demanda». «¿Y cómo?», dijo el mayordomo, «ya vemos muchas vegadas atreverse muchos a tales hechos como estos y hállanse ende mal». «No digo yo», dijo el caballero, «de los atrevidos, mas de los esforzados; ca gran departimiento ha entre atrevido y esforzado, ca el corrompimiento se hace con locura y el esfuerzo con buen seso natural». «¿Pues cómo nos podremos esforzar», dijo el mayordomo, «para salir de esta premia de estos nuestros enemigos?». «Yo os lo diré», dijo el Caballero de Dios. «Ciertas de tan buena compañía como aquí es con el Rey, debíanse partir a una parte quinientos y salir por sendas partes de la villa antes que amaneciese, ser con ellos al tiempo que ellos en la su holgura mayor se hubiesen. Y esto haciendo así a menudo, o los harán derramar o irse por fuerza, o los harán gran daño, ca se enojarán con los grandes daños que recibiesen y se habrían a ir: ca mientras vos quisieréis dormir y holgar, eso mismo se querrán ellos. Y aún os digo más», dijo el Caballero de Dios, «que si me diereis quinientos caballeros de esta caballería que aquí es, que yo les escogiese, me esforzaría a acometer este hecho, con la merced de Dios». «Pláceme», dijo el mayordomo, «de cuanto decís».

Y fuese luego para casa del Rey, y cuando el mayordomo llegó preguntole el Rey qué hacía el Caballero de Dios. «Señor», dijo el mayordomo, «está a guisa de buen caballero y hombre de buen entendimiento, y semeja que siempre anduvo en guerra y

usó de caballería, tan bien sabe departir todos los hechos que pertenecen a la guerra». «¿Pues qué dice de esta guerra en que somos?», dijo el Rey. «Ciertas», dijo el mayordomo, «tiene que cuantos caballeros y cuantos hombres buenos aquí son, que menguan en lo que han de hacer». Y contole todo lo que con él pasara. «Bien es», dijo el Rey, «que guardemos entre nos aquellas cosas que dijo el Caballero de Dios; y veremos lo que nos responderán los condes y los nuestros hombres buenos y toda la gente que hay aquí cras». «Convusco por bien lo tengo y por vuestro servicio», dijo el mayordomo.

Y otro día en la gran mañana fueron llegados los condes y los hombres buenos y toda la gente de la ciudad en casa del Rey. Y después que llegó y el Rey, preguntó si habían acordado alguna cosa por que pudiesen salir de premia de estos enemigos. Y mal pecado, tales fueron ellos que no habían hablado en ello ni les viniera en mente. Y levantose uno y dijo al Rey: «Señor, dadnos tiempo en que nos podamos acordar, y responder os hemos». Y el Rey con gran desdén dijo: «Caballeros, cuanto tiempo vos quisiereis; pero mientras vos acordáis, si por bien lo tuviereis, dadme quinientos caballeros de los que yo escogiese entre los vuestros y los míos, y comenzaremos alguna cosa porque después sepamos mejor entrar en el hecho». «Plácenos», dijeron los condes, «y vaya el mayordomo y escójalos».

Y envió el Rey por el mayordomo y por el caballero que se viniesen para él. Y desde que vinieron mandoles que escogiesen quinientos caballeros de los suyos y de los otros. Y ellos hiciéronlo así, y cuales señalaba el Caballero de Dios tales escribía el mayordomo, de guisa que escribieron los mejores quinientos caballeros de aquella caballería; y mandoles el mayordomo que otro día en la gran mañana que saliesen a la plaza a hacer alarde, muy bien aguisados y con todas sus guarniciones.

Y otro día salieron y todos aquellos caballeros armados, en manera que semejaba al Rey que era muy buena gente y bien aguisada para hacer bien y acabar gran hecho, si buen caudillo hubiesen. Y un caballero de ellos dijo: «Señor, ¿a quién nos daréis por caudillo?» «El mío mayordomo», dijo el Rey, «que es muy buen hidalgo y es buen caballero de armas, así como todos sabéis». «Mucho nos place», dijeron los caballeros, «y por Dios, señor, lo que tenemos a hacer, que lo hagamos aína, antes que sepan de nos los de la hueste y se aperciban». «Agradézcooslo mucho», dijo el Rey, «porque tan bien lo decís, y sed de muy gran madrugada, cras antes del alba, todos muy bien aguisados, a la puerta de la villa, y haced en como mandare el mío mayordomo». «Muy de grado lo haremos», dijeron ellos.

Y otro día en la gran mañana, antes del alba, fueron a la puerta de la villa tres mil hombres de pie con ellos muy bien escudados, que había aguisados el mayordomo. Y aguisose el Caballero de Dios y tomó su caballo y sus armas, pero que llevaba las sobreseñales del mayordomo; y fuese con el mayordomo para la puerta de la villa; y el mayordomo dijo a los caballeros: «Amigos, aquel mío sobrino que va delante, que lleva las mis sobreseñales, quiero que vaya en la delantera, y vos seguidle y guardadle; y por donde él entrare entrad todos; y yo iré en la zaga y recudid conusco,

y no catéis por otro sino por él». «¡En el nombre de Dios!», dijeron los caballeros, «ca nos le seguiremos y lo guardaremos muy bien». Y abrieron las puertas de la villa y salieron todos muy paso unos en pos otros.

Y el Caballero de Dios puso los peones delante todos y tornose a los caballeros y díjoles: «Amigos, nos habemos a ir derechamente al real donde el Rey está, ca si nos aquel desbaratamos lo al todo es desbaratado». Y castigó a los peones que no se metiesen ningunos a robar, mas a matar tan bien caballos como hombres, hasta que Dios quisiese que acabasen su hecho. Y esto les mandaba so pena de la merced del Rey; y ellos prometieron que cumplirían su mandado. Y cuando ellos movieron tornose el mayordomo, que así se lo había mandado el Rey.

El Caballero de Dios metiose por la hueste con aquella gente, hiriendo y matando muy de recio, y los peones dando fuego a las chozas, en manera que las llamas subían hasta el cielo. Y cuando llegaron a las tiendas del Rey, el ruido fue muy grande y la prisa de matar y de herir cuantos hallaban, pero no era aún amanecido, y por ende no se pudieron apercibir los de la hueste para armarse. Y cuando llegaron a la tienda del Rey, combatiéronla muy de recio, y cortaban las cuerdas, de guisa que el Rey no oyó ser acorrido de los suyos ni se atrevió a fincar, y cabalgó en un caballo que le dieron, y fuese. Y los otros fueron en pos él en alcance bien tres leguas, matando e hiriendo. La gente del real cuando vinieron a la tienda y preguntaban por el Rey y les decían que era ido, no sabían qué hacer sino guarecer e irse derramados, cada uno por su parte. Y el Caballero de Dios con la su gente, como los hallaban que iban derramados, matábanlos, que ninguno dejaban a vida. Y así se tornaron para el real, donde hallaron muy gran haber y muy gran riqueza, ca no lo pudieron llevar ni les dieron vagar, ca los de la villa, después que amaneció y vieron que se iban, salieron y corrieron con ellos.

El Caballero de Dios envió decir que enviase poner recaudo en aquellas cosas que eran en el real, porque no se perdiesen. Y el Rey envió a su mayordomo; y bien podía el mayordomo despende y tener palacio, ca muy gran ganancia era y muy rico fincaba. Pero que con consejo de Caballero de Dios hizo muy buena parte aquellos quinientos caballeros y a los tres mil peones que fueron en el desbarato. Y el Caballero de Dios se vino para su posada mucho encubiertamente que no lo conociesen, y los otros todos para las suyas a desarmar. El Rey estaba en su posada agradeciendo mucho a Dios la merced que les había hecho, y dijo la infanta su hija: «¿Qué os semeja de este hecho?» «Por Dios, señor», dijo ella, «seméjame que nos hace Dios gran merced, a este su hecho semeja, y no de hombre terrenal, salvo ende que quiso que viniese por alguno de la su parte con quien él tiene». «Pues hija, ¿qué será?, ca en juicio habremos a entrar para saber quién descercó esta villa, y aquel os habremos a dar por marido». «¡Ay, padre señor!», dijo, «no que dudar en este, ca todos estos buenos hechos el Caballero de Dios los hizo; y si no por él, que quiso Dios que lo acabase, no pudiéramos ser descercados tan aína». «¿Y creéis vos, hija, que es así?» «Ciertas, señor», dijo ella, «sí, y pláceme, pues Dios lo tiene por bien».

Y el Rey envió decir luego a los condes y a todos los otros que fuesen otro día mañana al su palacio, y ellos vinieron otro día al palacio del Rey, y el Rey agradeció mucho a Dios esta merced que le hizo, y desí, los quinientos caballeros que fueron en el desbarato.

Un caballero bueno de los quinientos se levantó y dijo así: «Señor, nos has por qué agradecer a ninguno este hecho sino a Dios primeramente, y a un caballero que nos dio tu mayordomo porque nos guiásemos, que decía que era su sobrino; que bien me semeja que del día en que nací no vi un caballero tan hermoso armado, ni tan bien cabalgante en un caballo, ni que tan buenos hechos hiciese su gente como él esforzaba a nos; ca cuando una palabra nos decía semejábanos que esfuerzo de Dios era verdaderamente. Y dígotte, señor, verdaderamente, que en lugares nos hizo entrar con el su esfuerzo que si donde dos mil caballeros tuviese, no más me atrevería a entrar. Y si cuidas que yo en aquello miento, ruego a estos caballeros que se acertaron y, que te lo digan si es así». «Señor», dijeron los otros, «en todo te ha dicho verdad, y no creas, señor, que en tan pequeña hora como nos habemos aquí estado se pudiesen contar todos los bienes de este caballero que nos en él vimos». «¿Pues qué será?», dijo el Rey: «¿quién diremos que descercó este lugar?». «No lo pongáis en duda, señor», dijo el caballero de los quinientos, «que este la descercó de quien ahora hablamos, por su ventura buena». «Mas según esto», dijo el Rey, «seméjame que le habremos a dar la Infante mi hija por mujer». «Tuerto harías», dijo el caballero bueno, «si no se la dieses; ca bien lo ha merecido a ti y a ella».

Un hijo de un conde, y muy poderoso, que era y, levantose en pie y dijo: «Señor, tú sabes que muchos condes y muchos hombres buenos de alta sangre fueron aquí venidos para servirte, y además para mientes a quien das tu hija; ca por ventura la darás a hombre de muy bajo lugar que no sería tu honra ni del tu reino; piensa más en ello y no te arrebatas». «Ciertas», dijo el Rey, «yo lo he pensado de no fallecer en ninguna manera de lo que prometí, ni fallecería al más pequeño hombre del mundo». «Señor», dijo el hijo del Conde, «sabe antes de la Infante si querrá». «Cierto soy», dijo el Rey, «que ella querrá lo que yo quisiere, mayormente en guarda de la mi verdad». «Señor», dijeron todos, «envía por tu mayordomo y que traiga al caballero que decía que era su sobrino». Y el Rey envió por el mayordomo y por el Caballero de Dios, y ellos vinieron muy bien vestidos, y comoquiera que el mayordomo era muy apuesto caballero, toda la bondad le tollía el Caballero de Dios. Y cuando entraron por el palacio donde toda la gente estaba, y tan gran sabor habían de verlo que todos se levantaron a él, y a grandes voces dijeron: «Bien venga el Caballero de Dios». Y entró de su paso delante el mayordomo; ca el mayordomo por hacerle honra no quiso que viniese en pos él. El caballero iba inclinando la cabeza a todos y saludándolos, y cuando llegó y donde estaba el Rey asentado en su silla, dijo: «Caballero de Dios, ruégoos, fe que debéis a aquel que vos acá envió, que me digáis ante todos aquestos si sois hijodalgo e hijo de dueña y de caballero lindo». «¿Venís», dijo el Rey, «de sangre real?». Calló el caballero y no repuso. «No hayáis vergüenza»,

dijo el Rey, «decidlo». Dijo el caballero: «Señor, vergüenza grande sería a ninguno en decir que venía de sangre de reyes andando así pobre como yo ando; ca si lo fuese, aviltaría y deshonoraría a sí». «Caballero», dijo el Rey, «dicen aquí que vos descercastes este lugar». «Descercolo Dios», dijo el caballero, «y aquesta buena gente que allá enviastes». «¿Habemos así a estar?», dijo el Rey. «Vayan por la Infante y venga acá». La Infante se vino luego con muchas dueñas y doncellas para y donde estaba el Rey, muy noblemente vestida ella y todas las otras que con ella venían. Y traía una guirnalda en la cabeza llena de rubís y de esmeraldas, que todo el palacio alumbraba.

«Hija», dijo el Rey, «¿sabéis quién descercó este lugar donde nos tenían cercados?» «Señor», dijo ella, «vos lo debéis saber, mas tanto sé que aquel caballero que y está mató al hijo del rey d'Ester, al primero que demandó la lid, y bien creo que él mató a los otros y nos descercó». El hijo del Conde cuando esto oyó dijo así: «Señor, seméjame que esto viene por Dios; y pues así es, casadlos en buen hora». «Bien es», dijeron todos.

El rey de Mentón

Dice el cuento que demandaron luego capellán, fue y venido luego, y tomoles las juras, y el Caballero de Dios recibió a la Infante por su mujer y la Infante al caballero por su marido. Y bien creed que no y hubo ninguno que contradijese; mas todos los del reino que y eran lo recibieron por señor y por rey después de los días de su señor el Rey; pero que lo hubo atender dos años, ca así lo tuvo por bien el Rey, porque era pequeña de días. Por este caballero fueron cobradas muchas villas y muchos castillos que eran perdidos en tiempo del Rey su suegro, e hizo mucha justicia en la tierra y puso muchas justicias y muchas costumbres buenas, en manera que todos los de la tierra, grandes y pequeños, lo querían gran bien. El Rey su suegro antes de los dos años fue muerto, y él fincó rey y señor del reino, muy justiciero y muy defendedor de su tierra, de guisa que cada uno había su derecho y vivían en paz.

Este rey, estando un día holgando en su cama, vínosele en mente de cómo fuera casado con otra mujer y hubiera hijos en ella, y cómo perdiera los hijos y la mujer; otrosí le vino en mente las palabras que le dijera su mujer cuando él lo contara lo que le acaeciera con su abuelo. Estando en este pensamiento, comenzó a llorar porque la su mujer que no vería placer de esto en que él era, y que según la ley que no podía haber dos mujeres sino una y que así venía en pecado mortal. Y él estando en esto sobredicho, vino la Reina y violo todo lloroso y más triste, y díjole así: «Ay, señor, ¿qué es esto? ¿Por qué lloráis o qué es el cuidado que habéis? Decídmelo». «Ciertas, Reina», dijo él, queriendo encubrir su pensamiento, «lo que pensaba es esto. Yo hice muy gran yerro a Nuestro Señor Dios, de que no le hice enmienda ninguna, ni cumplí la penitencia que me dieron por razón de este yerro». «¿Y puede ser enmendado?», dijo la Reina. «Sí puede», dijo él, «con gran premia». «¿Y tenéis que esta penitencia podríais pasar y sufrir?» «Sí», dijo él, «con la merced de Dios». «Pues partámosla», dijo ella. «Tomad vos la mitad y tomaré la otra mitad, y cumplámoslo». «No lo quiera Dios», dijo el Rey, «lázren justos por pecadores, mas el que yerro hizo sufra la penitencia, ca esto es derecho». «¿Cómo?», dijo la Reina, «¿no somos amos a dos hechos una carne del día que casemos acá, según las palabras de santa iglesia? Ciertas no podéis vos haber pesar en que yo no haya yo mi parte, ni placer que no haya eso mismo. Y si en la uña del pie os dolierais, dolerme yo en el corazón; ca toda es una carne, y un cuerpo somos amos a dos. Y así no podéis vos haber ni sentir ninguna cosa en este mundo que por mi parte no haya». «Verdad es», dijo el Rey, «mas no quiero que hagáis ahora esta penitencia vos ni yo». «Pues estáis en pecado mortal», dijo la Reina, «y sabed que conmigo no podéis haber placer hasta que hagáis enmienda a Dios y salgáis de este pecado». «Pues así es», dijo el Rey, «conviene que sepáis la penitencia que yo he de hacer. El yerro», dijo el Rey, «fue tan grande que hice a Nuestro Señor Dios, que no puede ser enmendado a menos de mantenerme dos

años en castidad». «¡Cómo!», dijo la Reina, «¿por esto lo dejabais de hacer, por hacerme a mí placer? Por Dios, aquello me placiera a mi pesar a par de muerte, y a questo me semeja placer y pro y honra al cuerpo y al alma; y ahora os habría yo por pecador y enemigo de Dios, y entonces os habré sin pecado y amigo de Dios; y pues otros dos años atendistes vos a mí, debo yo atender estos dos por amor de vos». «Y muchas gracias», dijo el Rey, «que tan gran sabor habéis de tornarme al amor de Dios».

El Rey fincó muy bien ledo y muy pagado con estas palabras, y la Reina eso mismo, y mantuviéronse muy bien y muy castamente. Y el Rey lo agradeció mucho a Dios ca así se endrezó la su intención por bondad de esta reina; ca la su intención fue por atender algún tiempo por saber si era muerta o viva su mujer.

Según cuenta la historia suya de esta buena dueña, así como ya oísteis, ella andaba como viuda, y venía en una nave que guiaba Nuestro Señor Jesucristo, por la su merced. Y tanto anduvieron que hubieron a aportar a un puerto de la tierra del rey de Ester. Y la buena dueña preguntó a los de la ribera qué tierra era aquella, si era tierra de justicia donde los hombres pudiesen vivir. Y vino a la dueña un hombre bueno que se iba de la tierra con toda su compañía, y díjole: «Señora, demandáis si es esta tierra de justicia. Dígoos que no, ca no ha en él buen comienzo». «¿Y cómo no?», dijo la dueña. «Porque no ha buen gobernador», dijo el hombre bueno, «y el buen comienzo del castillo o de la villa o del reino es el buen gobernador, que lo mantiene en justicia y en verdad, y no las piedras ni las torres, maguer sean labradas de buenos muros y fuertes. Antes hay aquí un rey muy soberbio y muy crudo y muy sin piedad, y que deshereda muy de grado a los que son bien heredados, y despecha sus pueblos sin razón so color de hacer algún bien con ello. Y, ¡mal pecado!, no lo hace, y mata los hombres sin ser oídos, y hace otros muchos males que serían luengos de contar. Y si el hombre fuese de buen entendimiento, ya se debería escarmentar de hacer estos males, siquiera por cuanto pesar le mostró Dios en dos de sus hijos, que no había más». «¿Y cómo fue?», dijo la dueña. «Yo te lo diré», dijo el hombre bueno.

«Poco tiempo ha que este rey de Ester había cercado con muy gran soberbia al rey de Mentón. Era muy buen hombre, mas era viejo, que no podía bien mandar, y por esto se atrevió esto a cometer mucho mal; y había jurado de nunca partirse de aquella cerca hasta que tomase al Rey por la barba. Mas los hombres proponen de hacer y Dios ordena los hechos mejor que los hombres cuidan. Y así que en dos días le mató un caballero solo dos sus hijos delante de los sus ojos, y a un sobrino hijo de su hermano, y después al otro día fue arrancado donde estaba, en manera que vinieron en alcance en pos él muy gran tierra, matando toda la gente. Y y perdió todo el tesoro que tenía muy grande, ca a mal de su grado lo hubo a dejar. Ciertas gran derecho fue, ca de mala parte lo hubo; y por ende dicen que cuando de mala parte viene la oveja, allá va la pelleja. Y aún el mezquino por todas estas cosas no se quiere escarmentar, antes hace ahora peor que no solía. Mas Dios, que es poderoso, que le dio estos majamientos en los hijos, le dará majamiento en la persona, de guisa que le quedarán

los sus males y holgará la tierra. Y por mío acuerdo tú te irás a morar a aquel reino de Mentón, donde hay un rey de virtud, que tenemos los hombres que fue enviado de Dios; ca mantiene su tierra en paz y en justicia, y es muy buen caballero de sus armas y de buen entendimiento, y defense muy bien de aquellos que le quieren mal hacer. Y este es el que mató los dos hijos del rey de Ester y a su sobrino, y desbarató al Rey y le arrancó de aquella cerca en que estaba, y por eso le dieron a la Infante, hija del rey de Mentón, su suegro; fincó el rey y señor del reino. Y por las bondades que ya dije de él, yo y esta mi compañía nos vamos a morar allá so la su merced».

La buena dueña pensó mucho en esto que le había dicho aquel hombre bueno. «Amigo, téngome por bien aconsejada de vos; y vayámonos en la mañana en el nombre de Dios para aquel reino donde vos decís». «¡Por Dios!», dijo el hombre bueno, «si lo haces hacerlo has muy bien, ca aquellos que vos veis en la ribera todos vestidos a mitad de un paño, son del Rey, y están esperando cuando fueres descargar esta nave, y si te hallaren algunas cosas nobles, te las tomarían y las llevarían al Rey, so color de las comprar, y no te pagarían ende ninguna cosa. Y así lo hacen a los otros. Dios nos guarde de malas manos de aquí adelante».

Y otro día mañana endrezaron su vela y fueron su vía. Y así los quiso Dios guardar y endrezar, que lo que hubieron a andar en cinco días anduvieron en dos, de guisa que llegaron a un puerto del rey de Mentón, donde había una ciudad muy buena y muy rica a que decían Bellid. Y y descendieron y descargaron la nave de todas las sus cosas que y tenían, y pusieronlas en un hospital que el rey de Mentón había hecho nuevamente. Y había y un hombre bueno que el Rey y pusiera, y recibía los huéspedes que ahí venían y les hacía mucho algo. Y así lo hizo a esta buena dueña y a todos los otros que con ella vinieron, y a la buena dueña dio sus cámaras donde él moraba, y a la otra compañía dioles otro lugar apartado. A la buena dueña semejó que no era bueno de tener consigo aquella compañía que con ella viniera, y dioles gran algo de lo que traía en la nave, que le diera el Rey su señor, que hiciese su pro de ello; y así se partieron de ella ricos y bien andantes, y se fueron para sus tierras. Y dijo el uno de ellos a los otros: «Amigos, verdadero es el proverbio antiguo que quien a buen señor sirve con servicio leal, buena soldada prende y no al. Y nos guardamos a esta buena dueña y servímosla lo mejor que podíamos, y ella dionos buen galardón más de cuanto nos merecíamos. Y Dios la deje acabar en este mundo y en el otro aquellas cosas que ella codicia». Y respondieron los otros: «Amén, por la su merced». Y metiéronse en la nave y fueron su vía.

La dueña, que estaba en el hospital, preguntó a aquel hombre bueno que y era por el rey de Mentón, qué hombre era y qué vida hacía, y dónde moraba siempre lo más. Y él le dijo que era muy buen hombre y de Dios, y que parecía en las cosas que Dios hacía por él; ca nunca los de aquel reino tan ricos ni tan amparados fueron como después que él fue señor del reino. Ca lo mantenía en justicia y en paz y en concordia, y que cada uno era señor de lo que había, y no dejaba de parecer con ello muy honradamente y hacer su pro de lo suyo, y a paladinas sin miedo. Y ninguno, por

poderoso ni por honrado que fuese, no osaría tomar a otro hombre ninguno de lo suyo, sin su placer, valía de un dinero. Y si se lo tomase perdería la cabeza; ca el establecimiento era puesto en aquel reino que este fuero se guardaba en los mayores como en los menores, de que pesaba mucho a los poderosos, que solían hacer muchas malheorías en la tierra. Pero que tan crudamente lo hizo aguardar el Rey por todo el reino, que todos comunamente se hicieron a ello; y plúgoles con el buen fuero, ca fueron siempre más ricos de lo que habían; y por ende dicen que más vale ser el hombre bueno amidos que malo de grado. Y ciertamente cual uso usa el hombre, por tal se quiere ir toda vía; y si mal uso usare, las sus obras no pueden ser buenas; y si pierde el amor de Dios primeramente, el amor del señor de la tierra, y no es seguro del cuerpo ni de lo que ha, salvo ende si el señor no castiga los malos, porque los buenos a encoger y a recelar. «Y decirte he más: este rey hizo muy buena vida y muy santa; también ha un año y más que él y la Reina mantienen castidad, comoquiera que se ama uno a otro muy verdaderamente, siendo una de las más hermosas y de las más endrezadas de toda la tierra, y el Rey en la mayor edad que podría ser; de lo cual se maravillaban mucho todos los del reino. Y este rey mora lo más en una ciudad muy noble y muy viciosa, a la cual dicen Glambeque, donde han todas las cosas del mundo que son mester. Y por la gran bondad de la tierra, y justicia, y paz, y concordia que es en ella, toma y muy poco trabajo él ni sus jueces de oír pleitos, ca de leve no les viene ninguno, así como podréis ver en esta ciudad donde estáis, si quisiereis; ca pasa un mes que no vendrá ante los jueces un pleito. Y así el Rey no se trabaja de otra cosa sino de hacer leer ante sí muchos libros buenos y de muchas buenas historias y buenas hazañas, salvo ende cuando va a monte o a caza, donde lo hacen los condes y todos los de la tierra mucho servicio y placer en sus lugares; ca no les toma ninguna cosa de lo que han, ni les pasa contra sus fueros ni sus buenas costumbres; antes se las confirma y les hace gracias a aquellos que entiende que puede hacer sin daño de su señorío. Y por todas estas razones sobredichas se puebla toda la tierra mucho; ca de todos los otros señoríos vienen poblar a este reino de guisa que me semeja que aína no podremos en él caber».

La buena dueña se comenzó a reír y dijo: «Por Dios, hombre bueno, la bondad más debe caber que la maldad, y la bondad largamente recibe los hombres, mantiénese en espacio y en vicio, así como en el paraíso las buenas almas; y la maldad recibe los hombres estrechamente y mantiénelos en estrechura y en tormento, así como el infierno las almas de los malos. Y por ende debéis creer que la bondad de este reino según vos habéis aquí dicho, contra todos los de este mundo si viniesen morar, ca la su bondad alargará en su reino, ganando más de sus vecinos malos de enderredor. Y sabe Dios que me habéis guarido por cuantos bienes me habéis dicho de este rey y del reino, y desde aquí propongo de yacer toda mi vida en este reino mientras justicia fuere y guardada, que es raíz de todos los bienes y guarda y amparamiento de todos los de la tierra. Y bienaventurado fue el señor que en su tierra justicia quiere guardar; así le será guardada ante Nuestro Señor Dios. Y quiérome ir

para aquella ciudad donde es el Rey, y haré y un hospital donde posen todos los hijosdalgo que y acaecieren. Y ruégoos, hombre bueno, que me guardéis todas estas cosas que tengo en aquesta cámara, hasta que yo venga o envíe por ellas». «Muy de grado», dijo el hombre bueno, «y sed bien cierta que así os las guardaré como a mis ojos». «Y ruégoos», dijo la buena dueña, «que me catéis unas dos mujeres buenas que vayan conmigo, y yo darles he bestias en que vayan conmigo, y de vestir, y lo que hubieren mester». «Ciertas», dijo el hombre bueno, «aquí en el hospital ha tales dos mujeres como vos habríais mester, y dároslas he que vayan convusco y os sirvan». La buena dueña hizo comprar bestias para sí y para aquellas ordenadamente.

Y cabalgaron y fuéronse para aquella ciudad donde estaba el Rey, y no hubieron mester quien les guardase las bestias, ca doquier que llegaban las recibían muy bien y hallaban quien pensase de ellas, y no recelaban que se las hurtasen ni que se las llevasen por fuerza, así como suele acaecer las más vegadas donde no hay justicia ni la quiera guardar. Y mal día fue de la tierra donde no hay justicia; ca por mengua de ella se destruyen y se despueblan, y así fincan los señores pobres y menguados, no sin culpa de ellos; ca si no han gente no hay quien los sirva.

Otro día en la mañana después que llegó la buena dueña a la ciudad donde era el Rey, fue oír misa a una iglesia donde estaba la Reina; y la misa habíanla comenzada. E hincó los hinojos y comenzó de rogar a Dios que la endrezase y la ayudase a su servicio. Y la Reina paró mientes y vio aquella dueña extraña que hacía su oración muy apuestamente y con gran devoción, y pensó en su corazón quién podría ser; ca la veía vestida de vestiduras extrañas, a ella y a las otras dos mujeres que con ella venían. Y después que fue dicha la misa hízola llamar y preguntole quién era y de cuáles tierras y a qué viniera. Y ella le dijo: «Señora, yo soy de tierras extrañas». «¿Y dónde?», dijo la Reina. «De las Indias», dijo ella, «donde predicó San Bartolomé después de la muerte de Jesucristo». «¿Sois dueña hijadalgo?», dijo la Reina. «Ciertas, señora», dijo ella, «sí soy, y vengo aquí vivir so la vuestra merced, y querría hacer aquí un hospital, si a vos pluguiese, donde recibiese los hijosdalgo viandantes cuando y acaeciesen». «¡Y cómo!», dijo la Reina, «¿en vuestra tierra no le podíais hacer si habíais de qué?» «No», dijo ella, «ca habíamos un rey muy codicioso que desheredaba y tomaba lo que habían a los vasallos, porque lo había mester por grandes guerras que había con sus vecinos y con grandes hombres de la su tierra. Y por ende hube a vender cuantos heredamientos había, y llegué cuanto haber pude y víneme para acá a vivir en este vuestro señorío, por cuantos bienes oí decir del Rey y de vos, y señaladamente por la justicia que es aquí guardada y mantenida». «¡Por Dios!», dijo la Reina, «dueña, mucho me place convusco, y seáis vos bienvenida; y yo hablaré con el Rey sobre esto, y guisar cómo os dé lugar donde hagáis este hospital a servicio de Dios, y yo ayudaros he a ello. Y mándoos que hoy en adelante comáis cada día conmigo». «Señora», dijo ella, «déos Dios vida por cuanta merced me hacéis y me prometéis; pero pídoos por merced que queráis que acabe antes esta obra que he propuesto en mi corazón de hacer». «Mucho me place», dijo la Reina.

Y la buena dueña fuese luego para su posada. Y el Rey vino ver la Reina así como solía hacer todavía, y la Reina contole lo que le acaeciera con aquella buena dueña. Y el Rey preguntole que dónde era, y ella le dijo que de las tierras de India donde predicara San Bartolomé, según que la dueña le dijera. Y el Rey, por las señales que oyó de ella, dudó si era aquella su mujer, y comenzó a sonreírse. «Señor», dijo la Reina, ¿de qué os reís?» «Río de aquella dueña», dijo el Rey, «que de tan luengas tierras es venida». «Señor», dijo la Reina, «mandadle dar un solar donde haga un hospital a servicio de Dios». «Mucho me place», dijo el Rey, «y venga después y mandársele he dar donde quisiere».

La Reina envió por aquella buena dueña y díjole de cómo había hablado con el Rey. Y ellas estando en esta habla entró el Rey por la puerta. Y así como la vio luego la conoció que era su mujer. Y ella dudó en él, porque la palabra había cambiada, y no hablaba el lenguaje que solía, y demás que era más gordo que solía y que le había crecido mucho la barba. Y si le conoció o no, como buena dueña no se quiso descubrir, porque él no perdiese la honra en que estaba. Y el Rey mandole que escogiese un solar cual ella quisiese en la ciudad. «Señor», dijo ella, «¿si hallase casas hechas a comprar, tenéis por bien que las compre?». «Mucho me place», dijo el Rey, «y yo ayudaros he a ello». «Y yo haré», dijo la Reina. «Pues», dijo el Rey, «buena dueña, cumplid vuestro prometimiento».

La dueña se fue andar por la villa a catar algún lugar si hallara a comprar, y halló un monasterio desamparado que dejaron unos monjes por mudarse a otro lugar, y comprolo de ellos, y hizo y su hospital muy bueno, y puso y mucha ropa, e hizo y muchos lechos honrados para los hombres buenos cuando y acaeciesen, y compró muchos heredamientos para adobar aquel hospital. Y cuando acaecían los hijosdalgo, recibíanlos muy bien y dábanles lo que era mester. Y la buena dueña estaba lo más del día con la Reina, ca ni quería oír misa ni comer hasta que ella viniese. Y en la noche íbase para su hospital, y todo lo más estaba en oración en una capilla que y había, y rogaba a Dios que antes que muriese que le dejase ver a alguno de sus hijos, y señaladamente al que perdiera en aquella ciudad ribera de la mar; ca el otro, que llevara la leona, no había fucia ninguna de cobrarlo, teniendo que lo había comido.

Dice el cuento que estos dos hijuelos fueron criados de aquel burgués y de aquella burguesa de Mela, y porhijados así como ya oísteis, y fueron tan bien nutridos y tan bien acostumbrados que ningunos de la su edad no lo podrían ser mejor; ca ellos bohordaban muy bien y lanzaban, y ninguno no lo sabían mejor hacer que ellos, ni juego de tablas ni de ajedrez, y retenían muy bien que quiera que les dijese, y sabíanlo mejor repetir con mejores palabras y más afeitadas que aquel que lo decía. Y eran de buen recaudo y de gran corazón; y mostráronlo cuando aquel su padre que los criaba llevaban los golfines, andando a caza en aquel monte donde llevó la leona al mayor de ellos; ca ellos amos a dos, armados en sus caballos, fueron en pos de los malhechores y alcanzáronlos y mataron e hirieron de ellos, y sacaron a su padre y a otros tres que eran con él de poder de los ladrones, y viniéronse con ellos para la

ciudad. Todos se maravillaban mucho de este atrevimiento que estos mozos cometieron, teniendo que otros de mayor edad que no ellos no lo osarían cometer, y seméjales que de natura y de sangre les venía este esfuerzo y estas buenas costumbres que en ellos había. Y muchas veces dijeron a su padre que los criaba, que les hiciesen hacer caballeros, ca según las señales que Dios en ellos mostrara, hombres buenos habían a ser.

El padre y la madre pensaron mucho en ello, y semejábales bien de hacerlo. Y oyeron decir del rey de Mentón que era muy buen caballero y muy buen rey y muy esforzado en armas y de santa vida, y comoquiera que era lejos tuvieron por aguisado de enviar estos dos sus criados a este rey que les hiciese caballeros. Y enviáronlos muy bien aguisados de caballos y de armas, y muy bien acompañados, y diéronles muy gran algo. Y fuéronse para aquella ciudad donde el rey de Mentón era y pusieron en el camino un mes, ca no pudieron llegar y más aína, tan lejos era. Y ellos entraron por la ciudad y fueron a las alcañas, y preguntoles un hombre bueno si eran hijosdalgo, y ellos dijeron que sí. «Amigos», dijo el hombre bueno, «pues idos para aquel hospital que es entrante la villa, que hizo una dueña para los hijosdalgo viandantes; ca y os recibirán muy bien, y os darán lo que fuere mester». Y ellos se fueron para el hospital, y hallaron y muchas mujeres que lo guardaban, y preguntaron si los acogerían. Y ellas dijeron que si eran hijosdalgo, y ellos respondieron que lo eran, y así los acogieron muy de grado y mandaron guisar de yantar.

Y una manceba que estaba en el hospital paró en ellos mientes, y porque oyó decir muchas veces a su señora que hubiera dos hijuelos, el uno que llevara la leona y el otro que perdiera, y violos cómo se pararon a la puerta de una casa donde estaba un león, y que dijera el uno al otro: «Hermano, mal haces en pararte y, ca escarmentado debías ser de la leona que te llevó en la boca y hubieras a ser comido de ella si no por los canes de mi padre que te acorrieron, porque te hubo a dejar, y aún las señales de las dentelladas traes en las espaldas, y ciertas, quien de una vezada no se escarmienta, muchas veces se arrepiente»; la manceba cuando esto oyó fuese luego para su señora y dijo cómo dos donceles eran venidos al su hospital, los más apuestos que nunca viera, y los más mejor aguisados, que según cuidaba aquellos eran sus hijos que ella perdiera; ca oyó decir al uno, cuando llegó a la casa donde estaba el león, que se guardase, ca escarmentado debía ser de la leona que lo llevaba en la boca cuando era pequeño.

La dueña cuando lo oyó no se quiso detener, y vínose para el hospital. Y cuando vio los donceles, plúgole mucho con ellos, e hízoles lavar las cabezas y los pies, e hizo pensar luego bien de ellos. Y después que hubieron comido, preguntoles ónde eran y a qué vinieran. Y ellos le dijeron que eran de una ciudad que decían Mella, en el reino de Falit, y que su padre y su madre que los criaron, que los enviaron al rey de Mentón que los hiciese caballeros. «¿Cómo, hijo?», dijo la dueña, «¿decís que vuestro padre y vuestra madre que os criaron? Bien sé yo que los padres y las madres crían sus hijos y los dan a criar». «Señora», dijo el uno de ellos, «por eso os decimos

que nos criaron, porque no son nuestros padres naturales; antes nos hubieron por aventura; y porque no habían hijos ningunos, porhijáronnos. Y la ventura fue buena para nos, ca a mí llevaba la leona en la boca, que me tomara cerca de una fuente, estando y nuestro padre y nuestra madre, y me metió en un monte, y aquel que nos porhijó andaba entonces por el monte buscando los venados; y los canes cuando vieron la leona, fueron en pos ella, y tanto la ahincaron que me hubo a dejar luego y tomaron la leona, e hízome a un escudero tomar antes sí en el caballo, y trajéronme a la ciudad, y aún tengo en las espaldas las señales de las dentelladuras de la leona. Y este otro mi hermano, no sé por cuál desventura se perdió y la buena dueña mujer de aquel burgués que a mí ganó, con piedad que hubo de este mi hermano, hízolo meter a su posada, y porhijáronle el burgués y su mujer así como hicieron a mí».

La buena dueña, cuando estas palabras oyó, dejose caer en tierra como mujer salida de seso y de entendimiento. Y maravilláronse los donceles muchos, y preguntaron a las mujeres qué podría ser aquello, y ellas les dijeron que no sabían, salvo ende que veían a su señora transida, y que les amaneciera mal día por la su venida. «¡Ay, señora!», dijo uno de ellos, «¿y por qué nos amaneció mal día por la nuestra venida? Que sabe Dios que no cuidamos que hiciésemos enojo ninguno a vuestra señora ni a vos, ni somos venidos a esta tierra por hacer enojo a ninguno; antes nos pesó muy de corazón por esto que acaeció a vuestra señora, y que quisiese Dios que no hubiésemos venido a esta posada, comoquiera que mucho placer y mucha honra hayamos recibido de vos y de vuestra señora».

Y ellos estando en esto, entró en acuerdo la buena dueña, y abrió los ojos, y levantose como mujer muy lasa y muy quebrantada. Y fue para su cámara y mandó que pensasen de ellos muy bien y holgasen. Y después que hubieron dormido apartose con ellos y díjoles que supiesen por cierto que era su madre, y contoles todo el hecho en cómo pasara, y de cómo había perdido su marido, y cuál manera pasara la vida hasta aquel día. Y Nuestro Señor queriéndolos guardar de yerro, y porque conociesen aquello que era derecho y razón, no quiso que dudasen en cosa de lo que su madre les decía; y antes lo creyeron de todo en todo que era así, y fuéronla besar las manos y conociéronla por madre. Y Garfín el hijo mayor le dijo así: «Señora, ¿nunca supiste de nuestro padre algunas nuevas?». «Ciertas», dijo ella, «míos hijos, no; mas fío por la merced de Nuestro Señor Dios que, pues que tuvo por bien que cobrase a vos, de lo que era ya desesperada, y señaladamente de Garfín que llevó la leona, que Él por la su santa piedad, doliéndose de nos, que tendrá por bien de nos hacer cobrar a vuestro padre y mío marido, y tomaremos algún placer con él, y que olvidemos los pesares y los trabajos que habemos habido hasta aquí». «¡Así lo quiera Dios por la su merced!», dijo Garfín. Y en la noche, mandoles hacer su cama muy grande y muy buena a amos a dos, y mandoles dar a comer muy bien. Y ella comió con ellos, ca no había comido aún en aquel día, con placer que había recibido.

Y cuando hubieron comido, fuéronse a dormir, y ella echose entre ellos, como entre sus hijos que había perdidos y cobrado nuevamente, ca no se hartaba de hablar

con ellos ni se podía de ellos partir. Y tanto habló con ellos y ellos con ella, que fincaron muy cansados y durmieron hasta otro día a hora de tercia. La Reina no quería oír misa hasta que aquella dueña llegase, así como lo solía hacer, y envió por ella a un su portero. Y el portero cuando llegó a la posada de la dueña, halló las puertas abiertas y entró hasta la cama donde yacía la buena dueña con sus hijos. Y fue mucho espantado de la gran maldad que vio «en aquella dueña de que vos fiabais». «¡Calla, mal hombre!», dijo la Reina, «y no digas tales cosas como estas, ca no podría ser que tú tal maldad vieses ninguna en aquella buena dueña». «Ciertas, señora, yo vi tanto en ella, de que recibí yo muy gran pesar por la gran fucia que vos en ella habíais, porque cuidabais que era mejor de cuanto es». «Mal hombre», dijo la Reina, «¿qué es lo que tú viste?». «Señora», dijo el portero, «vos me mandastes que fuese para aquella dueña que viniese a oír misa convusco, y hállola que está en una gran cama en medio de dos escuderos muy grandes y mucho apuestos, durmiendo, y un cobertor de veros sobre ellos». «No podría ser esto», dijo la Reina, «por cosa que en todo el mundo fuese, y mientes como alevoso, o en tan gran maldad que en ti ha, quisiste poner en mal precio aquella buena dueña». «Señora», dijo el portero, «enviad luego allá, y si así no hallareis esto que es verdad que os dije, mandadme matar por ello, como aquel que dice falsedad y mentira a su señor».

Aquestas palabras sobrevino el Rey, y vio a la Reina muy demudada y muy triste, y preguntole por qué estaba así. «Señor», dijo ella, «si verdad es lo que este mal hombre me dijo, yo me tengo por mujer de fuerte ventura en fiar en mala cosa y tan errada como aquella buena dueña, lo que yo no creo que no pudiese ser en ninguna manera». El portero lo contó todo el hecho así como lo vio, y el Rey cuando lo oyó fue muy espantado, como aquel a que atañía la deshonra de esta dueña. Y envió allá al su alguacil, y mandole que si los hallase en aquella manera que el portero decía, que los prendiese a ellos y a ella, y que los trajese delante de él. Y el alguacil se fue a casa de la dueña, y bien así como el portero lo dijo al Rey, así lo halló; y dio una gran voz como salido de seso, y dijo: «Oh dueña desventurada, ¿cómo fuiste perder el tu buen prez y la tu buena fama que habías entre todas las dueñas de esta tierra? Y los donceles, a las voces que daban y a lo que decía el alguacil, despertaron y levantáronse muy aprisa como hombres espantados, y quisieron meter mano a las espadas, mas no les dieron vagar, ca luego fueron recaudados y la dueña eso mismo, en saya y en pellote, así como se había echado entre ellos. Y el Rey, con gran saña y como salido fuera de sentido, no sabía qué decirse, y no quiso más preguntar de su hacienda; y mandó que la fuesen quemar luego, comoquiera que se doliese mucho de ella, ca sabía que aquella era su mujer. Y antes que la dueña llevasen, preguntó el Rey a los donceles y díjoles:

«Amigos, ¿ónde sois o qué fue la razón por que vinistes a esta tierra, que en tan mala prez pusistes a esta dueña, por su desventura?» «Señor», dijo Garfín, «nos somos de Mella, una ciudad del reino de Fallid, y aquellos que nos criaron enviáronnos aquí a la tu merced que nos hicieses caballeros, ca oyeran decir que eras

buen rey y de justicia. Y ayer, cuando lleguemos a la casa de aquella buena dueña, por las palabras que nos dijimos y por las que ella dijo a nos, hallamos verdaderamente que nos éramos sus hijos y ella nuestra madre; ca nos había perdidos niños muy pequeños. Y Dios por la su merced quiso que nos cobrásemos a ella y ella a nos». «¿Y cómo os perdió?», dijo el Rey. «Señor», dijo Garfín, «nuestro padre y ella, andando su camino, como hombres cansados, asentáronse a comer cerca de una fuente clara que estaba en unos prados muy hermosos. Y después que hubieron comido, nuestro padre puso la cabeza en el regazo de nuestra madre, y ella, espulgándole él, durmiese. Y yo y este mi hermano, como niños que no habíamos entendimiento, andando trebejando por el prado, salió una leona de un montecillo que estaba en un collado y cerca, y llegó y donde nos estábamos trebejando, y tomome en la boca y llevome al monte. Y aquel que nos crió salió a caza con su gente y sus hombres, y plugo a nuestro Dios que, entrando conmigo la leona en el monte, recudieron los canes de aquel burgués con ella, y al ruido de los canes que iban latiendo por el rastro de la leona, llegó el burgués con su gente y sacáronme de su poder. Y nuestro padre y esta dueña nuestra madre, estando en la posada muy triste porque me había perdido, soltose el palafrén y salió de casa, y ella fue en pos él. Y este mío hermano, como niño sin entendimiento salió en pos de su madre llorando. Y ella había tomado una calle y él tomó otra, y comoquiera que le llamasen muchos hombres buenos y muchas buenas dueñas, habiendo piedad de él porque andaba perdido, nunca quiso catar por ninguno sino por una dueña que estaba sobre las puertas de las sus casas, que tenía a mí en brazos halagándome porque estaba llorando, ca me sentía de las mordeduras de la leona. Y mandó a una sirvienta descender por él. Y así como nos vimos amos a dos, comenzámonos abrazar y a besar y a hacer alegría como los mozos que se conocen y se crían en uno. Y el burgués y aquella buena dueña porhijáronnos y criáronnos e hiciéronnos mucho bien, y enviáronnos a la tu merced que nos hicieses caballeros, y traémote sus cartas en que te lo envía pedir por merced; por que nos pedimos por merced, señor, por la gran virtud que dicen que Dios puso en ti de pagarte de verdad y de justicia, que no mandes matar esta dueña nuestra madre; ca no hizo porque deba morir; y que nos quieras hacer caballeros y servirte de nos en lo que tuvieres por bien».

El Rey, cuando estas cosas oyó, agradeciolo mucho a Dios y tuvo que le había hecho gran merced, lo uno por haber cobrados sus hijos, y lo otro porque no se cumplió lo que él mandaba hacer con saña a aquella dueña su mujer, y envió mandar que no la matasen. Y por ende dicen que aquel es guardado el que Dios quiere guardar. Y el Rey recibiolos por sus vasallos e hízolos caballeros con muy grandes alegrías, según el uso de aquella tierra. Y desde que el Rey hubo hechos caballeros aquellos y fueron bien criados, trabajábanse de servirle bien y verdaderamente y sin regatería ninguna; ca cuando veían ellos que era mester hecho de armas, luego, antes que fuesen llamados, cabalgaban con toda su gente e íbanse para aquel lugar donde ellos entendían que más cumplía el su servicio al Rey, y y hacían muchas buenas

caballerías y tan señalados golpes, que todos se maravillaban y juzgábanlos por muy buenos caballeros, diciendo que nunca dos caballeros tan mancebos hubiera que tantas buenas caballerías hiciesen ni tan esforzadamente ni tan sin miedo se parasen a los hechos muy grandes. Y cuando todos venían de la hueste, algunos habían sabor de contar al Rey las buenas caballerías de estos dos caballeros mancebos, y placía al Rey muy de corazón de oírlo, y sonriose y decía: «Ciertas creo que estos dos caballeros mancebos querrán ser hombres buenos, ca buen comienzo han». Y por los bienes que la Reina oyó decir de ellos y por las grandes aposturas y enseñamientos que en ellos había, queríalos muy gran bien y hacíaes todas honras y las ayudas que ella podía. Y ellos cuanto más los honraban y los loaban por sus buenas costumbres, tanto pugnaban de hacerlo siempre mejor; ca los hombres de buena sangre y de buen entendimiento, cuanto más dicen de ellos loando las sus buenas costumbres y los sus buenos hechos, tanto más se esfuerzan a hacerlo mejor con humildad; y los de vil lugar y mal acostumbrados, cuanto más los loan, si algún bien por ventura hacen, tanto más orgullecen con soberbia, no queriendo ni agradeciendo a Dios la virtud que les hace; así como hizo el conde Nasón contra el rey de Mentón.

Dice el cuento que este conde Nasón era un vasallo del rey de Mentón, y alzose con el su condado contra el Rey con mil caballeros de sus parientes y de sus vasallos, y corríale la tierra y hacíaie mucho mal en ella. Y los mandaderos llegaban al Rey unos en pos otros a mostrarle el mal que el conde Nasón hacía en su tierra. Y mientras el Rey enviaba por sus vasallos para ir contra el Conde, estos dos caballeros mancebos Garfín y Roboán aguisaron a sí y a su gente muy bien; ca ellos habían trescientos caballeros por vasallos de muy buena caballería, que les escogiera el Rey de su mesnada cuando los puso tierra y se los dio por vasallos, y entre los cuales era el ribaldo que vino con el Rey a la hueste de Mentón cuando se partió del ermitaño, el cual avino en armas muy bien e hizo muchas caballerías buenas por que tuvo el Rey por aguisado del hacer caballero y del heredar y de casarlo muy bien, y decíanle caballero Amigo.

Y movieron y fuéronse contra el conde Nasón de guisa que ellos, entrando en su condado cuanto una jornada, el sol puesto, vieron fuegos muy grandes en un campo donde albergaba el conde Nasón con quinientos caballeros. Y los que iban delante paráronse, de guisa que se llegaron todos en uno e hiciéronse un tropel. Y Roboán, el hermano menor, dijo así: «Amigos, no semeja que según los fuegos que parecen que gran gente y haya, y creo que nos Dios haría bien contra ellos, ca ellos tienen tuerto y nos derecho; ca el Rey nuestro señor les hizo muchas mercedes y nunca les hizo cosa que a mala estanza fuese, y nos tenemos verdad por rey nuestro señor y ellos mentira, y fío por la merced de Dios que los venceremos esta noche».

El caballero Amigo, que era muy atrevido, dijo: «Señor Roboán, vos sois muy mancebo, y no habéis probado las cosas, comoquiera que Dios os hizo mucha merced en hecho de armas y donde vos acaecistes, y por ende no debéis llevar todas las cosas con fuerza de corazón; ca ciertos somos que tan esforzado sois que no dudaríais de

acometer muchos más que vos, pero que debéis pensar en cuál manera, y más a vuestra guisa, y más a vuestra honra. Y si por bien lo tenéis, iré allá yo esta noche, y sabré cuántos son o por cuál parte habréis la entrada mejor. Y yo tengo muy buen caballo y muy corredor, que si mester fuere que me vendré muy toste para apercibiros». Y Garfín y todos los otros acordaron en que el caballero Amigo dijo, y comoquiera que pesaba a Roboán porque no los iban luego acometer. El caballero Amigo se fue luego después que hubo cenado, y llegó a la hueste del Conde lo mas que él pudo, de guisa que a las vegadas andaba entrevuelto con los veladores; así que diez vegadas anduvo por la hueste en derredor esa noche, en guisa que asmó bien cuántos podrían ser, y en cuál guisa los podrían mejor entrar. Y él estando por partirse de la hueste y venirse para los suyos, oyó tocar el cuerno tres vegadas en la tienda del Conde. Y maravillose ende mucho, y atendió hasta que supiese por qué era tocado aquel cuerno, y vio los rapaces que se levantaban a ensillar y armar los caballos. Y él entretanto andaba entre las rondas como si fuese uno de ellos, y oyó decir a un rapaz que llamaba a otro denostándolo: «Lévate, hijo de mujer traviesa, y ensilla y arma el caballo de tu señor». «Ciertas», dijo otro, «no lo haré; antes quiero dormir y holgar, ca el nuestro señor no es de los ciento y cincuenta caballeros que son dados para correr el campo de Vueza esta mañana». Y el caballero Amigo cuando esto oyó plúgole muy de corazón y dijo: «Bendito sea el nombre de Dios, que de esta hueste ciento y cincuenta caballeros habemos ganado sin golpe y sin herida». Y de guisa que atendió hasta que estos ciento y cincuenta caballeros fueron movidos, y fue en pos ellos al paso que ellos iban. Y habían de ir a correr a una legua donde estaba Garfín y Roboán con su gente; y cuando el caballero vio que endrezaban su camino para y donde habían a ir, endrezó él para los suyos. Y cuando se fue partido de ellos quanto un mijero, el caballo comenzó a relinchar muy fuerte, y después que se vio apartado de los otros. Y los ciento y cincuenta caballeros cuando oyeron aquel relincho de aquel caballo maravilláronse mucho, y los más decían que era gente del Rey, y los otros decían que era algún caballero que era entre ellos, a que llamaban Gamel, muy atrevido, díjoles que si ellos quisiesen, que iría saber nuevas de aquel caballo en cómo andaba, y recudiría a ellos en la mañana o a aquel lugar donde ellos iban, y ellos tuviéronlo por bien. El caballero se fue derechamente al relincho del caballo, y cuando fue cerca de él comenzó a relinchar el suyo, y tan oscura noche hacía que no se podían ver. El caballero Amigo comenzose de ir quanto pudo, cuidando que era mayor gente, y el caballero Gamel cuidó que el caballo iba suelto, y comenzó a llamar y a silbarle según uso de aquella tierra. Y el caballero Amigo cuidando que era alguna fantasma que le quería meter miedo, atendió y no vio estruendo mas de un caballo, y puso la lanza so el sobaco y fue herir al caballero, de guisa que le derribó del caballo mal herido, y tomó su caballo y fuese para los suyos. Y asmó que podría ser alguno de los ciento y cincuenta. Y cuando llegó a los suyos preguntáronle cómo venía, y él dijo que de ciento y cincuenta caballeros que se partieron de la hueste que había ganado el uno, y que estaba herido cerca de ellos y que enviasen por él si

querían saber toda la verdad de la hueste del Conde; pero que les contó en cómo pasara, y aquellos caballeros que venían a correr a una legua de ellos, y que no fincaban con el Conde de trescientos y cincuenta caballeros arriba.

Y ellos hubieron su acuerdo si irían antes a los ciento y cincuenta que a los trescientos y cincuenta, y los unos decían que mejor era de ir a aquellos que tenían apartados y no consentirles que hiciesen daño en la tierra, que no a los trescientos y cincuenta donde era el Conde, que era muy caballero y muy esforzado. Y los otros decían que mejor era ir al albergada del Conde, y señaladamente Roboán que lo ahincaba mucho, diciendo que si la cabeza quebrantasen, que en los otros poco esfuerzo fincaría; de guisa que acordaron en lo que Roboán dijo, y cabalgaron, y fuéronse para la hueste del Conde. Y encontraron al caballero herido y preguntáronle qué gente tenía el Conde y donde estaba, y él les dijo que hasta trescientos y cincuenta caballeros, y ciento y cincuenta que había enviado a correr. «Ciertas», dijo el caballero Amigo, «ciento y cincuenta menos uno son». «Verdad», dijo el caballero Gamel. Y relinchando el caballo del caballero Amigo, dijo: «¡Ay, caballero, creo que vos sois el que me heristes!» El caballero Amigo le dijo: «¿Que queríais el mío caballo, que nunca vierais ni conocierais, y veníais silbando? Y bien os digo que cuando oí el estruendo de vuestro caballo que venía en pos mí, y vos silbando el mío caballo como si lo hubierais criado, que yo me maravillé mucho que cosa podría ser, y fui muy espantado, cuidando que era el diablo que me quería espantar; ca la noche tan oscura que no os podía divisar. Y dígoos que si os herí, que más lo hice con miedo que con gran esfuerzo». «Ca cuando cuerdo estuviese no me debiera partir de la gente, que éramos dados todos para un hecho. Mas quien de locura enfermó, tarde sana; y no es esta la primera locura que yo acometí de que me no halle bien». «Caballero», dijo Roboán, «¿aquella gente en quien vos ibais, ha de durar mucho en la tierra del Rey corriendo?» «Dos días», dijo el caballero, «y no más, y luego se han de tornar para el Conde». «Ciertas, amigo», dijo Roboán, «muy bien nos va con la merced de Dios, ca estos caballeros no pueden ser en ayuda de su señor; y si Dios bien nos ha de hacer esta noche y mañana, será librado nuestro hecho y del Conde». Y queriéndose ir, dijo el caballero Gamel: «¡Ay, amigos!, ruégoos que si Dios victoria os diere, que no me dejéis aquí morir, ca muy mal herido soy; y por ende digo que si Dios victoria os diere, porque cierto soy que si vencidos fuereis que cada uno habrá que ver en si en huir o en defender». «¿Cómo?», dijo Roboán, «¿cuidas que seremos vencidos en este hecho?». «Dios lo sabe», dijo el caballero, «ca después que en el campo fuereis, en Dios será el juicio». «Según mío entendimiento Dios por nos será». «¿Cómo eso?», dijo el caballero. Dijo Roboán: «Yo te lo diré. Ca sabes que el Conde tiene gran tuerto al Rey y el Rey ninguno a él, y él tiene mentira y nos verdad, que tenemos la parte del Rey». «Ciertas», dijo el caballero, «así es como vos decís; idos en el nombre de Dios, ca la verdad os ha de ayudar».

El caballero Amigo descabalgó y fuelo desarmar porque le hacían mal las armaduras, y atole la llaga lo mejor que él pudo, y prometiole de venir por él si Dios

le diese tiempo en que lo pudiese hacer. Y tomó las sus armas y armó un su escudero e hízole cabalgar en el caballo del caballero, y fueron en pos de los otros. Y cuando los alcanzaron díjoles el caballero Amigo: «Por aquí habéis a ir, y ha mester que me sigáis, y cuando diere una voz y dijere “heridlos”, que aguijéis muy de recio a las tiendas, que y está el Conde. Ca ellos no tienen escuchas porque están en su tierra y no han recelo ninguno. Y tan cerca os pondré yo de ellos que cuando yo la voz diere en pequeño paso seáis con ellos».

Y cuando fueron en un cabezo y vio el Conde que estaba con su gente, dio una voz el caballero Amigo, y dijo: «Heridlos, caballeros, que ahora es el hora». Garfín y Roboán llevaban consigo bien trescientos escuderos hijosdalgo, y pusieron delante sí, y fuéronse cuanto más pudieron para las tiendas del Conde, y comenzaron a herir y a matar cuantos hallaban ante sí. Y cuando llegaron a las tiendas del Conde, no se pudo vestir sino un gambax, y tomó su escudo ante pechos y púsose ante las puertas de la tienda, y unos pocos de escuderos que se acertaron con él, pero no se pudieron parar contra los otros, en manera que los hubieron a herir y a matar y vencer. Y pues que el conde Nasón vio que era desamparado, y que ningún caballero de los suyos no recudía, y él tenía que eran todos muertos y heridos, y tornose y metiose por las álabes de la tienda con su escudo, y salió a la otra parte, donde estaban muchas tiendas y muchos tendejones llegantes a la suya, y hallaba los suyos muertos y heridos y maltrechos en las tiendas, de guisa que no hallaba ninguno de los suyos que le acompañasen, sino un caballero herido que iba con él aconsejándole que guareciese, ca todos los suyos eran heridos y muertos. Y ellos yendo un barranco ayuso, dijo un escudero que estaba con su señor, que estaba muy mal herido: «Señor, y va el Conde de pie con otro compañero y no más». Garfín, que andaba en su demanda del Conde, oyolo e hirió de las espuelas al caballo y fue en pos él. Y cuando llegó a él, díjole: «Preso o muerto, cual más quisieréis». «¿Y quién sois vos», dijo el Conde, «que queréis que sea vuestro preso?» «Soy un caballero cual vos veis», dijo Garfín. «¿Y por vos ser caballero», dijo el Conde, «tendríais por aguisado que fuese vuestro preso? Ca ciertas muchos son caballeros que no lo son por linaje, mas sus buenas costumbres por servicio que hacen a sus señores. Y si vos hijo de rey no sois, o de mayor linaje que yo, os digo que no quiero ser vuestro preso». «Por Dios», dijo Garfín, «mejor os sería ser mío preso que no tomar aquí la muerte». «Ciertas», dijo el Conde, «más vale buena muerte que vida deshonorada». «Pues encubríos de ese escudo», dijo Garfín, «ca yo librarme quiero de esta demanda si pudiere». «Bien dijistes», dijo el Conde, «“si pudieréis”; ca del decir al hacer mucho hay». Y metió mano al espada y cubriose del escudo, y Garfín se dejó venir y dióle una gran lanzada a sobremano por el escudo, de guisa que le falsó el escudo y quebrantó la lanza en él, pero que no le hizo mal ninguno; ca tenía el brazo el Conde en el escudo arredrado del cuerpo. Y el Conde hirió del espada un gran golpe al caballo de Garfín en el espalda, de guisa que el caballo no se podía tener ni mover. Cuando esto vio Garfín, dejose caer del caballo y metió mano al espada, y fuese para el Conde, y dióle un

gran golpe, así que le tajó todo el catel del escudo. E hirió el Conde a Garfín de guisa que le hendió el escudo todo de cima hasta hondón, y cortole un poco en el brazo. «¡Oh, caballero», dijo el Conde, «cuán pequeña es la mejoría de la una parte a la otra, pero que sois vos armado y yo desarmado!». «Ciertas», dijo Garfín, «porque vos fallecistes de la verdad, mas muy grande, cuán grande de la verdad a la mentira; ca vos tenéis mentira y yo verdad». «¿Cómo así?», dijo el Conde. «Ciertas», dijo Garfín, «porque vos fallecistes de la verdad al rey de Mentón mi señor, y mentístele en el servicio que le habíais a hacer, siendo su vasallo, y no os desnaturando de él, ni os falleciendo; que le corríais la tierra, y por ende moriréis como aquel que mengua en su verdad y en su lealtad». «Mientes», dijo el Conde, «como caballero malo; ca yo me envié despedir del Rey y besarle las manos por mí». «Ciertas», dijo Garfín, «no es excusa de buen caballero, ca por despedirse y correr la tierra sin hacerle el señor por qué, y creo que haríais mejor en daros a prisión, y yo llevaros he al Rey, y le pediría merced por vos». «Prométoos, caballero», dijo el Conde, «que vos no me llevéis preso esta vegada, si mayor esfuerzo no os acrece». «¿Y cómo?», dijo Garfín, «¿por tan descorazonado me tenéis? Yo fío por la merced de Dios que aún conoceréis la mi fuerza antes que de aquí partáis». Y fuéronse uno contra otro esgrimiendo las espadas, ca sabían mucho de esgrima, y dábanse muy grandes golpes en los escudos, de guisa que todos los hicieron pedazos. El conde Nasón dejó correr el estoque y fue dar en la mejilla a Garfín muy gran herida, y díjole: «Ciertas, caballero, mejor vos fuera fincar con la ganancia que vos Dios diera en el campo, que no lo querer todo; por ende dicen: “Quien todo lo quiere todo lo pierde”». «¿Cómo?», dijo Garfín, «¿cuidáis ser libre de este pleito por esto que me habéis hecho? No querrá Dios que el diablo, que es mantenedor de la mentira, venza al que es mantenedor de la verdad». «Ciertas», dijo el Conde, «todo es mester cuanto sabéis, y bien veis vos que si no me siguierais tan ahincadamente no llevarais esta prestojada que llevastes; y por ende dicen: “Sigue el lobo mas no hasta la mata”. Y bien tengo que haríais mejor y más a vuestro pro de tornaros para los vuestros y a mí dejarme andar en paz». El Conde, teniendo alzado el brazo con el espada, y Garfín estando en gran saña, dióle un muy gran golpe que le cortó la manga del gambax con el puño, de guisa que le cayó la mano en tierra con el espada. Y tan de recio envió aquel golpe Garfín, que le cortó del anca una gran pieza, y los dedos del pie, en manera que no se pudo tener el Conde y cayó en tierra. «Ea, conde», dijo Garfín, «¿no os fuera mejor ir de grado en la mi prisión, y sano, que no ir sin vuestro grado a mi prisión, manco y cojo?». «Mal grado haya», dijo el Conde, «quien vos tan gran fuerza dio, ca ciertamente no erais vos hombre para vencerme ni tan mal traerme». «¿Ya desesperáis?», dijo Garfín, «Ciertas esta descreencia mala que en vos es os trajo a este lugar».

Mientras estaban en esto, Roboán y toda la otra gente andaban buscando a Garfín, ca no sabían de él si era muerto o vivo, y no sabían qué se hiciesen, y estaban muy cuitados, que ni eran buenos de tornarse con aquella ganancia que Dios les diera, y no eran buenos de fincar; y cuidaron que el Conde que era ido por ventura para venir

sobre ellos con gran gente. Garfín, viendo que no podía sacar el Conde de aquel val y llevarlo a la hueste, subió en un cabezo donde parecían todos los de la hueste, y comenzó a tocar un cuerno que traía. Roboán cuando lo oyó, dijo a los otros: «Ciertas, Garfín es aquel. Yo lo conozco en el tocar del cuerno; y vayámonos para él, que de pie está». Un caballero anciano le dijo: «Roboán, señor, fincad aquí con aquella gente, e iremos allá unos cien caballeros y sabremos qué es». Y Roboán túvolo por bien. Y cuando a él llegaron, conociéronlo y dejáronse caer de los caballos y preguntáronle dónde era su caballo. Y él les dijo que le falleciera de manera que no se podía de él ayudar, y que estaba el Conde herido en aquel val, y que fuesen por él y llevarlo habían al Rey. Y cabalgó en un caballo Garfín que le dieron. Los otros con él fueron para aquel val donde estaba el Conde, muy flaco por la mucha sangre que le salía, y pusieronle en una bestia y lleváronlo para la hueste. Y cuando Roboán y los otros vieron que traían preso al Conde, agradeciéronlo mucho a Dios y fueron muy ledos y muy pagados porque vieron vivo a Garfín, comoquiera que era muy mal herido en la mejilla y tenía hinchada la cara; pero que le amelecinaron muy bien, de guisa que a pocos días fue guarido, y ataron las llagas al Conde. Y a la media noche cabalgaron e íbanse para el Rey con aquella ganancia que Dios les diera. Y a los escuderos hijosdalgo que llevaban consigo diéronles caballos y armas de aquello que y ganaron, e hiciéronlos caballeros. Y de trescientos que eran primero, hiciéronse quinientos y cincuenta; y por este bien Garfín y Roboán, que hicieron a estos escuderos hijosdalgo, todos los escuderos de la tierra se venían para ellos, y no sin razón, ca tenían que como aquellos hicieran merced por el servicio que de ellos había recibido, que así lo harían a ellos por servicio que les hiciesen.

Ciertas mucho se deben esforzar señores en dar buen galardón a aquellos que lo merecen, ca so esta esperanza todos los otros se esforzarán siempre de servir y de hacer siempre lo mejor. Y ellos yendo por el camino encontráronse con los ciento y cincuenta caballeros de los del Conde que eran idos a correr la tierra del Rey. E hicieron pregonar por toda la tierra que viniese cada uno a conocer lo suyo, y que se lo darían. Y no quisieron retener ninguna cosa ende para sí, como aquellos que eran y que no habían sabor de tomar ninguna cosa de lo ajeno, así como algunos hacen, que si los enemigos llevan algún robo de la tierra y van algunos en pos ellos y les tiran la presa, dicen que suya debe ser. Ciertas muy sin razón es, ca pues de un señorío son y de un lugar, unos deben ser de un corazón en servicio de su señor en guardar y defender unos a otros, que no reciban daño. Y si algún enemigo les llevase lo suyo, débenlos ayudar y pararse con ellos o sin ellos a cobrarlo si pudieren, ca de otra guisa puédesse decir lo que dijo el hombre bueno a su compadre, a quien llevaba el lobo su carnero.

El compadre fue en pos el lobo y siguióle y tomó el carnero y comióselo. Y cuando el hombre bueno vio su compadre, díjole así: «Compadre, dijéronme que ibais en pos el lobo que llevaba mi carnero. Decid que le hicistes». «Yo os lo diré», dijo él. «Yo fui con mis canes en pos el lobo y tomámoselo». «Por Dios, compadre»,

dijo el hombre bueno, «mucho me place, y agradézcooslo mucho. ¿Y qué es del carnero?», dijo el hombre bueno. «Comámoslo», dijo el compadre. «¡Comísteslo!», dijo el hombre bueno; «ciertas, compadre, vos y el lobo uno me semeja, que tan robado fue yo de vos como del lobo».

Y estos tales que toman la presa de los enemigos de la tierra, por tan robadores se dan como los enemigos, si no la tornan a aquellos cúa es; y comoquiera que en algunos lugares ha por costumbre que la presa que toman los de la tierra a los enemigos que la tienen, porque dicen que cuando los enemigos la llevan y trasnochan con ella, que ya no era de aquel cúa fuera, y que haber es de los enemigos que ganaron, y tienen que debe fincar con la presa, ciertas de derecho no es así; mas los señores lo consintieron que fuese así, porque los hombres hubiesen más a corazón de ir en pos los enemigos por la ganancia que cuidaban y hacer. Ca tuvieron que mejor era que se prestasen de ello los de la tierra que lo cobraban, que no los enemigos. Y esto es por mengua de verdad que es en los hombres, que no quieren guardar unos a otros tan bien las personas como los algos, pues de una tierra y de un señorío son. Y por ende Garfín y Roboán, como caballeros buenos y sin codicia, queriendo dar buen ejemplo de sí, hicieron dar aquella presa a aquellos cúa era, y desí fueron derechamente para el Rey.

Y el Rey era ya salido con su hueste muy grande y estaban en unos prados muy hermosos que decían de Val de Paraíso. Y maravillábase de Garfín y de Roboán que no venían y con él, y demandaban muy ahincadamente por ellos y no hallaban quien dijese recaudo de ellos, salvo ende que le decían que había quince días que salieran con toda su gente de aquella ciudad donde estaban, y que no sabían onde fueran. Y el Rey con recelo que tomasen algún empecimiento en algún lugar, estaba muy cuidadoso y no podía holgar ni sosegar. Y ciertas, si al Rey pesaba porque no eran y con él, así lo hacía a cuantos eran y en la hueste; ca los querían gran bien porque eran muy buenos caballeros y bien acostumbrados y aprobaban bien en armas. Y ellos estando en esto, heos un caballero de Roboán donde entró por las tiendas del Rey. Y este era el caballero Amigo, que hizo el Rey caballero y le dio por vasallo a Roboán. Y fue hincar los hinojos ante el Rey y besole la mano y díjole así: «Señor, Garfín y Roboán tus vasallos leales te envían besar las manos y encomendarse en la tu gracia, y envíate pedir por merced que no muevas de aquí, ca cras en la mañana, si Dios quisiere, serán aquí contigo y te dirán muy buenas nuevas con que recibas muy gran placer». «¡Ay, caballero Amigo!», dijo el Rey, «por aquella fe que tú me debes, que me digas si son vivos y sanos». «Ciertas», dijo el caballero Amigo, «yo te digo, señor, que vivos». «¿Pero si son sanos?», dijo el Rey. El caballero Amigo no se lo quería decir, ca le fue defendido de su señor Roboán que no lo dijese que fuera herido Garfín su hermano, ni que traían al Conde preso, mas que le dijese que sería con él otro día en la mañana. El Rey ahincaba mucho al caballero Amigo que le dijese si eran sanos, y el caballero Amigo le dijo: «Señor, no me ahinquéis, ca no te lo diré, ca defendido me fue; pero tanto quiero que sepas porque asosiegue el tu corazón, que

tan escorrechamente andan y cabalgan como yo». «¡Y tú seas bienvenido!», dijo el Rey.

Y otro día en la mañana llegaron al Rey Garfín y Roboán con toda su gente, salvo ende cincuenta caballeros que dejaron que trajesen al Conde preso, y venían lejos de ellos cuanto un mijero y no más, porque los hubiesen siempre a ojo, porque si algún rebate acaeciese, que recudiesen luego a ellos. Y cuando llegaron al Rey fueron hincar los hinojos ante él y besáronle las manos, y el Rey se levantó a ellos y recibiolos muy bien, como aquellos que amaba de corazón. Y él catando a Garfín, vio un velo que traía en la mejilla diestra sobre la llaga de la herida, y el Rey le preguntó si era herido. «Señor», dijo Garfín, «no, más fue una nacencia que nació y». «Ciertas», dijo el Rey, «no podía ser tan gran nacencia en aquel lugar. Y mala nacencia nazca en cuanto bien quiere aquel que os lo hizo». «Señor», dijo Roboán, «creo que sois adivino, ca así le aconteció; que no le podría peor nacencia nacer a aquel que se la hizo, ni en peor estado de cuanto está». «Ciertas, algún atrevimiento fue», dijo el Rey, «que comenzó Garfín». «No fue», dijo Roboán, «atrevimiento, mas fue buen esfuerzo». «¿Y cómo fue eso?», dijo el Rey. «Señor», dijo Garfín, «dejemos esto ahora estar, ca quien no lucha no cae; y conviene a los caballeros mancebos de probar alguna cosa de caballería, ca por eso lo recibieron. Y ciertas ninguno no puede ser dicho caballero si primeramente no se probare en el campo». «Verdad es», dijo el Rey, «si en él finca el campo». «Y yo así lo entiendo», dijo Garfín. Y aquí quedó el Rey de hacer más preguntas sobre esta razón.

«Señor», dijo Garfín, y Roboán con él, «con estos caballeros buenos vuestros vasallos que vos me distes, y con la vuestra ventura buena y con la merced de Nuestro Señor Dios, os traemos aquí preso el conde Nasón, pero que viene herido». «¿Y quién lo hirió?», dijo el Rey. «Su atrevimiento y su desventura», dijo Garfín, «y la mala verdad que traía». «Por Dios, Garfín y Roboán», dijo el Rey, «vos me traéis muy buena dona, y agradézcooslo mucho; ca por aquí habremos todas las fortalezas que él había, ca el hijo ninguno no ha, ni se lo dé Dios, ca esa esperanza habríamos de él que del padre». Y mandoles que se lo trajesen delante. Y ellos hiciéronlo así traer, asentado en un escaño, acostado en unos cabezales, ca no se podía tener en pies. Cuando el Rey lo vio, la mano corta y todos los dedos de un pie, y herido en el anca muy mal, díjole así: «Conde, no creo que con esa mano derecha me amenacéis de aquí adelante». «Ciertas», dijo el Conde, «ni con la otra haré, ca de todo el cuerpo soy tullido». «Bendito sea el nombre de Dios», dijo el Rey, «que da a cada uno el galardón que merece. Conde», dijo el Rey, «de vagar estaba el que así dolaba por vos, tantos golpes os dio en ese cuerpo». «Señor», dijo el Conde, «no fue más de un golpe a queste que veis». «¿No?», dijo el Rey, «muy templada creo que era el espada y el caballero muy recio y muy ligero, que tan fuerte golpe hacía. Decid, conde, ¿quién fue aquel que os hirió?». «Señor», dijo el Conde, «ese caballero mancebo que está ahí cerca de vos a vuestros pies, a que llaman Garfín». «Por Dios», dijo el Rey, «bien comenzó su mancebía, y bien creo que querrá ir con tales obras como estas adelante;

y Dios se lo endrece por la su merced». «Amén», dijo Roboán. «Ciertas», dijo el Conde, «no comenzó bien para mí, y pésame porque tan adelante fue con su buena andanza». «Conde», dijo el Rey, «bien sé que os pesa, pero conocerle habéis esta vegada mejoría». «Ciertas», dijo el Conde, «y aun para siempre; ca en tal estado me dejó que no le pude empecer en ninguna cosa». Todos cuantos y estaban se maravillaron de aquel golpe tan esquivo, y tuvieron que recudiría Garfín a ser buen caballero y muy esmerado entre todos los otros hombres, ca aún mancebo era y entonces le apuntaban las barbas. Y otro día mañana hubo el Rey acuerdo con todos los condes y los ricos hombres que con él eran, si iría con su hueste a cobrar la tierra del Conde, o si enviaría algunos en su lugar. Y los que no habían sabor que tan aína se tomase la tierra del Conde, le aconsejaban que fincase él y que enviase y aquellos que él tuviese por bien; y los otros que habían sabor de servir al Rey, entendiendo que se libraría el hecho más aína por él, aconsejaronle que fuese y por su cuerpo. Él túvose por bien aconsejado, y movió con toda su hueste para la tierra del Conde.

Mas un sobrino del conde Nasón, hijo de su hermana, muy buen caballero de armas, que dejó el Conde en su lugar con quinientos caballeros y con trescientos que se fueron del albergada del Conde cuando el desbarato, con los que fueron de los que traían la presa de la tierra del Rey, que eran por todos ochocientos caballeros allegados así, y juráronse de pararse a defender la tierra del Conde. Y el algara del Rey entroles por la tierra del Conde a correr y a quemar y estragar todo cuanto hallaban. El sobrino del Conde estando en una villa muy bien cercada con cuatrocientos caballeros, vio los fuegos muy grandes que daban en las alcarías, y el estragamiento grande que en la tierra hacían, y habló con los caballeros y díjoles: «Amigos, ya veis el mal que los del Rey hacen por la tierra, y creo que el primer lugar que querrán venir a combatir que este será en que nos estamos. Y tengo que será bien que salieseis allá y que dejemos estos escuderos hijosdalgo y esta gente que tenemos a pie, que guardasen la villa con los ciudadanos de aquí. Y por ventura que nos encontraremos de guisa que no entrarían tan atrevidamente como entraron por la tierra». Los caballeros le respondieron que mandase lo que tuviese por bien, ca ellos prestos eran para ir donde él quisiese y acaloñar la deshonra del Conde; ca mejor les era morir en el campo haciendo bien, que haber a estar encerrados. El sobrino del Conde mandó que otro día en la mañana que fuesen todos armados fuera de la villa, y ellos hiciéronlo así.

Garfín y Roboán venían con el Rey por el camino departiendo muchas cosas y preguntándoles el Rey cómo les aconteciera en el desbarato del Conde. Y cuando le contaban de cómo les acaeciera, tomaba en ello gran placer. Y él iba castigándolos y aconsejándolos todavía en cómo hiciesen cuando acaeciesen en alguna lid campal, y que no quisiesen que los sus enemigos acometiesen a ellos primeramente, mas que ellos acometiesen a los otros, y el miedo que los otros les habían de poner, que ellos que lo pusiesen a los otros; ca ciertamente en mayor miedo están los acometidos que no los acometedores, que vienen derrabiadamente y con gran esfuerzo contra ellos.

Roboán cuando estas cosas oyó al Rey decir, túvoselo en merced señalada, y fuele besar las manos, y díjole así: «Señor, que Garfín ni yo no os podríamos servir cuantas mercedes nos habéis hecho y nos hacéis cada día, más que a ningunos de vuestro señorío, ca no solamente nos mandáis como señor, mas castigaisnos como padre a hijos». Respondió el Rey muy alegremente y dijo: «Roboán amigo, vos haciendo bien en como lo hacéis, y creo que hagáis mejor todavía, fío por Dios que me conoceréis que os amo verdaderamente, como padre a sus hijos. Y no me dé Dios honra en este mundo si para vos no codicio». Allí se dejaron caer a los sus pies Garfín y Roboán, y besáronle las manos muchas vegadas, teniendo que les hacía grande y muy señalada merced en les decir tan altas palabras y de tan de corazón. Y pidiéronle por merced que quisiese que fuesen adelante con los algareros para hacer algún bien. «Garfín», dijo el Rey, «no quiero que vayáis allá, que aún no sois bien sano de la herida que tenéis». «Señor», dijo Garfín, «no tengo herida por que me deba excusar de ir hacer bien». «Garfín», dijo Roboán, «y muy bien os dice el Rey que holguéis y guarezcaís, ca de pequeña centella se levanta gran fuego si hombre no pone y consejo. Y comoquiera que esa vuestra herida no sea muy grande, si no y ponéis mayor cura de cuanta hacéis, os podríais ver en peligro; mas si tuviereis por bien, iré con vuestra gente y con la mía con aquellos algareros a ganar alguna buena señal de caballería». «¿Y qué señal?», dijo el Rey. «Señor», dijo Roboán, «tal cual la ganó mi hermano Garfín; ca no pudiera mejor señal ganar que aquella que ganó, ca la ganó a gran prez y a gran honra de sí, y por aquella señal sabrán y conocerán los hombres el buen hecho que hizo, preguntando cómo lo hubo, y bien verán y entenderán que no la ganó huyendo».

El Rey fue más pagado de cuanto le oyó decir, y díjole así: «Mío hijo bienaventurado, deos Dios la su bendición, y yo os doy la mía, e id en el nombre de Dios, ca fío por la su merced que acabaréis todo cuanto quisiereis». Roboán cabalgó y tomó la gente de su hermano y la suya, así que eran trescientos y cincuenta caballeros, y entraron por la tierra del Conde guardando todavía los labradores de daño, y de mal en cuanto ellos podían, salvo ende lo que tomaban para comer, ca así se lo mandaba Roboán, teniendo que los labradores no habían culpa en la mala verdad del Conde. Ciertas, si Roboán se tenía con Dios en hacer siempre lo mejor, bien lo demostraba Dios que se tenía con él en todos sus hechos; así que un día en la mañana, saliendo de un montecillo, vieron venir el sobrino del Conde con cuatrocientos hombres de caballo, pero que venían muy lejos de ellos bien seis mijeros. «Amigos», dijo Roboán, «¿podremos oír misa en este campo antes que lleguen aquellos caballeros? Ca en todos los nuestros hechos debemos anteponer a Dios». «Señor», dijo un capellán, «muy bien la podéis oír, ca yo os diré misa privada». Y luego fue parado el altar en el campo muy aína y el capellán revestido, y dijo su misa muy bien, ca era hombre bueno y de buena vida.

Cuando hubieron oída la misa, vieron que los otros caballeros venían cerca, pero que ellos dudaban y estaban parados. Y dijo Roboán: «Amigos, los miedos partidos

son, según me semeja, y vayámoslos acometer, que no ha cinco días que me castigaron que el miedo que los enemigos nos habían a poner en acometiéndonos, que se lo pusiésemos nos primero hiriéndolos muy derrabiadamente y sin duda». Los caballeros, como hombres de buen esfuerzo y como aquellos que habían sabor de bien hacer, dijeron que decía muy bien, e hiciéronlo así y fueron su paso hasta que llegaron cerca de los otros. Entonces mandó Roboán que moviesen y fuéronles herir de recio. Los otros se tuvieron muy bien, a guisa de muy buenos caballeros, y volviéronse, hiriéndose muy de recio los unos a los otros. Allí veríais muchos caballeros derribados y los caballos sin señores andar por el campo. Y a los primeros golpes quebrantaron las lanzas de la una parte y de la otra, y metieron mano a las espadas, y grande era la prisa de herirse los unos a los otros; y tan espesos andaban que no se podían bien conocer, salvo ende cuando nombraban cada uno de su parte. Roboán andaba en aquel hecho a guisa de muy buen caballero y muy esforzado, llamando «¡Mentón por su señor el Rey!», y ellos llamando «¡Tures por el conde Nasón!». Pero el que se encontraba con Roboán no había mester cirujano, que luego iba a tierra o muerto o mal herido; ca hacía muy esquivos golpes del espada y mucho espantables, de guisa que a un caballero fue dar por cima del yelmo un golpe que le cortó la mitad de la cabeza, y cayó la mitad en el hombro y la otra mitad iba enhiesta, y así anduvo entre ellos muy gran pieza por el campo, de que se maravillaban mucho los que lo veían, y fincaban espantados de aquel golpe tan esquivo y extraño. Y no quería caer del caballo, y andaba enhiesto y llevaba la espada en la mano, espoloneando el caballo entre ellos.

Roboán vio al sobrino del conde Nasón y endrezó para él y díjole así: «Sobrino del malo, defiéndete, ca yo contigo soy. Y cierto seas que los pecados de tu tío el Conde te han ha empecer». «Mientes», dijo el sobrino del Conde, «que no soy sobrino del malo; ca nunca mejor caballero fue en todo el reino de Mentón que él». Desí dejáronse venir uno contra otro y diéronse muy grandes golpes de las espadas, pero que no se podían empecer por las armaduras que traían muy buenas, y desí hicieron otra vuelta y vinieron uno a otro y diéronse muy grandes golpes, de guisa que el sobrino del Conde hirió a Roboán del estoque en la mejilla, así que le hubiera a hacer perder los dientes. Y Roboán hirió al sobrino del Conde del espada en el rallo que tenía antes los ojos de travieso, en manera que le cortó el rallo y entrole el espada por la cara y quebrantole ambos ojos. Y tan grande y tan fuerte fue la herida que no se pudo tener en el caballo, y cayó en tierra. Y desí Roboán a los suyos a esforzarlos, diciéndoles: «Heridlos, que muerto es el sobrino del Conde». Y los de la otra parte del Conde que lo oyeron salíanse del campo e íbanse, y así que fincó el campo en Roboán y en los suyos. Y no escaparon de los del Conde más de cincuenta caballeros, ca todos los otros fueron muertos y presos; pero que de la compañía de Roboán fueron muertos y mal heridos ciento y cincuenta caballeros, ca de la otra parte y de la otra lidiaron a guisa de buenos caballeros, como aquellos que habían sabor de vencer los unos a los otros.

Y entonces mandó Roboán que los caballeros de su parte que eran heridos que les amolecinasen y les catasen las llagas y los pusiesen en los caballos, y desí tornó y donde yacía el sobrino del Conde e hízolo desarmar, y hallaron que tenía los ojos quebrados de la herida que le dio Roboán. Y pusiéronlo en una bestia y viniéronse luego para el Rey. El caballero Amigo, pero que era herido de dos golpes, fue al Rey adelante con estas nuevas, y cuando se las contó llamó el Rey a todos los hombres buenos de la hueste y díjoles: «Amigos, si Garfín trajo buen presente para ser más cumplido, Roboán nos trae lo que menguaba, y este es el sobrino del Conde, que mantenía toda la su gente y se cuidaba parar a defendernos la tierra, pero que trae ambos los ojos quebrados como os contará el caballero Amigo». El Rey paró mientes al caballero Amigo y viole herido de dos golpes, y díjole: «Caballero Amigo, creo que hallastes quien os crismase». «Ciertas, señor», dijo el caballero Amigo, «hallamos; ca no se vio el rey Artur en mejor prisa y en mayor peligro con el gato Paul que nos vimos con aquellos maldichos; ca si los rascábamos, tan de recio nos rascaban que apenas lo podíamos sufrir. Ca bien creed, señor, que de nuestra parte en duda fue un rato la batalla, tan fuertemente nos ahincaban, así que de la nuestra parte bien hubo muertos y heridos hasta ciento y cincuenta caballeros». «¿Y de la otra parte?», dijo el Rey. «Ciertas, señor», dijo el caballero Amigo, «de cuatrocientos caballeros que eran no fincaron más de cincuenta, que todos los otros fueron muertos y presos». «Ciertas», dijo el Rey, «muy herida fue la batalla donde fueron tantos muertos». «Bien creed, señor», dijo el caballero Amigo, «que no me acuerdo que me acertase en lugar de tan gran afrenta como aquella batalla fue». «¡Ay, caballero Amigo!», dijo Garfín, «¿Roboán mi hermano viene sano?». «Ciertas tan sano como vos», dijo él. «¿Cómo?», dijo Garfín, «¿es ya señalado como yo?». «Ciertas», dijo el caballero Amigo, «sí». «¿En qué lugar tiene la herida?», dijo Garfín. «So la boca», dijo el caballero Amigo, «y bien creed que si no por la gorguera, que tenía alta, que hubiera a perder los dientes». «¿Y quién lo hirió?», dijo Garfín. «El sobrino del Conde lo hirió del estoque». «Mucho se precian estos hombres buenos», dijo Garfín. «Por Dios», dijo el caballero Amigo, «hiriolo de un muy fuerte golpe, ca le dio una espadada sobre el rallo de travieso, que le metió el espada en la cara y quebrantole amos a dos los ojos. Y aún hizo otro golpe muy extraño a otro caballero, que le dio un golpe del espada encima de la cabeza que le echó la mitad del yelmo con la mitad de la cabeza al hombro, y la otra mitad andaba enhiesta, y ansí andando un gran rato por entre nos en el campo, que no quería caer del caballo; y todos huían de él como de cosa espantable». «Dejadlo», dijo el Rey, «ca bien encarnizado es, y creo que no dudará de aquí adelante de salir a los venados cuando le acaeciére, y ciertas yo cuido que será hombre bueno y buen caballero de armas».

Y ellos estando en esto, he vos Roboán donde asomó con toda su gente. Y el Rey cabalgó con todos esos hombres buenos que con él eran, y saliole a recibir. Y fue muy bien recibido del Rey y de todos los otros. Y cuando vio el Rey muy gran gente de la su compañía, los unos las cabezas atadas y los otros entre costales, pesole mucho, pero

en solaz dijo a Roboán, sonriéndose: «Roboán, ¿dónde hallaste tan presto el clérigo que vos esta gente crismó?». «Ciertas, señor», dijo Roboán, «obispos pueden ser dichos, que cada uno hubo el suyo». «¿Y con qué los crismaron?», dijo el Rey; «¿tenían consigo la crisma y el agua bendita?». «Con las estolas», dijo Roboán, «trae en los paños y la sangre de ellos mismos; pero, señor, el hecho todo anduvo a rebendecha, que cuales nos las enviaban tales se las tornábamos». «Pero», dijo el Rey, «el obispo que a vos crismó no os dio la pescozada en la tiembla^[18], y cuidó que era viejo cansado y no pudo alzar la mano, y dióosla en la barba». Y esto decía el Rey porque no había punto de barba. «Ciertas, señor», dijo Roboán, «en tal lugar fue hecho que no había vergüenza ni miedo el uno al otro». «¿Y al que vos esta deshonra hizo», dijo el Rey, «hubo y alguno que se lo hiciese?». «Sí», dijo Roboán. «¿Y quién?», dijo el Rey. «La mala verdad que tenía», dijo Roboán. «Ciertas», dijo el Rey, «él fue más deshonrado de la más deshonrada cosa que en el mundo podía ser, y tal como a queste no es ya para parecer en plaza; ca no ha buena razón por sí con que se defienda. Pero creedlo», dijo el Rey, «y veremos si se querrá defender por razón; ca el buen juez no debe juzgar a menos de ser y dos con las partes». Entonces trajeron al sobrino del Conde en una bestia caballero, la cara toda descubierta. Y cuando llegó ante el Rey venía tan desfaciado, por aquel golpe en el travieso traía por los ojos, que aspereza era grande de catarlo; pero dijo el Rey: «¡Ay sobrino del mal conde!, creo que no seríais de aquí adelante para atalaya». «Ciertas, él ni para escucha haría». «¿Y cómo así?», dijo el Rey. «Yo os lo diría; el golpe me llegó hasta dentro en los oídos todos, y así que he perdido el ver y el oír». «Bien haya obispo», dijo el Rey, «que tan buena pescozada da. Y bien creo que quien así confirmó no os quería gran bien». «Ciertas», dijo él, «no era y engañado, que ni yo hacía a él; y maldita sea mano de obispo tan pesada que así atruena y tuelle a quien confirmar quiere!». Y comenzáronse todos a reír. «Ciertas», dijo el sobrino del Conde, «todos podéis reír, mas a mí no se me ríe, y en tal se vea a quien place». Y dijo el Rey: «Aún diría este soberbio si en su poder fuese». Y enviaron por el Conde que viniese ver su sobrino, y trajéronlo y.

Y cuando el Conde vio a su sobrino desfacionado, dejose caer en tierra así como muerto, de gran pesar que hubo. Y cuando lo llevaron dijo así: «¡Ay mi sobrino!, ¿qué merecistes vos por este mal os aviniese?» «Ciertas», dijo él, «por los pecados vuestros». «No digáis», dijo el Conde, «que más me metió a esto y más me enrizó vos fuistes». «Ciertas», dijo, «yo a vos no pudiera mover, mas por donde queríais guiar yo había a vos por fuerza a seguir, y vos habíais poder sobre mí y yo no sobre vos. Y bien creed que por la gran soberbia que hubo siempre en vos no teníais ninguna cosa, y hacíais vos temer y no os queríais guiar por consejo de ninguno. Y véngaseos en mente que a la puerta de vuestro castillo de Buella ante el portal, estando con vuestros parientes y vuestros vasallos, dijistes con gran soberbia que no os fincaría el Rey en lugar del mundo que no le corrieseis y le echaríais del reino».

«Ahora», dijo el Rey, «asaz habemos oído. Bien semeja que es verdadero el

ejemplo que dice que cuando pelean los ladrones descúbrense los hurtos. Y ciertas, asaz hay dicho de la una parte y de la otra para buen juez». «Conde», dijo el Rey, «mandadme dar las villas y los castillos del condado». «Señor», dijo el Conde, «a este mi sobrino hicieron todos hombrenaje, tan bien de las villas como de los castillos». «Ciertas», dijo el sobrino del Conde, «verdad; mas con tal condición que si vos y llegaseis airado o pagado, o sano o enfermo, muerto o vivo, con pocos o con muchos, que os acogiesen, y si esto a vos hiciesen, que fuesen quitos del hombrenaje que a mí hicieron. Y por ende, conde, vos sois aquel que se los podéis dar». «Ciertas», dijo el Rey al Conde, «¿si así es verdad lo que dice vuestro sobrino?». «Señor», dijo el Conde, «verdad es así como él dice; mas, señor, ¿cómo me darían a mí las villas y los castillos, pues vieron que no soy en mi poder y estoy en prisión?». «Conde», dijo el Rey, «en al estáis; ca debéis saber que a traidor no deben guardar hombrenaje aquellos que lo hicieron, y mientras duró en la lealtad tenidos fueron de guardar el hombrenaje; mas desde que cayó en la traición, por quitos son dados de Dios y de los hombres del hombrenaje; ca no se lo debían guardar en ninguna manera, como aquel que no es par de otro hombre por de pequeño estado que sea; ca lo puede desechar en cualquier juicio que quiera entrar con él para razonar o para lidiar. Y de aquellos que hacen hombrenaje a traidor a sabiendas, sabiendo que cayó en traición, o oyéndolo, él no mostrando que se salvara ende, no lo deberían recibir por señor; mas debieranle esquivar como a traidor o mancillado de fama de traidor. Pues purgado no era de la infamia y le hicieron hombrenaje, cayeron en el pecado de traición así como aquel que la hizo».

«Y pruébase por semejante que si alguno habla o participa con el descomulgado manifiesto a sabiendas, en menosprecio de la sentencia de descomunión en que cayó el descomulgado con quien participó, que es descomulgado así como el otro. Y por ende bien así caen en traición el que lo consiente como el que lo hace y no lo veda; ca los hacedores y los aconsejadores del mal igual pena merecen, mayormente queriéndose ayuntar con el que hace la traición y querer con él llevarlo adelante. Onde dice razón: «¡Oh, cuán caramente compra el infierno de muchas buenas cosas por él haciendo mal!» Ca el que hace mal pierde la gracia de Dios y el amor de los hombres, y anda difamado y siempre está en miedo de sufrir pena en este mundo por el mal que hizo, y encima para el infierno, que compró muy caro dando todas estas cosas tan nobles por tan vil cosa y tan dañosa como el infierno. Y el que bien hace ha la gracia de Dios, y gana buena fama, y no ha miedo ninguno, ca no hace por qué. Y desí vase para paraíso que compró refez, ganando la gracia de Dios y el amor de los hombres y buena fama, y no habiendo miedo a ninguno. Y así, bienaventurado es el que huye del mal y se llega al bien, ca del bien puede hombre haber honra y pro en este mundo y en el otro. Y del mal con deshonor y daño para el cuerpo y para el alma, así como lo debe el que hace traición; ca el traidor es dado por semejante a la culebra, que nunca anda derecho, sino tuerta, y al can rabioso que no muerde de derecho, sino de travieso, y al puerco, que se deja bañar en el agua clara y limpia, y vase bañar en

el más podrido cieno que halla. Y aún es dado por semejante a la mosca, que es la más vil cosa del mundo, que en lugar de hartarse de la carne fresca, vase hartar de la carne más podrida que puede hallar. Y así el traidor, cuando quiera abastecer la traición, no habla con los hombres de derecho en los hechos de su señor, diciendo mal encubiertamente y con falsedad, y delante de él con lisonjas hablando y placentaría; y así le muerde de travieso, deshaciendo su buena fama y su honra. Otrosí deja la carrera del bien y toma la carrera del mal, y así anda tuerto como la culebra; ca hace tuerto a su señor, no le guardando verdad ni lealtad como debe. Otrosí deja de ganar buena fama, que es tan clara como buen espejo, y va a ganar infamia de traición, que es aborrecida de Dios y de los hombres; y así al puerco que deja el agua clara y se baña en el cieno. Y sin esto, deja buen galardón por pena, y deja honra por deshonra, así como la mosca que deja la carne fresca y va a la podrida. Onde, si los hombres quisieren parar mientes a saber qué cosa es traición, huirían de ella como de gafedad; ca bien así como la gafedad encona y gafece hasta cuarta generación, descendiendo por la liña derecha, así la traición del que la hace mancilla a los que de él descienden hasta cuarto grado; ca los llamaría hijos y nietos y biznietos de traición, y pierden honra entre los hombres, y no los reciben en los oficios, salvo si el señor los diere por quitos de aquella infamia a los que descienden del traidor, porque puedan haber los oficios de la su tierra. Y por ende deben todos huir de él así como de gafo y de cosa enconada, y los parientes, por cercanos que sean, débenlo negar y decir que no es su pariente ni de su sangre, y deben huir de él los sus vasallos, otrosí que no es su señor».

«Y pruébase por semejante que lo deben hacer así; ca si razón es que los hombres huyan del descomulgado y ni le hablen ni participen con él en ninguna cosa, porque erró a Dios primero en quebrantar los sus santuarios o en otra manera, en meter manos airadas en algunos de los servidores de ellos, cuánto más deben huir del que erró a Dios primeramente haciendo la traición y no guardando la jura que hizo en su nombre, y el hombrenaje para servir su señor lealmente, ni le guardando la fieldad que le prometió de acrecerle en su honra, así como vasallo leal debe hacer a su señor. Ciertas, razón es de huir de cosa tan enconada como esta, que tan malamente erró a Dios y a los hombres y a sí mismo; ca seis cosas debe hacer el que jura de guardar verdad y fieldad y lealtad a su señor: la primera, que debe guardar la persona de su señor en todas cosas sanas y alegres, y sin empiezo ninguno; la segunda es que el señor sea del bien seguro en todo tiempo; la tercera, que él guarde su casa tan bien en los hijos como en la mujer, y aun según honestidad en las otras mujeres de casa; la cuarta, que no sea en consejo de menguar ninguna cosa de su señor; la quinta, que aquello que podría el señor con derecho y con razón ganar de ligero y aína, que no se lo embargue de dicho ni de hecho ni de consejo, porque no lo pueda ganar tan aína como podría ganar si no fuere embargada; la sexta, que aquello que el señor hubiese de decir o hacer y donde su honra fuese, que no se lo embargue por sí ni por otro que se le torne en deshonra. Y aún es y setena cosa, que cuando el señor le demandare el

consejo, que él que se lo dé verdaderamente sin engaño ninguno, según el buen entendimiento que Dios le dio. Y el que fallece en cualquiera de estas cosas no es digno de la honra de la lealtad, ni debe ser dicho leal. Y estas cosas tan bien las debe guardar el señor al vasallo como el vasallo al señor».

«Onde, como vos, conde, fuistes mío vasallo heredado en el mío reino, y teniendo de mi tierra grande de que me habíais a hacer deudo, y muy grande, y aun cada año por que erais tenido de servirme, y habiéndome hecho jura y hombrenaje de me guardar fieldad y lealtad, así como buen vasallo debe hacer a buen señor, y fallecístesme en todo, yo no os diciendo ni haciendo por qué, y no os despidiendo de mí, corrístesme la tierra y robástesmela y quemástesmela, y aun teniendo que esto todo no os cumplía, dijistes contra mi persona muchas palabras soberbiosas y locas, amenazándome que me correríais y me echaríais del reino, así como os afrontó ahora vuestro sobrino ante todos los de mi corte, de lo que nunca os quisistes arrepentir ni demandar perdón, maguer estáis en mi prisión...».

«Señor», dijo el Conde, «si en vos lo pudiese hallar, os demandaría el perdón». «¿Y vos por qué», dijo el Rey, «si no hicistes por qué?» «Señor», dijo el Conde, «por esto que dijo mío sobrino que yo dije». «¿Y fue verdad», dijo el Rey, «que vos lo dijistes?». «Por la mi desventura», dijo el Conde, «sí». «Buena cosa es», dijo el Rey, «el reprehender a las vegadas con palabras halagueras por que hombre pueda saber la verdad». Ca el Conde no debía recibir mal por lo que su sobrino dijera si él no lo hubiese conocido; y por ende dijo el Rey: «Conde, pues vos confesastes por la vuestra boca lo que vuestro sobrino dijo, y por todas las otras cosas que hicistes contra la fieldad y la lealtad que me prometistes guardar y no las guardastes, yo, habiendo a Dios ante los ojos y queriendo cumplir justicia, la cual tengo acomendada del mío señor Jesucristo y he de dar cuenta y razón de lo que hiciere, y habiendo mi acuerdo y mío consejo con los de mi corte ante todos cuantos hombres buenos aquí son, os doy por traidor, y a todos aquellos que os quisieren ayudar e ir contra mí por esta razón. Y porque no enconéis la otra tierra por donde fuereis con la vuestra traición, no os quiero echar de mío reino, mas mando que os saquen la lengua por el pescuezo por las palabras que dijistes contra mí, y que os corten la cabeza, que vos hicistes cabo de otros para correr la mi tierra, y que os quemen y os hagan polvos por la quema que en ella hicistes, porque ni os coman canes ni aves, ca fincarían enconadas de la vuestra traición; mas que cojan los polvos y los echen en aquel lago que es en cabo del mi reino, a que dicen lago Solfáreo, donde nunca hubo pez ni cosa viva del mundo. Y bien creo que aquel lugar fue maldito de Dios, ca según a mí hicieron entender aquella es la sepultura de un vuestro bisabuelo que cayó en otra traición así como vos hicistes. E idos de aquí y nunca os saque Dios ende».

Allí tomaron al Conde y hicieron en él justicia según que el Rey mandó, y después cogieron los polvos de él y fuéronlos echar en aquel lago, que era doce mijeros del real. Ciertas, muy gran fue la gente que fue allá ver en cómo echaban los polvos de él en aquel lago. Y cuando los echaron, los que y estaban oyeron las

mayores voces del mundo que daban so el agua, mas no podían entender lo que decían. Y así comenzó a bullir el agua, que se levantó un viento muy grande a maravilla, de guisa que todos cuantos y estaban cuidaron peligrar y que los derribaría dentro, y huyeron y viniéronse para el real, y contáronlo al Rey y a todos los otros, y maravilláronse ende mucho. Y si grandes maravillas parecieron y aquel día, muchas más parecen y ahora, según cuentan aquellos que lo vieron. Y dicen que hoy en día van allá muchos a ver las maravillas, que ven muchos armados lidiar aderedor del lago, y ven ciudades y villas y castillos muy fuertes combatiendo los unos a los otros y dando fuego a los castillos y a las ciudades. Y cuando se hacen aquellas visiones y ven al lago, hallan que está el agua tan fuerte y que no lo osan catar. Y en derredor del lago, bien dos mijeros, es todo hecho ceniza; y a las vegadas se para una dueña muy hermosa en medio del lago y hácelo amansar, y llama a los que y están por engañarlos; así como aconteció a un caballero que fue a ver estas maravillas, que fue engañado de esta guisa, según que ahora oiréis.

Dice el cuento que un caballero del reino de Porfilia oyó decir estas maravillas que aparecían en aquel lago y fuelas ver. El caballero era muy sin miedo y muy atrevido, y no dudaba de probar las aventuras del mundo, y por ende había nombre el caballero Atrevido. Y mandó fincar una tienda cerca de aquel lago, y ahí estaba de día y de noche viendo aquellas maravillas; mas la su gente no podía estar con él cuando aquellas visiones aparecían, y arredrábanse ende. Así que un día pareció en el lago aquella dueña muy hermosa, y llamó al caballero, y el caballero se fue para ella y preguntole que quería, pero que estaba lejos, ca no se osaba llegar al lago. Y ella le dijo que el hombre que ella más amaba que era él, por el gran esfuerzo que en él había, y que no sabía en el mundo tan esforzado caballero.

Cuando estas palabras oyó, semejole que mostraba cobardía si no hiciese lo que quería, y díjole así: «Señora, si esa agua no fuese muy alta, llegaría a vos». «No», dijo ella, «ca en el suelo ando, y no me da el agua hasta el tobillo». Y alzó el pie del agua y mostróselo. Y al caballero semejole que nunca tan blanco ni tan hermoso ni tan bien hecho pie de dueña viera, y cuidó que todo lo al se seguía así según que aquello parecía, y llegose a la orilla del lago, y ella fuelo tomar por la mano y dio con él dentro. Y fuelo llevar a una tierra extraña, y según a él semejaba muy hermosa y muy viciosa. Y vio muy gran gente de caballeros y de otros hombres andar por esa tierra, pero que le no hablaban ni decían ninguna cosa.

Y el caballero dijo a la dueña: «Señora, ¿qué es esto? ¿Por qué esta gente no habla?» «No les habléis», dijo, «ni a ninguna dueña, maguer os hablen, ca me perderíais por ende. ¿Y veis aquella ciudad muy grande que parece? Mía es, y podeisla haber y ser señor de ella si bien quisiereis guardar; ca yo guardaros quiero y no catar por otro sino por vos, y así seréis vos uno de una y yo una de uno. Guárdeos que no me queráis perder ni yo a vos, y en señal de buen amor verdadero hágoos señor de aquella ciudad y de cuanto he». Y ciertas decían bien si el amor tan verdadero era como ella le mostraba. «Y gran merced», dijo él, «de vuestro buen don,

ca vos veréis, señora, que os serviré yo muy bien con ello». Así que todo este hecho era obra del diablo, no quiso Dios que mucho durase, así como adelante oiréis.

Mas en antes que llegasen a la ciudad salieron a ellos muchos caballeros y otra gente a recibirlos con muy grandes alegrías, y diéronles sendos palafrenes ensillados y enfrenados muy noblemente en que fuesen. Y entraron a la ciudad y fuéronse por los palacios donde moraba aquella dueña, que eran muy grandes y muy hermosos. Y así parecieron a aquel caballero tan noblemente obrados que bien le semejaba que en todo el mundo no podían ser mejores palacios ni más nobles ni mejor obrados que aquellos; ca encima de las coberturas de las casas parecían que había rubís y esmeraldas y zafires, todos hechos a una talla, tan grandes como la cabeza del hombre, en manera que de noche así alumbraba todas las casas, que no había cámara ni lugar por apartado que fuese, que tan alumbroso no estuviese como si fuese todo lleno de candelas.

Y fueron ser el caballero y la dueña en un estrado muy alto que les habían hecho de seda y de oro muy noble. Y y vinieron ante ellos muchos condes y muchos duques, según que ellos se llamaban, y otra mucha gente, y fuéronle besar la mano al caballero por mandamiento de la dueña, y recibieronlo por señor. Y desí fueron luego puestas tablas por el palacio, y ante ellos fue puesta una mesa la más noble que hombre podría ver; ca los pies de ella eran todos de esmeraldas y zafiros. Y eran tan altos y cada uno de ellos como un codo o más, y toda la tabla era de rubís, tan clara que no semejaba sino una brasa viva. Y en otra mesa apartada había y muchas copas y muchos vasos de oro muy noblemente obrados, con muchas piedras preciosas, así que el menor de ellos no lo podrían comprar los más tres ricos reyes que había en toda esa tierra.

Tanta era la vajilla que y era, que todos cuantos caballeros comían en el palacio, que era muy grande, cumplían con ello. Y los caballeros que y comían eran diez mil; ca bien semejó al caballero que si él tantos caballeros tuviese en la su tierra, y tan aguisados como a él parecían, que no había rey por poderoso que fuese que le pudiese sufrir, y que podría ser señor de todo el mundo. Allí les trajeron manjares de muchas maneras adobados, y traíanlos unas doncellas las más hermosas del mundo y mejor vestidas, según parecía, empero que no hablasen ni dijese ninguna cosa. El caballero se tuvo por bien rico y por muy bien andante con tantos caballeros y tan gran riqueza que vio ante sí, pero que tenía por muy extraña cosa en no hablar ninguno, que tan callados estaban que no semejaba que en todos los palacios hombre hubiese, y por ende no lo pudo sufrir, y dijo: «Señora, ¿qué es esto por que esta gente no habla?» «No os maravilléis», dijo la dueña, «ca costumbre es de esta tierra que desde el día que alguno reciben por señor, y serle mandados en todas aquellas cosas que él los mandaría. Y no os quejéis, que cuando el plazo llegare, vos veréis que ellos hablarán más de cuanto vos querráis; pero cuando les mandareis callar, que callarán, y cuando les mandareis hablar, que hablarán, y ansí en todas las cosas que quisieréis».

Y desde que hubieron comido, levantaron las mesas muy toste, y y fueron

llegados muy gran gente de juglares; y los unos tañían instrumentos, y los otros saltaban, y los otros tumbaban, y los otros subían por los rayos del sol a las fenestras de los palacios que eran muy altos, y descendían por ellos bien así como si descendiesen por cuerdas, y no se hacían mal ninguno. «Señora», dijo el caballero, «¿qué es esto por que aquellos hombres suben tan ligeramente por el rayo del sol y descenden?». «Ciertas», dijo ella, «ellos saben sus encantamientos para hacer estas cosas tales. Y no seáis quejoso para querer saber todas las cosas en una hora, mas ved y callad, y así podréis las cosas mejor saber y aprender; y las cosas que fueron hechas en muy gran tiempo y con gran estudio no se pueden aprender en un día».

Cuando anocheció fuéronse todos aquellos caballeros de y y todas las doncellas que y servían, salvo ende dos, que tomaron por las manos la dueña y al caballero, y la otra a la señora, y lleváronlos a una cámara que estaba tan clara como si fuese de día, por los rubís muy grandes que estaban y engastonados encima de la cámara. Y echáronlos en una cama noble que en el mundo no podría ser mejor, y salieron luego de la cámara y cerraron las puertas. Así que esa noche fue encinta la dueña.

Y otro día en la mañana fueron por ellos las doncellas y diéronles de vestir, y luego en pos ello del agua a las manos en sendos bacines, amos a dos de finas esmeraldas, y los aguamaniles de finos rubís. Y después viniéronse para el palacio mayor y asentáronse en un estrado, y vinieron ante ellos muchos trasechadores, y plantaban los árboles en medio del palacio, y luego nacían y llevaban fruto, del cual fruto cogían las doncellas y traían en los bacines al caballero y a la dueña. Y tenía el caballero que aquella fruta era la más hermosa del mundo y más sabrosa. «¡Ay, Nuestro Señor!», dijo el caballero, «¡qué extrañas cosas ha en esta tierra más que en la nuestra!». «Ciertas», dijo la dueña, «y aún más extrañas veréis, ca todos los árboles de esta tierra y las yerbas nacen y florecen y dan fruto nuevo de cada día, y las otras reses paren a siete días». «¿Y cómo, señora?», dijo el caballero, «¿pues si vos encinta sois, a siete días habréis fruto?». «Ciertas», dijo ella, «verdad es». «¡Bendita sea tal tierra!», dijo el caballero, «que tan aína lleva y tan ahondada es en todas cosas». Así pasaron su tiempo muy viciosamente hasta los siete días, que encaeció la dueña de su hijo. Y hasta los otros siete días fue cerca tan grande como su padre. «Ahora», dijo el caballero, «veo que todas las cosas crecen aquí a deshora; mas maravíllome por qué lo hace Dios en esta tierra más que en la nuestra». Y pensó en su corazón de ir andar por la ciudad y preguntar a otros qué podría ser esto; y dijo: «Señora, si por bien lo tuvieseis, cabalguemos yo y mío hijo, e iremos a andar por la ciudad». Dijo ella: «Mucho me place».

Trajéronles luego sendos palafrenes en que cabalgasen, muy hermosos y bien ensillados y enfrenados, y cuando salieron a la puerta hallaron mil caballeros armados que fueron todavía ante ellos, guardándolos por la ciudad y guiándolos. Y en pasando por la calle, estaba a una puerta una dueña muy hermosa, mucho más que su señora, pero que era amada de muchos, y no se pudo tener que la hubiese a hablar, y dijo así: «Señora, ¿podría ser que yo hablase convusco aparte?» «¿Y cómo?», dijo la dueña,

«¿no sois vos aquel que este otro día tomamos por señor, y habéis por mujer a nuestra señora?» «Ciertas, sí soy», dijo él. «Y no os defendió nuestra señora», dijo ella, «antes que entraseis en la ciudad, que no hablaseis a ninguna dueña, sino que la perderíais?». «Verdad es», dijo él. «¿Pues cómo os atrevistes», dijo ella, «a pasar su defendimiento? Ciertas muy mal mandado le fuistes». «Señora», dijo el caballero, «no lo tengáis a maravilla, ca forzado fui de amor». «¿De cuyo amor?», dijo ella. «Del vuestro», dijo él. «¡Ay, señora!», dijo una y su cobijera, «¡qué gran peca haréis si así lo enviáis de nos, que convusco no hable! ¿Y no veis cuán apuesto es, y cuán de buen donaire, y cómo da a entender que os quiere gran bien?». Y a estas palabras recudió otra maldita, que no se preciaba menos que la primera de estas trujamanías tales, y dijo muy aína: «¡Ay, señora!, ¿qué es del vuestro parecer y del vuestro donaire y de la vuestra buena palabra y del vuestro buen recibir? ¿Así acogéis a quien os muestra tan gran amor? ¿Y no veis que en catándoos luego se enamoró de vos? Y no es maravilla, ca de tal donaire os hizo Dios, que no ha hombre que os vea que luego no sea preso del vuestro amor. Y ciertas, tuerto haríais en ser escasa de lo que Dios os quiso dar francamente, y por Dios señora, no le queráis penar, dándole la buena respuesta que espera».

Y mal pecado, de estas tales muchas hay en el mundo, que no estudian en al sino en esto, no catando honra ni deshonor aquellos a quien aconsejan, ni parando mientes en les hacer perder prez y buena fama; mas hácenlo por haber soltura, y poder hacer a su talante en aquellos que saben que no les pesa con estas trujamanías, y por donde hayan día y victo, y sean amparadas y defendidas andando con ellas, cumpliendo a su voluntad mala en este mundo. Ca no hay cosa que tanto codician los malos hombres con soltura, y puédenla bien haber con aquellos que se pagan de eso mismo. Y por ende dicen que «todo talante, a su semejante»; ¡y mal pecado!, algunos que lo creen de grado toman placer en lo que les dicen y les aconsejan, ca les place de burla, ca lo tienen por brío de andar de mano en mano y haber muchos amados. Y ciertamente estas tales no aman verdaderamente ningún hombre, ni los amadores no aman verdaderamente a las mujeres cuando mucho quieren amar; ca no es verdadero ni durable, sino cuando lo tienen delante. Onde sobre tales amores como estos, que son sin Dios, puso un ejemplo San Gerónimo de unas preguntas que hacía un hombre bueno a su hija, en que se puede entender si es verdadero el amor de la mujer que muchos garzones ama, o no.

Y dice así: que un hombre bueno había una hija muy hermosa y muy leída y de buena palabra y de buen recibir, y placíale mucho de decir y de oír, y por todas razones era muy visitada, y era familiar de muchas dueñas cuando iban a los santuarios en romería, por muchas placenterías que les sabía decir. Y por ende quiso el hombre bueno saber estos amores que su hija mostraba a todos, si eran verdaderos; y díjole: «Ya mía hija mucho amada y muy visitada y muy entendida en muchos bienes, decidora de buenas cosas y placenterías, ¿querríais que hiciésemos vos y yo un trebejo de preguntas y de respuestas, en que tomáremos algún placer?». Respondió

la hija: «Ya, mi padre y mi señor, sabed que todo aquello que a vos place place a mí, y sabe Dios que muy gran deseo había de ser convusco en algún solaz, porque vieseis si era en mí algún buen entendimiento». «Hija amiga», dijo el padre, «¿decirme habéis verdad a las preguntas que os hiciere?». «Ciertas, sí diré», dijo la hija, «según el entendimiento que en mí hubiere, y no os encubriré ninguna cosa, maguer que algunas de las palabras que yo dijere sean contra mí». «Ahora», dijo el padre, «entremos, yo preguntando y vos respondiendo». «Comenzad en buen hora», dijo la hija, «ca yo aparejada estoy para responderos». «Pues mi hija bienaventurada, respondedme a esta pregunta primera. La mujer que muchos ama, ¿a cuál de los amadores ama?» «Ciertas, padre señor», dijo la hija, «no los puede a todos amar en uno, mas ahora aqueste y ahora aquel otro; ca cuantas vegadas muchos ama, tantos más amadores demanda; ca la codicia no se harta que no quiera siempre nuevas cosas, y codiciando siempre, así de ligero las pierde y las olvida. Y así, cuantos más ama, tantos más quiso amar, menospreciando los otros, si no el postrimero, y habiendo todavía en talante de dejarlo y de olvidarlo luego que otro nuevo sobreviene».

«Ya, mía hija de buen conocer, pues la mujer que mucho ama, ¿cuál ama?» «Padre señor, aquel cuya imagen personalmente cata». «¡Ay, mi hija!, ¿cuánto dura el amor de tal mujer como esta?» «Padre señor, cuanto dura la habla entre amos a dos por demanda y por respuesta, y cuanto dura el catar continuado del uno al otro, y no más. Y padre señor, amor ninguno no ha en este amor de tal mujer como esta, que a las vegadas estando con el un amador, tiene el corazón en el otro que ve pasar. Y así mostrando que ama a cada uno, no ama a ninguno; ca el su amor no dura entero en el uno ni en el otro, sino cuanto dura el catar y el hablar de corazón entre ellos, y a la hora que estas cosas fallecen, luego fallece el amor entre ellos, no acordándose de él. Y pruébase de esta guisa: que bien así como el espejo, que recibe muchas formas de semejanza de hombres cuando se paran muchos delante de él, y luego que los hombres se tiran delante no retiene ninguna forma de hombre en sí, y tal es la mujer que muchos ama. Y por ende, padre señor, no se debe ayuntar hombre en amor de aquella que fue amiga y familiar de muchos, ca nunca le guarda fe ni verdad, aunque le jure sobre santos evangelios, ca no lo puede sufrir el corazón ser uno de una. Ca estas tales no han parte en Dios, maguer hagan enfinta de ser sus siervas andando en romerías; ca más van y porque vean, que no por devoción que y han». «Ya, mi hija verdadera», dijo el padre, «decidme, ¿cuándo apresastes estas cosas, que tan sutilmente y tan ciertamente respondéis a ellas?». «Padre señor», dijo la hija, «mientras los puede catar y ver de ellas». «Ya, mi hija», dijo el padre, «¿hay estudio y maestro para mostrar y aprender estas cosas en algún lugar?». «Ciertas sí», dijo la hija. «¿Y dónde?», dijo el padre. «En los monasterios mal guardados», dijo la hija, «ca las de estas maestrías tales han sabor de salir y de ver y de hacerse conocer; y si algunos las vienen visitar o a ver, por donde peor entendimiento se tiene la que más tarde las aparta para hablar y entrar en razón con ellas, y aunque no las pueden

apartar, allá alcanzarán sus palabras de travieso en manera de juguetes; así que él bien y pensara entenderá que se quiere acometer. Y esto toman de niñez, habiendo suelta para decir y hacer lo que quisieren, y así no pueden perder la costumbre que usaron, bien como la olla, que tarde o nunca puede perder el sabor que toma nuevamente, por lavar que le hagan. Y ciertas, de estas que saben escribir y leer no han mester medianeros que les procuren visitadores y veedores; ca lo que sus voluntades codician las sus manos lo obran, comoquiera que no se despagan de aquellos que les vienen con nuevas cosas. Y ciertamente, padre señor, algunas van a los monasterios mal guardados, que las debían guardar y castigar, que las meten en mayor escándalo y mayor bullicio». «Hija amiga», dijo el padre, «¿dijístesme verdad en todas estas cosas que os demandé?». «Ciertas sí», dijo la hija, «y no os mengüé en ninguna cosa que vos a decir hubiese, comoquiera que en algunas palabras que vos yo dije me hería cruelmente en el corazón, ca me tenían y me sentía ende». «Hija amiga», dijo el padre, «agradézcooslo mucho, y de aquí adelante finque el nuestro trebejo; ca asaz hay dicho de la una parte a la otra, y Dios os deje bien hacer».

Y así fueron padre e hija muy ledos y muy pagados, más que no el caballero Atrevido con su hijo, que estaba atendiendo la respuesta de la dueña, que no podía de ella haber repuesta, teniéndose en caro. Pero a la cima salió otra su privada de travieso, más fina que las otras en el mester, y dijo: «Señora, guardaos no os comprenda Dios por la desmesura que mostráis contra este caballero, ca ya vi otros tullidos de pies y de manos y de habla por querer ser caros de palabra y de lo al que Dios les dio». «Comoquiera», dijo la señora, «que yo ganaré poco en estos amores, y él menos...» «Ciertas, yo no iré de aquí denodado». Y tomola por la mano y metiola a sus casas y fincó con ella una gran pieza hablando.

Y cabalgó luego el caballero y fuese para la posada. Supo luego el hecho en cómo pasó entre el caballero y la dueña, y fue la más sañuda cosa del mundo. Y asentose en un estrado y tenía el un brazo sobre el conde Nasón, que dio el rey de Mentón por traidor, y el otro brazo sobre el bisabuelo, que dado además por traidor, así como ya oísteis. Y cuando entraron el caballero y su hijo por la puerta del palacio en sus palafrenes, vieron estar en el estrado un diablo muy feo y muy espantable, que tenía los brazos sobre los condes, y semejaba que les sacaba los corazones y los comía. Y dio un grito muy grande y muy fuerte, y dijo: «Caballero loco y atrevido, ve con tu hijo y sal de mi tierra, ca yo soy la señora de la traición». Y fue luego hecho un terremotus, que semejó que todos los palacios y la ciudad venía a tierra, y tomó un viento torbellino tan fuerte al caballero y a su hijo, que tan bien por y los subió muy de recio, y dio con ellos fuera del lago cerca de la su tienda. Y este terremotus sintieron dos jornadas en derredor del lago, de guisa que cayeron muchas torres y muchas casas en las ciudades y en los castillos.

La su gente del caballero recudían cada día a aquella tienda a ver si aparecía su señor en aquel lago. Y otro día después que el caballero llegó a la tienda, vinieron y sus escuderos muy espantados por el tremer de la tierra que fuera hecho antedía; pero

después que vieron a su señor fueron muy alegres y muy pagados, y dijeron: «Señor, pedímoste por merced que salgas de aqueste lugar, ca muy peligroso es». «Ciertas», dijo el caballero, «mucho nos es mester, ca nunca tan quebrantado salí de cosa que comenzase como de esta». «¿Pero tenemos bestias en que vayamos?», dijo el caballero, «ca dos palafrenes en que salimos del lago, luego que de ellos descabalgamos, se derribaron en el lago, el uno en semejanza de puerco, y el otro en semejanza de cabra, dando las mayores voces del mundo». «Ciertas, señor», dijo un escudero, «tenemos todas nuestras bestias muy grandes y muy sazonadas, salvo ende que están espantadas por el gran tremor de la tierra que ayer fue hecho». «Ciertas sí», dijo un escudero, «de guisa que cuidamos todos perecer». «Señor», dijo un escudero, «¿ese que convusco viene quién es?». «Mío hijo es», dijo el caballero. «¿Y cómo, señor», dijo el escudero, «fuistes ya otra vegada en esta tierra, que tan gran hijo tenéis?». «Ciertas», dijo el caballero, «nunca en esta tierra fui sino ahora». «¿Y pues cómo podría ser vuestro hijo aqueste, ca ya mayor es que vos?» «No lo tengáis a maravilla», dijo el caballero, «ca la yerba mala aína crece. De tal manera es que en siete días echó este estado que tú ves. Y en aquella tierra donde él nació todas las reses paren a siete días del día en que conciben, y todos los árboles verdecen y florecen y llevan fruto de nuevo cada día». «¿Y en quién hubistes este hijo?», dijo el escudero. «En una dueña», dijo el caballero, «según me semejaba a la primera vista, la más hermosa que en el mundo podría ser; mas a la partida que me ende ahora partí, vila tornada en otra figura que bien me semejó que en todos los infiernos no era más negro y más feo diablo que ella era. Y bien creo que de la parte de su madre que es hijo del diablo, y quiera Dios que recuda a bien; lo que no puedo creer ca toda criatura torna a su natura».

Y contoles todo en cómo pasara, y ellos fueron ende muy maravillados de cómo ende estuviera vivo y sano. «¿Y cómo lo llamaremos a ese vuestro hijo?», dijo el escudero. «Ciertas», dijo el caballero, «no lo sé, si ahora no lo bautizáremos y le pusiéremos ahora nombre de nuevo, y tengo que será bien que lo hagamos». Y acordaron de bautizarlo, y pusiéronle nombre Alberto Diablo. Aqueste fue muy buen caballero de armas, y muy atrevido, y muy sin miedo en todas las cosas, ca no había cosa del mundo que dudase y que no acometiese. Y de este linaje hay hoy en día caballeros en aquel reino de Porfilia, muy entendidos y muy atrevidos en todos sus hechos. Y este cuento os conté de este caballero Atrevido, porque ninguno no debe creer ni meterse en poder de aquel que no conoce, por palabras hermosas que le diga ni por promesas que le prometa, mayormente en lugar peligroso, ca por aventura puede ende salir escarnido; mas esquivar las cosas dudosas, y más si algún peligro ve a ojo; así como hicieron los del reino de Mentón; ca luego que vieron el peligro de aquel lago, se partieron ende y se fueron para su señor. Y cuando el Rey supo aquellas maravillas que se hacían en aquel lugar, y lo que acaeciera a aquel caballero Atrevido, dijo así: «Amigos, ciertamente creo que aquel lugar es maldito de Nuestro Señor, y por eso todos los que caen en aquel pecado de traición deben ser echados en

aquel lugar». Y así lo puso por ley de aquí adelante que se haga.

Dice el cuento que el Rey dio luego el condado del conde Nasón a Garfín, y mandó que fuese con él Roboán su hermano y muy gran caballería de aquella que y tenía, y mandó que llevasen consigo al sobrino del conde Nasón, que le habían ya hecho hombrenaje de entregar toda la tierra. Y mandoles que le diesen al sobrino del Conde un lugar donde viviese abundantamente con diez escuderos. Y ellos hiciéronlo así, ca luego les fue entregada la tierra sin contrario ninguno, y viniéronse para el Rey todos con el conde Garfín, y muy alegres y muy pagados. Y el Rey estando en una ciudad muy buena que le decían Toribia, y la Reina con él, y viendo que no fincaba del plazo que él y la Reina habían a tener castidad más de ocho días, andaba muy triste y muy cuitado por miedo que habría a vivir en pecado con ella; mas Nuestro Señor Dios, guardador de aquellos que la su carrera quieren tener y guardarse del error en ninguna guisa, no quiso que en este pecado viviese, y antes de los ocho días finose la Reina y Dios llevoe el alma a paraíso; ca su sierva era y buena vida y santa hacía. Y el Rey cuando esto vio que Dios le había hecho muy gran merced, pero que no sabía qué hacer, si llegaría así aquella buena dueña, que era en la ciudad, y la conociera por mujer, y eso mismo a sus hijos Garfín y Roboán.

Y en esto fue pensando muy gran tiempo, así que una noche estando en su cama, rogó a Nuestro Señor Dios que Él por la su santa piedad le quisiese ayuntar a su mujer y a sus hijos en aquella honra que él era, y adurmiose luego. Y escontra la mañana oyó una voz que decía así: «Levántate y envía por toda la gente de tu tierra, y muéstrales en cómo con esta mujer fuiste casado con ella que no con la Reina, y hubieras en ella aquellos dos hijos, y de que tú y la Reina mantuvistes castidad hasta que Dios ordenó de ella lo que tuvo por bien, y que quieran recibir aquella tu mujer por reina, y a Garfín y a Roboán por tus hijos. Y sé cierto que los recibirán muy de grado».

El Rey se levantó muy aína y envió por el canciller y por todos los escribanos de su corte, y mandoles que hiciesen cartas para todos los condes y duques y ricos hombres, y para todas las ciudades y villas y castillos de todo su señorío, en que mandaba que le envasen de cada lugar seis hombres buenos de los mejores de sus lugares, con cartas y con poder de hacer y otorgar aquellas cosas que hallase por corte que debían hacer de derecho, de guisa que fuesen con él todos por la Pentecosta, que había de ser de la data de estas cartas hasta un año.

Las cartas fueron luego enviadas por la tierra muy apresuradamente, de guisa que antes del plazo fueron todos ayuntados en su palacio mayor. Y él asentose en su silla, su corona noble en la cabeza, y envió por aquella dueña su mujer, y por Garfín y Roboán sus hijos. Y cuando llegaron al palacio, dijo el Rey así: «Amigos y vasallos leales, yo hube este reino por la merced de Dios, que me quiso guiar y endrezar, y darme seso y poder y ventura buena, porque yo pudiese descercar esta ciudad donde tenían cercado al Rey que fue antes que yo, y hube su hija por mujer; pero Dios por la su merced no quiso que viviese con ella en pecado, por yo fuera antes casado con otra

mujer, de que no sabía si era muerta o viva, y hasta que yo supiese mayor certanedad de ello dije a la Reina mi mujer que por un pecado grave que yo hiciera que me dieran en penitencia que mantuviese castidad por dos años. Y ella, como de santa vida, dijo que mantendría castidad conmigo, y yo que la mantuviese otrosí, ca más quería amigo de Dios y que cumpliese mi penitencia que no vivir en pecado mortal y haber Dios airado. Y antes que el plazo de los dos años se cumpliese, quísolos Dios llevar para sí, y así como aquella que era su sierva y mantenía muy buena vida como todos sabéis. Y en este tiempo veía yo aquí mi mujer la primera y dos hijuelos que en ella hubiera, y conocía a la mi mujer muy bien, comoquiera que ella no me conocía. Ca los hijos perdilos muy pequeños y no me podía acordar bien de ellos, salvo ende que me acordaba cuando la buena dueña contaba de cómo los perdiera y cuál lugar. Y son estos y aquella buena dueña que y veis, y Garfín y Roboán sus hijos y míos; mas en tiempo de la Reina, que Dios perdone, no me atreví a decirlo, por miedo de no meter escándalo y duda en los de la tierra. Por que os ruego que, pues Dios así lo quiso ordenar que la Reina y yo viviésemos en pecado mortal, y me quiso aquí traer la mi mujer primera y los mis hijos, que os plega que me mantenga con ellos así como debo».

Todos los de la tierra fueron muy espantados, y se maravillaron mucho de esto que el Rey decía, y comenzaron a hablar entre sí y a murmurar. Él estaba muy espantado, y cuidaba que no hablaban ni murmuraban por al sino por cumplir su voluntad, y dijo: «Amigos, ¿por qué no respondéis? ¿Pláceos que sea esto que yo os pido o no? Pero quiero que sepáis por cierto que antes os sabría dejar el reino que vivir sin mujer; ca viviendo sin ella y no conociendo mis hijos como debía, viviría en pecado mortal, y tengo que por esta razón que haría Dios mal a mí y a vos».

Levantose en pie el conde Nafquino, que era el más anciano y el más poderoso de toda la tierra, y dijo así: «Señor, rey de virtud, no quiera Dios que por ninguna cosa del mundo vos hayáis a dejar el reino, mayormente por mengua de lo que os habemos a decir y a hacer. Ca, señor, vos sois aquel que Dios quiso, y la vuestra buena ventura, que hubieseis el reino para nos ser amparados y defendidos y honrados así como nos sobre todos los del mundo, por vos y por el vuestro esfuerzo y por vuestro entendimiento. Y si por la nuestra desventura os hubiésemos a perder, mayormente por la nuestra culpa, perdidos y estragados seríamos nos, y no sin razón, ca seríamos en gran culpa ante Dios, y los vecinos nos estragarían. Mas tenemos por derecho y por aguisado que recibáis vuestra mujer y que os mantengáis con ella, y que conozcáis y lleguéis a vuestros hijos así como debéis. Y nos recibiremos a la vuestra mujer por señora y por reina, y a vuestro hijo el mayor por vuestro heredero después de los vuestros días». Y comenzó el Conde a decir a todos los otros: «¿Tenéis esto por bien?». Respondieron todos a una voz y dijeron: «Tenémoslo por bien y plácenos». Y de y adelante tomaron a su mujer y fuéronla meter en un palacio y vistiéronla de nobles paños y pusiéronle una corona de oro en la cabeza, muy noble, y fuéronla asentar en una silla a par del Rey, y los dos sus hijos a sus pies. Y fueron

todos uno a uno a besar las manos y hacerle hombrenaje a la Reina y al hijo mayor del Rey. Ca convidados los había que fuesen sus huéspedes ese día. Y después de comer fueron las mayores alegrías que en el mundo podrían ser dichas, y eso mismo hicieron en todo el reino después que se tornaron a sus lugares los que y vinieron por mandaderos.

El Rey fincó muy leído y muy pagado con su mujer y con sus hijos, contando la mujer en cómo pasaría su tiempo después que la perdiera, y cómo le hiciera Dios muchas mercedes así como ya oísteis. Y los caballeros sus hijos contaban otrosí de aquel burgués, de cuantos bienes les había hecho él y su mujer, y pidiéronles por merced que quisiesen que recibiesen de ellos algún buen galardón por la crianza que en ellos hicieran. Ciertas al Rey plugo muy de corazón ca estos mozos reconocían bien hecho, y mandoles dar sus donas muy buenas y que se las enviasen, y ellos hiciéronlo así. Y vínosele en mente al Rey de lo que le dijera el ermitaño, y envió luego por el caballero Amigo, y dijo: «Caballero Amigo, ¿viénesete en mente del ermitaño donde yo te conocí primero?» «Ciertas», dijo el caballero, «sí». «Pues toma aquella mi corona más noble, que vale muy gran haber, y diez salmeros cargados de plata, y llévalo aquella ermita y ofrecelo y. Y si hallares el ermitaño vivo, dáselo y dile que haga y hacer un monasterio de monjes, y que haga comprar muchos heredamientos en que se mantengan». El caballero Amigo hízolo así, y fue todo cumplido como el Rey mandó, de guisa que hoy en día es el monasterio muy rico y mucho abundado, y dícele el monasterio de *Sancti Spiritus*, que era la evocación de aquel lugar por honra de la fiesta y de aquella buena obra nueva, que les darían sendos dineros de oro y de comer aquel día.

Y llegose y muy gran compañía y gente, entre los cuales era el pescador cuyo servidor era el caballero Amigo. Y conociolo e hízolo meter a su cámara, y desnudó sus paños muy buenos que tenía, y dióselos y mandole que los vistiese luego. El pescador, no conociéndole, díjole: «Señor, pídotte por merced que no quieras que tan aína los vista, ca los que me conocen cuidarán que los hurté; y aunque sepan que tú me los diste, tenerme han por loco en vestir tales paños como estos». «¿Y cómo?», dijo el caballero Amigo, «¿locura es en traerse hombre apuesto y bien vestido? Ciertas mayor locura es en no vestirlos el que los tiene, mayormente no costando nada. Y si otra razón no me dices por que extrañas de vestirlos, no te tendré por de buen entendimiento». «Ciertas, señor, yo te lo diré», dijo el pescador, «según el poco entendimiento que yo he. Bien sabes tú, señor, que tales paños como estos no caen para hombre pobre, sino para hombre muy rico y muy hecho, y cuando estos dejare, que puede hacer otros tales o mejores». «Ciertas», dijo el caballero Amigo, «¿que podrás tú llegar a tal estado en algún tiempo que esto pudieses hacer?». «Señor», dijo el pescador, «sí creo, con la ayuda de Dios y en la su merced, que lo puedo hacer». «Ahora te digo», dijo el caballero Amigo, «que te tengo por de mejor seso que no cuando yo me partí de ti, que dijiste que no veías en mí señales por que Dios me hiciese mejor que tú, y yo respondite que te acomendaba al tu poco seso, y así me

despedí de ti». «Señor», dijo el pescador, «nunca yo tal palabra dije, ca sería gran locura en decir a tan poderoso señor como tú que no podría ser mejor que yo». «¿Y no me conoces», dijo el caballero Amigo, «que guardaba la choza ribera del mar?» Y el pescador lo cató mucho y conociolo y dejose caer a sus pies. El caballero Amigo le hizo levantar y le dijo así: «Amigo, no tengas en poco el poder de Dios, ca Él es poderoso de hacer lo que otro ninguno no puede hacer; y doyte aquestos paños por la saya vieja que me diste cuando me partí de ti, porque no tenías al que me dar. Y por la respuesta que ahora diste, como hombre de buen entendimiento, mando que te den, de la merced que Dios me hizo, mil dineros de oro en que puedas hacer cada año en tu vida otros tales paños, y otros mil dineros para mantener tu casa; y si te falleciere en algún tiempo, mando que te vayas a mí al reino de Mentón, y yo te quiero cumplir de lo que te fuere mester. Y demás, tengo por bien que tú seas veedor y mayordomo de todas las cosas del monasterio so el abad: el cual abad es el ermitaño de la ermita, huésped del rey de Mentón, y lo tuvo por bien ca muchos placeres había recibido del pescador».

Y por tales como estos dice el proverbio antiguo que no nace quien no medre. Y ciertamente de muy pobres que estos eran llegaron a buen estado, y señaladamente el caballero Amigo, así como adelante oiréis. Y desí tornáronse el caballero Amigo para el rey de Mentón, y contole lo que había hecho, y plugo al Rey muy de corazón porque tan bien lo hiciera, y agradecióselo mucho, y señaladamente porque el ermitaño era ende abad, ca era muy buen hombre y muy honesto.

Y luego hizo el Rey llamar a sus hijos que viniesen ante él, y dijo a Garfín: «Hijo, a nos hizo Dios mucho bien y mucha merced, más de cuanto nos merecemos, por que somos tenidos de agradecérselo en todo tiempo tan buen servicio. Y tú sabes que ya has de ser rey después de mis días, por que ha mester que a Roboán tu hermano que le hagas muy buena parte del reino, en manera que haya su parte de la honra y de la merced que Dios a nos hizo». Garfín fue besar las manos por esta merced que le decía, y díjole que no solamente hubiese parte, mas de todo en todo fuese señor y ordenador, y aún, si ser pudiese, que amos a dos pudiesen haber nombre de rey, que le placía muy de corazón. «Hijo», dijo el Rey, «díceslo muy bien, y cierto soy que si lo cumplieres Roboán siempre te será mandado y pugnará en acrecer tu honra». «Padre señor», dijo Roboán, «bien fío, por la merced de Dios Nuestro Señor, que Él, que hizo a vos merced y a mi hermano en querer hacer a vos rey y a él en pos vos, que no querrá a mí desamparar ni olvidar; y no quiera Dios que por parte que Él quiera dar a mí en el reino yo mengüe de la su honra en ninguna cosa; mas yo, sirviendo a Dios, pugnaré en trabajar y hacer tanto que Él por la su piedad me pondrá en tan gran honra como a mi hermano; que me queráis hacer algo de lo vuestro y que me deis trescientos caballeros con que vaya probar las cosas del mundo, porque más valga».

Ciertas con estas palabras que Roboán dijo pesó mucho al Rey, ca tenía que no se quería partir de esta demanda, y por aventura que se partiría, y díjole así: «Roboán, por amor de Dios, que vos no queráis partir de esta tierra donde hizo Dios gran

merced a mí y a vos, ca andando por tierras extrañas pisa hombre muchos trabajos y muchos peligros, y aquí habéis vida holgada y todo se hará y se ordenará en el reino así como vos mandareis». «Señor», dijo Roboán, «pues yo a vos y a mi hermano deo aseogados en el reino, así como que habéis muy bueno y muy en paz, loado sea Dios, pídoos por merced que hayáis duelo de mí, ca viciosos y lazrados todos han a morir, y no finca al hombre en este mundo sino los buenos hechos que hace, y esto es durable por siempre. Ca, ¿qué pro me tendría de fincar yo aquí y haber vida muy viciosa y muy holgada, sin ningún bien hecho que yo hiciese? Ciertas, el día que yo muriere morirá todo el vicio y toda la holgura de este mundo, y no dejaría en pos mí ninguna cosa por que los hombres bien dijese de mí; ca bien os digo, señor, que la mayor mengua que me semeja que en caballero puede ser es esta: en quererse tener vicioso, pónese en olvido y desampárase de las cosas en que podría haber mayor honra de aquella en que está; ca ciertamente ojo tengo para trabajar y para ganar honra». «Pues así es», dijo el Rey, «Dios por la su merced te lo endrece y te lo lleve adelante. Y fío por Él que así será. Y según por mi intención es, cierto soy y no pongo en duda que has a llegar a mayor estado que nos por el tu propósito, que tan bueno es; mas quiero que Garfín y tú seáis mañana en la mañana conmigo, ca os quiero aconsejar tan bien en hecho de caballería como en guarda de vuestro estado y de la vuestra honra cuando Dios os la diere».

Y otro día en la mañana fueron con el rey Garfín y Roboán, y oyeron misa con él. Y cuando fue dicha, mandó el Rey a todos los que y estaban que se fuesen, porque había mucho de librar en su casa de la su hacienda y pro del reino, y entrose en su cámara con Garfín y con Roboán, sus hijos, y asentose ante él, las caras tornadas contra él, y bien así como maestro que quiere mostrar a escolares. El su comienzo del Rey fue este.

Castigos del rey de Mentón

«Míos hijos, por el mío consejo vos haréis así como ahora os diré: lo primero, amaréis y serviréis y temeréis a Dios que os hizo, y os dio razón y entendimiento para hacer bien y saberos guardar del mal. Ca dice en Santa Escritura que el comienzo de la sabiduría es el temor de Dios. Y por ende el que a Dios teme siempre es guardado de yerro; y desí guardaréis sus mandamientos con gran temor de no le fallecer en ningunos de ellos, y señaladamente guardaréis aquel en que manda que honre a su padre y a su madre si quiere haber buen galardón sobre la tierra. Y mal pecado, más son los que se inclinan a tomar el mal consejo, pues a su voluntad es, que el bueno: para el hombre de buen entendimiento, cuando el mal consejo y el bueno ven y lo entienden, acógese antes al bueno maguer sea con deleite y a su voluntad; así como aconteció a un rey mancebo de Armenia, comoquiera que vivía a su voluntad».

Dice el cuento que este rey iba a caza y halló un predicador en el camino que predicaba al pueblo, y díjole: «Predicador, yo voy a caza a gran prisa, y no puedo estar a tu predicación, que lo alongas mucho; mas si la quieres abreviar, me pararía a oírla». Dijo el predicador: «Los hechos de Dios son tantos y de tantas maneras que no se pueden decir en pocas palabras, mayormente a aquellos que tienen ojo por las vanidades de este mundo más que por castigos y las palabras de Dios, e id vos a buena ventura, y dejad oír la predicación a aquellos que han sabor de oírla y se pagan de conocer la merced que Dios os hizo en les dar entendimiento para oírlas y aprenderlas; pero mémbreseos que por un pecado solo fue Adán echado de paraíso; y por ventura si querrá acoger en él a quien fuere encargado de muchos».

Y el Rey fuese, y anduvo pensando en lo que le dijo el predicador, y tornose. Y entrando por la villa vio un físico que tenía antes sí muchos orinales, y díjole: «Físico, tú que a todos los enfermos cuyos son estos orinales cuidas sanar, ¿y sabrías melecinas para sanar y guarecer de los pecados?» Y el físico cuidó que era algún caballero, y díjole: «Tú, caballero, ¿podrás sufrir el amargura de la melecina?» «Sí», dijo el Rey. «Pues escribe», dijo el físico, «esta receta por preparativo que has a tomar primero para mudar los humores de los tus pecados, y después que hubieres bebido el jaroque, darte he la melecina para desembargarte de tus pecados. Toma las raíces del temor de Dios y meollo de los sus mandamientos, y la corteza de la buena voluntad de quererlos guardar, y los mirabolanos de la caridad, y simiente de atemperamiento de mesura, y la simiente de la constancia, que quiere decir firmeza, y la simiente de la vergüenza, y ponlo a cocer todo en caldera de fe y de verdad, y ponle fuego de justicia, y sórbelo con viento de sapiencia, y cueza hasta que alce el fervor de contrición, y espúmalo con cuchar de paciencia, y sacarás en la espuma las horruras de vanagloria y las horruras de la soberbia, y las horruras de la envidia, y las horruras de la codicia, y las horruras de lujuria, y las horruras de ira, y las horruras de

avaricia, y las horrras de glotonía, y ponlo a enfriar al aire de vencer tu voluntad en los vicios del mundo, y bébelo nueve días con vaso de bien hacer, y madurarán los humores endurecidos de los tus pecados de que no te arrepentiste ni hiciste enmienda a Dios, y son mucho ya endurecidos, y quiérente toller de pies y de manos con gota halaguera, comiendo y bebiendo y envolviéndote en los vicios de este mundo, para perder el alma, de la cual has razón y entendimiento y todos los cinco sentidos del cuerpo. Y después de que tomares este jaroque preparativo, tomarás el ruibarbo fino del amor de Dios una dracma, pesado con balanzas de haber esperanza en Él que te perdonará con piedad los tus pecados. Y bébelo con el suero de buena voluntad, pero no tornarás más a ellos. Y así serás guarido y sano en el cuerpo y en el alma». «Ciertas, físico», dijo el Rey, «mucho es amarga esta tu melecina, y no podría sufrir su amargura, ca de señor que soy, me quieres hacer siervo, y de vicioso lazado, y de rico pobre». «¿Cómo?», dijo el físico, «¿por tú querer temer a Dios y cumplir sus mandamientos cuidas que serás lazado? Ciertas no lo cuidas bien, ca Dios, el que teme y cumple sus mandamientos, sácalo de lacerio y de servidumbre del diablo y hácelo libre; y al humilde y paciente sácalo de lacerio y de cuidado y ensálzalo; y al franco y mesurado del su haber acreciéntale sus riquezas». «Caballero», dijo el físico, «para mientes que muy amargas son las penas del infierno que esta melecina, y por ventura si las podrás sufrir; pero la buena andanza pocos son los que la saben bien sufrir, y la mala sí, ca la sufren amidos, maguer no quieran. Onde, pues buen consejo no quieres tomar, miedo he que habrás a tomar mal consejo de que te hallarás mal. Y acontecerte ha como aconteció a un cazador que tomaba aves con sus redes». «¿Y cómo fue eso?», dijo el Rey.

Dice el cuento que un cazador fue a caza con sus redes, y tomó una calandria y no más, y tornose para su casa, y metió mano a un cuchillo para degollarla y comerla. Y la calandria le dijo: «¡Ay amigo, qué gran pecado haces en matarme! ¿Y no ves que no te puedes hartar de mí, ca soy muy pequeña vianda para tamaño cuerpo como el tuyo? Y por ende tengo que harías mejor en darme de mano y dejarme vivir; y darte he ya tres consejos buenos de que te puedes aprovechar si bien quisieres usar de ellos». «Ciertas», dijo el cazador, «mucho me place, y si un buen consejo me dieres, yo te dejaré y darte he de mano». «Pues doyte el primero consejo», dijo la calandria, «que no creas a ninguno aquello que vieres y entendieres que no puede ser; el segundo, que no te trabajes en pos la cosa perdida, si entendieres que no la puedas cobrar; el tercero, que no acometas cosa que entiendas que no puedas acabar. Y estos tres consejos semejantes uno de otro te doy, pues uno me demandaste». «Ciertas», dijo el cazador, «buenos tres consejos me has dado». Y soltó la calandria y diole de mano, y la calandria andando volando sobre la casa del cazador hasta que vio que iba a caza con sus redes, y allá fue volando en derecho de él por el aire, parando mientes si se acordaría de los consejos que le diera, y si usaría de ellos. Y andando el cazador por el campo armando sus redes, llamando las aves con sus dulces cantos, dijo la calandria que andaba en el aire: «¡Oh mezquino, cómo fuiste engañado de mí!» «¿Y

quién eres tú?», dijo el cazador. «Yo soy la calandria que diste hoy de mano por los consejos que yo te di». «No fui engañado según yo cuido», dijo el cazador, «ca buenos consejos me diste». «Verdad es», dijo la calandria, «si bien los aprendiste». «Pero», dijo el cazador a la calandria, «dime en qué fui engañado de ti». «Yo te lo diré», dijo la calandria. «Si tú supieras la piedra preciosa que tengo en el vientre, que es tan grande como un huevo de ostrús, cierta soy no me dieras de mano, ca fueras rico para siempre jamás si me la tomaras, y yo perdiera la fuerza para acabar lo que quisieres». El cazador cuando lo oyó fincó muy triste y muy cuitado, cuidando que era así como la calandria decía, y andaba en pos ella por engañarla otra vegada con sus dulces cantos. Y la calandria como era escarmentada guardábase de él y no quería descender del aire, y díjole: «¡Oh loco, qué mal aprendiste los consejos que te di!» «Ciertas», dijo el cazador, «bien me acuerdo de ellos». «Puede ser», dijo la calandria, «mas no los aprendiste bien, y si los aprendiste no sabes obrar de ellos». «¿Y cómo no?», dijo el cazador. «¿Tú sabes», dijo la calandria, «que dije al primero consejo que no quisieres creer a ninguno lo que vieses y entendieses que no podría ser?». «Verdad es», dijo el cazador. «¿Pues cómo», dijo la calandria, «has tú a creer que en tan pequeño cuerpo como el mío pudiese caber tan gran piedra como el huevo de ostrús? Bien debías entender que no es cosa de creer. El segundo consejo, te dije que no trabajases en la cosa perdida si entendieses que no la pudieses cobrar». «Verdad es», dijo el cazador. «Pues ¿por qué te trabajas», dijo la calandria, «en cuidar que me podrás prender otra vez en tus lazos con tus dulces cantos? ¿Y no sabes que de los escarmentados se hacen los arteros? Ciertas bien debías entender que, pues una vegada escapé de tus manos, que me guardaré de meterme en tu poder, y gran derecho sería que me matases como quisiste hacer la otra vegada, si de ti no me guardase. Y en el tercero consejo te dije que no acometieses cosa que entendieses que no pudieses acabar». «Verdad es» dijo el cazador. «Y pues tú ves», dijo la calandria, «que yo ando volando por donde quiero en el aire, y que tú no puedes subir a mí, ni has poder de hacerlo, ca no lo has por natura, y no debías acometer de ir en pos de mí, pues no puedes volar así como yo». «Ciertas», dijo el cazador, «yo no holgaré hasta que te tome por arte o por fuerza». «Soberbia dices», dijo la calandria, «y guárdate, ca Dios de alto hace caer los soberbios».

Y el cazador, pensando en cómo podría volar para tomar la calandria, tomó sus redes y fuese para la villa; y halló un trasechador que estaba trasechando antes muy gran gente, y díjole: «Tú, trasechador, que muestras uno por al y haces creer a los hombres lo que no es, ¿me podrías hacer que semejase ave y pudiese volar?» «Sí podría», dijo el trasechador. «Toma las péñolas de las aves y pégalas a ti con cera, e hinche de péñolas todo el cuerpo y las piernas hasta en las uñas, y sube a una torre alta y salta de la torre y ayúdate de las péñolas cuanto pudieses». Y el cazador hízolo así, y cuando saltó de la torre cuidando volar, no pudo ni supo, ca no era de su natura, y cayó en tierra y quebró y murió. Y gran derecho era, ca no quiso creer el buen consejo que le daban, y creyó el mal consejo que no podía ser por razón de natura.

Y el Rey, cuando oyó esto, tuvo que el físico le daba buen consejo, y tomó su castigo y usó del jarope y de la melecina, maguer le semejaba que era amarga y no la podría sufrir, y partiose de las otras levedades del mundo, y fue muy buen rey y bien acostumbrado, y amado de Dios y de los hombres; en manera que por el amargor de esta melecina que le dio el físico, usando y obrando de ella, excusó las amarguras de las penas del infierno.

Y vos, míos hijos, dijo el rey de Mentón, siempre parad mientes a los consejos que os dieren los que viereis que son en razón y pueden ser a vuestra pro y a vuestra honra. Recibidlos de grado y usad de ellos y no de los que fueren sin razón, y que no pueden ser a vuestra pro y a vuestra honra, y que no pueden ser amados y honrados y apreciados de Dios y de los hombres: la primera es aprender buenas costumbres; la segunda es usar de ellas onde la una sin la otra poco valen al hombre que a gran estado y a gran honra quisiese llegar.

Amigos hijos, habéis a saber que en las buenas costumbres hay siete virtudes, y son estas: humildad, castidad, paciencia, abstinencia, franqueza, piedad, caridad, es decir, amor verdadero. De ellos oiréis decir adelante, y aprenderéis sus propiedades de cada una en su lugar. Y creed que con las buenas costumbres en que yacen estas virtudes, puede ser dicho noble aquel que de ellas fuere señor; ca dice un sabio: «Ni por el padre ni por la madre no es dicho noble el hombre, mas por buena vida y buenas costumbres que haya». Y otro sabio dice a su hijo: «Creas que puede ser noble por la alta sangre, ca del linaje ni por las buenas costumbres de ellos, mas por las costumbres, si en sí ellas hubiere». Y por ende dicen que la mujer apuesta no es de lo ajeno compuesta; ca si de suyo no hubiera la apostura, poco mejoraría por colores postizos, onde ninguno se puede bien loar de bondad ajena, mas de la suya propia.

Y así, míos hijos, aprendiendo buenas costumbres y usando bien de ellas, seréis nobles y amados y preciados de Dios y de los hombres. Pero debéis saber que el noble debe haber en sí estas siete virtudes que de suso dijimos; y demás que sea amador de la justicia y de la verdad.

El noble, cuanto es más alto, tanto debe ser más humildoso, y cuanto es más noble y más poderoso, tanto debe ser más humildoso, y cuanto más noble y más poderoso, tanto debe ser mesurado. Ciertas, muchos embargos ha de sufrir el que quiere ganar nobleza, ca ha de ser franco a los que pudieren y paciente a los que erraren y honrador a los que vieren. Onde el que quiere ser noble y use bien de ellas, conviene que sea de buenas costumbres y que use bien de ellas, y debe perdonar a cuantos le erraren y debe hacer algo a los que se lo demandaren, y no debe parar mientes a la torpedad de los torpes. Ca dice un sabio: «Si quieres ser de buenas costumbres de algo que pediste y no te lo dio, y perdona al que te hizo mal y hazle bien, ca tú haciéndole bien pensará y entenderá que hizo mal y arrepentirse ha; y así harás de malo bueno». Y sabed que todas estas cosas son mester a los que quieren ser de buenas costumbres: la una es que sea mesurado en sus dichos y en sus hechos; la otra es que sea franco a los que hubieren mester. Y míos hijos, cuando os hiciere gran

merced, si usarais de ella bien, duraros ha, y si no, sabed que la perderéis, ca Dios no deja sus dones en el que no lo merece ni usa bien de ellos. Ca derecho escrito es que merece perder la franqueza del privilegio que le dieron el que mal usa de él; y no queráis departir ante aquel que tenéis que os desmentirá, y no pidáis aquel que cuidáis que no os dará, y no prometáis lo que no podéis cumplir ni tuviereis en corazón de dar; y pugnad en ser con hombres de buena fe, ca ellos raen de los corazones la orín de los pecados. El que ama ser de los buenos es alto de corazón, y el que hace buenas obras gana prez. Y si quisieres cumplir los mandamientos de la ley, no haréis a otro lo que no querríais hiciesen a vos. Sabed que en amor de Dios se ayuntan todas las buenas costumbres.

Onde, míos hijos, debéis saber que la primera y la preciada de buenas costumbres es castidad, que quiere decir temperanza, por que hombre gana a Dios y buena fama. Y sabed que castidad es amansar y atemperar hombre su talante en los vicios y en los deleites de la carne y en las otras cosas que son contrarias de la castidad y mantener su cuerpo y su alma, ca ninguna alma no puede entrar en paraíso sino después de que fuere purgada y limpia de sus pecados, así como cuando fue enviada al cuerpo. Y ciertas, de ligero podrá hombre refrenar su talante en estos vicios si quisiere, salvo en aquello que es ordenado de Dios, así como en los casamientos. Mas los hombres torpes dicen que, pues Dios hizo másculo y hembra, que no es pecado; ca su pecado es que Dios no se lo debía consentir, pues poder ha de vedárselo, y yerran malamente en ello, ca Dios no hizo al hombre como las otras animalias mudas a quien no dio razón ni entendimiento y no saben ni entienden qué hacen pero en sus tiempos para engendrar, y en el otro tiempo guárdanse. Y por eso dio Dios al hombre entendimiento y razón, porque se pudiese guardar del mal y hacer bien, y dióle Dios su albedrío para escoger lo que quisiese, así que si mal hiciese que no recibiese galardón. Y ciertamente, si el entendimiento del hombre quisiese vencer a la natura, sería siempre bien. Y en esta razón dicen algunos de mala creencia que cada uno es juzgado según su nacencia.

Dice el cuento que hay un ejemplo que dice así: que afirmó un filósofo y llegó a una ciudad y tomó escuela de filosofía que es para juzgar a los hombres por sus facciones de cuántas maneras deben ser. Y un hombre de la ciudad que desamaba ayuntó algunos de esos escolares y demandoles así y dijo: «¿Quién tal frente tiene, según lo que aprendistes, qué muestra?» Dijeron ellos que debía ser lujurioso. «¿Y quién hubiese tales cellas qué muestra?» Dijeron ellos que debía ser mentiroso. Y ellos dijeron: «Pues tales son las señales de vuestro maestro, y según él os enseña, de tales malas maneras había ser». Y ellos fuéronse luego para su maestro y dijéronle: «Maestro, nos vemos que vos sois tan guardado en todas cosas y tan cumplido de todo bien que se da a entender que este saber no es verdadero, ca más por aguisado tenemos de dudar de esta ciencia que de dudar de vos a firme». Su maestro respondió como sabio y dijo: «Hijos, sabed que todas cosas codicio yo todavía y aquellas me vienen al corazón, y yo forcelo de guisa que no paso poco ni mucho a nada de cuanto

la natura del cuerpo codicia, y pugno todavía en esforzar el alma y en ayudarla porque cumpla cuantos bienes debe cumplir, y por esto soy yo tal que veis, maguer muestra mi bulto las maneras que dijistes. Y sabed que dijo un sabio allá donde demandó que halló de las de los signos en astrología y del que sube en ellos, y dijo que en toda una faz suben muchas figuras de muchas maneras, y lo que sube en la faz primera, que es grado de accidente, siempre lo ama hombre que quiere todavía haber solaz con él, más que en ninguna otra cosa. Ca sabed que en la faz del mi accidente suben dos negros paños y no sé en este mundo que más codicie en mi voluntad y mande que nunca entrase hombre negro ante mí».

Y otrosí, sabéis que un hombre demandó a un sabio que, si la nacencia del hombre mostraba que había a matar y a hacer mal, pues naciera en tal punto que lo había de hacer, ca no le semejava que había culpa. Respondió el sabio y dijo: «Porque ha el hombre el albedrío libre, por eso ha de lazar por el mal que hiciere». «¿Y que buen albedrío», dijo el otro, «podría haber el que nació en punto de ser malo?» El sabio no le quiso responder, ca tantas preguntas podría hacer un loco a que no podrían dar consejo todos los sabios del mundo; pero que él pudiera responder muy bien a questo, si quisiera: ca las cosas celestiales obran en las cosas elementales, y manifiesta cosa es que los cuerpos de los hombres son elementales y no valen cuando son sin almas que si fuesen lodo. Y el alma es espiritual, de vida que envía Dios en aquellos que Él quiere que vivan, y cuando se ayunta el alma al cuerpo, viene ende hombre vivo y razonable y mortal; y el alma sin cuerpo y el cuerpo sin alma no son para ningún hecho del mundo, ca por su ayuntamiento es la vida del cuerpo; y el departimiento es la muerte. Y porque es el alma espiritual y el cuerpo elemental, por eso ha el alma virtud de guiar el cuerpo. Y maguer que los aparejamientos de las estrellas muestran algunas cosas sobre la nacencia de algún hombre, la su alma ha poder de defenderlo de ellos si Él quisiere, por ella es espiritual y es más alta que las estrellas y más digna que ellas, ca están so el cielo nueve, y el alma viene de sobre el cielo deceno, y así lo dicen los astrólogos. Y por aquí se prueba que en el poder del hombre es defender bien y mal. Y este conviene que haya galardón o pena por lo que hiciere. Onde por esto, míos hijos, debéis saber que en poder del hombre es que pueda esforzar las vanidades del alma, ca este albedrío es dado al hombre bien y mal porque haya galardón o pena.

«Y por ende, míos hijos», dijo el rey de Mentón, «debéis creer y ser ciertos que no place a Dios ningún mal, porque Él es bueno y cumplido, y no conviene que ninguna mengua haya por Él. Y los que a Él dicen o creen bien, ni son obedientes a Dios, ni temen la pena que podrían recibir en este mundo de los reyes que mantienen la ley. Onde todo hombre que quiere ganar honra y subir a alto lugar, debe ser obediente a los mandamientos de Dios primeramente, y desí al señor terrenal. Ca la obediencia es virtud que debe ser hecha a los grandes señores, y señaladamente a los que han el señorío, de serles obedientes y hacerles reverencia; ca no vive hombre en este mundo sin mayor de todos en lo espiritual, pero que Dios es sobre él, a quien es

tenido de dar razón del oficio que tomó encomendado.

Y sabed que obediencia es amar hombre verdaderamente a su señor y que le sea leal y verdadero en todas cosas, y que le aconseje sin engaño, y que pugne en hacerle servicio bueno y leal, que diga bien de él cada que le acaeciére, y que le agradezca su bien hacer consejeramente, y que amen su voluntad a ser pagado de él por quequier que le haga, si por castigo se lo hiciere. Ca sobre esto dijeron los sabios ca así debe ser hombre obediente a su rey. Y por ende dijeron: «Temed a Dios, porque le debéis obedecer». Y sabed que con la obediencia estuerce hombre toda mala estanza y sálvase de toda mala sospecha, ca la obediencia es guarda de quien la quiere, y castillo de quien anduviere; ca quien ama a Dios ama a sus cosas, y quien ama a sus cosas ama a la ley, y quien ama a la ley debe amar al rey que la mantiene. Y los que son obedientes a su rey son seguros de no ver bullicio en el reino y de no crecer codicia entre ellos porque hayáis a hacer su comunidad; ca serán seguros de no salir de regla y de derecho. Y no debe ninguno de los del reino reprehender al Rey sobre las cosas que hiciere para endrezamiento del reino, y todos los del reino se deben guiar por el Rey. Y sabed que con la obediencia se enmiendan las peleas y se guardan los caminos y aprovechen los buenos. Y nunca fue hombre que pugnase en desobedecer al Rey y buscarle mal a tuerto, que no le diese Dios mal andanza antes que muriese; así como aconteció a Rages, sobrino de Fares, rey de Siria, según ahora oiréis.

Dice el cuento que Dios es guiador de los que mal no merecen, y puso en corazón del rey Tabor, maguer mozo, ca no había más de quince años, que parase mientes y viese y entendiese el mal y la traición en que le andaban aquellos que le debían guardar y defender; ca ya cerca eran de cumplir de todo en todo y su mal propósito, y desheredar al Rey y fincar Rages señor del reino. Y porque algunos amigos del Rey que le amaban servir, y se sentían muchas de estas cosas que veían y entendían para desheredarlo, decíanle al Rey en su puridad que parase mientes en ello y se sintiese y no quisiese andar dormido y descuidado de la su hacienda, y aviváronle y despertáronle para pensar en ello.

Y el Rey estando una noche en su cama parando mientes en estas cosas que le decían y que veía él por señales ciertas, pensó en su corazón que para fincar él rey y señor, que él con Dios y con el su poder, que había a poner las manos contra aquellos que le querían desheredar. Y semejole que para librarse de ellos que no había otra carrera sino esta, y adurmiose. Y en durmiéndose vio como en sueños un mozo pequeño que se le puso delante y le decía: «Levántate y cumple el pensamiento que pensaste para ser rey y señor, ca yo seré contigo con la mi gente». Y en la gran mañana levantose, y cuidando que fuera de los suyos mozos que le aguardaban todavía, llámalos y preguntoles si fuera alguno de ellos a él esta noche a decirle algo, y ellos le dijeron que no. «Pues así es», dijo el Rey, «prometedme que me tengáis puridad de lo que os dijere». Y ellos prometiéronselo, y el Rey contoles el mal en que le andaba Rages y de lo que cuidaba hacer con Joel su amigo y con los otros del

reino. Y esto que él quería cometer que no lo podría hacer sin ayuda y consejo de ellos. Y comoquiera que ellos sabían que todas estas cosas que el Rey decía que eran así y lo vieran y entendieran, y dijo el uno: «Señor, gran hecho y muy grave quieres comenzar para el hombre de la edad que vos sois y para cuales ellos son, y de tan gran poder». El otro dijo: «Señor, parad y mientes y guardaos lo entiendan, si no, muertos y estragados somos vos y nos; ca un día nos ahogarán aquí en esta cámara como a sendos conejos». Y el otro dijo: «Señor, en las cosas dudosas gran consejo y ha mester, así como en este hecho, que es muy dañoso si se puede acabar o no». Y el otro dijo: «Señor, quien cata la fin de la cosa que quiere hacer, a quien pueda recurrir, no yerra». Y el otro dijo: «Señor, mejor es tardar y recaudar que no haberse hombre a arrepentir por arrebatarse; onde señor, comoquiera que seamos aparejados de serviros y de nos parar a todo lo que nos acaeciére en defendimiento de la vuestra persona y del vuestro señorío, como aquellos que nos tenemos por vuestra hechura y no tenemos otro señor por quien catar si por Dios y por vos solo, y pedímoos por merced que sobre este hecho queráis más pensar; que nunca tan aína lo comencéis que todos los más del reino no sean con ellos, y convusco, mal pecado, ninguno; ca os han mezclado con la gente del vuestro señorío».

Y el Rey sobre esto respondiolo así: «Amigos, quiero responder a cada uno de vos a lo que me dijistes. A lo que dijo el primero que este hecho era muy grande y muy grave de cometer para cuanto de pequeña edad yo era y para cuando poderosos ellos eran, digo que es verdad; mas si la cosa no se comienza nunca se puede acabar. Y por ende nos conviene que comencemos con el ayuda de Dios, que sabe la verdad del hecho, y soy cierto que nos ayuda. Y a lo que dijo el otro que parase mientes en ello que no se lo entendiesen, que si no en un día seríamos ahogados en esta cámara, digo que aquel Dios verdadero y sabedor de las cosas que me lo puso en corazón, pensé en ello y paré y bien mientes; ca bien debéis entender que tan gran hecho como este no vendría de mío entendimiento ni de mío esfuerzo, sino de Dios que me movió a ello y me lo puso en corazón. Y a lo que dijo el otro que quien gran hecho ha de comenzar mucho debe cuidar para acabar su hecho sin daño de sí, digo que es verdad, mas ¿cuál pensamiento puede cuidar sobre el cuidar de Dios y lo que Él hace para hacerlo mejor? Ciertas, no ninguno; ca lo que Él da o hace cierto es y sin duda, y por ende no tenemos que cuidar sobre ello. Y a lo que dijo el otro, que en las cosas dudosas gran consejo era mester, así como en este hecho, si se puede acabar, pues es dudoso o no, digo que es verdad, mas en lo que Dios ordena no hay duda ninguna ni debe haber otro consejo sobre su ordenamiento; ca Él fue y es guía y ordenador de este hecho. Y a lo que dijo el otro, que quien cata la fin de la cosa que quiere hacer y a lo que puede recudir no yerra, puede ir más cierto a ello, digo que Dios es comienzo de todas las cosas y medio y acabamiento de todas las cosas. Y por ende Él, que fue comienzo de este hecho, cierto soy que Él cató el comienzo y la fin de él. Y a lo que dijo el otro, que mejor era tardar y recaudar que no arrepentirse por arrebatarse, digo que en las cosas ciertas no ha por qué ser el hombre perezoso, mas que débelas

acuciar y llevar adelante; ca si lo tardare, ¿por ventura no se habrá otro tal tiempo por acabarlo? Y a lo que decís todos, que nunca tan aína comencéis este hecho que todos los de la tierra no sean por los otros y por mí ninguno, digo que no es así, ca la verdad siempre anduvo en plaza paladinamente y la mentira por los rincones escondidamente; y por ende la voz de la verdad más acompañada fue siempre que la voz de la mentira; así como lo podéis ver visiblemente con la virtud de Dios en este hecho. Ca a la hora que fuesen muertos estos falsos, todos los más de los suyos y de su consejo derramarán por los rincones con muy gran miedo por la su falsedad que pensaron, así como los ladrones nocherniegos que son ciento, a la voz de uno que sea dado contra ellos, huyen y escóndense; y todos los otros que no fueron de su consejo recudirán a la voz del Rey, así como aquel que tiene verdad. Y debéis saber que mayor fuerza y mayor poder trae la voz del rey que verdadero es, que todas las otras voces mentirosas y falsas de los de su señorío. Y amigos», dijo el Rey, «no os espantéis, ca sed ciertos que Dios sera y conusco y nos dará buena cima a este hecho». «Señor», dijeron los otros, «pues así es y tan a corazón lo habéis, comenzad en buen hora, ca convusco seremos a vida o a muerte». «Comencemos cras en la mañana», dijo el Rey, «de esta guisa; no dejando entrar a ninguno a la cámara, y diciendo que yo esta noche hube calentura y que estoy durmiendo. Y aquellos falsos Rages y Joel, con atrevimiento y del su poder y de la privanza, placiéndoles de la mi dolencia, entrarán solos a saber si es así; y cuando ellos entraren, cerrad la puerta y yo haré que me levanto a ellos por honrarlos, y luego metamos mano al hecho y matémoslos como a traidores y falsos contra su señor natural, y tajémosles las cabezas. Y subiréis dos de vosotros al tejado de la cámara con las cabezas, mostrándolas a todos, y decid así a grandes voces: “¡Muertos son los traidores Rages y Joel, que querían desheredar a su señor natural!”, y echad las cabezas delante y decid a altas voces, “¡Sería por el rey Tabor!” Y ciertos sed que de los de su parte no fincará ninguno que no huyan, y no tendrán uno con otro. Ca los malos nunca catan por su señor de que muerto es, y los buenos sí; ca reconocen bien hecho en vida y en muerte de aquel que se lo hace. Y todos los otros del reino recudirán a la voz del Rey así como las abejas a la miel, ca aquella es la cabeza a que deben recudir; ca el Rey es el que puede hacer bien y merced acabadamente en su señorío y no otro ninguno».

Y los donceles acordaron de seguir la voluntad de su señor, en manera que bien así como el Rey les dijera, bien así se cumplió todo el hecho. Y cuando los hombres buenos del reino recudieron a la voz del Rey, así como era derecho y razón, y supieron en cómo pasó el hecho, maravilláronse mucho de tan pequeños mozos como el Rey y los donceles acometer tan gran hecho; ca ninguno de los donceles no había de dieciocho años arriba, y aun de ellos eran menores que el Rey. Y por ende los del reino entendieron que este hecho no fuera sino de Dios ciertamente; ca cuando demandaban al Rey y a cada uno de los donceles el hecho en cómo pasara, decían que no sabían, mas que vieran la cámara llena de hombres vestidos de blancas vestiduras, sus espadas en la mano y un niño entre ellos vestido así como ellos ayudándolos y

esforzándolos que cumpliesen su hecho. Onde todo hombre se debe guardar de no decir mal ni hacer mal ni buscar mal sin razón a su señor natural; ca cualquiera que lo haga, cierto sea de ser mal andante antes que muera. Y eso mismo, debe el señor a los vasallos que lealmente lo sirven, haciéndoles mucho bien y mucha merced, ca tenido es de hacerlo. Y haciéndolo así, cierto sea que Dios lidiará por él contra los que falsamente le sirvieren, así como lidió por este rey de Siria.

Otrosí, míos hijos, guardaos de hacer enojo a vuestro rey; ca aquel que enoja al Rey, empécele, y quien se alongare, no se acordará de él. Y guardaos de caer al Rey en yerro, ca ellos han por costumbre de contar el muy pequeño yerro por grande, pero que lo hombre haya hecho tan gran servicio luengo tiempo, todo lo olvida a la hora de la saña. Y quien se hace muy privado al Rey, enójase de él, y quien se le tiene en caro, aluéngalo de sí, si no lo ha mucho mester. Y ellos han por manera de enojarse de los que se les hacen muy privados y de querer mal al que se le tiene en caro. Y por ende cuanto más os alongare el Rey a su servicio, tanto más le habéis haber reverencia; ca sabed que no ha mayor saña ni más peligrosa que la del Rey; ca el Rey riendo manda matar, y juzgando manda destruir, y a las vegadas deja muchas culpas sin ningún escarmiento. Y por ende no se debe hombre ensañar contra el Rey maguer le maltraiga, y no se debe atrever a él maguer sea su privado; ca el Rey ha braveza en sí y ensaña como león, y el amor del Rey es penador, ca mata horas ya con la primera lanza que le acaece cuando le viene la saña, y después pone al vil en lugar del noble, y al flaco en lugar del esforzado y págase de lo que hace, sol que sea a su voluntad. Y sabed que la gracia del Rey es el mejor bien terrenal que hombre puede haber, pero no debe mal hacer ni soberbia ni atrevimiento del amor del Rey, ca amor de rey no es heredero ni dura todavía. A la semejanza del Rey es como la vid, que se traba a los árboles que halla más cerca de sí, cualesquiera que sean, y sobre ellos se tiende y no busca mayores, pues que están lueñe de él.

Y míos hijos, después de esto amaréis a Dios primeramente, y el amor verdadero en sí mismo comienza, y desí os entenderéis a los otros, haciéndoles bien de lo vuestro y buscándoles pro con vuestro señor en lo que pudiereis. Pero maguer que muy privados seáis, guardaos de enojarlo, ca el que está más cerca de él más se debe guardar que no tome saña contra él ni le empezca; ca el fuego más aína quema lo que halla cerca de sí que lo que está lejos de él. Y si no hubiereis tiempo, no lo enojéis.

Ca todos los tiempos del mundo, buenos y malos, han plazo y días contados cuánto han de durar. Pues si viniere tiempo malo, sufridle hasta que se acaben sus días en que viven los hombres a sombra del señor que ama verdad y justicia y mesura. Ca la mejor partida de la mejoría del tiempo es en el Rey. Y sabed que el mundo es como letras, y las planas escritas como los tiempos; que cuando se acaba la una, comienza la otra. Y ciertos sed que según la ventura del Rey tal es la ventura de los que son a su merced. Y cuando se acaba el tiempo de los que hubieron vez, no les tiene pro la gran compañía ni las muchas armas ni sus asonadas. Y los que comienzan en la vez de la ventura, maguer sean pocos, flacos, siempre vencen y hacen a su

guisa. Y esta ventura es cuando Dios los quiere ayudar por sus merecimientos. Y el mejor tiempo que los del reino pueden haber es que sea el Rey bueno y merezca ser amado de Dios, ca aquellos son siempre bien andantes a los que Dios quiere ayudar.

Y por ende, míos hijos, no os debéis atrever al Rey en ninguna cosa, sino cuando viereis que podéis haber tiempo para demandar lo que quisieréis; ca de otra guisa os podría empecer.

Pero, míos hijos, después que vos entendiéreis a haber los otros, recibéndolos y honrándolos de palabra y de hecho, no estorbándolos a ninguno en lo que le fuere mester de procurar ni diciendo mal de ninguno, primeramente amaréis los vuestros y después los extraños con caridad, que quiere decir amor verdadero; ca la caridad es amar hombre su prójimo verdaderamente, y dolerse de él y hacerle bien en lo que pudiere, pero primeramente a los suyos; ca palabra es de la Santa Escritura, que la caridad en sí misma comienza.

Ca todo hombre debe honrar y hacer bien a sus parientes, esfuérase la raíz y crece el linaje; pero no se lo debe hacer con daño de otros, ca pecado sería de cubrir un altar y descubrir otro. Y bien hacer es temer hombre a Dios y hacer bien a los suyos parientes pobres; ca dicen que tres voces suben al cielo: la primera es la voz de la merced; la otra es del condesijo celado; la otra es de los parientes; ca la voz de la merced dice así: «Señor, hiciéronme, y no me agradecieron lo que recibieron». Y la voz del condesijo dice así: «Señor, no me hicieron lealtad en mí, ca me despendieron como deben». La voz de los parientes dice así: «Señor, desdénanos y no sabemos por qué». Y sabed que mal estanza es hacer hombre limosna a los extraños y no a los suyos, y quien desama a sus parientes sin razón, hace muy gran yerro salvo si lo merecen. Y por ende dicen que todo desamor que sea por Dios no es desamor, y otrosí, todo amor que sea contra Dios no es amor. Y sabed que no debe hombre desamar a los suyos, quier sean pobres quier ricos, no dándose a maldad porque los parientes reciban deshonra.

Ca de derecho el malo no debe recibir ningún pro de la su maldad, pero a las vegadas debe hombre encubrir los yerros de los suyos, cuando caen en ellos por ocasión y no con maldad ni a sabiendas, y no les debe descubrir ni meter en vergüenza; ca pesa a Dios cuando algunos descubren a los suyos del yerro en que cayeron por ocasión, así como mostró que le pesó cuando Cam, hijo de Noé, descubrió a su padre cuando salió del arca y se embeodó con el vino de la viña que plantó, y lo halló descubierto de aquellos lugares que son de vergüenza, y díjolo a sus hijos en manera de escarnio. Y el padre cuando lo supo, maldíjolo, y Dios confirmolo lo que dijo Noé. Y por ende, míos hijos, siempre amad y guardad a todos comunalmente, pero más a los vuestros, y no hagáis mal a ninguno aunque lo merezca, salvo si fuere tal hombre a quien debéis castigar y lo hubiereis a juzgar; ca pecado mortal es de los malos y no castigarlos quien castigarlos puede y debe. Ciertas, antes debe hombre castigar los suyos que los extraños, y señaladamente los hijos que hubiereis, debeislos castigar sin piedad; ca el padre muy piadoso, ¿bien

criados hará sus hijos? Antes saldrán locos y atrevidos. Y a las vegadas lazran los padres por el mal que hacen los hijos mal criados, y es derecho que, pues por su culpa de ellos, no los queriendo castigar, erraron, que los padres reciben la pena por los yerros de los hijos; así como aconteció a una dueña de Grecia de esta guisa:

Y dice el cuento que esta dueña fue muy bien casada con un caballero muy bueno y muy rico, y finose el caballero y dejó un hijo pequeño que hubo en esta dueña y no más. Y la dueña tan gran bien quería este hijo, que porque no había otro, que todo cuanto hacía de bien y de mal, todo se lo loaba y dábalo a entender que le placía. Y desde que creció el mozo, no dejaba al diablo obras que hiciese, ca él se las quería todas hacer, robando los caminos y matando muchos hombres sin razón, y forzando las mujeres dondequiera que las hallaba y de ellas se pagaba. Y si los que habían de mantener la justicia lo prendía por alguna razón de estas, luego la dueña su madre lo sacaba de prisión, pechando algo a aquellos que lo mandaban prender, y traíalo a su casa, no diciéndole ninguna palabra de castigo ni que mal hiciera; antes hacía las mayores alegrías del mundo con él, y convidaba caballeros y escuderos que comiesen con él, así como si él hubiese todos los bienes y todas las provezas que todo hombre podría hacer.

Así que después de todas estos enemigos que hizo, vino el Emperador a la ciudad onde aquella dueña era, y luego vinieron al Emperador aquellos que las deshonras y los males recibieron del hijo de aquella dueña, y querelláronsele. Y el Emperador fue muy maravillado de estas cosas tan feas y tan malas que aquel escudero había hecho, ca él conociera a su padre, y fuera su vasallo gran tiempo, y decía de él mucho bien. Y sobre estas querellas envió por el escudero, y preguntole si había hecho todos aquellos males que aquellos querellosos decían de él, y contáronselos, y él conoció todo, pero todavía excusándose que lo hiciera con mocedad y poco entendimiento que en él había. «Ciertas, amigo», dijo el Emperador, «por la menor de estas cosas debían morir mil hombres que lo hubiesen hecho, si manifiesto fuese y cayese en estos yerros, pues justicia debo mantener y dar a cada uno lo que merece, yo lo mandaría matar por ello. Y pues tan conocido vienes que lo hiciste, no hay mester a que otra pesquisa ninguna y hagamos, ca lo que manifiesto es no hay prueba ninguna mester». Y mandó a su alguacil que lo llevase a matar. Y en llevándolo a matar, iba la dueña su madre en pos él, dando voces y rascándose y haciendo el mayor duelo del mundo, de guisa que no había hombre en la ciudad que no hubiese gran piedad de ella. E iban los hombres buenos pedir merced al Emperador que le perdonase, y algunos querellosos doliéndose de la dueña; mas el Emperador, como aquel a quien siempre él plugo de hacer justicia, no lo quería perdonar, antes lo mandaba matar de todo en todo. Y en llegando a aquel lugar donde lo habían a matar, pidió la madre por merced al alguacil que se lo dejase saludar y besar en la boca antes que lo matasen, y el alguacil mandó a los monteros que le detuviesen y que no lo matasen hasta que su madre llegase a él y lo saludase. Los monteros lo detuvieron y le dijeron que su madre lo quería saludar y besar en la boca antes que muriese, y al hijo plugo mucho:

«Bien venga la mi madre, ca ayudarme quiere a que la justicia se cumpla según debe, y bien creo que Dios no querrá al sino que sufriese la pena quien la merece». Todos fueron maravillados de aquellas palabras que aquel escudero decía, y atendieron por ver a lo que podría recudir. Y desde que llegó la dueña a su hijo, abrió los brazos como mujer muy cuitada y fuese para él. «Amigos», dijo el escudero, «no creáis que yo me vaya, antes quiero y me place que se cumpla la justicia, y me tengo por muy pecador en hacer tanto mal como hice, y yo lo quiero comenzar en aquel que lo merece». Y llegó a su madre como que la quería besar y abrazar, y tomola con amas a dos las manos por las orejas a vuelta de los cabellos, y fue poner la su boca con la suya, y comenzola a roer y la comer todos los labros, de guisa que no le dejó ninguna cosa hasta en las narices, ni del labro de yuso hasta en la barbilla, y fincaron todos los dientes descubiertos, y ella fincó muy fea y muy desfazada.

Todos cuantos y estaban fueron muy espantados de esta gran crueldad que aquel escudero hiciera, y comenzáronlo a denostar y maltraer. Y él dijo: «Señores, no me denostéis ni me embarguéis, ca justicia fue de Dios, y Él me mandó que lo hiciese». «¿Y por qué en tu madre?», dijeron los otros. «¿Por el mal que tú hiciste ha de lazar ella? Dinos qué razón te movió a hacerlo». «Ciertas», dijo el escudero, «no lo diré sino al Emperador». Muchos fueron al Emperador a contar esta crueldad que aquel escudero hiciera, y dijéronle de cómo no quería decir a ninguno por qué lo hiciera sino a él. Y el Emperador mandó que se lo trajesen luego ante él, y no se quiso asentar a comer hasta que supiese de esta maravilla y de esta crueldad por que fuera hecho. Y cuando el escudero llegó ante él, y la dueña su madre muy fea y muy defaciada, dijo el Emperador al escudero: «Di, falso traidor, ¿no te cumplieron cuantas maldades hiciste en este mundo, y a la tu madre, que te parió y te crió muy vicioso y perdió por ti cuanto había, pechando por los males y las enemigas que tú hiciste, que tal fuiste parar en manera que no es para parecer ante los hombres, y no hubiste piedad de la tu sangre en derramarla así tan aviltadamente, ni hubiste miedo de Dios ni vergüenza de los hombres, que te lo tienen a gran mal y a gran crueldad?».

«Señor», dijo el escudero, «lo que Dios tiene por bien que se cumpla, ninguno no lo puede destorbar que no se haga. Y Dios, que es justiciero sobre todos los justicieros del mundo, quiso que la justicia pareciese en aquel que fue ocasión de los males que yo hice». «¿Y cómo puede ser esto?», dijo el Emperador. «Ciertas, señor, yo os lo diré. Esta dueña mi madre que vos veis, comoquiera que sea de muy buena vida, hacedora de bien a los que han mester, dando las sus limosnas muy de grado y oyendo sus horas muy devotamente, tuvo por aguisado de no castigarme de palabra ni de hecho cuando era pequeño ni después que fue criado, y mal pecado, más despendía en las malas obras que en buenas. Y ahora cuando me dijeron que me quería saludar y besar en la boca, semejome que del cielo descendió quien me puso en corazón que le comiese los labros con que ella me pudiera castigar y no quiso. Y yo hícelo, teniendo que era justicia de Dios. Y Él sabe bien que la cosa de este mundo que más amo ella es; mas pues Dios lo quiso que así fuese, no pudo al ser. Y señor, si

mayor justicia se ha y de cumplir, mandadla hacer en mí; ca mucho la merezco por la mi desventura». Y los querellosos, estando delante, hubieron gran piedad del escudero y de la dueña su madre, que estaba muy cuitada porque le mandaba el Emperador matar, y viendo que el escudero conocía los yerros en que cayera, pidieron por merced al Emperador que le perdonase, ca ellos le perdonaban. «Ciertas», dijo el Emperador, «mucho merced me ha hecho Dios en esta razón, en querer él hacer la justicia en aquel que él sabía por cierto que fuera ocasión de todos los males que este escudero hiciera, y pues Dios así lo quiso, yo lo doy por quitto y perdónole la mía justicia que yo en él mandaba hacer, no sabiendo la verdad del hecho así como aquel que la hizo. ¡Y bendicho el su nombre por ende!». Y luego lo hizo caballero y lo recibió por su vasallo, y fue después muy buen hombre y muy honrado, y fincó la justicia en aquella dueña que lo mereció, por ejemplo por que los que han criados de hacer, que se guarden y no caigan en peligro por no castigar sus criados; así como aconteció a Hely, uno de los mayores sacerdotes de aquel tiempo, según cuenta en la Biblia. Pero que él era en sí bueno de santa vida, porque no castigó sus hijos así como debiera, y fueron mal acostumbrados, quiso Dios Nuestro Señor mostrar su venganza tan bien en el padre, porque no castigara sus hijos, así como en ellos por las malas obras; ca ellos fueron muertos en la batalla, y el padre cuando lo supo cayó de la silla alta en que estaba y quebrantose las cervices y murió. Y comoquiera que el Emperador de derecho debía hacer justicia en aquel escudero por los males que hiciera, dejolo de hacer con piedad de aquellos que conocen sus yerros y se arrepienten del mal que hicieron. Y por ende el Emperador por este escudero conoció sus yerros y se arrepintió ende, porque los querellosos le pidieron por merced que le perdonase con piedad; ca dicen que no es dicha justicia en que piedad no ha en los lugares donde conviene, antes es dicha crueldad. Onde todos los hombres que hijos han, deben ser crudos en castigarlos y no piadosos, y si bien los criasen habrán de ellos placer; y si mal, nunca pueden estar sin pesar; ca siempre habrán recelo que por el mal que hicieron habrán pena, y por ventura que la pena caerá en aquellos que mal los criaron, así como aconteció a esta dueña que ahora dijimos. Y ciertas, de ligero se pueden acostumbrar bien los mozos, ca tales son como cera, y así como la cera es blanda y la puede hombre amasar y tornar en aquella figura que quisiese, así el que ha de criar el mozo, con la pértiga en la mano, no lo queriendo perdonar, puédelo traer a enformar en las costumbres cuales quisiese.

Ca de estos aprenderéis bien y no al, y debéis ser compañeros a todos, grandes y pequeños, y debéis honrar a las dueñas y doncellas sobre todas, y cuando hubiereis a hablar con ellas os debéis guardar de decir palabras torpes ni necias, ca reprehenderían luego; porque ellas son muy apercibidas en parar mientes a lo que dicen y en escatimar las palabras. Y cuando ellas hablan, dicen pocas palabras y muy afeitadas y con gran entendimiento, y a las vegadas con punto de escatima y de reprehensión. Y no es maravilla, ca no estudian en al. Y debéis ser bien acostumbrados en lanzar y en bohordar y en cazar y en jugar tablas y ajedrez, y en

correr y luchar; ca no sabéis donde os será mester de ayudaros de vuestros pies y de vuestras manos. Y debéis aprender esgrima, y debéis ser mesurados en comer y en beber. Y dicen en latín abstinentia por la mesura que es en comer y en beber y en razonar, y es una de las siete virtudes; y por ende seréis mesurados en razonar, ca el mucho hablar no puede ser sin yerro, en que cayó por mucho querer decir, mayormente diciendo mal de otro y no guardando la su lengua.

Y por ende, como hace buen callar al que habla sabiamente, así no hace buen hablar al que habla torpemente. Ca dicen que Dios acecha por oír lo que dice cada lengua, y por ende bienaventurado es el que es más largo de su haber que de su palabra. Ca de todas las cosas del mundo está bien al hombre que haya abundo y aun demás, sacando de palabra, que empece lo que es además. Y por ende, mejor es al hombre que sea mudo, que no que hable mal, ca en el mal hablar hay daño y no pro, tan bien para el alma como para el cuerpo. Onde dice la Escritura: «Quien no guarda su lengua no guarda su alma». Y si habla hombre en lo que no es necesario antes de hora y de sazón, es torpedad. Y por ende debe hombre catar que lo que dijere, que sea verdad, ca la mentira mete a hombre en vergüenza, y no puede hombre haber peor enfermedad que ser mal hablado y mal corado. Y acontece a las vegadas por el corazón grandes yerros y por la lengua grandes empiezos. Ca a las vegadas son peores llagas de lenguas que los golpes de los cuchillos. Y por ende debe hombre usar la lengua a verdad, ca en la lengua quiere seguir lo que ha usado. Y sabed que una de las peores costumbres que hombre puede haber es la lengua presta para recaudar mal.

Mas a quien Dios quiso dar paciencia y sufrenca, es bienandanza. Ca paciencia es virtud para sufrir los méritos que le hicieren, y que no recuda hombre mal por mal ni en dicho ni en hecho, y que no muestre saña ni mala voluntad, ni tenga mal condesado en su corazón por cosa que le hagan ni que le digan. Y la paciencia es de dos maneras: la una es que sufra hombre a los que son mayores que él; la otra que sufra el hombre a los que son menores que él. Y por esto dicen que cuando uno no quiere, dos no pelean. Y sabed que nunca barajan dos buenos en uno, otrosí nunca baraja uno bueno con otro malo, ca no quiere el bueno; mas en dos malos hallaréis baraja, y cuando barajan bueno y malo, alto y bajo, amos son malos y contados por iguales. Y por ende debe hombre dar vagar a las cosas y ser paciente.

Y así, puede hombre llegar a lo que quisiere, si sufre lo que no quisiere. Ca, míos hijos, si deja hombre lo que desea en las cosas que entiende que le aprovecharán, y por eso dicen que sufridores vencen. Y sabed que la sufrenca es en cinco maneras: la primera es que sufra hombre lo que le pesa en las cosas que debe sufrir con razón y con derecho; la segunda, que se sufra de las cosas que le pida su voluntad, siendo dañosas al cuerpo y al alma: la tercera, que sufra pasar por las cosas de que atiende galardón; la cuarta, que sufra lo que le pesa por las cosas de que se teme que podría recibir mayor pesar; la quinta, que sea sufrido haciendo bien y guardándose de hacer mal. Y sabed que una de las mejores ayudas que el seso del hombre así será la su paciencia.

Y siendo hombre sufrido y paciente no puede caer en vergüenza, que es cosa de que el hombre se debe recelar de caer, y débela hombre mucho preciar y tomar ante sí siempre, y así no caerá en yerro por miedo de vergüenza. Y vergüenza es tal como el espejo bueno, ca quien ende se cata, no deja mancilla en su rostro, y quien vergüenza tiene siempre ante los sus ojos, no puede caer en yerro, guardando de caer en vergüenza. Y así el que se quiere guardar de yerro y de vergüenza es dado por sabio y entendido.

Onde, míos hijos, pugnaréis en ser sabios y aprender, y no querer ser torpes, ca si lo hicieréis, os perderéis. Y por ende dice que más vale saber que haber, ca el saber guarda al hombre, y el haber a lo hombre de guardar. Onde dicen que el saber es señor y ayudador. Y sabida cosa es que los reyes juzgan la tierra, y el saber juzga a ellos. Y creed que el saber juzga a ellos, y es mucho, así que lo que no puede ninguno caber todo, pues debéis de cada cosa tomar lo mejor. Ca el precio de cada una es el su saber, y la ciencia hala de buscar el que la ama, así como quien perdió la cosa que más amaba; ca en buscándola en cuantas maneras puede y en cuantos lugares asma que la hallará. Onde dicen en latín: «*Omne rarum preciosum*», que quiere decir: la cosa que es menos hallada, es más preciada»; cuanto más es y más vale, cuanto más ha hombre de él.

Y el saber es como la candela, cuantos quisieren encienden en ella, y no vale menos ni mengua por ende la su lumbre. Ca el mejor saber del mundo es el que tiene pro y que lo sabe. Y sabed, míos hijos, que se estuerce la lumbre de la fe cuando se muestra el sabio por de mala creencia y el torpe por de buena; y tan poco pierde el que de buena parte el saber como la vida; ca con el saber conoce el hombre el bien y la merced que Dios le hace, y conociéndole, agradecerle ha, y agradeciendo, merecerla ha. Y la mejor cosa que el sabio puede haber es que haga lo que el saber manda; por ende poca cosa que hombre haga vale más que mucho que haga con torpedad. Y algunos demandan el saber a su servicio; y el saber es lumbre, y la torpedad oscuridad. Y por ende, míos hijos, aprended el saber, ca en aprendiendo haréis servicio a Dios. Y sabed que dos glotones son que nunca se hartan: el uno es el que ama el saber, y el otro el que ama el haber; ca con el saber gana hombre paraíso, y con el haber gana hombre solaz en su soledad, y con él será puesto entre los iguales. Y el saber le será armas con que se defienda de sus enemigos; ca cuatro cosas puede enseñorear el que no ha derecho de ser señor: la una es en saber; la otra es en ser hombre bien acostumbrado; la otra es en ser leal. Amigos hijos, con el saber alza Dios a los hombres y hácelos señores y guardadores del pueblo. Y el saber y el haber alza a los viles y cumple a los menguados. Y el saber sin el obrar es como el árbol sin fruto, y el saber es don que viene de la silla de Dios.

Y por ende conviene al hombre que obre bien con lo que sabe y no lo deje perder, y así con el saber puede hombre ser cortés en sus dichos y en sus hechos. Ca, míos hijos, cortesía es suma de las bondades, y suma de cortesía es que el hombre haya vergüenza a Dios y a los hombres y a sí mismo; ca él teme a Dios, y el cortés no

quiere hacer en su puridad lo que humildoso a su voluntad. Y sabed que desobedecer el seso y ser humildoso a la voluntad es escalera para subir hombre a todas maldades. Y por ende la más provechosa lid que hombre puede hacer es que no lidie con su voluntad. Pues, míos hijos, vengaos de vuestras voluntades con quien por fuerza debéis lidiar, si buenos queréis ser, y así escaparéis del mal que os viniera. Y creed bien que todo hombre que es obediente a su voluntad es más siervo que el cautivo encerrado, y por ende el que es de buen entendimiento, hace las cosas según seso y no según su voluntad. Ca el que fuere señor de su voluntad pujará y crecerán sus bienes, y el que es siervo de ella bajarán y menguarán sus bienes. Y sabed que el seso es amigo cansado, y la voluntad es enemigo despierto y seguidor más al alma que al bien. Y por ende debe hombre obedecer al seso como a verdadero amigo, y contrastar a su voluntad como a falso enemigo.

Onde bienaventurado es aquel a quien Dios quiere dar buen seso natural, ca más vale que letradura muy grande para saber hombre mantener en este mundo y ganar el otro. Y por ende dicen que más vale una onza de letradura con buen seso natural, que un quintal de letradura sin buen seso; ca la letradura hace al hombre orgulloso y soberbio, y el buen seso hácelo humildoso y paciente. Y todos los hombres de buen seso pueden llegar a gran estado, mayormente siendo letrados y aprendiendo buenas costumbres; ca en la letradura puede hombre saber cuáles son las cosas que debe usar y cuáles son de las que se debe guardar. Y por ende, míos hijos, pugnad en aprender, ca en aprendiendo veréis y entenderéis mejor las cosas para guarda y endrezamiento de las vuestras haciendas y de aquellos que quisiereis. Ca estas dos cosas, seso y letradura, mantienen el mundo en justicia y en verdad y en caridad.

Otrosí, míos hijos, parad mientes en lo que os cae de hacer, si tierras hubiereis a mandar onde seáis reyes o señores. Ca ninguno no debe ser rey sino aquel que es noblecido con los nobles dones de Dios. Y debéis saber que la nobleza de los reyes y de los grandes señores debe ser en tres maneras: la primera, catando lo de Dios; la segunda, que conozca la su voluntad; la tercera, que ame la su voluntad. Y que estas noblezas deben ser en todo rey, pruébese por ley y por natural y por ejemplos. Onde la primera nobleza es temor de Dios; ca, ¿por cuál razón temerán los menores al su mayor, que no quiere temer a aquel onde ha el poder? Ciertas, el que no quiere temer el poder de Dios da razón y ocasión a los que deben temer que no le teman. Y por ende, con razón no puede, no hace, en consejo.

Cortesía es que se trabaje hombre en buscar bien a los hombres cuanto pudiere. Cortesía es tenerse hombre por abundado de lo que tuviere; ca el haber es vida de la cortesía y de la limpieza, usando bien de él, y la castidad es vida del alma, y el vagar es vida de la paciencia. Cortesía es sufrir hombre su despecho y no moverse a hacer yerro por ella; y por eso dicen que no ha bien sin lacerio. Ca ciertamente el mayor quebranto y el mayor lacerio que a los hombres semeja que es de sufrir, sí es cuando al que los hace alguna cosa contra su voluntad, y no se lo caloña.

Pero míos hijos, creed que cortés ni bien acostumbrado ni de buena creencia no

puede hombre ser, si no fuese humilde; ca la voluntad es fruto de la creencia. Y por ende el que es de buena fe es de laxo corazón. Y la humildad es una de las redes en que gana hombre nobleza. Y por ende dice la Santa Escritura: «Quien fuere humilde será ensalzado, y quien se quiere ensalzar será abajado». Y el noble, cuanto mayor poder ha, tanto es más humilde, y no se mueve a saña por todas cosas, maguer le sean graves de sufrir; así como el monte que no se mueve por el gran viento. Y el vil, con poco poder que haya, préciase mucho y crece la soberbia. Y la mayor bondad es que haga hombre bien, no por galardón, y que se trabaje de ganar algo no con mala codicia, y sea humilde no por abajamiento de él. Ca la honra no es en el que la recibe, mas en el que la hace. Onde quien fuere humilde de voluntad, el bien le irá buscar, así como busca el agua el más bajo lugar de la tierra.

Y por ende, míos hijos, quered por humildes y no orgullosos, ca por la humildad seréis amados y preciados de Dios y de los hombres, y por orgullo seréis difamados y huirán los hombres de vos como de aquellos que se quieren poner en más de lo que deben.

Ca no dicen orgulloso sino por el que se pone en más alto lugar que le conviene. Y por esto dicen que nunca se precia sino el vil hombre, ca si se precia el hombre noble, enflaquece en su nobleza, y si se humilla gana alteza; pues la ocasión del seso es que se precie hombre más que no vale. Y el que no se precia es de buen prez de su cuerpo y de su alma, y el que se precia mucho cae en vergüenza, cuando acae entre hombres que le conocen, aunque sea de alto lugar. Ca gran maravilla es en preciarse mucho el que pasó dos veces por donde pasó la orina. Y sabed que menos mal es cuando peca hombre y no se precia, que cuando no peca y se precia.

Onde míos hijos, si queréis ser preciados y amados de Dios y de los hombres, sed humildes a vuestro señor y no a la voluntad. Ca necio es el que no sabe que la voluntad es enemiga del seso; ca el seso y el buen consejo duermen todavía hasta que los despierta el hombre, y la voluntad está despierta todavía. Y por eso vence la voluntad al seso las más veces. Onde la ocasión del seso es ser hombre razón; no puede decir y mandar a los menores que le teman el que no quiere temer al su mayor que ha poder sobre él. Y debéis saber que el su poder es nada al poder de Dios, que es sobre todos y nunca ha de fallecer, y el poder del Rey es so otro y fallece. Y pues el poder de Dios ha el Rey poder juzgar de este mundo, debe entender que Dios ha de juzgar a él onde hubo el poder.

Y cierta cosa es que Dios en el Juicio, que no hace departamento ninguno en el grande ni en el pequeño, ca Él hizo a todos y es señor de todos, y por ende es el Juicio igual. Onde, míos hijos, sea siempre el vuestro temor mayor que no la vuestra codicia para querer que os teman los otros. Y no solamente debéis temer la de Dios, mas debéis temer lo del mundo; ca cuanto es más alto y más honrado estado es el hombre, tanto más se debe guardar de no caer de él, porque cuanto de más alto cae, tanto más grave y peligrosa es la caída. Y por ende el muy alto estado conviene que sea sostenido y mantenido con buen seso y con buenas costumbres, así como la torre

muy alta con buen cimiento, y la bóveda muy alta con firmes columnas; ca el que está bajo y cabo la tierra, no ha onde caiga, y si cae no se hiere tan mal como el que cae de alto.

Otrosí, la senda y nobleza de los reyes en conocer la divinal virtud, la cual verdad es de Dios, ca mucho es escondida a los entendimientos de los hombres, ca las obras de Dios siempre fueron y serán. Onde, míos hijos, confirmaos bien en la verdad de Dios, y lo que hiciereis y dijereis sea verdad, y estad firmes en ella y guardadla bien, que no se mude ni se cambie. Ca dice el filósofo que aquella es dicha verdad en que no cae mudamiento ninguno ni variedad. Y la cosa que se cambia de lo que comenzó en verdad no está en verdad; mas debéis saber que la verdad loada es de Dios verdadero. Y los reyes que la verdad de Dios conocen y la siguen y fincan firmes en ella, diciendo verdad a su gente y no mintiéndoles ni pasándolos contra lo que les prometen, estos reyes que conocen la verdad de Dios, ca amen la verdad y aborrezcan la mentira. Y el rey o señor sin verdad no es rey sino en el nombre solo. Y por ende, el rey mentiroso no hubo ni habrá ni puede haber vasallos ni amigos fieles, ca pierde el amor de Dios y de su gente y cae en grandes peligros, así como se halla por los ejemplos de las historias antiguas de aquellos que fallecieron en la verdad y usaron de mentiras, no temiendo a Dios ni queriendo conocer la su verdad, por que fueron muertos y estragados, así como Benarelo, rey de Siria, que adoraba los ídolos y partía de la verdad de Dios, que fue ahogado por manos de Azael, su hermano. Y Sedechías, rey de India, que prometió y juró a Nabucodonosor verdad, y mintiole como perjurio, y fue vencido y preso en cadena y fue traído a Babilonia.

Otrosí la tercera nobleza de los reyes es el amor de la bondad de Dios, de la cual nacen todas las otras bondades, ca fuente es de todos los bienes. Onde, míos hijos, si queréis ser nobles, no partáis los vuestros corazones de la bondad de Dios, amándola y llevando vuestras obras en pos ella; ca la bondad de Dios quiere y codicia que todas las cosas sean semejables de ella, y que sean acompañados de todo bien, según el poder de cada uno. Amigos hijos, si bien quisiereis pensar ónde os viene el bien que hiciereis, hallaréis por cierto que os viene de la bondad de Dios, así como os viene el mal que hacéis de la maldad del diablo, que es contrario a los mandamientos de Dios; ca en la bondad de Dios es el uso bien hecho, aguardando así como en poder de aquel que la puede guardar. Y sabed que todas las cosas deben tornar a Dios, así como a su acabamiento. Y por eso dicen las palabras santas que por Él, y con Él, y en Él, es toda honra y gloria para siempre; y de Él y en Él son todas las cosas, y a Él han de venir; ca la bondad de Dios las cosas que no son hacen ser, y sin la bondad de Dios no es, ni fue, ni será, ni puede ser ninguna. ¿Y no veis, míos hijos, que Dios tan bien da sol sobre los buenos como sobre los malos, y llueve tan bien sobre los pecadores como sobre los justos? ¡Y qué bienaventurada es la bondad de Dios, que atiende los pecadores que se enmienden, y corre en pos de los que huyen y aun los que están muy alongados de ella! Cuando los debía tornar, acátalos con hermoso catar, y recíbelos, y quiere que sean cerca de ella; pues, ¿cuál es aquel que la bondad de Dios

no debe amar y seguirla en todos sus hechos? Ciertas, con todos debe ir en pos ella, y seguirla. Onde, míos hijos, debéis entender y saber y creer que todos los hombres del mundo deben amar la bondad de Dios y mostrarla por las obras, mayormente los reyes y aquellos que los dones de la bondad de Dios reciben más largamente; entre los cuales los que buenos son y aman verdad y usan de ella, siempre van de bien en mejor, y son sanos y alegres y reyes. Y por la buena creencia de la su bondad son escogidos para ser puestos en honra y para haber abundo de todas las noblezas de este mundo y la gloria del otro. Y míos hijos, ¿qué es lo que deben render a Dios los reyes y los otros hombres por los bienes que les hizo? Ciertas, no sé al sino que guarnecen de bondades para servir a la bondad de Dios; ca de los bienes de ella hay la honra y todos los otros bienes, y así pueden ser amados y ensalzados de Dios en honra y mantenidos en ellos, por que fue David, porque temió el poder de Dios y amó la su bondad. Y por ende dijo Dios de David: «Cerca del mío corazón hallé buen varón».

Y otrosí la nobleza de los reyes y de los grandes señores, catando lo suyo, es en tres maneras: la primera es guarda del corazón; la segunda, guarda de la lengua; la tercera es dar cima a lo que comienza. La guarda del corazón es guardarse de gran codicia de honras y de riquezas y deleites; ca pues el Rey es más honrado de su señorío, por ende debe ser más templado en la codicia de honras; ca quien mucho codicia en su corazón las honras, muchas vegadas hace y más de lo que no debe por ellas, ca así quiere ensalzar por ellas sobre los otros. Y otrosí debe guardar su corazón de la gran codicia de las riquezas; ca quien gran codicia ha de ellas, no puede estar que no tome de lo ajeno sin razón. Y por ende, primeramente debe ser amatado el fuego de la codicia de corazón, en manera que el daño y del robo no haga llorar a las gentes que el daño reciban, y la su voz suba a Dios. Otrosí deben guardar su corazón y amansarlo en los deleites de la carne, en manera que la su codicia no perezca por la obra; mas debe tajar las raíces de la codicia que tiene en su corazón, así como dijo Trotilio: «Refrene en sí el Rey primeramente la lujuria, y apremie la avaricia, y abaje la soberbia, y eche de su corazón todas las otras mancillas, y obrando bien, y entonces conviene demandar a los otros, ca tal rey o tal emperador es loado». Y ciertamente del corazón salen todas las malas cosas y las buenas, y en el aire la vida y la muerte. Onde si las raíces de la codicia del corazón fueren tajadas, secarse han las raíces de ella, así como cuando es vacía la fuente, que quedan los ríos que no corren. Y porque Abraham e Isaac y Jacob y Moisés y David y Salomón, profetas, guardaron los sus corazones de estas cosas, fueron hechos santos.

Otrosí, la guarda de la lengua del Rey debe ser en tres cosas: la primera, que no diga más de lo que debe; la otra, que no mengüe en lo que ha de decir; la otra, que no haya variedad en lo que dijere; ca entonces dice más de lo que no debe cuando dice cosas deshonestas y sin pro y vanidades; y mengua en lo que debe de decir la verdad, y porfía en lo que dice, maguer tenga mentira; y entonces desacuerda en lo que dice cuando denuesta y alaba a uno, y alabándolo una vegada y denostándolo otra, y dice mal de Dios y de su prójimo, poniéndoles en culpa como no debe,

diciendo de Dios muchas blasfemias y de su prójimo muchas mentiras y muchas enemigas, y a las vegadas loando a sí y a otro lisonjeando. Onde sobre estas cosas mucho se debe guardar el Rey o el señor que en la su palabra no haya ninguna cosa superflua ni menguada ni desacordada; ca en la palabra del Rey es la vida o la muerte del pueblo, y es palabra de la Santa Escritura que dice así: «Dijo el Rey herid, hirieron; matad, mataron; dijo perdonad, perdonaron». Y por esto dijo Salomón. «Yo guardo y cato a la boca del Rey, porque los sus mandamientos son como la jura de Dios». Ca todo lo que quiere hace, porque la su palabra es llena de poder, y sin esto al que denuesta es denostado, y al que alaba es alabado. Y por ende la lengua del Rey mucho debe ser cerrada y guardada en lo que hubiere a decir. Ca dijo el filósofo: «Conviene que el Rey no sea de mucha palabra, ni recontador del mal, ni mucho juzgar ni reprehendedor, ni escudriñador de las maldades de los hombres que son encubiertas, ni quererlas mucho saber, ni hablar en los dones que hubiere dado, ni ser mentiroso; ca de la mentira nace discordia, y de la discordia despagamiento, y del despagamiento injuria, y de la injuria despartimiento de amor, y del despartimiento aborrecencia, y de la aborrecencia guerra, y de la guerra enemistad, y de la batalla crueldad, que estraga todos los ayuntamientos y las compañías de los hombres; y la crueldad es destruimiento de toda natura de hombre, y destrucción de la natura de los hombres es daño, y de todos los del mundo. Mas debe el Rey siempre decir verdad; ca la verdad nace temor de Dios, nace justicia, y de la justicia compañía, y de la compañía franqueza, y de la franqueza solaz, y del solaz amor, y del amor defendimiento». Y así por todas estas cosas se afirman los deberes entre las gentes y la ley, puéblase el mundo, y ciertas, esto conviene a la natura del hombre.

Y por ende conviene al Rey de ser de pocas palabras, y no hable sino cuando fuere mester, ca si muchas vegadas le oyesen los hombres, por el gran uso no lo apreciarían tanto; ca el gran afaciamiento nace menosprecio. Y débese guardar de no errar en la ley, y que no pase contra lo que dijere, ca por esto sería menospreciada la ley que hiciesen y el establecimiento. Y débese guardar de jurar sino en aquello que debe cumplir con derecho, pues lo juro, ni por miedo de muerte ni por al no lo debe dejar. Y míos hijos, usad en la obra de la lengua según conviene a la natura del hombre, diciendo verdad, ca el que miente va contra natura. Y sabed que la lengua es sergenta del corazón, y es alta como el pozal, que no da sino lo que halla. Y ciertas, extraña cosa sería querer coger de la vid higos y de las espinas uvas; ca el fuego no esfria, y el que no ha no da. Y otrosí, míos hijos, sabed que el que dice las blasfemias hace contra sí; ca cuando culpa la su nacencia, dice contra aquel que le hizo, y es como el ramo contra la raíz que lo da, y el río contra la fuente, y el movido el movedor, y la obra contra el maestro, y la segur contra el que taja con ella. Y este que dice las blasfemias estraga la su voluntad y de los otros, y deshonra a todos cuantos son, y denuesta las bondades de las cosas cuando enturbia la fuente onde vinieron. Y este tal hace empeñar contra sí todas las cosas y hallarse ende mal; ca dice la Escritura que toda redondeza de la tierra hará guerra por Dios contra este loco sin

seso que dice las blasfemias.

Otrosí, míos hijos, sabed que no fincará sin pena el maldiciente, y el cual con seis dientes de maldad pugna de comer y de roer la vida de los hombres, y son estos: un diente es cuando niega el bien que sabe; y el otro es cuando calla donde los otros loan y dicen bien; y el otro es cuando denuesta la bondad; y el otro es cuando descubre la puridad; y el otro es cuando amansa el mal y lo dice; y el otro es cuando acrece en la culpa de los hombres con maldecir. Y por ende, míos hijos, os debéis guardar de maldecir de ninguno. Y no deis carrera a los pueblos por donde puede decir de vos; y el pueblo, cuando puede decir, puede hacer. Y cuando alguno dice mal de Dios, dice de Él por sus profetas en los sus juicios, y cuando dice y hace. Y por ende guardaos del dicho y escaparéis del hecho. Y parad mientes en los ejemplos antiguos; ca porque dijo Roboán, hijo de Salomón, a su pueblo: «El mi padre os mata con tormentos y yo os mataré con escorpiones», el pueblo supieron esta palabra que dijo, y por ende perdió el reino que le dejó su padre, y dijo mal y oyó peor. Y porque dijo Faraón blasfemando contra Dios: «El río mío es, y yo hice a mí mismo», fue vencido y echado del reino y desterrado murió. Y Nabucodonosor, rey de Babilonia, porque dijo mal de su pueblo y blasfemó con Dios, fue echado de entre los hombres y vivió con las bestias fieras de la tierra, y comía el heno así como buey, y fue encorvado su cuerpo del rocío del cielo hasta que los cabellos crecieron en semejanza de águilas, y las sus uñas de aves, y fue dado el su reino a otro.

Otrosí, la nobleza de los reyes catando lo de los pueblos es en dos maneras; la una es reprehender los hombres con razón y sin saña; la otra es saber los sufrir con piedad; ca la reprehensión con razón y con derecho viene de justicia, y la sufrenia con piedad viene de misericordia. Onde dice el filósofo que dos cosas son que mantienen el mundo y lo pueblan, y sin ellas el mundo no puede ser bien poblado ni bien mantenido, y son estas: justicia y verdad. No quiere al decir sino guardar y defender a cada uno en su derecho, así a grandes como a pequeños. Ca guardando justicia, crecen los pueblos y enriquecen los reyes y todos los de la tierra; ca el pueblo rico tesoro es de los reyes, y por ende justicia debe ser guardada y mantenida en todos los oficios y ordenamientos buenos de casa de los reyes. Ca de casa de los reyes nace endrezamiento de la tierra y pagamiento de ella, o ha daño, así como de las fuentes nacen ríos de aguas dulces o amargas; ca cuales son las fuentes, tales son las aguas que de ellas nacen, y así cuales son los gobernadores y los consejeros de casa de los reyes, tales son las obras que ende nacen. Onde bienaventurado es el rey que hace guardar justicia en los sus oficios, y que no usen sino por los buenos ordenamientos, y vivan por regla de justicia y de verdad, y que quiere haber consigo siempre buenos consejos que no son codiciosos; ca ciertamente una de las cosas más provechosas del mundo es justicia; es poblado el mundo, y por justicia es mantenido; ca por justicia reinan los reyes, y por justicia se aseguran los corazones de los medrosos, y por justicia se parten los hombres de saña y de envidia y de mal hacer. Y por ende dijeron los sabios que más provechosa es la justicia en la tierra que el abundamiento de las

viandas, y más provechoso es el rey justiciero que la lluvia. ¿Y qué pro tiene a los hombres haber abundamiento de las viandas y de riquezas, y no ser señores de ellas, y vivir siempre en miedo y en recelo por mengua de justicia? Ciertas, mejor es vivir pobre en tierra de rey justiciero y ser señor de aquello que ha, que vivir rico en tierra de rey sin justicia y no poder ser señor de su riqueza, y de haber de huir con ella y esconderla y no ayudarse de ella. Ca en la tierra sin justicia todos viven en miedo y con recelo, salvo los hombres de mala vida, que no quieren que se cumpliese la justicia en ellos ni en otros, y que anduviesen ellos haciendo mal a su voluntad.

Mas el Rey y la justicia son dos cosas que la una sin la otra no pueden durar. Y la justicia sin el rey que la mantiene no puede usar de su virtud, ni el rey sin justicia no puede hacer lo que debe; ca la justicia es tal como buen rey que codicia en sí y en los suyos y donde entiende que cumple, y después hace justicia más sin vergüenza en los otros. Ca, ¿cómo puede juzgar a otro aquel que a sí mismo ni en los suyos no la quiere hacer? Ciertas, no puede ser sin reprehensión castigar a otro el que a sí mismo no castiga; ca este tal quiere semejar al que dice que ve la pajueta en el ojo ajeno, y no quiere ver la trabanca en el suyo. Onde muy vergoñosa cosa es, y más al Rey o a príncipe, de querer reprehender a otro del yerro en que él mismo yace. Y por ende dice en la Santa Escritura que no debe haber vergüenza de hombre dar los sus yerros aquel que es puesto en el mundo para hacer o enmendar los yerros ajenos, ca sería soberbia de querer perseverar en el su yerro dañoso contra otro y decir: «Quiero que sea firme y estable lo que mando, quiera sea bien, quiera mal», y así no había nombre de rey justiciero; ca por amor ni por desamor, ni por algo que le prometan, ni por ninguna bandería, no debe al hacer sino justicia y derecho, y debe guardar el poderío que Dios le dio sobre los hombres; ca si de él bien usare, puédele durar, y si no usare de él bien, puédelo perder. Ca Dios no deja sus dones luengamente en aquel que no los merece, ni usó bien de ellos; y si aquel que ha poder de hacer justicia en los otros y no la hacer, por ventura que la hará Dios en él. Ca en Dios no mengua justicia, comoquiera que con piedad grande la hace y donde entiende que es mester piedad.

Y así el Rey, haciendo justicia, debe haber piedad, así como en aquellos que cayeron en yerro por ocasión y no a sabiendas. Y dice en la Escritura que no puede durar el rey en que no ha piedad. Y cuando el Rey sigue y guarda justicia y derecho, luego huyen del reino las fuerzas y los tuertos y las malhetrías, y si les dan algún poco de vagar, luego crecen y dañanla, así como las malas yerbas que nacen en los panes y los dañan si no los escardan. Y por ende los reyes nunca deben dejar los malos mucho durar, mas sabiendo la verdad débenlo luego hacer enmendar con justicia; ca cierta cosa es que la justicia nace de verdad; ca no se puede hacer justicia derecha si antes no es sabida la verdad. Así todo rey o príncipe debe ser verdadero en todo lo que hubiere a hacer y a decir, porque siempre tienen ojo los hombres más por el Rey que por otro ninguno; ca muy peligroso y más dañoso es el yerro pequeño del señor que el gran yerro del pueblo; ca si el pueblo yerra, el Rey lo debe enmendar, y si el Rey yerra, no ha quien lo enmendar sino Dios; onde el señor siempre debe

querer que los hombres hallen en él verdad, ca la verdad siempre quiere estar en plaza y no escondida, porque la verdad es raíz de todas las cosas loadas, y de la verdad nace temor de Dios, y del temor de Dios nace justicia, compañía de la franqueza, y de la franqueza solaz, y del solaz amor, y del amor defendimiento; así como de la mentira, que es contraria de la verdad, nace despagamiento y discordia, y de la discordia injuria, y de la injuria enemistad, y de la enemistad batalla, y de la batalla crueldad, destruimiento, daño de todas las cosas del mundo.

Y así que todos los reyes y príncipes del mundo deben mucho amar justicia y verdad entre todas las otras buenas costumbres, y los que así hacen son honrados y poderosos y ricos y amados de Dios y de los hombres, y viven vida holgada; ca todos los de su reino se asegurarán en el rey justiciero y verdadero, y tienen que no han de recibir tuerto de él ni de otro ninguno, pues que son ciertos que justicia y verdad han de hallar en él, mayormente cuando justicia se hace con piedad y donde debe; ca el Rey debe ser a semejanza de Dios castigando los pecadores, dales lugar por donde se puedan arrepentir, alongándoles la pena, y dice que: «No quiero muerte de los pecadores, mas que se conviertan y vivan». El Rey no es tan solamente es para dar pena a los que la merecen, mas procurar y querer bien de su pueblo; y si es rey no debe ser enemigo, ca el Rey debe querer su pueblo como sus hijos, y de gobernarlos y abrazar con piedad, que es atemperamiento del corazón para castigar yerros. Y míos hijos, ¿no veis que el rey de las abejas no quiso Dios que trajese armas ningunas? Sabed que la natura no lo quiso hacer cruel; ca le tollió la lanza y dejó la su saña desarmada. Ciertas, buen ejemplo es y grande este para los reyes para no hacer cruda justicia, sino piedad en aquellos que se quieren castigar y enmendar; ca los que están porfiados en sus maldades y no se quieren enmendar, no merecen que hayan piedad de ellos; ca bien como la gran llaga del cuerpo no puede sanar sino con grandes y fuertes melecinas, así como por hierro o por quemas, así la maldad de aquellos que son endurecidos en pecado no se pueden toller en grandes sentencias sin piedad.

Y en todas estas cosas que dichas son de las noblezas de los reyes y deben haber consejo con los sacerdotes de la fe, y en el gobierno del pueblo deben tomar algunos compañeros de los sacerdotes, sin los cuales no se pueden bien hacer, así como se muestra por la justicia natural; ca él fue compuesto de natura espiritual y compuesto de natura temporal, y por ende fue necesaria la justicia para poner paz entre los hombres, la cual justicia debe ser mantenida por el Rey y por el sacerdote de la fe. Y el Rey debe castigar los yerros públicos encubiertos. Y el Rey debe tener para castigar espada y cuchillo natural, y el sacerdote espada o cuchillo espiritual, y el Rey es dicho de los cuerpos, y el sacerdote de las almas. Y por ende los filósofos naturaron y ordenaron que fuesen dos rectores: el uno para los cuerpos y el otro para las almas; ca si no fuesen de una creencia ellos y los pueblos, habrá desacuerdo entre ellos; ca el departimiento de las opiniones de los hombres amengua discordia entre ellos, y cuando la opinión de los hombres es una, ayuntan los corazones de los hombres en amor y tuelle muchos daños; y por ende, el Rey y el sacerdote y el pueblo

deben convenir a una ley en lo que hubieren a hacer y de creer, y el Rey debe demandar consejo al sacerdote, ca es lumbre y regla en estas cosas, y conviene que el Rey haga honra al sacerdote así como a padre, y que le haya así como a corrector de él y del pueblo, y que le ame así como a guardador de la fe. Y sabed, míos hijos, que nunca se halla por escritura que el Rey fuese sin sacerdote, ni aun en tiempo de los gentiles. Y todo cristiano debe traer consigo algún hombre bueno de Santa Iglesia, y demandarle consejo para el cuerpo y para el alma.

Otrosí, míos hijos, sabed que los filósofos antiguos, para traer castigo contra los hombres, hallaron que era bueno el alongamiento del tiempo para haber consejo sobre las discordias y las enemistades y traerlos a concordia, y acordaron en estas cuatro cosas: la una es la jura; la otra es peños; la otra es fiador; la otra es tregua; no es tan grave como el quebrantamiento del hombrenaje, ca la tregua ha sus condiciones apartadas, y el hombrenaje las suyas; y el hombrenaje, según los derechos de los caldeos, onde lo hubieron los hijosdalgo, dicen que cuando lo toman que si quebrantare el que hace el hombrenaje, que sea traidor, así como quien tiene castillo y mata su señor. Mas el que quebranta la tregua es dado por alevoso, si no se salva como el derecho manda. Y la jura y el peño y el fiador son de esta guisa: ca el que quebranta la jura quebranta la fe, que no la guarda; y que el que no recude al su tiempo a hacer derecho sobre el peño que dio, piérdelo; y el que da fiador, sino recude a su tiempo, debe pagar el fiador lo que demanda el que lo recibió por fiador; y si el fiador demanda a aquel que fió, esle tenido el que lo dio por fiador de pagarle doblado lo que le pagó, y además finca perjuro por la jura, si la hizo, de sacarlo de la fiadura sin daño. Y según los derechos antiguos, el perjuro no puede demandar a él, y no puede ser testigo, ni puede haber oficio para juzgar, ni debe ser soterrado, cuando muriere, en lugar sagrado; ca el perjuro ni cree ni teme a Dios, y empece a sí y a los otros. Y ciertamente jurar y dar peños o fiador cae más en el pueblo de la gente menuda, que no entre los hijosdalgo, en que debe yacer nobleza; ca entre los hijosdalgo hay tregua y hombrenaje; ca se creen y se aseguran unos a otros en la fe que se prometen. Y la tregua es entre los enemigos puesta, ca después de las enemistades se da y se recibe. El hombrenaje se hace y se recibe tan bien entre los amigos como entre los enemigos, y antes de la enemistad. Y así el que quebranta la tregua o el hombrenaje destruye a sí mismo, y destorba la fe que debe ser guardada entre los hombres, y derriba las fuertes colunas y fuerte cimiento de la su creencia, y tuelle el amor verdadero que es puesto entre ellos, y las concordias y las compañías, deshace los ayuntamientos y desata los ordenamientos buenos de paz, y mueve los unos contra los otros, y hace ensañar los menores contra los mayores, y hace a los señores que hagan mal a los sus hombres, y el ayuntamiento de la amistad y de la fealdad que es bien llegado, depártelo y deshácelo. Y este tal, desde que cae en tal yerro, de todo cae, ca no le perdonan los hombres ni los reyes, ni lo dejan vivir entre ellos. Y por estas cuatro cosas sobredichas se dan los alongamientos de tiempo para haber consejo, para poner amistad donde no es, y que dure el amor donde es, y para

hacer guardar la ley y que ninguno vaya ni diga contra ella.

Ca el día que hombre es recibido por rey y por señor, gran embargo toma sobre sí para hacer la que le cae sin reprehensión, guardando su ley. Es cimiento del mundo y el Rey es guarda de este cimiento, pues todo amor que no ha cimiento es aguisado de caer, y todo cimiento que no ha guarda, más aína cae por ende. Onde la ley y el Rey son dos cosas que han hermandad en una, y por ende el Rey se debe ayudar de la ley, y la ley del poder, y del esfuerzo del Rey; ca tres cosas se mantienen del reino; la una es la ley; la otra es el Rey; la otra es justicia; pues la ley es guarda del Rey, y el Rey es guarda de la ley, y la justicia guarda de todo.

Onde el Rey debe usar de la ley más que del su poder; ca si quiere usar de su poder más que de la ley, hará muchos tuertos no escogiendo el derecho. Y por ende debe el Rey tener en la mano diestra el libro de la ley por que se deben juzgar los hombres, y en la mano siniestra una espada, que significa el su poder para hacer cumplir sus mandamientos del derecho de la ley; ca bien así como la mano derecha es más usada y más meneada que la izquierda, así el Rey debe usar más de los derechos para escoger lo mejor, que del su poder.

Ca el rey justiciero es guarda de la ley y honra del pueblo y endrezamiento del reino, y es como el árbol de Dios, que tiene gran sombra y huélgase so él todo cansado y flaco y lazado. Pues la ley y el Rey y el pueblo son tres cosas que no pueden cumplir la una sin la otra, como la tienda que ha tres cosas que no pueden cumplir la una sin la otra; cuando se ayuntan, hacen gran sombra y cumplen mucho, lo que no harían si fuesen despartidas. Y sabed que cuando el Rey sigue justicia y verdad, luego huyen del su reino las fuerzas y los tuertos y las malhetrias; y si les dan algún poco de vagar, luego crecen y dañan la tierra, así como las yerbas malas que nacen en los panes y no las escardan. Y por ende el mandamiento del reino no es gran carga de sufrir, pero es gran señorío y gran poder que da Dios a quien bien Él quiere. Y en esta razón dijo un sabio: «No ha dátil sin hueso ni bien sin lacerio».

Onde, míos hijos, si Dios os diere honra que os he dicho, pugnad en ser justicieros primeramente en vos, revocando vuestros yerros, señaladamente en juicio dieres; ca sería pecado en perseverar en vuestro yerro contra otro, y no debe ninguno tener que es mengua de hombres enmendar su yerro; ca dice Séneca que no es levedad partirse hombre del yerro manifiesto y juzgado por yerro, mas debe confesar y decir: «Engañado fui por no entenderlo». Ca locura y soberbia es perseverar hombre en su yerro y decir lo que dijo una vegada: «Cualquier cosa, que sea firme y estable». Ciertas no es fea cosa mudar hombre con razón su consejo en mejor; onde si alguno os dijere si estaréis en lo que propusistes, o decir que si otra cosa no acaeciére mejor, por que se deba mudar. Y así, no os dirá ninguno que erráis, si mudaseis vuestro propósito en mejor. Y no dejaréis de hacer justicia por algo que os den ni que os prometan, ni por amor ni por desamor, ni por bandería ninguna.

Y por ende cuando el Rey hiciere justicia en su pueblo, habrá a Dios que le dará buen galardón, y grande, del pueblo. Ca el rey que no hace justicia no merece el

reino. Y sabed que el mejor de los tiempos del mundo es del rey justiciero, y mejor es año que viene malo en tiempo del rey justiciero, que el buen año que viene en tiempo del rey sin justicia; ca el rey justiciero no consiente fuerza ni soberbia. Y la más provechosa cosa del reino es el rey que es cabeza de él, si bien hace, y la cosa por que más vale el Rey es que sea justiciero y mercendero. Otrosí, mejor es al pueblo vivir so señorío del rey justiciero que vivir sin él y en guerra y en miedo. Y quien lazarar hace a sus vasallos por culpa de él, aquel es rey sin ventura. Y dijo Dios que quien se desviase del bien, desviarse ha el bien de él; ca los que hacían justicia, estos son de luenga vida. Y sabed que en la justicia duran los buenos, y con el tuerto y las fuerzas piérdense. Y por ende el buen rey, para dar buen ejemplo de sí, debe ser justiciero en sí y en los de su casa; y cuando el Rey hiciese justicia, obedecerle ha su pueblo de corazón y de voluntad, y al que es sin justicia, ayúntandose el pueblo a desobedecerle; ca la justicia del Rey allega a los hombres a su servicio, y la injusticia derrámalos. Y el hombre que mejor lugar tiene ante Dios y ante los hombres, sí es el rey que hace justicia. Y el Rey es el hombre que más debe amar verdad y hacer merced y mesura, porque Dios le hizo merced y le dio reino que mandase, y metió en su poder cuerpos y haberes del pueblo.

Y por ende, míos hijos, todo señor de tierra y de pueblo debe hacer en tal manera contra ellos que lo amen y sean bien avenidos. Ca el Rey y su reino son dos personas, y así como una cosa ayuda, dos en uno. Y bien así como el cuerpo y el alma no son una cosa después que son despartidos, así el Rey y su pueblo no pueden ningún bien acabar siendo desavenidos. Y por ende, la cosa que más debe pugnar el Rey es haber amor verdadero de su pueblo. Y sabed que en este mundo no hay mejor lacerio que gobernar pueblo a quien lo quiere gobernar y criar con lealtad y con verdad. Y por esto dijo un sabio que el señor del pueblo más lazado es queriendo hacer bien que el más lazado de ellos. Y la mejor manera que el Rey puede haber es fortaleza con mesura y mansedad con franqueza. Ca no es bien al Rey ser quejoso, mas debe hacer sus cosas con vagar, ca mejor podría hacer lo que no hizo, que deshacer lo que hubiere hecho; y todavía débele venir en mente de hacer merced a los pecadores cuando caen en pecado por ocasión o no a sabiendas. Ca el Rey debe ser fuerte a los malos y muy derechero a los buenos, y debe ser verdadero en su palabra y en lo que prometiere, y no debe sufrir que ninguno no se atreva a deshacer lo que él hiciere, mayormente haciendo gracia y merced. Ca gran pecado es toller la gracia y la merced que el señor hace al su servidor, ca este tal niega a Dios y a su señor y aquel a quien la gracia fue hecha.

Y debe haber el Rey por costumbre de amar los buenos, y ellos que hallen en él verdad. Y el Rey debe catar tres cosas: la primera, que deje pasar antes que dé su juicio sobre las cosas que hubiere de juzgar; la otra es que no tarde el galardón al que lo hubiere de hacer, y que haya hecho por que lo merezca; la tercera es que cate las cosas muy bien antes que las haga. Y otrosí debe catar que sepa la verdad del hecho antes que juzgue, ca el juicio débese dar en cierto y no por sospecha. Y pero debe

saber el Rey que la justicia de muerte que él mandó hacer en el que la mereciese es vida y seguridad al pueblo.

Y las otras maneras que él puede haber son: ser fuerte al flaco y flaco a los fuertes; otrosí ser escaso a quien no debe. Y por esto dijeron que cuatro cosas están mal a cuatro personas: la una es ser el Rey escaso a los que le sirven; la segunda, ser alcalde torticero; la tercera, ser el físico doliente y no saberse dar consejo; la cuarta, ser el Rey tal que no osen venir ante él los hombres que son sin culpa. Ciertas, más de ligero endrezan las grandes cosas en el pueblo que la pequeña en el Rey; ca el Rey, cuando es de mejorar, no hay quien lo mejorar sino Dios. Y por ende no debe hablar soberbia en aquel de quien atiende justicia y derecho. Ca aquel contra quien el Rey se ensaña es en muy gran cuita, ca le semeja que le viene la muerte onde espera la vida. Y este tal es como el que ha gran sed y quiere beber del agua y ahógase con ella.

Onde, míos hijos, seréis justicieros con piedad y donde pecaron los hombres por ocasión, y así os daréis por beguinos, y beguino es el hombre que es religioso a Dios y piadoso a sus parientes que lo merecen, y que no hagan mal a los menores, y que haya concordia con sus vecinos, y que haya misericordia a los menguados y dé buen consejo y sano a donde se lo demandaren.

Y míos hijos, cuando consejo os demandaren, antes habed vuestro acuerdo con vos mismos o con aquellos de quien fiareis, de guisa que lo podáis dar muy bueno y muy escogido, y no os arrebatéis a darlo, ca podríais fallecer, y no os apreciarán tanto los hombres. Y sabed que tres cosas debe hombre catar en el consejo cuando se lo demandaren; la primera, si lo que demandaren es honesta cosa y no provechosa; la segunda, si es provechosa y no honesta; la tercera, si es provechosa y honesta. Y si fuere honesta y no provechosa, debéis aconsejar que aquella hagan; ca honestad es tan noble cosa y tan virtuosa y tan santa que con la su virtud nos tira a sí, halagándonos con el su gran poder de bondad. Y si la cosa fuere provechosa y no honesta ni buena, debéis aconsejar que aquella no hagan, comoquiera que haya en ella pro y ganancia; ca esta no viene sino de codicia, que es raíz de todos los males. Y si fuere la cosa que demandan honesta y provechosa, esta es mejor, y debéis aconsejar que la hagan. Y comoquiera que, ¡mal pecado!, los hombres con codicia más se acogen a hacer en que cuidan hacer su pro, que no aquello que es bueno y honesto, que no lo provechoso y dañoso al alma y a la fama; y maguer no se acojan a lo que vos les aconsejareis, empero teneros han por de buen entendimiento, y preciaros han más porque queríais el bien y esquiváis el mal, y no podía ninguno decir con razón que mal aconsejastes.

Otrosí, míos hijos, todas las cosas que vos hubiereis de hacer, haced con buen consejo y seso; ca palabra es de Salomón que dice así: «Lo que hicieréis, hacedlo con consejo y no te arrepentirás». Y cuando consejo quisieréis haber de otros, primeramente debéis pensar a quien lo demandáis; ca no son todos hombres para buen consejo dar; y por ende primeramente demandaréis consejo y ayuda a Dios para lo que quisieréis hacer, ca quien mester ha de ser cierto de alguna cosa y ser oído

sabedor, demandarla debe a Dios primeramente, ca en Él es la sapiencia y la verdad de todas las cosas, y lo puede dar comunalmente. Onde dice San Agustín: «Todo lo bueno y acabado desuso, descende de aquel Dios padre que es lumbre de todos, el cual no se muda por ninguna cosa». Y cuando demandareis consejo a Dios, muy humildosamente se lo demandad, y parad mientes que la vuestra demanda sea buena y honesta. Y si lo hicieris, sed ciertos que no os será negado lo que demandastes; ca si mala demanda hicieris a Dios, por ventura que el mal vendrá sobre vos y no sabréis onde viene; ca los juicios de Dios muy escondidos son a los del mundo. Onde, si de derecho tal ley es establecida en el mundo, que ni roguemos ni demandemos a nuestros amigos cosas feas ni malas, mucho más nos debemos guardar de no las demandar a Dios, que es verdadero amigo y sabedor de nuestros corazones, a quien ninguna cosa no se puede esconder. Y por ende siempre el vuestro comienzo sea en el nombre de Dios.

Y después que a Dios hubiereis demandado consejo y ayuda sobre los vuestros hechos, luego en pos Él demandaréis a vos mismos, y escudriñaréis bien vuestros corazones, y escogeréis lo que viereis que sea mejor, y hacedlo como sabios de buena previsión, tolliendo de vos y de los que os hubieren a aconsejar tres cosas que embargan siempre el buen consejo: la primera es saña, ca con la saña está tornado el corazón del hombre y pierde el entendimiento y no sabe escoger lo mejor; la segunda es codicia, que hace a hombre errar y caer a las vegadas en vergüenza y en peligro, catándonos por la ganancia que cuidan haber que por honra y guarda de sí mismo; onde dicen que codicia mala mancilla depara; la tercera es arrebatación, que ciertamente muy pocos son que hayan buen acabamiento de las cosas que se hacen arrebatación, y por ende dicen que quien se arrebatara su pro no cata.

Onde mejor es llevar las cosas por vagar y recaudar, pues en el comienzo de las cosas debe hombre pensar en lo que ha de hacer, ca dicen que el medio hecho ha acabado el bien comenzar. Y el vagar es armas de los sesudos, ca a las vegadas cuida hombre adelantarse en sus hechos por apresurarse, arrebatara yerro a las vegadas, tiene que tarda por el vagar, y va adelante; pues más aína y mejor podrás hacer lo que hacer hubiereis no os quejando, ca si os quejáis; ca el que se queja, maguer recauda yerra, ca se hace por ventura, y las venturas no vienen todavía; pues la cabeza del seso es que pare hombre mientes en la cosa antes que la haga; ca con el vagar alcanza hombre osadía para hacer lo que quiere. Y el fruto es del arrebatación es arrepentimiento después del hecho. Y cuando se averigua hombre en lo que ha de hacer, hácele entender lo mejor; y cuando se averigua el buen consejo, y viene el comedimiento; ca lo que hace hombre con consejo y arrebatación vienen con arrepentimiento.

Otrosí, antes que demandéis consejo a los otros, parad mientes si se puede excusar por alguna manera de no descubrir vuestra puridad a ninguno, si no entenderéis que por consejo de otros podéis mejor vuestra condición haber, ca de otra guisa ni amigo ni amiga no debéis de decir vuestra puridad, ni descubrir vuestro

pecado ni vuestro yerro en que caístes; ca os oirían de grado muchos de ellos, y cataros han, y como en defensión de vos y de vuestro yerro, sonreírse han en manera de escarnio, y pugnarán de llevároslo a mal. Y por ende lo que quisiereis que sea puridad, no lo digáis a ninguno, ca después que dicho fuere no será ya todo en vuestro poder.

Onde más segura cosa es callar hombre su puridad que no decirla a otro y rogarle que lo calle; ca el que a sí mismo no puede castigar, ni hubo poder sobre sí, ¿cómo puede haber poder sobre el que la guarda la puridad que él descubrió? Ciertas, quien en sí mismo no ha poder de razón, no lo puede haber sobre otro. Mas si por ventura viereis que por consejo de otro podáis mejorar vuestra condición, entonces habéis vuestro acuerdo entre vos y vuestros corazones, con cuales habréis vuestra puridad. Y comoquiera que algunos debéis demandar consejo, primeramente lo debéis haber con aquel que hubiereis probado por verdadero amigo; ca a las vegadas el enemigo se da por amigo del hombre, cuidándole empecer so infinta de amistad.

Otrosí, no mostraréis vuestras voluntades sobre el consejo que demandareis, ca por ventura por haceros placer y aconsejároslo, dirán que os es buen consejo aquel que vos decís, maguer que entiendan que es mejor consejo el que ellos pensaron para vos dar. Mas oídeos a todos muy bien, y examinad lo que cada uno dice, y así sabréis escoger lo mejor. Y la razón por que lo debéis así hacer es esta: porque los grandes señores y poderosos por sí mismos no lo saben escoger, tarde o nunca por los otros podrán haber buen consejo, si su voluntad primero ellos supiesen, mayormente los que no catan por al sino por seguir la voluntad del señor con lisonja, cuidando que sacará ende pro para sí, no catando si puede ende venir daño a su señor, a que debe servir, guardar y bien aconsejar en todas cosas. Onde de los buenos amigos y probados quered siempre haber consejo, y no de los tales amigos ni de los enemigos; ca bien así como el corazón se deleita con las buenas obras, así el alma se deleita con los consejos del buen amigo. Y bien es verdad que no hay cosa en el mundo tan deleitosa para el hombre como haber hombre buen amigo con quien pueda hablar las sus puridades y descubrir su corazón seguramente. Onde dice Salomón: «El amigo verdadero y fiel no ha comparación ninguna»; ca ni hay oro ni plata por que pudiese ser comprada la verdad de la fe y la buena verdad del amigo; ca el verdadero y el buen amigo es al hombre como castillo fuerte en que se puede ayudar y acorrer cuando quisiere. Y por ende todo hombre se debe trabajar cuanto pudiere en ganar amigos, ca el mejor tesoro y el mejor poder que hombre puede ganar para merecimientos, los amigos son. Ca, ¿qué pro tiene a hombre en ser muy rico y no tener amigos con quien despenda a su voluntad? Ciertas el hombre sin amigos solo vive, maguer que otra gente tenga consigo, y suelen decir que cual es el cuerpo sin alma, tal es el hombre sin amigos.

Otrosí, demandaréis consejo a los que supiereis que son entendidos y sabidos; ca el pensamiento bueno es del sabio, y el buen consejo mayor defensión es que las armas. Y otrosí, si algunos os quisieren aconsejar en puridad o en plaza, parad bien

mientes, que sospechoso debe ser su consejo. Onde dice un sabio que empecer quiere más que aprovechar el que dice en puridad uno, y muestra al en plaza; ca este tal no es verdadero amigo, mas es enemigo que quiere hombre engañar, y no debéis mucho asegurar en aquellos que una vegada fueron vuestros enemigos, maguer andan delante vos muy humildes y corvos, ca no os guardarán por verdadero amor, ca tales como estos perdona a su enemigo, no pierde del su corazón el antiguo dolor que hubo por el mal que recibió. Y por ende dicen que pierde el lobo los dientes y no las mientes. Otrosí, no os aseguréis en aquel viereis cómo os aconseja con miedo y con lisonja, más que con amor; ca amor verdadero no es el que con miedo o con lisonja se muestra. Ca entre todos los hombres escogeréis por consejeros los hombres sabios y antiguos y no muy mancebos. Y los mancebos páganse de andar en trebejos y en solaz, y quieren comer de mañana, ca no han seso cumplido como deben. Onde dice la Santa Escritura, que no está bien al reino donde el Rey es mancebo y sus privados y sus consejeros comen de mañana. Pero algunos mancebos hay en que Dios quiso poner su gracia, y sacolos de las condiciones de la mancebía, y dales seso natural, comoquiera que en pocos acrece esta gracia y este don cumplido.

Otrosí, míos hijos, mientras mozos fuereis y no hubiereis entendimiento cumplido, pugnarán los hombres que no quisieren vuestra honra, y de hacer su pro convuscos, y no catarán sino por hacer bien a sí y apoderarse de vos y deshacer y desapoderaros, ca cuando fuereis grandes y hubiereis el entendimiento cumplido, que no los podáis de ligero deshacer, maguer hagan por qué, ni podáis hacer justicia en aquellos que la merecen; ca ellos se paran a defenderlo, como aquellos que no querrán que justicia se cumpla en ellos ni en otros ningunos. Y ciertas, mientras de pequeña edad fuereis, no se trabajarían en al sino en traeros a pobredad, halagándoos y aconsejándoos que uséis de mocedades en comer y en beber, y en todas las otras cosas que place a los mozos, metiándoos a saña contra aquellos que quisieren vuestro servicio y vuestra honra, y buscaros han achaques, convusco porque vos hagáis mal, en manera que los alonguéis de vos y no puedan aconsejar lo mejor, y ellos puedan cumplir convusco sus voluntades y hacer lo que quisieren. Onde ha mester que paréis mientes en tales cosas como estas, y no queráis en mozos sin entendimiento traer vuestra vida, mas allegaréis a vos los hombres antiguos y de buen entendimiento, y los que sirvieron lealmente aquellos onde vos venís, y no a los que desirvieron; ca los hombres comen agraces, con dentera fincan, y los que una vegada desirven, no se lo mereciendo el señor, con recelo del yerro en que cayeron, siempre fincan con mala voluntad y recelo de lo que han hecho contra el señor, y que quisieran siempre por señores apoderados de él, y no él de ellos. Y por ende, os debéis guardar de tales hombres como estos, y no fiar vuestros cuerpos ni vuestras haciendas mucho en ellos; comoquiera que los habéis a retener lo más que pudiereis, haciéndoles bien y merced; ca con todos los de vuestro señorío, buenos y malos, habréis a parar en los hechos grandes cuando os acaecieren; mas por la bondad y lealtad y buen consejo es más de preciar y de honrar que la maldad y la deslealtad, y el buen consejero guardaros han

de yerro y de vergüenza, y siempre pugnarán de acrecentar vuestra honra y vuestro bien. Y los malos, desleales y de mal consejo, placerles ha cuando en yerro y en vergüenza cayereis, y serán en consejo de amenguar vuestra honra y el vuestro poder, porque mal no les podiereis hacer.

Otrosí, míos hijos, guardaos de meteros en poder de los fariseos, que son muy sutiles en toda maldad y son enemigos de la vuestra fe, ni pongáis en ellos vuestros hechos por ninguna manera. Ca esta es la natural enemistad de querer siempre mal los judíos a los siervos de Dios, por el yerro y el pecado en que cayeron a la su muerte; ca bien así como ellos son y débense siervos de los cristianos, si pudiesen pondrían en servidumbre ellos a los cristianos, y lo harían de grado. Y por ende, cuando hubieren poder en la vuestra casa, pugnarán de os halagar con aquellas cosas que entendieren que os placirá so alguna color, que os mostrarán qué es vuestro servicio y qué podáis haber, mas catarán en cómo se estraguen vuestros pueblos y ellos serán ricos. Y cuando los pueblos no hubiereis para serviros de ellos, no habréis qué dar a los vuestros ricos hombres, y habrán de buscar otros señores, y desampararos ha, y serán contra vos. Y después que os vieren solos estos que os aconsejaron, irse han para los otros y prestarles han lo que hubieren contra vos, porque los defiendan de vos. Ciertas, no es maravilla que el enemigo de Jesucristo cate carreras de mal contra los sus siervos, ca de natura les viene esta enemistad. Onde todos los señores cristianos deben primeramente desechar a los enemigos de la fe, en manera que no les finque poder ninguno con que los puedan empecer, y no les deben meter en sus consejos, ca dan a entender que en sí mismos no hay buen consejo, ni en los de su ley. Y estos, con sutilezas malas que hay entre ellos, señaladamente los judíos, pugnan en deshacer los buenos consejos de los príncipes, metiéndolos a que saquen más de su tierra, y los príncipes con codicia créenlos, ¡mal pecado!, y caen muy grandes peligros muchas vegadas por esta razón.

Sabed que dice el cuento que se halla por la Santa Escritura que antiguamente, en Judea, con gran malicia que entre los judíos había, hicieron entre sí tres sectas, queriendo engañar los unos a los otros con maestrías y sutilezas malas; ca de tal natura son, que no saben vivir sin bullicios malos y llenos de engaños. Y a la una secta de ellos dijeron fariseos, y a la otra saduceos, y a la otra eseos; ca los fariseos tomaron el nombre de Farán, que fue fuera de la ley de los judíos, y así los fariseos eran de fuera de la ley, y traían pedazos de cartas en las frentes y en los brazos diestros, porque se acordasen de la ley, y traían en los cabos de las faldas espinas, por cuando los hiriesen las espinas en las piernas, que se acordasen de los mandamientos de Dios. Y esto hicieron por engañar las gentes y que no los entendiesen que eran perdidos de la fe; ca el que bien creyente es, en el corazón tiene las espinas para acordarse de ella y de los mandamientos de Dios. Ca sí, los sacerdotes eran herejes y decían que los muertos no habían de resucitar, y el alma luego que debía morir en el cuerpo, y decían que no cuidaban que eran ángeles en los cielos, y llamábanse justos tomando el nombre de Sedín, que es el nombre de Dios, que quiere decir poderoso

sobre todos los poderosos Y otrosí, los eseos fueron partidos de la fe y fueron dichos eseos porque fueron de todo el estado de la creencia de los otros, y se acordaban con ningunos de los otros en ninguna cosa; y tomaron vestiduras blancas y nunca casaban y esquivaban a los casados, y no querían haber lugar cierto donde habitasen, sino donde los acaecía. Y no adoraban sino el sol cuando nacía, y no otra cosa ninguna. Y ciertas, aún ha entre ellos muchas malas divisiones, cuidando engañar los unos a los otros. Y comoquiera que se quieren encubrir, no pueden, ca las malas cosas los descubren. Ca dice el sabio que no hay ninguna cosa tan escondida que no sea sabida, mayormente la maldad, que no se puede encubrir. Ca dice la Escritura que la mala fama antes es publicada que la buena loada. Y en otra manera dice el verbo: «La mala fama, antes descubierta que la buena sea cierta». Onde, si entre ellos no ha amor verdadero, y los unos cuidan engañar a los otros, ¿cuánto más debemos creer que se trabajaron de engañar a los siervos de Jesucristo que quieren mal de muerte por la fealdad y la traición que hicieron sus abuelos en la su muerte? Ca los sus abuelos comieron el agraz y en ellos fincó la dentera de la fealdad contra los hijos de Jesucristo. Confúndalos Dios con tal dentera, ca tornada se les es en natura contra los cristianos, y nunca la han a perder; así la arraigaron en todos los que de ellos descienden, desamando a Jesucristo y a todos los suyos. Ca luego que supieron que Jesucristo era nacido, luego descubrieron que lo querían mal, y diéronlo entender por dicho y por hecho así como ahora oiréis.

Dice el cuento que en el tiempo de César Augusto, emperador de Roma, cuando mandó que hiciesen escribir todas las personas del mundo, porque le diese cada uno el tributo que le habían a dar, los judíos que eran sujetos al Emperador, con gran malicia que entre ellos había, cuidando engañar al Emperador, loábanlo delante diciendo que era justiciero y que gran derecho era de darle el tributo, como aquel que se paraba a defenderlos: mas encubiertamente ponían bullicio y escándalo entre las gentes, diciendo que los que daban las décimas y las primicias a Dios de lo que ganaban, que no era derecho de ser sujetos al Emperador ni le dar tributo ninguno. Y cuando el Emperador cayó en este bullicio en que andaban, dioles por rey a Herodes, y mandó que hiciesen coger el tributo de ellos. Y de entonces acá fue establecido que anduviesen señalados de vil señal, por que fuesen conocidos entre todos los del mundo. Ca así es guardado este establecimiento por todo el mundo, si no en las tierras que fueron destruidas y ellos han poder. Y cuando el rey Herodes envió sus caballeros a saber de la nacencia de Jesucristo, después que supo que era nacido, los fariseos, que se tenían por sutiles de engaño, enviaron sus mensajeros con ellos muy castigados de lo que dijese e hiciesen, y con lisonja decían a los caballeros del rey Herodes, así como en manera de escarnio, que supiesen ciertamente que el rey Herodes era el Jesús que iban a demandar, y que lo trajesen, lo que nunca fue hallado por escritura ninguna.

Y cuando hallaron el Jesús preguntáronle los fariseos y dijéronle delante de los caballeros de Herodes: «Maestro, sabemos de todo en todo que eres verdadero, y que

demuestras y enseñas la carrera de Dios verdaderamente, y no has cuidado de ninguna cosa, ca no hacéis despartimiento entre los hombres de decir verdad. Dinos delante de estos caballeros del Rey si nos conviene de dar el tributo al emperador César, que nos demanda, o no».

Y esta pregunta hacían ellos a Jesús cuidando que les diría que no se lo habían de dar, porque hubiesen razón los de la tierra de moverse contra el Emperador y se moviese el Emperador contra el Jesús a hacerle mal. Y el Jesús, viendo y conociendo la su maldad y las palabras engañosas que le decían, respondiotes y díjoles así: «¡Oh hipócritas!, ¿por qué me tentáis?». Ca la primera virtud de aquel que ha de responder a la demanda que le hacen es conocer la voluntad de aquellos que la demanda hacen. Ca hipócrita quiere decir el que demuestra por palabra lo que no tiene en el corazón. Y díjoles: «Mostradme la moneda cuál es, de que él os demanda el tributo». Y ellos mostráronle un dinero en que había la imagen de César. Y era escrito encima su nombre. Y el Jesús catola y díjoles así: «Dad a Dios aquello que es de Dios, y dad a César aquello que es de César». Y esto quería decir que diesen a Dios las décimas y las primicias y las ofrendas y los sacrificios, y a César el su tributo que había de haber.

Y después que vieron que no le podían traer a lo que querían, con muy gran engaño y con mala sutileza que en ellos había, cataron carrera y manera por que lo hiciesen matar, así como lo hicieron, teniendo que si mucho durase al mundo, que ellos no podrían cobrar de sus maestrías y de sus engaños por la sabiduría y buen entendimiento que veían en el Jesús. Ca tantas señales veían cada día en él, y tantos milagros hacía entre todos, que habían miedo de perder el su poder y la gloria en que estaban, por que los tenían por muy sabios y por muy sutiles. Y por ende, no holgaron hasta que lo hicieron matar, y comoquiera que Él se quiso sufrir la muerte por nos pecadores salvar; ca Él había poder sobre los otros y no los otros sobre Él, mas quiso ser obediente a Dios Padre, y cumplir el su mandamiento, y que recibiese esta muerte porque las almas no se perdiesen, así como se perdían antes que Él la su muerte recibiese. Y por ende, míos hijos, por el mío consejo nunca os meteréis en su poder ni los creeréis de consejo, por dones que os den ni por empréstito que a vos hagan, ca no os hallarán lealmente, ca no les viene de natura.

Y otrosí, míos hijos, pugnaréis de ganar amigos y en guardar y retener lo que hubistes ganado; ca muy de ligero se puede ganar el amigo, y es muy grave de retener; y por los guardar y retener os debéis guardar de no les hacer enojo en ninguna cosa; ca el amigo, cuando del su amigo recibe daño o enojo, más gravemente se siente y se ensaña que si otro hombre extraño se lo hiciese, ca dóblase el dolor por que recibe daño o deshonor de aquel que le debe guardar en todas cosas. Onde dice un sabio que tanto es el tuerto de cuanto más de cierto le viene; así como le viene de aquel que tiene hombre por amigo, y con razón. El mayor mal que puede ser, cuando viene a hombre daño y deshonor de aquel onde esperó recibir pro y honra; ca cuanto más enfía hombre en su amigo, si engañado es de consejo o en al, tanto mayor

quebranto recibe en su corazón, porque recibe engaño de aquel de quien debe ser guardado o bien aconsejado. Y si quisieréis guardar bien vuestros amigos, sedles de buen talante.

Ca el hombre de mal talante es de mala ventura, por que se hace desamar. Ca el que es alegre y de buen recibir es llave de amor, y los que no han abundo de haber con que puedan ganar amor de los hombres, hayan abundo de buen talante, ca esos hacen buena vida; con hombre de mal talante, por fuerza se habrá de ensañar contra él, maguer sea paciente. Y el hombre de buen talante y de buena verdad debe haber en sí tres cosas: la primera, paciencia con que sepa llevar bien los hombres; la segunda, castidad, porque no peque; la tercera, buen talante con que gane amigos, y pueda ganar los hombres con buen talante, mas que no los puede ganar con su religión. Y sabed que el mejor compañero que hombre puede haber para haber vida holgada, es ser hombre de buen talante. Y el hombre de mal talante no puede ser leal ni de durable amor. Y quien fuere de dulce palabra sin engaño, será amado de los hombres; pero que todas las buenas maneras ha hombre mester la gracia de Dios para guardar verdad y lealtad a sus amigos: la primera, que los salve doquiera que los halle; la segunda, que los reciba bien cuando a él vinieren; la tercera, que los razone bien en plaza donde ellos estuvieren.

Y quien se aviniere con sus amigos ganará su amor, y el que no lo hiciere ganará su desamor. Onde en la avenencia viene solaz y placer, y con la desavenencia viene desamor y pelea. Y quien se hace a los hombres con mesura gana su amor, y quien los esquivo gana soledad. Pero más vale a hombre andar señero que con mal compañero, ca con la compañía de mal compañero no se puede hombre bien hallar; y por ende dicen que quien con perros se echa, con pulgas se levanta.

Y cuando se acuerda el buen amigo con el otro, crece el amor entre ellos, ca la concordia trae el amor de nuevo, y la discordia mata el amor antiguo y aduce desamor de nuevo, y destuerce el amor encubierto; por ende el acuerdo da alegría y amor, y el desacuerdo aduce enemistad y desamor.

Otrosí, míos hijos, debéis ser francos de lo que hubiereis en aquellos lugares donde entendiéreis que cumple. Ca franqueza es nobleza de corazón, y el que es franco es señor de lo que ha, y el escaso es siervo; y comoquiera que debéis ser francos en partir lo que hubiereis, debéis ser de buena previsión en guardar lo más que pudiereis, y no venir a gran mengua; ca, ¡mal pecado!, pocos amigos hallaréis al tiempo de ahora, que os acorriesen con lo suyo, a gran pro de sí y a gran daño de vos. Y cuando gran tesoro hubiereis que dar, y así habréis vos hombres.

Ca sabed que la riqueza es apostura y la pobreza despreciamiento; ca ella aduce al hombre flaco a descreencia, y con las riquezas se ganan los precios de este mundo. Y por lo que es loado el rico, es denostado el pobre; ca si el pobre fuere esforzado, dirán que es loco; y si fuere asesegado, dicen que es torpe; y si bueno es, traerá para llegar a la ganancia, ca no es ganancia lo que no se gana bien, antes pérdida para el cuerpo y para el alma, ca el cuerpo finca desfamado y el alma perdida. Y por ende,

míos hijos, pugnaréis de ser de buena previsión; ca bien creo que si los hombres quisiesen saber qué cosa es previsión, muchos la preciarían y usarían de ella; ca previsión es conocer las cosas presentes que tiene hombre ante sí del estado en que está, y parar bien mientes a lo que ha de venir, y a qué puede recudir el su estado y la buena andanza en que es; ca el oficio de la previsión es escudriñar y adivinar las cosas que han de venir, y guarnécese con buen consejo contra el tiempo peligroso y lleno de mezquindad cuando viniere. Y no cumple catar a hombre lo que tiene ante sí, mas catar lo de adelante; ca la buena sabiduría del hombre halla las salidas de las cosas presentes y sabe a lo que han de recudir. Onde dice Salomón: «El tu catar siempre vaya adelante los tus pasos», que quiere decir: lo que quisieréis comenzar, antes que lo comiences para mientes a lo que puede recudir, y así lo podrás bien acabar. Y si así lo quisieres catar, la tu caída será al tu comienzo. Y por ende dicen que quien no cata adelante, cáese atrás. Ciertas, de buen engeño y sutil es el hombre que quiere antes catar lo que puede acontecer en las cosas que quiere hacer, y si algo y aconteciere, que debe y hacer por guardarse. Y no debe y cometer ninguna cosa por que pueda decir después: «No cuidaba que así sería, ca si lo supiera no lo hiciera»; ca este tal puede decir que es sin previsión. Y ciertas, sin previsión no puede hombre andar vida holgada ni segura hacer, sino el descuidado y perezoso, que no quiere catar su hacienda, ca no sabe en cómo se hayan a mudar los tiempos. Y por ende todos los hombres deben hacer su vida con buena previsión, tan bien los de gran estado como los de pequeño. Y cualquiera de ellos que venga a pobredad y a mengua por no querer vivir con previsión, no debe culpar a los que no quieren acorrer, mas a la culpa del mismo, que quiso haber previsión para el tiempo fuerte que vino después de la su buena andanza, y de la riqueza que hubo en el tiempo que se pudiera proveer. Y por ende todo hombre debe ser mesurado en su despensa.

Y todas las cosas del mundo deben tener medida, pues quien pasa la medida hace además, y quien no la cumple mengua. Y ciertas, más vale ser mesurado. A quien lo depende con mesura, dúrale su haber, y el que es desgastador va su haber a perdición. Y sabed que con tres cosas se afirma la bondad de los hombres: la primera es sufrido; la segunda que sea perdonador cuando fuere poderoso; la tercera que sea mesurado cuando fuere señor. Y míos hijos, debéis ser pagados cuando hubieseis tanto haber que os cumpla, ca el haber a demasiado dañoso es y lacerio muchas vegadas de aquel que lo ha, salvo ende los reyes, que lo han mester de guardar para los grandes hechos. Y gran mal es el haber además; y por ende dice un sabio que lo mejor de todas las cosas es: «Lo mediano tuvieron los de buena ventura, ca los cabos no son buenos, salvo ende del buen hecho, que ha buen comienzo y mejor fin. Y el que quiere ser seguro de no haber mengua, viva con mesura y con previsión, maguer sea pobre. Y sabed que la mesura aprovece lo poco. Pues no dudéis de despende y donde debéis. Y por ende dice que el que es de buena previsión es sesudo.

Y ciertamente, míos hijos, no hay mejor ganancia que seso, ni mejor riqueza, y no hay mayor pérdida ni mayor pobredad que locura y torpedad; ca el loco, cuanto más

le crece el haber y el poder, tanto crece en la soberbia. Y ciertamente fuerte dolencia es en el hombre la locura, y por ende dicen que quien de locura enferma, tarde sana. Onde sabed que el cuerpo es como el reino, y el seso como el Rey, y las maneras como el pueblo; pues si pudiere el Rey más que el pueblo, endrezarlo ha, y si pudiere el pueblo más que el Rey, puede perder el Rey el pueblo. Y los corazones sin seso son como la tierra poblada de buenos pobladores; ca los sesos pobladores son del corazón. Y sabed que el seso es guardador del cuerpo en este mundo y de la alma en el otro; pues cuando Dios quiere toller su merced a algunos, lo primero que le hace, tornar el seso. Onde ved cuál es la nobleza del seso; que el que no la ha no la puede comprar por haber, y el que la ha, no se lo puede hurtar; y maguer despenda hombre de ella, no mengua. Y por ende, mejor es que sea hombre cumplido de seso y menguado de palabra, que cumplido de palabra y menguado de seso; ca el seso es padre del creyente, y la paciencia es hermana, y la mansedad su guardador. Pues no hay mejor amigo que el seso, ni peor enemigo que la locura. Y quien no gana seso no vale nada de cuanto ganó. Y quien ha cumplimiento de seso nunca habrá mala mengua. Y aquel es sesudo el que no ha envidia a ninguno ni tiene mal corazón; no lo engañan ni lo maltrae que le tomen lo suyo sin razón. Otrosí, es sesudo a quien no vence su voluntad y pechó mucho por el poco que le hacen, y no sabrá de las cosas en que le metan.

Pero comoquiera, míos hijos, que os aconsejo que seáis de buena previsión en lo que todos los hombres deben querer, mándoos que si Dios os diere tierras a mandar, de que seáis señores o reyes, que no queráis ser escasos, mas que seáis muy liberales, que quier decir francos; ca la libertad es virtud que siempre se mantiene en dar y en galardonar; mas con todo esto que yo os mando, guardad que el vuestro don no sea mayor que la vuestra riqueza, ca no lo podríais cumplir, y seríais en vergüenza y en daño. Otrosí, por saña que hayáis contra aquel a quien hubiereis dado, no se lo queráis hacerir ni retraer, ca ley es establecida entre el que da el don y el que lo recibe, que el que lo da luego lo debe olvidar y no nombrarlo ni alabarse de ello en ningún tiempo; ca nunca el hombre bueno debe pensar en lo que ha dado, mas en lo que debe dar. Y el que lo recibe, siempre le debe venir en mente del don que recibe para reconocerlo a aquel que se lo dio.

Y si alguno no os conociere cuando hubiereis mester su ayuda, y fuere contra vos, no deis nada por ello, ca la desconocencia los traerá a caer, así como Lucifer, que cayó del cielo a los infiernos por la desconocencia que hizo a Nuestro Señor Dios. Y si alguno os dijere que sois de mala ventura en lo que dais y empleáis en aquellos que son contra vos o contra las vuestras cosas, decid que aquel es de mala ventura el que no reconoce bien hecho, ca vos hicistes lo que debéis y lo que os cae. Y muchos dones había el hombre a perder, dándolos hasta que acaeciére en hombre en que sean bien empleados. Y por esto dicen: «Haz bien, y no cates a quién». Ca si hombre catase cada que don quisiese dar en quién lo emplease bien, por ventura sí podría hallar o conocer tal hombre en que fuese bien empleado; ca el entendimiento del

hombre muchas vegadas es en querer de conocer cuál es el bueno o cuál es el malo, ca muchos semejan buenos que no lo son, y de muchos cuidan los hombres que son malos que no es así. Y por ende daréis vuestros dones de grado y aína, ca no es mucho de agradecer el don cuando mucho dura entre las manos de aquel que lo debe dar, pero que cerca semeja que está de negarlo el que no lo quiere dar luego o lo detarda, ca da a entender que duda en darlo, pues tarde lo da. Y ciertas, tanto tollió de las gracias que le debía por el don cuanto alongó y detardó el don que prometió al que se lo demandó; ca todo hombre que ruega a otro por alguna cosa, ciertas con vergüenza lo ruega. Y por ende no ha mucho que agradecérselo, si se lo detardó. Si él quisiese dar el don, lo da antes que se lo rueguen, hace mayor el su don de cuanto es; ca muy gran bien es dar la cosa a quien la ha mester antes que la demande.

Y míos hijos, parad vos mientes en esto que ahora os diré, y es verdad que no ha cosa que tan cara cueste como por lo que hombre mucho ruega. Y ciertas, muy triste palabra y de gran encargo haber hombre a decir a otro con gran vergüenza: «Ruégote que me des»; y por ende es de agradecer más el don pequeño que se da aína, que el gran don que se da tarde. Otrosí, míos hijos, de todos os guardad de no negar el don con manera de artería maliciosa al que os lo demandare, así como hizo el rey Antígono a un juglar que le demandó un marco de oro porque cantó ante él, y respondió que no se lo daría porque le demandaba más de cuanto convenía; y desí, demandole el juglar un dinero, y dijo que no se lo daría, ca menos demandaba que no convenía a rey dar, ca no era don de rey. Ciertas, maliciosamente se lo negaba, ca pudiérale dar un marco de oro así como juglar. Y este rey no quiso semejar a Alejandro, que dio a un hombre de pequeño estado una gran ciudad; y díjole aquel a quien lo daba a él: «Señor, no conviene a hombre de tan pequeño estado como yo tan gran don como este». Respondió Alejandro como aquel que era grande y de noble corazón en sus dones, y dijo así: «No demando yo ni caté qué convenía a ti recibir, mas qué es lo que conviene a mí dar». Ciertas el rey Alejandro no habló con maestría de engaño, mas con nobleza de corazón.

Y por ende, míos hijos, con ningunos hombres en el mundo, maguer extraños, mayormente con los de vuestra tierra, de quien habéis a ser servidos y guardados, no hablaréis con maestría ni con manera de engaño, ca entenderos han y querrán ellos hablar convusco otrosí con maestría; ca por cual carrera lo quisiereis llevar, por tal os llevarán. Onde dice la Escritura que por tales debe ser hombre juzgado, por cual él quiere juzgar a los otros. Y aunque no entienda luego la maestría y el engaño en que los traéis, cuando lo supieren y vinieren al hecho, sentirse han mucho y pugnarán de acaloñarlo lo más que pudieren, como aquellos que se sienten del mal y del engaño en que los traen aquel que los debía guardar. Y ciertas, es cosa de este mundo en que más yerran los grandes señores, sí es esta: en cuidar que los hombres a quien ellos hablan con maestrías de engaño, que no los entienden. Y si bien quisiesen en ello pensar, debían a entender que algunos hay tan sutiles como ellos que los entienden. Y si no se atreven a decírselo que no les hablen con engaño, ca tantas maneras de

engaño para responderles. Y si no osan ni pueden, por miedo de la crueldad del señor que se hace mucho temer, piensa para desembargarse de él; así como aconteció a un rey de Éfeso muy rico y muy poderoso.

Dice el cuento que este rey de Éfeso, que nunca quería hablar con los de su tierra ni aun con los de su casa, sino con malicia y con soberbia y con manera de engaño, y no se supo guardar de las maestrías de los otros con quien él fiaba. Y tan grande era la crueldad que todos los de la su tierra y de la su casa tenían ante él y aun cuando oían hablar de él. Y si algunos por el servir lo desengañaban de estas cosas, queríalos mal y arredrábalos de sí, y perdían el su bien hecho por bien hacer. Y por ende dicen que: «Ni bueno hagas, ni malo padas». Y por eso no le osaban decir ninguna cosa, maguer lo veían decir y hacer cosas desaguisadas, de guisa que todos le aborrecían y se enojaban de él.

Así que un conde, el más poderoso de la tierra, a quien él hiciera muchas deshonras de dicho y de hecho, no cuidando que lo entendían el hecho y el engaño que le traían, viendo que toda la gente del reino era muy despagada de él, cató manera de engaño en cuál guisa se podría de él vengar, no catando si le estaba bien o si mal; ca tan gran afincamiento lo tenía el Rey, llevándolo a mal todavía con maestrías de engaño, y aun a paladinas muchas vegadas, que hubo el Conde a pensar en lo peor contra el Rey. Y por ende dicen que «can con angusto a su dueño torna al rostro». Y sintiéndose mucho el Conde, dijo al Rey por arte que quería quemar una hija que había y no más, por cosa que hiciera por que debía ser quemada. Y hizo pregonar por todo el reino que viniesen todos a ver la justicia que quería hacer de su hija. Y cuantos lo oían se maravillaban mucho, y se espantaban de esta crueldad tan grande que quería hacer el Conde, ca la doncella era la más hermosa de todo el reino y de mejor donaire, y la más guardada que todas las cosas, y la más demandada para casamiento, tan bien de hijos de reyes como de otros grandes hombres.

Y cuando fue el día del plazo a que el Conde decía a que la había de hacer quemar, mandó poner mucha leña en medio del campo. Y luego que llegó y el Rey, preguntó en cómo hacía traer su hija para hacer justicia de ella, así como dijera del otro que decía el Conde que quería hacer, no parando mientes ni pensando el mezquino de cómo otro era el pensamiento del Conde, y no matar su hija; ca la cosa del mundo que él más amaba aquella era, ca no había otro hijo ninguno. Y el Conde le dijo: «Señor, atiengo que se llegue más gente». Pero que era llegado toda la mayor parte del reino, y con maestría de engaño díjolo así: «Señor, mientras la otra gente se llega, paraos a hablar con estos hombres buenos y con los del pueblo en cómo haga la justicia como deba». Y el Rey se apartó, no entendiendo el engaño en que lo traían con palabras de maestrías, y comenzó el Rey a escarnecer y a decir mucho mal del Conde, placiéndole porque quería matar a su hija. Y el Conde fuese para el pueblo y comenzó a hablar con todos los del pueblo que y eran, y díjoles así: «Amigos y parientes, convusco he buenos deudos de parentesco y de amor, ca de vos recibí muchos placeres y muchas honras, por que soy tenido de querer vuestro bien y de

sentirme de vuestro mal así como del mío, ca no es amigo ni pariente el que de daño de sus amigos y de sus parientes no se siente. Y por ende quiero que sepáis que en gran peligro vivimos todos con este señor, no habiendo duelo ni piedad de nos; ca él fue servido de nos en todas cuantas cosas quiso a su voluntad, y él por su desventura y la nuestra siempre nos habló con maestría y con engaño, encubiertamente y a paladinas, por llevarnos a mal, y deshonorarnos y aviltar, teniéndonos en poco, no queriendo haber consejo sobre las cosas que había de hacer en la su tierra; y sin consejo de demandar, y no quisiese obrar por el consejo que le daban, mas por su voluntad, y nos dice que no es hombre quien por consejo de otro se guía, ca se da por menguado de entendimiento. Y ciertas, esto es contra las opiniones de los sabios, que dicen que no debe hombre ninguna cosa hacer sin buen consejo, y mayormente en los hechos que acaecen de nuevo; ca a nuevo hecho ha mester nuevo consejo, para ir más ciertamente a lo que hombre hacer quiere, así como a nuevas enfermedades y no conocidas conviene de hallar nueva melecina. Y ahora he pensado de cómo nos deshaga de cuanto habemos con maestrías de engaño, y a los que entendiese que no queremos consentir en lo que él quiere hacer y el engaño en que nos trae, y que ninguno de nos, maguer lo entiende, no osaban hablar en ello, quíseme aventurar y poner en este tan gran peligro por apercibiros, y dije que quería mandar quemar mi hija, e hícelo pregonar por toda la tierra, porque os ayudaseis todos y supieseis este gran mal vuestro en que vos el Rey andaba, y tomásemos y consejo. Y amigos, yo dicho he lo que os había a decir, que de aquí adelante pensad de os guardar; ca yo cierto soy que luego que él sepa esto que vos yo aquí dije que me mandará matar de cruel muerte». Y uno que era de consejo del Conde levantose y dijo: «Amigos, matemos a quien nos quiere matar y nuestro enemigo es». «Ciertas», dijo el Conde, «verdad es, y bien semeja que queremos mantener necia lealtad viendo nuestra muerte a ojo, y él que nos quiere matar, y dejarnos así matar como hombres descorazonados». Y sobre esto levantose uno de los del pueblo, y dijo: «¿No hay quien le dé la primera pedrada a quien nos quiere matar?». Y abajose y tomó una piedra y tirola contra el Rey, y todos los otros se movieron luego e hicieron eso mismo, de guisa que lo cubrieron de piedras y matáronlo, no catando los mezquinos de cómo cayeron en traición, que es una de las peores cosas en que hombre puede caer. Y ciertas, esto pudiera excusar el Rey si él quisiera mejor guardar y vivir con los de su tierra así como debía, no metiéndoles ni queriendo andar con ellos en maestrías de engaño.

Onde, míos hijos, por el mío consejo vos seréis siempre buenos y leales y verdaderos a la vuestra gente, y no les hablaréis en ninguna cosa con maestrías de engaño. Y maguer les diga verdad, no lo pueden creer por las malas maestrías de engaño que trae todavía con ellos, y cuidan que siempre los quiere matar y engañar. Y por ende, míos hijos, os guardaréis de no hablar con hombres con maestría ni decir mal de ellos en puridad ni en público; ca cuatro maneras son de hombres en que debemos mucho parar mientes si quisierais haber vida holgada y segura; la una es el

hombre que no dice mal ni hace a ninguno, mas ha sabor de vivir en paz y servir lealmente al que ha de servir. Este tal es como el buen can que no ladra sino cuando es mester en guardar lo de su señor con defendimiento de sí mismo; la otra manera es el que calla y hiere, y codicia hacer golpes naturales, y no huelga si no hace sangre. Y este tal es como el can que no ladra, y muerde a escuso y hace sangre con voluntad de deshacer y toller del todo al que muerde. Y de estos tales os guarde Dios, ca estos sufren mucho y responden; y cuando ven que ha tiempo muerden y hieren y hacen golpes sin piedad, no catando si hacen mal, queriendo cumplir su voluntad así como hizo el Conde al rey de Éfeso, como ya oísteis. La otra manera de hombres es el que dice y no hace; y este tal no puede mucho empecer, y por el mucho decir de él se apercibe aquel contra quien dice, o por ventura dice mucho por meter miedo con gran miedo que él ha. Y este tal es como el can que mucho ladra y no osa morder, mas ladra mucho por espantar, con flaqueza del corazón. Y la otra manera de hombre es el que dice y hace en plaza, con razón y con buen esfuerzo. Y este tal es esforzado y de buen corazón, teniendo siempre razón y derecho, que es cosa que esfuerza más el corazón para ir por su hecho adelante. Y este tal es como el buen can, que ladra y muerde con buen corazón cuando debe, y no duda de trabar y donde debe, y le manda aquel que se lo puede mandar.

Onde, míos hijos, si bien quisieréis parar mientes en estas cuatro cosas y maneras de hombres, saberos habéis guardar de vivir entre ellos muy bien a honra de vos, no queriendo hablar con ninguno con maestría de engaño, mas honrándolos y haciéndoles gracia y merced según que cada uno lo mereciese, ni queriendo oír mal de ninguno ni loar que se lo dice, ni defendérselo que no lo diga, en manera de escarnio, diciéndole: «Calla, no lo digas», y desí tomar y preguntarle: «Di otra vegada, ¿cómo dijiste?», queriendo y habiendo sabor que lo diga, así como aquellos que han sabor de mal obrar y de mal decir, y se deleitó en cosas en que podrían tomar mayor deleite, y más a pro y a honra de sí para los cuerpos y para las almas.

Y otrosí, míos hijos, guardaos de no hacer querrela a ninguno de aquel que no os quiere reconocer el don que le diereis, ca en querrellándoos de él haréis de él malo, y en sufriéndole por ventura haréis de él bueno; como el hombre cuando hace algún mal y no le es afrontado, esto es vergüenza dudosa, cuidando que aún no sabe aquel mal que hizo; ca después que afrontado se pierde la vergüenza y el afrenta pasada, no dan nada por ellas y hácese peor por ella; ca la mayor vergüenza es sobre aquel mal que hizo no puede pasar. Y míos hijos, ¿por qué afrontaréis al que hicieréis muchos bienes? No lo hagáis, ca de amigo hacerse ha enemigo. Y si no lo hallabais cual lo esperabais, haced enfinta cosa que no lo entendáis, y si desconocido es en una cosa, por ventura que no será en otra; y si la segunda lo fuere, en la tercera; si bien le hicieréis, acordarse ha de cómo falleció y os erró en dos cosas, y si de entendimiento es, gran vergüenza le tomará de fallecer en la tercera. Y si en la tercera os falleciere, dende en adelante no habéis y que hacer más. Pero, míos hijos, no dejaréis de hacer bien, maguer no os lo conozcan.

Ca el bien hacer es consejo durable. Y el bien hacer se cumple con tres cosas: la primera, que lo haga aína; la segunda, que lo haga hombre en puridad; la tercera, que tenga que hizo poco maguer que haya hecho mucho; ca sabed que con el bien hacer se desvía de muchos contrarios, pues al que hace Dios mucha merced ha de sufrir de los hombres muchos embargos, y si los quisiere sufrir, es aguisado de perder aquella merced, ca mucho ama Dios el que hace bien a los hombres, y desama quien lo puede hacer y no lo hace. Onde quien bien hace no cae, y si cayera muchos hallará que le ayudarán a levantar. Y quien bien hace, mejor es aquel bien. Y el que mal hace, peor es aquel mal. Y el que hace el bien no pierde su galardón, maguer no lo reciba de los hombres, ca el bien hacer Dios lo galardona. Y por ende conviene al hombre hacer bien en cuantas maneras pudiere, maguer sean las más angostas y los caminos ásperos. Y sabed que todo bien hacer es merced, y no debe hombre retraer el bien que hiciere, ca más apuesto es no hacer bien que hacerlo y retraerlo. Onde dijo la Escritura: «El bien que hiciere la tu mano diestra, no lo sepa la siniestra». Y por ende dice la Escritura: «Haz bien y no cates a quién».

Otrosí os aconsejo que aquel a quien dieseis vuestro don, que no lo queráis traer a juicio sobre ello, ca luego dejará de ser don y semejaría emprestado, y lo que era derecho de daros gracias por ello y os lo reconocer con razón. Mas, míos hijos, si queréis semejar a Dios en las obras, dad a quien os demandare y a los desconocidos; ca Dios así lo hace. ¿Y no veis que cuando nace el sol tan bien escalienta a los malos como a los buenos? Y ciertas, no queda Dios de acrecentar en sus bien hechos, con intención que se aprovechen de ellos todas las cosas del mundo. Y por ende, si le queréis semejar en las obras, dad mientras pudiereis, maguer muchas cosas sean mal empleadas y no os las conozcan; ca el desconocido no hará a vos tuerto mas a sí mismo, porque mengua en él su entendimiento que Dios le dio para conocer bien y mal. Ca el de buen conocer siempre se deleita en don que recibió, ca se acuerda de él todavía. Y el desconocido no se deleita en el don más que una vegada, y esto es cuando lo recibe; ca luego lo olvida.

Otrosí, lo que prometiereis, dadlo en todas guisas, ca si no lo diereis juzgaros han por mentirosos y desvariados en vuestros dichos y que no estáis en lo que prometéis. Y si don prometiereis a cual no es digno ni lo merece, debéisselo dar pues se lo prometistes, no en manera de don, mas por ser estables en una palabra. Pero comoquiera que debéis dar al que os demandare, conviene que sepáis por cuantas partes pudiereis si es bien acostumbrado, y de qué vida es, y qué corazón tiene contra vos, y si vos podéis de él aprovechar. Y si en los dones temporales esto se debe guardar y catar, mucho más se debe catar en los espirituales aquel a quien parece alguna señal de virtud, comoquiera que de algunos malos sea catado; ca aquella señal de virtud lo puede traer a ser hombre bueno. Y si esto se debe hacer en los dones espirituales, cuánto más en los dones temporales. Más valen los pequeños que se dan a menudo, y más aprovecha a quien los dan, que no los dones grandes que se dan de tarde en tarde; ca a quien dan algo de cada día, siempre tiene ojo por aquel que se lo

da, para guardarlo y para servirlo; y aquel a quien dan el don grande, cuidando pasar su vida con aquello que le dan, y teniendo que tarde o nunca podría alcanzar a otro tal, no tiene ojo por al, y desampárase de todo, y no cata por servir y aguardar aquel a quien se lo dio, sino cuando le acaece por ventura; porque este no es sino hombre que no quiere más valer, ca mengua del buen seso; ca cuanto más grande don le dan, tanto más se debe entender para servir y hacer bien.

Onde, míos hijos, sed muy grandes en vuestros dones, y a cada un en cómo vale y cómo lo merece, señaladamente en aquellos que habéis probado en lo que os fue mester, y aquellos que otros probaron y supierais por cierto que lo merecen. Y bien creo que de tales como estos que bien lo conocen siempre recibiréis servicio mayor que no será el vuestro don; ca estos tales de buen conocer quieren semejar a los buenos campos que llevan mucho fruto, en manera que más dan que no reciben. Y míos hijos, ¿no cuida de dar sus dones a aquel de quien espera ser servido? Pues ¿cuánto más debe catar por aquel de quien ha recibido gran servicio y con lealtad? Y ciertas, de reprehender sería quien de tal cosa como esta no parase mientes para hacer siempre lo mejor. Y por ende, míos hijos, parad mientes en lo que os cae de hacer en esta razón, ca el dar y el no dar de lo vuestro en vuestra mano es.

Pero en dos maneras son de hombres largos: a los unos dicen desgastadores y a los otros francos. Y los desgastadores son los que despenden en bien comer y en beber con baratadores y con hombres de mal consejo, y en dar lo que han a los garzones y a los malos hombres. Y los francos son los que dan sus dones a sus criados, y para quitar cativos, y a sus amigos, y para casamiento de sus hijos o alguna otra cosa honesta si les es mester. Y así, entre las mejores virtudes de las buenas costumbres, la franqueza es en Dios, y ámala y préciala. Y por ende franqueza aduce amor de Dios y la escaseza desamor. Y el que ha poder de hacer bien y no lo hace, es mengua de él y desplace a Dios. Y el que despende su haber en bien hacer es como el que va ganar haber a sus enemigos y la Condesa para sí. Y el que es abundado de haber, es escaso, es mayordomo y no sabe de quién. Y el que es franco y noble de corazón, es amado de todos; ca la franqueza aduce a bondad y gana amigos. Y sabed que cuando son los francos pobres y los escasos ricos, entonces son los buenos en cuita; ca sabida cosa es que cuando menguan los hacedores del bien, piérdense los envergonzados. Pues quien precia a su haber y desprecia a sí mismo, y quien precia a sí, no se debe doler de su haber. Onde el mejor comienzo de la franqueza es no querer lo ajeno de la mala parte; ca al franco siempre le dará Dios ganancia, y al escaso pérdida. Y por ende el que no despende su haber, haberlo ha a dejar a hombres que no se lo agradecerán. Onde la mayor cosa que hombre puede hacer en su vida es esta: que haga bien por su alma, y que honre su cuerpo con su haber.

Otrosí, míos hijos, si algún gran señor os hiciere bien, o si el vuestro vasallo os hubiere hecho buen servicio, pugnad en reconocérsele, a los señores con servicio y a los servidores en bien hecho; ca en la reconocencia lo primero que debe hombre guardar esto es, que no olvide el bien hecho, ca el que bien sirve, buen hecho hace. Y

por ende, no debe hombre olvidar el bien hecho cuando lo hombre recibiera; ca Dios y los hombres aborrecen el desconocer, y tienen que ellos mismos lo hacen el tuerto en no reconocer lo que deben a los que bien le hicieron. Y debéis saber que desconocido es el que hace enfinta que no se acuerda que no se acuerda que lo recibiese, sabiendo de todo en todo, catando más por el otro que por aquel que le dio el don y le hizo merced. Ciertas, no puede ser de buen conocer aquel a quien el don que recibió es olvidado de todo, y no finca en él ninguna memoria del don; ca parece bien que nunca pensó de lo reconocer, que tan bien echó de sí el don que recibió que no lo pudiese catar ni ver para obrar de él aquello que conviene; ca la memoria del hombre no pierde ninguna cosa, ni olvida sino aquello que no quiso catar muchas vegadas. Y por ende os digo, míos hijos, que no olvidéis el bien hecho recibido, ca, ¡mal pecado!, pocos corazones se membran de lo pasado; ca muchos no quieren razonar aquello que recibieron, como si fuese luego perdido. Mas vos, míos hijos, en plaza y a paladinas daréis gracias y reconoceréis el bien que recibiereis, y no escondidamente; ca semejar quiere al desconocido el que quiere dar gracias por lo que recibió, y que no lo sepan aquellos que lo pueden entender si hace bien o mal.

Otrosí, míos hijos, parad mientes en lo que os cae de hacer si guerra hubiereis con algunos de vuestros vecinos tan poderosos como vos o más, y estad bien apercebidos. Ca no dicen esforzado por esforzado el que se mete a peligro. Y sabed que no ha mejor consejo que el apercebimiento, ca muchos se pierden por mala guarda. Onde el apercebimiento es comienzo y arca para guardarse hombre. Y el que se mete en aventura, no ha castillo en que se pueda defender; y el que se atreve en su fuerza piérdese, y el apercebido nunca come siempre lo peor, y guárdese; y el que no hace las cosas con consejo pónese a peligro. Y por ende debe hombre todavía ser apercebido, ca del apercebimiento nace seguridad y del atrevimiento nace arrepentimiento. Y cuando se aventura hombre, maguer que escape, no escapará bien, ca no hay ganancia con mala guarda; y el que cabalga silla de apercebimiento escapa sabiamente y salva a sí y a los que se guían por él.

Pues míos hijos, estad siempre apercebidos y meted mientes en vos, ca si vinieren las cosas como quisieris entenderán los hombres que las ganastes con seso y con apercebimiento; y fueren contra vos y contra vuestra voluntad, sabrán los hombres que no finca por vos, y seréis sin culpa. Ca más vale que vos sufráis y atendáis en lugar que seáis seguros, que no os atreváis y os metáis en ventura, y más vale que os detengáis por enfinta en salvo, que os metáis en peligro.

Y sabed que gran guarda es meter hombre mientes en las cosas antes que las comiencen, hasta que sepan qué ha ende de nacer o qué ha a recudir; ca el que se mete en aventura en las cosas que puede errar es tal como el ciego que se mete a andar en los lugares donde ha silos o pozos en que puede caer. Pues la mala guarda es como red para caer en ellos los que se malguardan. Otrosí, el que adelanta, yerra, y el que se queja no cumple. Ciertas, mayor grado debéis haber al que os asegure hasta que os metáis en lugar de miedo; ca cerca de la seguridad hay miedo, y cerca del

miedo hay seguridad. Y dicen que a las vegadas, que más vale arte que ventura, pues que pereza y mala guarda aduce a hombres a suerte de muerte. Y sabed que quien demanda la cosa antes de tiempo, puédela haber de con hora; y si la demanda al punto que es mester, es duda si la habrá. Y por ende, cuando viene a hombre buena andanza y la pierde por pereza, finca con mancilla. Otrosí el que deja de hacer lo que debe habrá de hacer lo que no debe. Y el apercebido siempre pugna en hacer bien lo que puede y no se entremete en lo que no debe. Por ende, más vale poco hecho con seso, que mucho sin seso y con fuerza. Cuando vos aventurareis y ganareis no os preciéis. Y sabed que quien metiere mientes en los buenos sesos entenderá los lugares de los yerros. Por ende, meted mientes cuando vagar hubiereis como hagáis cuando os viereis en cuita, ca en la cosa que no sabe hombre cuándo acaeciere. Y por ende, míos hijos, no acometáis las cosas sino en tiempo que debiereis.

Ca la osadía pocas veces torna a mano de hombre si no la acomete a su hora, y cuando dispone el acometer, finca con mancilla. Y por ende, no dejéis de acometer cuando viereis lugar y sazón de hacerlo. Otrosí, catad que no os metáis, ca dicen que pocas vegadas acaba el perezoso buen hecho, pues el vagar es perezamiento, y el revolver es estorbo, y el acometer es esfuerzo. Onde dijo un sabio: «Cobardía es cuando demanda el perezoso consejo en las cosas de prisa». Y ha esfuerzo cuando mete hombre en obra lo que quiere hacer, solo que haya pensado en ello. Y la pereza es en dos guisas: la una es a la sazón que la puede haber; y la otra es cuando se acucia a demandarla después que le sale de las manos. Pues el apercebimiento es que se meta hombre a las cosas antes que le salgan de mano. Pues, míos hijos, entremeteos a lo que habéis a hacer antes que os aventuréis, y aconsejaos en lo que quisieris hacer antes que lo hagáis, y apercebíos para hacerlo cuando lo hubiereis entendido y trabajaos de hacerlo acabar.

Y señaladamente de guerras; y proveeos muy bien de todas las cosas que os fuere mester antes que entréis en la guerra; ca poco valen las armas en la lid si antes que entre en ella no ha buen acuerdo y sea bien apercebido de cómo ha de usar de ellas. Y todo hombre que quisiere cometer a otro por guerra, no lo debe hacer con intención de hacer tuerto al otro, mas porque pueda vivir en paz defendiendo lo suyo; ca tal como aqueste ayuda Dios, pero que lo hace con buena intención. Onde dice la Escritura: «Muévannos guerras porque paz hayamos». Pero primeramente se debe aparejar y no se debe enojar ni arrebatarse, porque dure luengo tiempo el aparejamiento; ca luengo aparejamiento y bueno endreza al hombre para vencer su enemigo más aína. Y por ende dicen: «Buena es la tardanza que hace la carrera segura; ca quien recauda no tarda». Y míos hijos, sabed que el apercebimiento bueno para hacer guerra y para entrar en la lid ha mester cinco cosas: la primera es ser hombre de buen seso natural para hacer y escoger lo mejor; la segunda es de ser de buen esfuerzo para acometer de recio los hechos que comenzare, y no flacamente; la tercera es ser rico para despender y dar baldonadamente; la cuarta es ser franco, ca los escasos no son bien acompañados ni bien servidos; la quinta, ser señor de buena

gente y que le amen verdaderamente; ca si verdaderamente no le amaren, no puede ser bien servido de ellos.

Pero todo hombre sabidor debe usar de las cosas, mayormente en hecho de armas, que las comete; ca no es buen seso en querer hombre hacer ni cometer lo que no sabe. Y míos hijos, mejor os es catar antes bien todas las cosas y haber buen consejo sobre ellas, que comenzarlas y no darles cima, y vénganse de vos vuestros enemigos y fincaros con daño. Y no debéis posponer las cosas que habéis de hacer por fuerza, ca mucho empece al gran señor en los grandes hechos el gran vagar; ca el rey que pospone las cosas mucho, le empecen en su hacienda. Y por esto dicen: «Tú que pospones lo que hoy has de hacer para cras, por ventura acabar no lo podrás».

Y no deben desdeñar los reyes cosas que acaecen de nuevo, ni las tener en poco maguer sean pequeñas; ca las mayores cosas que acaecieron en los reyes comenzaron e hicieron. Y esto fue porque las tuvieron en poco y las desdeñaron; ca la pequeña pelea o el pequeño mal puede crecer tanto que haría muy gran daño, así como el fuego que comienza de una centella, que si no es luego matado, hace muy gran daño.

Otrosí, míos hijos, debéis en todos vuestros hechos ser constantes, que quiere decir firmes y estables. Ca constancia es virtud que en lo que comienza siempre está firme, perseverando en ella, y no se muda por ninguna manera que le avenga, mas está muy asosegada y perseverando en lo que comenzó, y mostrando una cara tan bien a las buenas andanzas que le vengan, como en las malas andanzas. Onde dice un sabio: «Si dolor hube no llamé testigo, ni quise que el dolor del corazón mostrase el mi bulto; mas informeme a encubrirlo para encubrir mi hecho». Onde, míos hijos, no debéis mudar por cosa que no os acontezca, quier de buen andanza, quier de mal andanza, mas debéis estar firmes y pararos alegremente a cualquier aventura que os venga, sin ningún mudamiento que los hombres os puedan entender; ca la natura movable y desvariada no es sino de malos hombres flacos; pero muchas vegadas los malos son firmes y fuertes en sus hechos malos. Mas esta no es virtud, antes es locura y mengua de entendimiento, en querer ser recios en el mal y flacos en el bien. Y ciertas, esto es contrario de la ley de constancia, que quiere decir firmeza, en que nos manda que en los males no duremos por ninguna manera, ni en los bienes que no seamos vagarosos, ni los dejemos con enojo.

En las cosas contrarias, cuando os acaecieren, mostraos por hombres de gran corazón y fuertes, y así esforzaréis los vuestros enemigos; ca verdad es que el miedo echa a las vegadas al hombre flaco de corazón en grandes peligros, haciéndole recelar el mal que ha de venir; ca le hace dejar lo que comenzó y finca envergonzado con daño antes de tiempo, habiendo miedo y espantándose de los peligros, y no ve así como si los viese delante sí. Y por ventura que aquellos peligros en él pone el miedo, que nunca será. Ciertas, de firme y fuerte corazón es no turbarse hombre en las cosas contrarias, mayormente pues en ellas fuere; ca si poco entendimiento hubo antes que en el hecho entrase, y no pensar en ello qué le podría recudir, conviene que haya muy gran entendimiento de catar cómo lo acabe con su honra, pues en el hecho es; ca

aquel es dado por de buen corazón el que es aparejado para sufrir las cosas temerosas y espantables y no haber miedo que ninguno le derribe del estado en que está, no haciendo porque con derecho lo hubiese a derribar de él; mas debe usar del estado firmemente como hombre de buen corazón, y no partirse de las cosas que fueren con razón; ca más cosas son las que nos espantan y nos ponen miedo, que no las que nos tuellen del estado en que somos. A las vegadas más trabaja hombre en pensar sobre lo que quiere acabar. Y por ende, míos hijos, no debéis desesperar de lo que comenzareis, pues en el hecho fuereis entrados, maguer que veáis la vuestra gente flaca y que no lo puede sufrir; ca Dios ayuda a levantar a los que quieren caer, y señaladamente los mantiene derecha verdad. Siquiera gran vergüenza es dejar hombre de lo que comenzó, con flaqueza de corazón. Y por ende tomad buen esfuerzo en las cosas que comenzareis, y pugnad de llevarlas adelante.

Ca el esfuerzo esmedrece sus enemigos y honra y defiende a sí mismo y a los que son con él, y el cobarde desampara padre e hijos y hermanos y amigos, y ayuda a sus enemigos. Y las dos peores maneras que hombre puede haber: ser escaso y cobarde. Y no cuide el cobarde estorcer de muerte por su cobardía si le hubiere de venir; y sabida cosa es que los cobardes caen siempre en la batalla, y esfuerzan más los esforzados. Y ciertas, mejor es recibir sus golpes delante, y muera como bueno, que recibirlos en otra manera y morir como malo. Y la primera cosa que gana el que es de buen esfuerzo es que anda asegurado y no se espanta de sus enemigos. Y sabed que el desmayamiento nace de la flaqueza del corazón, y cierta cosa es que más mueren en las lides de los que huyen que de los que toman sobre sí.

Gran ayuda es la sufrenia; ca el que es de buen corazón sabe lidiar esforzadamente como si estuviese en castillo. Y debéis saber que con el esfuerzo gana hombre honra, y es tenido y honrado, y defiéndese de fuerza y de abatimiento. En la franqueza y el esfuerzo hallaréis siempre amparado en las batallas.

Empero lo que hicieréis hacerlo habéis con mansedad, nace de buen seso y la braveza de locura. Onde quien comenzare gran cosa con mansedad y buen sosiego puédelo acabar, y no puede la menor cosa del mundo alcanzar con braveza; y la braveza es la más loca manera que hombre puede haber. Y ciertas, locura y braveza es atreverse hombre acometer a quien más puede que él. Ca del golpe del sesudo pocos guarecen de él, y el manso alcanzará con seso y con engaño lo que quiere maguer que pueda mucho. Y por ende mansedad es cosa que no ha otra que le semeje ni cumpla tanto como ella; ca con la mansedad quebranta el hombre el agudez de sus enemigos, y el que sabe llevar los hombres con mansedad dará menos que debe y tomará más de lo que debe, y fincará loado. Pues la mansedad es llave de toda la ventura. Y por ende, cuando acaeciére hombre las cosas con seso y las mandara con razón y con mansedad, ayúdaselas Dios a recaudar.

Mas, míos hijos, no os engañen vuestros adversarios por grandes dones que os quieran dar, entendiendo en vos codicia grande, viene a hombre a grandes peligros y gran deshonra de sí. Y debéis saber que el oro y la plata siempre quiere andar

baldonadamente entre los enemigos, baldonándose de los unos a los otros. Y debéis saber que, bien así como el rayo del cielo quebranta por fuerza las peñas, así el dar quebranta y vence los corazones muy recios de los hombres, mayormente de los codiciosos; ca los dones grandes enlazan los corazones de los codiciosos y de los caudillos muy fuertes y crueles, y los tornan a sí.

Y por ende, teneos muy recios en los vuestros hechos; ca más es de temer la vergüenza que la muerte, y mejor es a hombre la muerte, y catar por la bondad y por el prez, que por la vida ni por otro que cuida haber. Después que entrareis en la lid tomada todavía, endrezad vuestra gente muy acuciosamente, diciéndoles que hagan bien, a las vegadas alabando los hombres y tolliéndoles la pereza y avivándolos con buenas palabras, y a los que viereis que son acostados para caer, ayudadlos a endrezar, ca los que cayeren, ayudadlos a levantar; ca a vos mismos ayudaréis; ca los armados cuando caen no se puede levantar de ligero, si otros no los ayudan. Y así mandadlo a todos los vuestros que hagan unos a otros.

Otrosí, míos hijos, si Dios os diere victoria, mandad poner en recaudo toda la ganancia que y hubiereis, y paradla muy bien a cada uno según lo valiere y lo mereciere, y aun del vuestro derecho haced parte aquellos que viereis que más lo han mester e hicieron bien; ca por aquí los habréis más aína cuando os acaeciére para otros hechos; ca si las manos encogiereis para no dar, así hallaréis a ellos encogidos para no servir.

Otrosí, si con vuestros enemigos hubiereis algunas pleitesías en que prometáis de guardarlos amistad u otras cosas algunas, guardárselas habéis de todo en todo y no les quebrantaréis tregua si la hubieren convusco; ca mucho ha hombre a guardar lo que promete, tan bien al enemigo como al amigo. Y no creáis aquellos que os dijeren que al enemigo no son de guardar estas cosas, mas comoquiera que puede, con engaño o en otra manera, que debe pugnar en lo vencer. Y ciertas, no debe ser así, ca le podría decir mal por ello porque no tenía lo que prometió así como debía. Y esto se muestra que debe ser así por un rey de Roma que fue preso en Atenas en una batalla.

Dice el cuento que por muchos cautivos de los de Atenas que llevaron los de Roma, fue postura hecha con este rey que tornasen los cautivos la una parte a la otra, y fue enviado este rey a Roma, y con esta pleitesía y juro: que si los de Roma esto no quisiesen hacer, que él que se tornase a la prisión. Y cuando fue en Roma, díjoles la pleitesía con que venía; y ellos con codicia de los cautivos que tenían, no los querían dar, cuidando haber por ellos muy gran haber, y quisieron detener al Rey, no doliéndose de los cautivos que los de Atenas tenían ni queriendo parar mientes de cómo estaría mal el Rey si no cumpliese el hombrenaje y jura que hiciera.

Y el Rey cuando vio que en este propósito estaban los de Roma, salió una noche escondidamente y fuese meter en poder de los de Atenas por cumplir lo que prometiera, y no les quiso fallecer ni mentir. E hizo lo que debía y guardó su fama y su alma. Y por ende todos los hombres del mundo deben guardar y tener lo que prometen; así serán más amados y más preciados de Dios y de los hombres, y fuera

de ellos en todas cosas sin duda ninguna.

Otrosí, míos hijos, debéis ser justicieros en las tierras que hubiereis a mandar, y no dejaréis de hacer justicia, por codicia, ni por amor, ni por desamor, ni por deudo que hayáis con ninguno, así como dice en el capítulo de la justicia, y así seréis amados de Dios y de los hombres, y serán guardados todos los de vuestro señorío. Y no desaforaréis a ninguno de la vuestra tierra ni les echaréis pecho más de cuanto debe dar según su fuero, salvo cuando los vuestros enemigos quieren entrar a correr la vuestra tierra y la conquistar; ca entonces todos os deben ayudar con los cuerpos y lo que hubieren, ca habéis a hacer hueste forzada. Y debéis saber que dos huestes son en dos maneras: la una es forzada, cuando los enemigos entran a correr la tierra. A esta son tenidos todos de ayudar, ca a sí mismos ayudan y defienden. La otra manera de hueste es de voluntad, que se hace por talante, así como si algún rey quiere ir a ganar tierra de sus enemigos. A esta no son tenidos los de la tierra de ir ni de pechar sino sus pechos aforados, salvo aquellos a quien algo dieren porque le sirvan, o les diere algunas franquezas por que hayan de ir en hueste.

Comoquiera que condes y duques y otros grandes señores se trabajan muchas vegadas en poner bullicio en la tierra y hacer daño a sus vecinos, porque el Rey haya de hacer hueste forzada, y de echar pechos en la su tierra y partirlo entre ellos; por que os debéis guardar cuanto pudiereis de los consejos de tales como estos; ca muy aína os harían perder los corazones de los pueblos, y os habrían a decir de no los que les demandaseis. Y cuando los pueblos dicen a su señor de no en aquello que les es mester, con recelo de lo que dijeron contra voluntad de su señor, no se aseguran en él, y muévense muchas veces a hacer lo peor, no catando si les está bien o mal; y os serían después muy grave de tornarlos a vuestro servicio, y podría acontecer lo que aconteció a un emperador de Armenia muy poderoso y de buen entendimiento, según parecía a todos los hombres; y aconteciole de esta guisa.

Dice el cuento que por consejo y por arbitramiento de malos consejeros, y cuidando haber gran parte de lo que el Emperador sacase de su tierra, aconsejéronle que despechase los sus pueblos, maguer contra sus fueros, y que mandase hacer moneda de vil precio y otras de gran precio que le pechasen a él sus pecheros, tan bien los desaforados como los aforados, y que de esta guisa habrían todo el haber de la tierra, y que habría que dejar y que despende baldonadamente cuando quisiese; y él hízolo así. Y cuando el pueblo de la su tierra cayeron en ello y entendieron este tan gran estragamiento que les venía por todas estas cosas, alzáronse contra el Emperador y no lo quisieron recibir en ninguno de sus lugares. Y lo que fue peor, aquellos que esto aconsejaron, atuviéronse con los pueblos contra el Emperador, en manera que murió desheredado y muy lazado. Por que, míos hijos, ha mester que paréis mientes en tales cosas como estas y no os queráis engañar por malos consejeros ni por mala codicia; ca podríais errar en ello y caer en gran peligro; ca no es bien en cerrar al enemigo las puertas del un cabo y abrírselas del otro. Así como si vos quisierais hacer guerra a vuestros enemigos, despechando y estragando la vuestra tierra, de la una

parte cerraréis las puertas donde la otra hueste estuviese, y de la otra se las abrieseis donde el vuestro pueblo fuese despechado y estragado, y estos les darían la entrada como aquellos que se tenían por desaforados y por estragados y no habían esperanza de cobrarlo. Y ciertas, mucho debéis guardar los vuestros pueblos, ca estos suelen ser tesoro de los reyes para los grandes hechos acaecen.

Otrosí, míos hijos, en los vuestros oficios no queráis poner muchos oficiales, ni en guarda de vuestro tesoro no queráis poner muchos guardadores; ca mayor daño pueden hacer muchos que uno. En la vuestra cancellería no pongáis sino uno en que fiéis. Y todo el daño y el pro y la guarda de vuestro señorío, si y les pusieren, por vos fueren codiciosos y malos; y con codicia no catarán vuestro pro ni guardarán vuestro señorío, dando cartas contracartas y haciéndoles gracias y mercedes que vos hicieréis e hicieron los otros reyes que fueron antes que vos. No queráis arrendar la vuestra cancellería, ca los arrendadores no catan por al sino por llevar en cualquier manera, ni guardando ni honrando los mayores, ni habiendo piedad de los pobres. Y ciertamente, la cancellería mal guardada y mal ordenada es fuego y estragamiento del señorío. Y así, hombre fiel y verdadero tiene la cancellería en fieldad, no habiendo sobrecarta ni guardas ningunas que meta a mal, este tal guarda pro de su señor, y honra los buenos de la tierra, y ha piedad de los pobres, y así finca la tierra guardada y asegurada, y es mejor servido el señor. Otrosí os digo y os aconsejo que sobre aquel que pusiereis en guarda de vuestro tesoro, que no pongáis sobrecarta ni guarda ninguna; ca entonces os acontecerá lo que aconteció a un rey moro de esta guisa.

Dice la Escritura que este rey moro había muy gran tesoro y que hizo guarda de él a un su criado en que enfiaba, y mandole que tomase ende una dobla para su despensa; y porque no cumplía, tomó él dos doblas cada día, y lo que fincaba de más de la su despensa guardábalo; así que enriqueció, y algunos, con gran codicia, dijeron al Rey: «Señor, bien sabes tú que este tu mayordomo que guarda tu tesoro que era muy pobre cuando y lo pusiste, y ahora es tan rico que no sabe lo que ha; y harías bien que pusieses y alguno otro que lo guardase con él. Y el Rey hizolo así, y mandó que tomase una dobla cada día así como el otro. Y este segundo supo en cómo tomara el otro dos doblas cada día, y avínose con él y tomaba al tantas, de guisa que enriqueció de lo que fincaba cada día de su despensa, así como el otro.

Y sobre esto vinieron otros y dijeron al Rey que parase mientes en su tesoro, que estos hombres mucho eran ricos, y que pusiese y más guardadores, cuidando que lo guardaría mejor. Y ellos, avenidos en uno, tomaba cada uno de ellos dos doblas cada día; así que un día el Rey fue ver su tesoro y hallolo muy menguado, y díjolo a los guardadores, y cada uno se excusaba y decía que no sabía de qué venía aquella mengua. Y desí apartose el Rey con aquel que había puesto primero, y díjole que so pena de la su merced dijese por qué venía aquel tan gran daño y menoscabo en su tesoro. Y él, como hombre de buen entendimiento, no queriéndole negar la verdad, díjole así:

«Señor, dígote que aconteció así como aconteció a un lobo, que acaeciendo por

un campo encuentre con los perros del ganado. Y los perros fueron en pos él, y porque no veía lugar donde se pudiese esconder ni huir, metiose en un lago muy grande que era en el campo, y pasose a la otra parte. Y en aquel lago había muchas sanguijuelas y habíansele pegado al lobo de ellas, en manera que todo el cuerpo tenía cubierto y estaban llenas de sangre que habían tirado de él. Y comenzolas a tirar de él con los dientes y echolas de sí. Después que vio que los canes eran cerca de él, metiose en el lago otra vez y pasose a la otra parte, y hallose lleno de otras sanguijuelas que estaban y, llenas de sangre, y comenzolas a tirar de sí, pero que estaba muy flaco por la mucha sangre que había tirado de él.

»Y estando en esto cuidando, atravesose otro lobo y preguntole que qué hacía. Y él le dijo que tiraba aquellas sanguijuelas de sí, ca estaba muy flaco por la mucha sangre que de él tiraba, y que había miedo que no podría pasar el lago de flaqueza si a él viniesen los canes cercaros en derredor del lago. “Amigo”, dijo el otro lobo, “pues los canes vienen yo no me quiero detener, pero doyte por consejo que si otra vez pasares el lago, que no tires de ti las sanguijuelas que a ti se pegaren y estuvieren llenas; ca estas ya podría tirar pues hartas fueron; ca si de ti las echares y hubieres otra vegada a pasar el lago, pegársete han otras hambrientas que se querrán henchir de tu sangre, así como aquellas; en manera que perderás la fuerza y no podrás andar. Y las primeras que de ti se pegaron las hubieras dejado, pues llenas eran, mejor hicieras, ca no hubieran lugar las otras hambrientas de se te pegar, y así no perderíais tanta sangre del vuestro cuerpo”».

«Onde», dijo el mayordomo, «señor, si hubieras a mí dejado solo en guarda del tesoro, pues yo era ya rico, y no hubieses y puestos otros sobreguardadores pobres y hambrientos que habían sabor de enriquecer, no te menguara tanto del tu tesoro; cada uno de estos que y pusiste llevan tanto cada día como yo, hasta que fueron ricos así como tú ves, y por esto viene la gran mengua en él tu tesoro. Y aun si las dejaras, no te dejarán de escarbar con codicia de llevarte cuanto pudieren; ca el corazón del codicioso no se tiene por abundado de lo que ha maguer rico sea; y no hayas fucia en su aseguramiento que te haga el codicioso, por que diga que no tomará, que no puede ser que él deje de escarbar por abundado que sea; así como dijo un cardenal, hombre bueno y de buena vida, dando consejo a un papa que fue en su tiempo.

Dice de esta guisa el cuento: que este Papa era hombre bueno y buen cristiano, y pagábase del bien y despagábase del mal; porque vio que los cardenales alongaban los pleitos de los que venían a la Corte, y que les daría cada año cosa cierta de la su cámara que partiesen. Y los cardenales respondieron que lo harían de buenamente, salvo ende aqieste hombre bueno, que no respondió ninguna cosa. Y el Papa le dijo que le dijese lo que le semejaba o que le aconsejase. Y él respondiolo y dijo así: «Padre Santo, aconséjote que no quieras perder tu haber; ca cuanto más dieres tanto perderás; ca el uso que habemos luengamente acostumbrado no lo podemos perder en poco tiempo, y decirte he por qué. Sepas que nos habemos la manera del gallo, que por mucho trigo que le pongan delante en que se harta, no deja de escarbar maguer

sea harto, según lo hubo acostumbrado. Y tú, señor, crees que por dar que nos tú hagas de lo tuyo, no dejaremos de tomar lo que nos dieres, y aun de escarbar y trabajar por cuantas partes pudiéremos que nos den».

Onde, míos hijos, guardaos cuanto pudiereis de no poner muchas guardas en vuestras cosas, mayormente en vuestro haber, que es de muy gran codicia; ca pocos son los que verdaderamente lo guardan, pero mejor es que catéis uno en que fiéis, y que lo hagáis ende guardar, y no muchos. Y maguer que ende algo lleve, no puede ende uno tanto llevar ni tanto daño hacer como muchos. Otrosí, no queráis arrendar los oficios de la justicia; ca nunca derecho sea guardado ni se haría justicia, con codicia de llevar, así como aconteció en el reino de Orbín.

Dice el cuento que hubo y un rey codicioso que arrendó el oficio de la justicia por una cuantía de haber que le dieron; y cuando daban al oficial aquellos que eran juzgados para morir, que los matasen según eran juzgados, que los soltaba por algo que le daban y así no se cumplía justicia ninguna, y los malos atrevíanse a hacer más mal por esta razón. Y cuando se querellaron al Rey que la justicia no se cumplía en la tierra, mostró que lo tenía por mal, pero que no lo hizo enmendar.

Y a pocos de días adoleció, y siendo como traspuesto, semejole que todos aquellos de quien no hicieron justicia, que venían a él por matarle y le tenían atadas las manos, diciendo: «Pues no quisiste hacer justicia de nos, hagámosla nos de ti; ca así lo tiene Dios por bien». Y comenzó a dar grandes voces diciendo que le acorriesen. Y la gente que le guardaba recudieron a las voces diciendo: «Señor, ¿qué habéis?». Y acordó y dijo de cómo muy gran gente viniera a él por matarlo, de aquellos que no fueron ajusticiados, y que le ataran las manos y que le hallarían atadas las manos. Y todos se maravillaron ende, y no sin razón, y ciertamente milagro fuera de Dios.

Y luego envió por el oficial que había de hacer la justicia y preguntole por qué no hiciera justicia de aquellos que le fueron dados que ajusticiase. Y dijo que verdad era que no ajusticiara ninguno de ellos por algo que le daban, y que sabía que el oficio tenía arrendados de él por una gran cuantía de haber, y que él sabía que no le tomaría en precio del que le habría a dar por el arrendamiento, los cuerpos de los muertos, y que por eso que no los matara, mas que tomó algo de ellos ca él pudiese pagar el su arrendamiento; mas si supiera que él recibiera los cuerpos de los muertos en precio por el haber, que los matara y que se los guardara.

Y el Rey cuando oyó esto tuvo que él hubo la culpa, porque arrendara y vendiera la justicia que debía hacer según derecho, y pechó gran algo a los querellosos porque le perdonasen, e hizo muchos ayunos y anduvo romerías, haciendo enmienda a Dios de aquel pecado que con codicia hubo hecho. E hizo un establecimiento, que juró luego sobre los Santos Evangelios, de nunca quebrantarlos él ni aquellos que viniesen de él, que ningún oficio en que justicia se debiese guardar, tan bien a los grandes como a los menores, que nunca fuese arrendado, mas que lo diesen en fieldad al mejor hombre y de mejor alma que hallasen en el reino, y no a otro ninguno, y que no

fuese y más de uno en aquel lugar donde lo pudiesen cumplir, y este que hubiese galardón por el bien que hiciese, o pena si lo mereciese. E hizo justicia de aquellos que le aconsejaron que lo arrendase, porque ninguno no se atreviese a aconsejar a su señor mal. Y este establecimiento fue siempre guardado en aquel reino, de guisa que cada uno fue señor de lo que había y fueron amparados y defendidos cada uno en su derecho.

Y míos hijos, sabed que este ejemplo oí contar a vuestra madre la Reina, que lo aprendiera cuando y fuera. Y ciertas, donde justicia no ha, todo mal y ha. Ca en todos los oficios de casa del Rey y en todos los establecimientos buenos debe ser guardado justicia y regla, que no hagan más ni menos de cuanto debe según justicia y según ordenamientos buenos. Y así, guardándoos y apercibiándoos en todas estas cosas que os he dicho seréis honrados y recelados y amados de los vuestros y de los extraños de buen entendimiento, y seréis ricos y bien andantes entre todos vuestros vecinos; y la vuestra buena fama irá siempre adelante, y poblar se ha más vuestra tierra, y serán más ricos los vuestros pueblos, y vos bien servidos y ayudados de ellos en todas cosas; ca los pueblos son tesoro de los reyes que acorren a los grandes hechos. Y así seréis amados y preciados de Dios, el cuyo amor es sobre todos los bienes: en el cual amor os deje vivir y morir». «Amén», dijeron ellos.

Después que el consejo les hubo dado el Rey, dejáronse caer amos a dos a sus pies y fuéronselos besar, llorando de los ojos con gran placer y agradeciéndole cuanta merced les hacía. Y dijo Garfín: «Señor, ahora vemos y entendemos que las palabras que nos decís, y el consejo que nos dais en este tiempo pasado, que no era de balde. Y bien es verdad que cuando una vegada nos aconsejasteis y os tuvimos en merced el bien y la merced que vos hacéis, y nos dijistes así: «¡Hijos, aún venga tiempo en que yo os pueda hacer merced y aconsejar así como buen padre a buenos hijos!» Nos dudamos entonces y hablamos entre nos qué podía ser esto, que tan gran amor mostrabais contra nos, más que a ninguno de otro reino, y como dudando dijimos: «¿Si podría ser este nuestro padre?», ca tan pequeños nos perdistes que no nos podíamos acordar de tan gran tiempo. ¡Mas bendito sea el nombre de Dios, que nos tan gran merced quiso hacer en vos querernos conocer por hijos, y nos llegar a la vuestra merced! Y fío por la su merced que estos dos escolares que vos castigastes y aconsejastes, de guisa que obrarán de ello en cuanto os acaeciére, mucho a servicio de Dios y de vos». «¡Así lo quiera Dios», dijo el Rey, «por la su santa merced!». «¡Amén!», dijeron ellos.

Los hechos de Roboán

«Ciertas», dijo Roboán, «así lo quiera, ca lo que Dios comienza nos por acabado lo debemos tener; ca Él nunca comenzó a hacer merced así como vos veis; no hay caso por que debemos dudar que Él no lleve y dé cima a todos; y por amor de Dios os pido, señor, por merced, que me queráis perdonar y enviar y que no me detengáis, ca el corazón me da que muy aína oiréis nuevas de mí». «Ciertas», dijo el Rey, «hijo, no me detendré, mas bien es que lo será tu madre, ca cierto soy que tomará en ello gran pesar». «Señor», dijo Roboán, «conhortadla vos con vuestras buenas palabras, así como soy cierto que lo sabréis hacer, y sacadla de pesar y traedla a placer». «Ciertas», dijo el Rey, «así lo haré cuanto yo pudiere; ca mi voluntad es que hagas lo que pusiste en tu corazón, ca creo que buen propósito de honra es que demandas, y cierto soy que, si bien lo siguieres y no te enojares, que acabarás tu demanda con la merced de Dios; ca todo hombre que alguna cosa quiere acabar, tan bien en honra como en al que hacerse puede, habiendo con qué seguirla, y fuere en pos ella y no se enojare, acabarla ha ciertamente. Y por ende dicen que aquel que es guiado a quien Dios quiere guiar».

Y luego el Rey envió por la Reina que viniese y donde ellos estaban, y ella fue y venida luego, y asentose en una silla luego que estaba en par del Rey, y el Rey le dijo: «Reina, yo he estado con vuestros hijos así como buen maestro con los discípulos que ama y ha sabor de enseñarlos y aconsejarlos y castigarlos porque siempre hiciesen lo mejor y más a su honra. Y en cuanto he yo en ellos enmendado, como buenos discípulos que han sabor de bien hacer, aprendieron su lección, y creo que si hombres hubiese en el mundo que obraren bien de costumbres y de caballerías, que estos serán de los mejores. Y Reina, decíroslo he en qué lo entiendo; porque Roboán, que es el menor, así paró mientes en las cosas y en los castigos que yo les daba, y así los guardaban en el arca del su corazón, que no se puede detener que no pidiese merced que le hiciese algo, que le diese trescientos caballeros con que fuese probar el mundo y ganar honra; ca el corazón le daba que ganaría honra así como nos, con la merced de Dios, o por ventura mayor». Y ciertas, bien así como lo dijo, así me vino a corazón que podía ser verdad. Y Reina, véngaseos en mente que antes que saliésemos de nuestra tierra os dije el propósito en que yo estaba, y que quería seguir lo que había comenzado, y que no lo dijésemos a ninguno ca nos lo tendrían a locura. Y vos respondístesme así: que si locura o cordura, que luego me lo oyeráis decir, os subió al corazón que podría ser verdad, y aconsejástesme así: que saliésemos luego de la nuestra tierra; e hicímoslo así, y Dios por la su gran merced, después de grandes pesares y trabajos, guíemos y endrecemos así como veis. Y ciertas, Reina, eso mismo podría acaecer en el propósito de Roboán».

«A Dios digo verdad», dijo la Reina, «que eso mismo me aconteció ahora en este

propósito de Roboán; ca me semeja que de todo en todo que ha de ser un gran emperador». Pero llorando de los ojos muy fuertemente, dijo así: «Señor, comoquiera que estas cosas vengan a hombre a corazón, y cuido que será mejor, si la vuestra merced fuese, que fincase aquí convusco y con su hermano, y que le hicieseis mucha merced y lo heredaseis muy bien, que asaz habéis en qué, loado sea Dios, y que no se fuese tan aína, siquiera por haber nos alguna consolación y placer de la soledad en que fincamos en todo este tiempo, cada uno a su parte, y pues Dios nos quiso ayudar por la su merced, no nos queramos departir».

«Señora», dijo Roboán, «¿no es mejor ir aína a la honra que tarde? Y pues vos, que sois mi madre y mi señora, que me lo debíais allegar, vos me lo queréis detardar, ciertas, fuerte palabra es de madre a hijo». «¡Ay, mío hijo Roboán!», dijo la Reina, «mientras en esta honra dure en que estoy, si no la quise para vos más que vos mismo». «Pues, ¿por qué me lo queréis destorbar?», dijo Roboán. «No quiero»; dijo la Reina, «mas nunca a tal hora iréis que las telas del mi corazón no llevéis convusco, y fincaré triste y cuitada pensando siempre en vos; y mal pecado, no hallaré quien me conhorté ni quien me diga nuevas de vos en cómo os va, y esta será mi cuita y mi quebranto mientras no os viere». «Señora», dijo Roboán, «tomad muy buen conhorté, ca yo he tomado por mío guardador y por mío defendedor a Nuestro Señor Dios, que es poderoso de lo hacer, y con gran fucia y con la su gran ayuda, yo haré tales obras por que los mis hechos os traerán las nuevas de mí y os serán conhorté». «Pues así es», dijo la Reina, «y al Rey vuestro padre place, comenzad vuestro camino en el nombre de Dios cuando vos quisieréis».

Otro día de gran mañana, por la gran acucia de Roboán, dieron cien acémilas cargadas de oro y de plata, y mandáronle que escogiese trescientos caballeros de los mejores que él halle en toda su mesnada del Rey; y él escogió aquellos que entendía que más le cumplían. Y entre los cuales escogió un caballero, vasallo del Rey, de muy buen seso y de muy buen consejo, caballero que decían Garbel. Y no quiso dejar al caballero Amigo, ca ciertamente es mucho entendido y buen servidor y de gran esfuerzo. Y dioles a los caballeros todo lo que habían mester, tan bien para sus casas como para aguisarse, y dioles plazo de ocho días a que fuesen aguisados, y despidieron del Rey y de la Reina y fuéronse. Pero que al despedir hubo y muy grandes lloros, que no había ninguno en la ciudad que pudiese estar que no llorase, y decían mal del Rey porque le aconsejaba ir, pero no destorbar, pues comenzado lo había. Y verdaderamente así lo amaban todos y lo preciaban en sus corazones por las buenas costumbres y los buenos hechos de caballeros que en él había, les parecía que el reino fincaba desamparado.

Y por doquier que iba por el reino lo salían a recibir con grandes alegrías, haciéndole mucha honra y convidando cada uno a porfía, cuidándole detener, y por ventura en la detenencia que se arrepentiría de esto que había comenzado. Y cuando al departir, viendo que al no podía ser sino aquello que había comenzado, toda la alegría se les tornó en lloro y en llanto; y así salió del reino de su padre. Y por

cualquier reino que iba recibíanlo muy bien, y los reyes hacían algo de lo suyo y trababan con él que fincase con ellos, y que partirían con él muy de buenamente lo que hubiese; y él agradecióselo e íbase. Ca de tal donaire era él y aquella gente que llevaba, que los de las otras ciudades y villas que lo oían habían muy gran sabor de verlo; y cuando llegaba cerraban todas las tiendas de los menestrales, bien así como si su señor y llegase. Pero que los caballeros mancebos que con él iban no querían estar de vagar, ca los unos lanzaban y los otros andaban por el campo a escudo y a lanza haciendo sus demandas.

Y el que mejor hacía esto entre ellos todos era el infante Roboán cuando lo comenzaba; ca este era el mejor acostumbrado caballero mancebo que hombre en el mundo supiese; ca era muy apuesto en sí, y de muy buen donaire, y de muy buena palabra, y de buen recibir, y jugador de tablas y de ajedrez, y muy buen cazador de toda ave mejor que otro hombre, decidor de buenos retraires, de guisa que cuando iba camino todos habían sabor de acompañarlo por oír lo que decía, partidor de su haber muy francamente y donde convenía, verdadero en su palabra, sabedor en los hechos de dar buen consejo cuando se lo demandaban, no atreviendo mucho en su seso cuando consejo de otro hubiese mester, buen caballero de sus armas con esfuerzo y no con atrevimiento, honrador de dueñas y de doncellas.

Bien dice el cuento que si hombre quisiese contar todas las buenas costumbres y los bienes que eran en este caballero, que no lo podría escribir todo en un día. Y bien semeja que las hadas que le hadaron que no fueron de las escasas, mas de las más largas y más abundadas de las buenas costumbres.

Así que era arredrado Roboán de la tierra del Rey su padre mil jornadas, eran entrados en otra tierra de otro lenguaje que no semejaba a la suya, de guisa que no se podían entender sino en pocas palabras; pero que le traía sus trujamanes consigo por las tierras por donde iba, en manera que lo recibían muy bien y le hacían gran honra; ca él así traía su compañía castigada que a hombre del mundo no hacía enojo.

Tanto anduvieron que hubieron a llegar al reino de Pandulfa, donde era señora la infante Seringa, que heredó el reino de su padre porque no hubo hijo sino a ella. Y porque era mujer, los reyes sus vecinos de enderredor hacíanle mucho mal y tomábanse su tierra, no catando mesura, la que todo hombre debe catar contra las dueñas. Y cuando Roboán llegó a la ciudad de la infante Seringa, este fue muy bien recibido y luego fue a la Infante a ver. Y ella se levantó a él y recibiole muy bien, haciéndole gran honra más que a otros hacía cuando venían a ella. Y ella le preguntó: «Amigo, ¿sois caballero?» «Señora», dijo él, «sí». «¿Y sois hijo de Rey?», dijo ella. «Sí», dijo él. «¡Loado sea Dios que lo tuvo por bien!» «¿Y sois casado?», dijo la Infante. «Ciertas no», dijo Roboán. «¿Y de cuál tierra sois?», dijo ella. «Del reino de Mentón», dijo él, «si lo oísteis decir». «Sí oí», dijo ella, «pero creo que sea muy lejos». «Ciertas», dijo Roboán, «bien hay de aquí allá ciento y treinta jornadas». «¿Mucho habéis lazado?», dijo la Infante. «No es lacerio», dijo él, «al hombre cuando anda a su voluntad». «¿Cómo?», dijo la Infante, «¿por vuestro talante os

vinistes a esta tierra, ca no por cosas que hubieseis de recaudar?». «Por mío talante», dijo él, «y recaudaré lo que Dios quisiere y no al». «Dios os deje recaudar aquello», dijo ella, «que vuestra honra fuese». «¡Amén!», dijo él.

La Infante fue y muy pagada de él y rogole que fuese su huésped, y que le haría todo el algo y toda la honra que pudiese. Y él otorgóselo, ca nunca fue demandado a dueña ni a doncella de cosa que le dijese que hacedera fuese, y levantose delante ella donde estaba asentado, para irse.

Y una dueña viuda muy hermosa que había nombre la dueña Gallarda, comoquiera que era atrevida en su hablar, cuidando que se quería ir el Infante, dijo así: «Señor Infante, ¿ir os queréis sin os despedir de nos?» «Porque no me quiero ir», dijo él, «no me despido de vos ni de los otros. Y comoquiera que de los otros me despidiese, de vos no me podía despedir maguer quisiese». «Ay, señor», dijo ella, «¿tan en poco me tenéis?». «No creo», dijo él, «que hombre en poco tiene a quien salvó si de él no se puede partir». Y fuese luego con su gente para su posada.

La Infante comenzó a hablar con sus dueñas y con sus doncellas y díjoles así: «¿Vistes un caballero tan mancebo y tan apuesto ni de tan buen donaire, y de tan buena palabra, y tan apercebido en las sus respuestas que ha de dar?». «Ciertas, señora», dijo la Gallarda, «en cuanto oí de él ahora seméjame de muy buen entendimiento, y de palabra sosegada, y muy placentero a los que lo oyen». «¿Cómo?», dijo la Infante, «¿así os pagastes de él por lo que os dijo?». «Ciertas, señora», dijo la dueña, «mucho me pago de él por cuanto le oí decir; y bien os digo, señora, que me placería que nos viniese ver, porque pudiese con él hablar y saber si es tal como parece. Y prométoos, señora, que si conmigo habla, que yo lo pruebe en razonando con él, diciendo algunas palabras de algún poco de enojo, y veré si dirá alguna palabra errada». «Dueña», dijo la Infante, «no os atreváis en el vuestro buen decir, ni queráis probar los hombres ni afincarlos más de cuanto debéis, ca por ventura cuidaréis probar y probaros han». «Ciertas, señora, salga a lo que salir pudiere, que yo a hacerlo he, no por al sino porque le quiero muy gran bien, y por haber razón de hablar con él». «Dé Dios buena ventura», dijo la Infante, «a todos aquellos que bien le quieren». «Amén», dijeron todos.

La Infante mandó luego de él pensar muy bien, y darle todas las cosas que hubo mester; y podríalo muy bien hacer, ca era muy rica y muy abundada y abastada, y sin la renta que había cada año del reino, que hubo después que el Rey su padre murió, hubo todo el tesoro, que fue muy grande a maravilla. Y ella era de buena previsión, y sabía muy bien guardar lo que había. Y ciertas, mucho era de loar cuando bien se mantuvo después de la muerte de su padre, cuando bien mantuvo su reino, sino por los malos vecinos que le corrían la tierra y le hacían mal en ella; y no por al sino porque no quería casar con los que ellos querían, no siendo de tal lugar como ella, ni habiendo tan gran poder.

Después que el infante Roboán hubo comido, cabalgó con toda su gente y fueron andar por la ciudad. Y verdaderamente así placía a todos los de la ciudad con él como

si fuese señor del reino. Y todos a una voz decían que Dios le diese su bendición, ca mucho lo merecía. De que hubo andado una pieza por la ciudad, fuese para casa de la Infante. Y cuando a ella dijeron que el Infante venía, plúgole muy de corazón, y mandó que acogiesen a él y a toda su compañía. Y la Infante estaba en el gran palacio que el Rey su padre mandara hacer, muy bien acompañada de muchas dueñas y doncellas, más de cuantas halló Roboán cuando la vino ver en la mañana. Y cuando llegó Roboán, asentose delante ella y comenzaron a hablar muchas de cosas. Y en hablando entró el conde Rubén, tío de la Infante, y Roboán se levantó a él, y le acogió muy bien, y preguntole si quería hablar con la Infante en puridad, que los dejaría. «Ciertas», dijo el Conde, «señor, sí he, mas no quiero que la habla sea sin vos, ca, mal pecado, lo que he yo a decir no es puridad». Y dijo así: «Señora, ha mester que paréis mientes en estas nuevas que ahora llegaron». «¿Y qué nuevas son estas?», dijo la Infante. «Señora», dijo el Conde, «el rey de Guimalet ha entrado en vuestra tierra, y la corre y la quema, y os ha tomado seis castillos y dos villas, y dijo que no holgará hasta que todo el reino vuestro corriese; y porque ha mester que toméis y consejo con vuestra gente, y que enviéis y que habléis con ellos, y aguiséis que este daño y este mal no vaya más adelante». «Conde», dijo la Infante, «mandadlo vos hacer, ca vos sabéis que cuando mi padre murió en vuestra encomienda me dejó, ca yo mujer soy, y no he de meter las manos; y como vos tuviereis por bien de ordenarlo, así tengo yo por bien que se haga».

El Conde movió estas palabras a la Infante a sabiendas ante el infante Roboán con muy gran sabiduría, ca era hombre de buen entendimiento y probara muchas cosas, y movía esto teniendo que por ventura el infante Roboán se moviera ayudar a la Infante con aquella buena gente que tenía. La Infante se comenzó mucho a quejar, y dijo: «¡Ay, Nuestro Señor Dios!, ¿por qué quisiste que yo naciese pues que yo no me puedo defender de aquellos que mal me hacen? Ciertas, mejor fuera en yo no ser nacida y ser este lugar de otro que supiese pasar a los hechos y a lo defender». El Infante, cuando la oyó quejar, fue movido a gran piedad, y pesole mucho con la soberbia que le hacían, y díjole así: «Señora, ¿enviástesle nunca a decir a este rey que vos este mal hace que no os lo hiciese?» «Ciertas», dijo la Infante, «sí; envié muchas vegadas mas nunca de él buena respuesta pude haber». «Ciertas», dijo Roboán, «no es hombre en el que buena respuesta no ha; antes cuido que es diablo lleno de soberbia, ca el soberbio nunca sabe bien responder. Y no cuido que tal rey como este que vos decís mucho dure en su honra, ca Dios no sufre las soberbias, antes las quebranta y las abaja a tierra, así como hará aqueste rey». «Yo fío de la su merced, si no se repiente y no se parte de esta locura y esta soberbia, ca mucho mal me ha hecho en el reino muy gran tiempo ha, desde que murió el Rey mi padre». El infante Roboán se tornó contra el Conde y dijo así: «Conde, mandadme dar un escudero que vaya con un mi caballero que yo le daré, y que le muestre la carrera y la tierra, y yo enviaré a rogar aquel rey que por la su medida, mientras yo aquí fuere en el vuestro reino, que soy hombre extraño, que por honra de mí que no os haga mal ninguno, y

yo cuido que querrá ser mesurado y que lo querrá hacer». «Muy de buenamente», dijo el Conde. «Luego os daré el escudero que vaya con vuestro caballero y lo guíe por toda la tierra de la Infante y le haga dar lo que mester hubiere hasta que llegue al Rey».

Y entonces Roboán mandó llamar al caballero Amigo, y mandole que llevase una carta al rey de Guimalet, y que le dijese de su parte que le rogaba mucho, así como a rey en quien debía tener mesura, que por amor del que es hombre extraño no quisiese hacer mal en el reino de Pandulfa mientras él y fuese, y que se lo agradecería mucho; y si por ventura no lo quisiese hacer y dijese contra él alguna cosa desaguizada o alguna palabra soberbiosa, que lo desafiase de su parte.

El caballero Amigo tomó la carta del infante Roboán, y cabalgó luego con el escudero, y el Conde salió con ellos por los castigar en cómo hiciesen. La Infante agradeció mucho a Roboán lo que hacía por ella, y rogó a todos los caballeros y a las dueñas y doncellas que estaban y, que se lo ayudasen a agradecer. Todos se lo agradecieron sino la dueña Gallarda, que dijo así: «¡Ay, hijo de rey!, ¿cómo os puedo yo agradecer ninguna cosa, teniéndome hoy tan en poco como me tuviste?» «Ciertas, señora», dijo Roboán, «no creo que bien me entendistes, ca si bien me entendierais cuáles fueron las palabras y el entendimiento de ellas, no me juzgaríais, pero yo iré hablar convusco y hacéroslo he entender; ca aquel que de una vegada no aprende lo que hombre dice, conviene que de otra vegada se lo repita».

«Ciertas», dijo la Infante, «mucho me place que vayáis hablar con cual vos quisierais; ca cierta soy que de vos no oiré sino bien». Y levantose Roboán y fue asentarse con aquella dueña, y díjole así: «Señora, mucho debéis agradecer a Dios cuanto bien y cuanta merced os hizo, ca yo mucho se lo agradezco porque os hizo una de las más hermosas dueñas del mundo, y más lozana de corazón, y la de mejor donaire, y la de mejor palabra, y la de mejor recibir, y la más apuesta en todos sus hechos. Y bien semeja que Dios cuando os hacía muy de vagar estaba, y tantas buenas condiciones puso en vos de hermosura y de bondad que no creo que en mujer de este mundo las pudiese hombre hallar». La dueña quí solo mover a saña por ver si diría alguna palabra errada, no porque ella entendiese y viese que podría de él decir muchas cosas buenas, así como en él las había. «Ciertas, hijo de rey», dijo ella, «no sé qué diga en vos; ca si supiese, lo diría muy de grado».

Cuando esto oyó el infante Roboán, pesole de corazón y tuvo que era alguna dueña torpe, y díjole así: «Señora, ¿no sabéis qué digáis en mí? Yo os enseñaré, pues vos no sabéis, ca el que nada no sabe conviene que aprenda». «Ciertas», dijo la dueña, «si de la segunda escatima mejor no nos guardamos que de esta, no podemos bien escapar de esta palabra; ca ya la primera tenemos». «Señora», dijo Roboán, «no es mal que oiga quien decir quiere, y que le responda según dijere». «Pues enseñadme», dijo ella. «Pláceme», dijo él. «Mentid como yo mentí, y hallaréis qué digáis cuanto vos quisierais».

La dueña, cuando oyó esta palabra tan cargada de escatima, dio un gran grito el

más fuerte del mundo, de guisa que todos cuantos y estaban se maravillaron. «Dueña», dijo la Infante, «¿qué fue eso?». «Señora», dijo la dueña, «en fuerte punto nació quien con este hombre habla, sino en cordura; ca tal respuesta me dio a una liviandad que había pensado, que no fuera mester de oírla por gran cosa». Y dijo la Infante: «¿No os dije yo que por ventura querríais probar y que os probarían? Bendito sea hijo de rey que da respuesta que le merece la dueña».

Y el infante Roboán se tornó a hablar con la dueña como un poco sañudo, y dijo así: «Señora, mucho me placería que fueseis guardada en las cosas que hubieseis a decir, y que no quisieseis decir tanto como decís, ni rieseis de ninguno; ca me semeja que habéis muy gran sabor de departir en haciendas de los hombres, lo que no cae bien a hombre bueno, cuanto más a dueña. Y no puede ser que los hombres no departan en vuestra hacienda, pues sabor habéis de departir en las ajenas. Y por ende dicen que la picaza en la puente de todos ríe, y todos ríen de su frente. Ciertas, muy gran derecho es que quien de todos se ríe, que ríen todos de él. Y creo que esto os viene de muy gran vileza de corazón y de muy gran atrevimiento que tomáis en la vuestra palabra; y verdad es que si ninguna dueña vi en ningún tiempo que de buenas palabras fuese, vos aquella sois. Comoquiera que algunos hombres quiere Dios poner este don, que sea de buena palabra, a las vegadas mejor les es el oír que no mucho querer decir; ca en oyendo hombre puede mucho aprender, onde diciendo puede errar. Y señora, estas palabras os digo atreviéndome en la vuestra merced y queriéndoo muy gran bien, ca a la hora que vos yo vi, siempre me pagué de los bienes que Dios en vos puso, en hermosura y en sosiego y en buena palabra. Y por ende querría que fueseis en todas cosas la más guardada que pudiese ser; pero, señora, si yo os erré en atreverme a vos decir estas cosas que vos ahora dije, ruégoos que me perdonéis, ca con buen talante que vos yo he me esforcé a decíroslo, y no os encubrí lo que yo entendía por vos apercibir».

«Señor», dijo la dueña, «yo no podría agradecer a Dios cuanta merced me hizo oyendo en este día, ni podríais servir la medida que en mí quisistes mostrar en me querer castigar y adocinar; ca nunca hallé hombre que tanta merced me hiciese en esta razón como vos. Y bien creed que de aquí adelante seré castigada, ca bien veo que no conviene a ningún hombre tomar gran atrevimiento de hablar, mayormente a dueña; ca el mucho hablar no puede ser sin yerro. Y vos veréis que os daría yo a entender que hicistes una discípula, y que hube sabor de aprender todo lo que dijistes. Y comoquiera que otro servicio no os puedo hacer, siempre rogaré a Dios por la vuestra vida y por la vuestra salud». «Dios os lo agradezca», dijo Roboán, «ca no me semeja que gané poco contra Dios por dar respuesta, y no muy mesurada». «Por Dios», dijo la dueña, «¿fue respuesta? Más fue juicio derecho; ca con aquella encubierta que yo cuidé engañar, me engañaste; y según dice el verbo, que tal para la manganilla que se cae en ella de golilla». «Ciertas», dijo Roboán, «señora, mucho me place de cuanto oyó, y tengo que empleé bien el mío conocer; que bien creo que si vos tal no fueseis como yo pensé luego que os vi, no me responderíais a todas cosas».

Y que esto fue Roboán muy alegre y muy pagado. Ciertas, no obraron poco las palabras de Roboán ni fueron de poca virtud, ca esta fue después la mejor guardada dueña en su palabra y la más sosegada, y de mejor vida luego en aquel reino. Ciertas mester sería un Infante como este en todo tiempo en las casas de las reinas y de las dueñas de gran lugar que casas tienen, que cuando él se asentase con dueñas o con doncellas, que las sus palabras obrasen así como las de este Infante, y fuesen de tan gran virtud para que siempre hiciesen bien y guardasen su honra. Mas, ¡mal pecado!, en algunos acontece que en lugar de castigarlas y de adoctrinarlas en bien, que las meten en bullicio de decir más de cuanto debían; y aun parientes y ha que no catan de ello ni de ellas, que las imponen en estas cosas, y tales y ha de ellas que las aprenden de grado y repiten muy bien la lección que oyeron. Ciertas, bienaventurada es la que entre ellas se esmera para decir y para hacer siempre lo mejor, y se guarda de malos corredores, y no caer ni escuchar a todas cuantas cosas le quieren decir; ca quien mucho quiere escuchar, mucho ha de oír, y por ventura de su daño y de su deshonra; y pues de grado lo quiso oír, por fuerza lo ha de sufrir, maguer entienda que contra sí sean dichas las palabras; ca conviene que lo sufra, pues le plugo de hablar en ello. Pero debe fincar envergoñada si buen entendimiento Dios le quiso dar para entender, y débese castigar para adelante. Y la que de buena ventura es, en lo que ve pasar por los otros se debe castigar; onde dice el sabio que bienaventurado es el que se escarmienta en los peligros ajenos, mas, ¡mal pecado!, no cree más que el peligro ni daño el que pasa por los otros, mas el que nos habemos a pasar y a sufrir. Ciertas, esto es mengua de entendimiento, ca debemos entender que el peligro y el daño que pasa por uno puede pasar por otro, ca las cosas de este mundo comunales son, y la que hoy es en vos, cras es en otro, si no fuese hombre de tan buen entendimiento que se sepa guardar de los peligros. Onde todo hombre debe tomar ejemplo en los otros antes que en sí, mayormente en las cosas peligrosas y dañosas; ca cuando las en sí toma, no puede fincar sin daño, y no lo tienen los hombres por de buen entendimiento. Y guárdeos Dios a todos, ca aquel es guardado que Dios quiere guardar. Pero con todo esto conviene a hombre que se trabaje y se guarde, y Dios le guardará; y por ende dicen que quien se guarda, Dios le guarda.

Y desí levantose Roboán de cerca de la dueña y despidiose de la Infante, y fuese a su albergada. Y la Infante y las dueñas y doncellas fincaron departiendo mucho en él, loando mucho las buenas costumbres que en él había. La dueña Gallarda dijo así: «Señora, qué bien andante sería la dueña que este hombre hubiese por señor, y cuánto bienaventurada sería nacida del vientre de la su madre». La Infante tuviera que por aquella dueña era decidior que dijera estas palabras por ella, y enrubeció; y dijo: «Dueña, dejemos ahora esto estar, que aquella habría la honra la que de buena ventura fuere y Dios se la quisiere dar». Ciertas, todos pararon mientes a las palabras que dijo la Infante en cómo se mudó la color, y bien tuvieron que por aquellas señales que no se despagaba de él. Y ciertamente en el bejaire del hombre se entiende muchas vegadas lo que tiene en el corazón.

Y el infante Roboán moró en aquella ciudad hasta que vino el caballero Amigo con la respuesta del rey Guimalet. Y estando Roboán hablando con la Infante en solas, pero no palabras ledas, mas muy apuestas y muy sin villanía y sin torpedad, llegó el Conde a la Infante y dijo así: «Señora, son aquellos el caballero y el escudero que envió el infante Roboán al rey de Guimalet». «Y venga luego», dijo el infante Roboán, «y oiremos la respuesta que nos envía». Luego el caballero Amigo vino antes la Infante y ante Roboán, y dijo así: «Señora, si no que sería mal mandadero, me callaría yo o no diría la respuesta que me dio el rey de Guimalet; ca, así Dios me valga, del día en que nací nunca vi un rey tan desmesurado ni de tan mala parte, ni que tan mal oyese mandaderos de otro, ni que mala respuesta les diese ni soberbiamente». «¡Ay, caballero Amigo!», dijo el infante Roboán, «así Dios te dé la su gracia y la mía, que me digas verdad de todo cuanto te dijo, y no mengües ende ninguna cosa». «Por Dios, señor», dijo el caballero Amigo, «sí diré; ca antes que de él me partiese me hizo hacer hombrenaje que os dijese el su mandato cumplidamente; y porque dudé un poco de hacer hombrenaje, mandábame cortar la cabeza». «Ciertas, caballero Amigo», dijo el infante Roboán, «bien estáis, ya que habéis pasado el su miedo». Dijo el caballero Amigo: «Bien creed, señor, que aún cuido que delante de él estoy». «Perded el miedo», dijo el Infante, «ca perderlo solíais vos en tales cosas como estas». «Aún fío por Dios», dijo el caballero Amigo, «que le veré yo en tal lugar que habrá él tan gran miedo de mí como yo de él». «Podría ser», dijo el Infante, «pero decidme la respuesta, y veré si es tan sin medida como vos decís».

«Señor», dijo el caballero Amigo, «luego que llegué finqué los hinojos ante él, y díjele de cómo le enviabais saludar y dile la carta vuestra; y él no me respondió ninguna cosa, mas tomola y leyola. Y cuando la hubo leída dijo así: “Maravíllome de ti en cómo fuiste osado de venir ante mí con tal mandado, y tengo por muy loco y por muy atrevido a aquel que acá te envió, en quererme enviar decir por su carta que por honra de él que es hombre extraño, que yo que dejase de hacer mi pro y de ganar cuanto ganar pudiese”. Y yo díjele que no era ganancia lo que se ganaba con pecado. Y por esta palabra que le dije quería mandar matar, pero tornose de aquel propósito malo en que era y díjome así: “Sobre el hombrenaje que me hiciste, te mando que digas a aquel loco atrevido que acá te envió, que por deshonor de él de estos seis días quemaré las puertas de la ciudad donde él está, y los entraré por fuerza, y a él castigaré con esta mi espada, de guisa que nunca él cometerá otra cosa como esta”. Y yo pedile por merced, pues esto me mandaba decir a vos, que me asegurase, y que le diría lo que me mandabais decir. Y él asegurome y mandome que le dijese lo que quisiese, y yo díjele que, pues tan brava respuesta os enviaba, que le desafiabais. Y él respondió así: “Ve tu vía, sandio, y dile que no ha por qué me amenazar, a quien le quiere ir cortar la cabeza”».

«Ciertas, caballero, muy bien compusistes vuestro mandado, y agradézcooslo; pero me semeja que es hombre de muy mala respuesta ese rey, y soberbio, así como la Infante me dijo este otro día. Y aún quiera Dios que de esta soberbia se arrepienta,

y el arrepentir que no le pueda tener pro». «Así plega a Dios», dijo la Infante.

«Señora», dijo Roboán, «cuando llegare la vuestra gente, acordad quién tenéis por bien de darnos por caudillo, por quien catemos; ca yo seré con ellos muy de grado en vuestro servicio». «Muchas gracias», dijo la Infante, «ca cierta soy que de tal lugar sois y de tal sangre, que en todo cuanto pudiereis acorreréis a toda dueña y a toda doncella que en cuita fuese, mayormente a huérfana, así como yo finqué sin padre y sin madre y sin ningún acorro del mundo, salvo ende la merced de Dios y el servicio bueno y leal que me hacen nuestros vasallos, y la vuestra ayuda, que me sobrevino ahora por la vuestra medida; lo que os agradezca Dios, ca yo no os lo podría agradecer tan cumplidamente como vos lo merecéis». «Señora», dijo Roboán, «¿qué caballería puede ser entre caballeros hijosdalgo y ciudadanos de buena caballería?». «Hasta diez mil». «Por Dios, señora», dijo Roboán, «muy buena caballería tenéis para os defender de todos aquellos que mal os quisieren hacer. Señora», dijo Roboán, «¿serán aína aquí estos caballeros?». «De aquí ocho días», dijo la Infante, «o antes». «Ciertas, señora», dijo Roboán, «me placería mucho que fuese ya ahí, y que os librasen de estos vuestros enemigos y fincaseis en paz; y yo iría librar aquello por que vine». «¿Cómo?», dijo la Infante, «¿no me dijistes que por vuestro talante erais en estas tierras venido, y no por recaudar otra cosa?». «Señora», dijo el Infante, «verdad es, y aun eso mismo os digo, que por mío talante vine y no por librar otra cosa, sino aquello que Dios quisiere, ca cuando yo salí de mi tierra, a Él tomé por criador y endrezador de mi hacienda, y pero no quiero al ni demando sino aquello que Él quisiere». «Muy dudoso es esta vuestra demanda», dijo la Infante. «Ciertas, señora», dijo Roboán, «no es dudoso lo que se hace en fucia y en esperanza de Dios, antes es muy cierta, y a los que son antes no quería decir ni espaladinar por lo que viniera». No le quiso más afincar sobre ello, ca no debe ninguno saber más de la puridad del hombre de cuanto quisiere el señor de ella.

Y antes de los ocho días acabados, fue toda la caballería de la Infante con ella, todos muy aguisados y de un corazón para servicio de su señora y para acaloñar el mal y la deshonra que les hacían, y todos en uno acordaron con la Infante, pues entre ellos no había hombre de tan alto lugar como el infante Roboán, que era hijo de rey, y él por la medida tenía por aguisado de ser en servicio de la Infanta, que lo hiciesen caudillo de la hueste y se guiasen todos por él.

Y otro día en la mañana hicieron todos alarde en un gran campo fuera de la ciudad, y hallaron que eran diez mil y setecientos caballeros muy bien aguisados y de buena caballería, y con los trescientos caballeros del infante Roboán hiciéronse once mil caballeros. Y como hombres que habían voluntad de hacer el bien y de vengar la deshonra que la Infanta recibía del rey de Guimalet, no se quisieron detener, y por consejo del infante Roboán movieron luego, así como se estaban armados.

Y el rey de Guimalet era ya entrado en el reino de Pandulfa bien seis jornadas, con quince mil caballeros, y andaban los unos departidos por la una parte y los otros por la otra, quemando y estragando la tierra. Y de esto hubo mandado el infante

Roboán por las espías que allá envió. Y cuando fueron cerca del rey de Guimalet cuanto a cuatro leguas, así los quiso Dios guiar que no se encontraron con ningunos de la compañía del rey de Guimalet, y acordó el Infante con toda su gente de irse derechos contra el Rey; que si la cabeza derribasen una vez, y desbaratasen su gente, no tendrían uno con otro, y así los podrían vencer mucho mejor.

Y cuando el Rey supo que era cerca de la hueste de la infanta Seringa, vio que no podría tan aína por su gente enviar, que estaba derramada, y mandó que se armasen todos aquellos que estaban con él, que eran hasta ocho mil caballeros, y movieron luego contra los otros. Y viéronlos que no venían más lejos que media legua, y y comenzaron los de una parte y de la otra a parar sus haces; y tan quedos iban los unos contra los otros que semejaba que iban en procesión. Y cierto, grande fue la duda de la una parte y de la otra; ca todos eran muy buenos caballeros y bien aguisados. Y al rey de Guimalet íbansele llegando cuando ciento, cuando doscientos caballeros. Y el infante Roboán, cuando aquello vio, dijo a los suyos: «Amigos, cuanto más nos detenemos, tanto más de nuestro daño hacemos; ca a la otra parte crece todavía gente y nos no tenemos esperanza que nos venga acorro de ninguna parte, salvo de Dios tan solamente y la verdad que tenemos. Y vayámoslos herir, ca vencerlos hemos». «Pues enderezad en el nombre de Dios», dijeron los otros, «ca nos os seguiremos». «Pues, amigos», dijo el infante Roboán, «así habéis de hacer que cuando yo dijere “¡Pandulfa por la infanta Seringa!”, que vayáis herir muy de recio, ca yo seré el primero que tendré ojo al Rey señaladamente; ca aquella es la estaca que nos habemos de arrancar, si Dios merced nos quisiere hacer».

Y movieron luego contra ellos, y cuando fueron tan cerca que semejaba que las puntas de las lanzas de la una parte y de la otra se querían juntar en uno, dio una gran voz el infante Roboán, y dijo: «¡Pandulfa por la infanta Seringa!», y fuéronlos herir de recio, de guisa que hicieron muy gran portillo en las haces del Rey, y la batalla fue muy herida de la una parte y de la otra; ca duró desde hora de tercia hasta hora de vísperas. Y y le mataron el caballo al infante Roboán y estuvo en el campo gran rato apeado, defendiéndose con una espada. Pero no se partieron de él doscientos escuderos hijosdalgo a pie que con él llevara, y los más eran de los que trajo de su tierra, y pugnaban por defender a su señor muy de recio; de guisa que no llegaba caballero y que no le mataban el caballo, y de que caía del caballo metíanle las lanzas so las faldas y matábanlo. De guisa que había aderedor del Infante bien quinientos caballeros muertos, de manera que semejaban un gran muro tras que se podían bien defender.

Y estando en esto asomó el caballero Amigo, que andaba hiriendo en la gente del Rey, y haciendo extraños golpes con la espada, y llegó y donde estaba el infante Roboán, pero que no sabía que y estaba el Infante de pie. Y así como lo vio el Infante, llamolo y dijo: «Caballero Amigo, acórreme con ese tu caballo». «Por cierto, gran derecho es», dijo él, «ca vos me lo distes, y aunque no me lo hubieseis dado, tenido soy de acorreros con él». Y dejose caer del caballo en tierra y acorriole con él,

ca era muy ligero y bien armado, y cabalgaron en él al Infante. Y luego vieron en el campo que andaban muchos caballos sin señores, y los escuderos fueron tomar uno y diéronlo al caballero Amigo, y ayudáronlo a cabalgar en él. Y él y el Infante movieron luego contra los otros, llamando a altas voces: «¡Pandulfa por la infanta Seringa!», conhortando y esforzando a los suyos; ca porque no oían la voz del Infante rato había, andaban desmayados, ca cuidaban que era muerto o preso. Y tan de recio los hería el Infante, y tan fuertes golpes hacía con la espada, que todos huían de él como de mala cosa, ca cuidaba el que con él se encontraba que no había al sino morir. Y encontrose con el hijo del rey de Guimalet, que andaba en un caballo bien grande y bien armado, y conociolo en las sobreseñales por lo que le habían dicho de él, y díjole así: «¡Ay, hijo del Rey, desmesurado y soberbio! Apercíbete, ca yo soy el Infante al que amenazó tu padre para cortarle la cabeza. Y bien creo, si con él me encuentro, que tan locamente ni tan atrevidamente no querrá hablar contra mí como a un caballero habló que yo le envié». «Ve tu vía», dijo el hijo del Rey: «ca no eres tú hombre para decir al Rey mi padre ninguna cosa, ni él para responderte. Ca tú eres hombre extraño y no sabemos quién eres. Ca mala venida hiciste a esta tierra, ca mejor hicieras de holgar en la tuya».

Entonces enderezaron el uno contra el otro, y diéronse grandes golpes con las espadas, y tan gran golpe le dio el hijo del Rey al infante Roboán encima del yelmo, que le atronó la cabeza y le hizo fincar las manos sobre la cerviz del caballo; pero que no perdió la espada, antes cobró luego esfuerzo y fuese contra el hijo del Rey y diole tan gran golpe sobre el brazo derecho con la espada que le cortó las guarniciones maguer fuertes, y cortole del hombro un gran pedazo, de guisa que le hubiera todo el hombro de cortar. Y los escuderos del Infante matáronle luego el caballo, y cayó en tierra, y mandó el Infante que se apartasen con él cincuenta escuderos y que lo guardasen muy bien. Y el Infante fue buscar al Rey por ver si se podría encontrar con él, y el caballero Amigo que iba con él díjole: «Señor, yo veo al Rey». «¿Y cuál es?», dijo el Infante. «Aquel es», dijo el caballero Amigo, «el más grande que está en aquel tropel». «Bien parece rey», dijo el Infante, «sobre los otros, pero que me conviene de llegar a él por conocerlo, y él que me conozca». Y él comenzó decir a altas voces: «¡Pandulfa por la infanta Seringa!». Y cuando los suyos lo oyeron fueron luego con él, ca así lo hacían cuando le oían nombrar a la Infanta. Y halló un caballero de los suyos que tenía aún su lanza y había cortado de ella bien un tercio y hería con ella a sobremano, y pidiósela el Infante, y él diósela luego. Y mandó al caballero Amigo que le fuese decir en cómo él se iba para él, y que lo saliese a recibir si quisiese.

Y el Rey, cuando vio al caballero Amigo y le dijo el mandado, apartose luego fuera de los suyos un poco, y díjole el Rey: «¿Eres tú el caballero que viniste a mí la otra vegada?» «Sí», dijo el caballero Amigo, «mas lleve el diablo el miedo que ahora os he, así como os había entonces cuando me mandabais cortar la cabeza». «Venga ese infante que tú dices acá», dijo el Rey. «Si no, yo iré a él». «No habéis por qué», dijo el caballero Amigo, «ca este es que vos veis aquí delante». Y tan aína como el

caballero Amigo llegó al Rey, tan aína fue el Infante con él, y díjole así: «Rey soberbio y desmesurado, ¿no hubiste mesura ni vergüenza de enviarme tan brava respuesta y tan loca como me enviaste? Y bien creo que esta soberbia tan grande que tú traes que te echará en mal lugar, ca aun yo te perdonaría la soberbia que me enviaste decir, si te quisieses partir de esta locura en que andas y tornases a la infanta Seringa todo lo suyo». Dijo el Rey: «Téngote por necio, infante, en decir que tú perdonarás a mí la locura que tú hiciste en enviarme tú decir que yo que dejase por ti de hacer mi pro». «Libremos lo que tenemos de librar», dijo el Infante, «ca no es bueno de despendar el día en palabras, y mayormente con hombre en que no ha mesura ni se quiere acoger a razón. Encúbrete, rey soberbio», dijo el Infante, «ca yo contigo soy». Y puso la lanza so el brazo y fuelo herir, y dióle tan gran golpe que le pasó el escudo, pero por las armas que tenía muy buenas no le empeció, mas dio con el Rey en tierra. Y los caballeros de la una parte y de la otra estaban quedos por mandado de sus señores, y volviéronse luego todos, los unos por defender a su señor que tenían en tierra, y los otros por matarlo o por prenderlo. Heríanse muy de recio, de guisa que de la una parte y de la otra caían muchos muertos en tierra, y heridos, ca bien semejaba que los unos de los otros no habían piedad ninguna, tan fuertemente se herían y mataban. Y un caballero de los del Rey descendió de su caballo y diolo a su señor y acorriolo con él, pero que el caballero duró poco en el campo, que luego fue muerto. Y el Rey no tuvo más ojo por aquella batalla, y desde que subió en el caballo y vio todos los más de los suyos heridos y muertos en el campo, fincó las espuelas al caballo y huyó, y aquellos suyos en pos de él.

Mas el infante Roboán que era de gran corazón, no los dejaba ir en salvo, antes iba en pos de ellos matando e hiriendo y prendiendo, de guisa que los del Rey, entre muertos y heridos y presos, fueron de seis mil arriba, y los del infante Roboán fueron ocho caballeros; pero los caballeros que más hacían en aquella batalla y los que más derribaron fueron los del infante Roboán, ca eran muy buenos caballeros y muy probados, ca se habían acertado en muchos buenos hechos y en otras buenas batallas, y por eso se los dio el rey de Mentón su padre cuando se partió de él.

El infante Roboán con su gente se tornó y donde tenía sus tiendas el Rey, y hallaron y muy gran tesoro. Y arrancaron las tiendas y tomaron al hijo del Rey, que estaba herido, y a todos los otros que estaban presos y heridos, y fuéronse para la infante Seringa. Y mientras el infante Roboán y la su gente estaban en la hacienda, la infante Seringa estaba muy cuitada y con gran recelo; pero que todos estaban en la iglesia de Santa María haciendo oración y rogando a Nuestro Señor Dios que ayudase a los suyos y los guardase de manos de sus enemigos. Y ellas estando en esto, llegó un escudero a la Infante y díjole: «Señora, dadme albricias». «Sí haré», dijo la Infante, «si buenas nuevas me traes». «Dígoos, señora», dijo el escudero, «que el infante Roboán, vuestro servidor, venció la batalla a guisa de muy buen caballero y muy esforzado, y tráeos preso al hijo del Rey, pero herido en el hombro diestro. Y tráeos más entre muertos y heridos y presos, que fincaron en el campo, que no los

pueden traer muy muchos. Y trae otrosí gran tesoro que hallaron en el real del Rey; ca bien fueron seis mil caballeros y más de los del Rey entre muertos y presos y heridos».

«¡Ay, escudero, por amor de Dios», dijo la Infanta, «que me digas verdad! ¿Si es herido el infante Roboán?». «Dígoos, señora, que no, comoquiera que le mataron el caballo y fincó apeado en el campo, defendiéndose a guisa de muy buen caballero un gran rato, con doscientos hijosdalgo que tenía consigo, a pie, que lo sirvieron y lo guardaron muy lealmente». «Por Dios, escudero», dijo la Infanta, «vos seáis bien venido. Y prométoos de dar luego caballo y armas, y de mandaros hacer caballero y de casaros bien y de heredaros bien». Y luego en pos de este llegaron otros por ganar albricias, mas hallaron a este que las había ganado. Pero con todo esto la Infanta no dejaba de hacer merced a todos aquellos que estas nuevas le traían.

Y cuando el infante Roboán y la otra gente llegaron a la villa, la Infanta salió con todas las dueñas y doncellas fuera de la ciudad a una iglesia que estaba cerca de la villa, y esperáronlos y, haciendo todos los de la ciudad muy grandes alegrías. Y cuando llegaron los de la hueste, dijo el infante Roboán a un escudero que le tirase las espuelas. «Señor», dijo el Conde, «no es uso de esta nuestra tierra de tirar las espuelas». «Conde», dijo el Infante, «yo no sé qué uso es este de esta vuestra tierra, mas ningún caballero no debe entrar a ver dueñas con espuelas, según el uso de la nuestra». Y luego le tiraron las espuelas, y descabalgó, y fue a ver la Infanta.

«¡Bendito sea el nombre de Dios», dijo la Infanta, «que os veo vivo y sano y alegre!». «Señora», dijo el Infante, «no lo yerra el que a Dios se acomienda, y porque yo me acomendé a Dios halleme ende bien; ca Él fue el mi amparador y mi defendedor en esta lid, en querer que el campo fuese en nos, por la nuestra ventura». «Yo no se lo podría agradecer», dijo la Infanta, «ni a vos cuanto habéis hecho por mí». Entonces cabalgó la Infanta, y tomola el Infante por la rienda y llevola a su palacio. Y desí fuese el Infante y todos los otros a sus posadas a desarmarse y a holgar, ca mucho lo habían menester. Y la Infanta hizo pensar muy bien del infante Roboán, y mandáronle hacer baños, ca estaba muy quebrantado de los golpes que recibió sobre las armas, y del cansancio. Y él hízolo así, pero con buen corazón mostraba que no daba nada por ello, ni por el afán que había pasado.

Y a cabo de los tres días fue a ver a la Infanta, y llevó consigo al hijo del rey de Guimalet, y díjole: «Señora, esta joya os traigo; ca por este tengo que debéis cobrar todo lo que os tomó el rey de Guimalet su padre, y os debe dar gran partida de la su tierra. Y mandadlo muy bien guardar, y no se lo deis hasta que os cumpla todo esto que yo os digo. Y bien creo que lo hará, ca él no ha otro hijo sino este, y si él muriese, sin este hijo fincaría el reino en contienda; por que soy cierto y seguro que os dará por él todo lo vuestro y muy buena partida de lo suyo. Y aquellos otros caballeros que tenéis presos, que son mil y doscientos, mandadlos tomar y guardar, ca cada uno os dará por sí muy gran haber por que los saquéis de la prisión, ca así me lo enviaron decir con sus mandaderos».

Entonces dijo la Infanta: «Yo no sé cómo os agradezca cuánto bien habéis hecho y hacéis a mí y a todo el mi reino, por que os ruego que escojáis en este mi reino villas y castillos y aldeas cuales vos quisieréis; ca no será tan cara la cosa en todo el mi reino que vos queráis que no os sea otorgada». «Señora», dijo el Infante, «muchas gracias; ca no me cumplen ahora villas ni castillos, sino tan solamente la vuestra gracia que me deis licencia para que me vaya».

«Ay, amigo señor», dijo la Infanta, «no sea tan aína la vuestra ida, por el amor de Dios, ca bien ciertamente creed que si os vais de aquí, que luego me vendrán a estragar el rey de Guimalet y el rey de Brez su suegro, ca es casado con su hija». Y el infante Roboán paró mientes en aquella palabra tan halaguera que le dijo la Infanta; ca cuando le llamó «amigo señor», semejole una palabra tan pesada que así se le asentó en el corazón. Y como él estaba fuera de su seso, embermeció todo muy fuertemente y no le pudo responder ninguna cosa. Y el conde Rubén, tío y vasallo de la Infante, que estaba y con ellos, paró mientes a las palabras que la Infante dijera al infante Roboán, y de cómo se le demudó la color que no le pudo dar respuesta, y entendió que amor crecía entre ellos. Y llegose a la Infanta y díjole a la oreja: «Señora, no podría estar que no os dijese aquello que pienso, ca será vuestra honra, y es esto: tengo, si vos quisieréis y el Infante quisiere buen casamiento, sería a honra de vos y defendimiento del vuestro reino que os casaseis con él; ca ciertamente uno es de los mejores caballeros de este mundo, y pues hijo es de rey y así lo semeja en todos los sus hechos, no le habéis qué decir». Y la Infanta se paró tan colorada como la rosa, y díjole: «¡Ay, conde, y cómo me habéis muerto!». «¿Y por qué, señora?», dijo el Conde, «¿porque hablo en vuestro pro y en vuestra honra». «Yo así lo creo como vos lo decís», dijo ella, «mas no os podría yo ahora responder». «Pues pensad en ello», dijo el Conde, «y después yo recudiré a vos». «Bien es», dijo la Infanta.

Y mientras ellos estaban hablando en su puridad, el infante Roboán estaba como traspuesto, pensando en aquella palabra. Ca tuvo que se lo dijera con gran amor, o porque lo había menester en aquel tiempo. Pero cuando vio que se le movió la color cuando el Conde hablaba con ella en puridad, tuvo que de todo en todo con gran amor le dijera aquella palabra, y cuidó que el Conde la reprehendía de ello. Y Roboán se tornó contra la Infanta y díjole: «Señora, a lo que me dijistes que no me vaya de aquí tan aína por recelo que habéis de aquellos reyes, prométoos que no me parta de aquí hasta que yo os deje todo el vuestro reino sosegado; ca, pues comenzado lo he, conviéneme de acabarlo, ca nunca comencé con la merced de Dios cosa que no acabase». «Dios os deje acabar», dijo la Infanta, «todas aquellas cosas que comenzareis». «¡Amén!», dijo Roboán. «Y yo amén digo», dijo la Infanta. «Pues por amén no lo perdamos», dijeron todos.

Díjole Roboán: «Señora, mandadme dar un escudero que guíe a un mi caballero que quiero enviar al rey de Brez. Y según nos respondiere así le responderemos». Y el Infante mandó llamar al caballero Amigo, y cuando vino díjole así: «Caballero Amigo, vos sois de los primeros caballeros que yo hube por vasallos, y servistes al

Rey mío padre y a mí muy lealmente, por que soy tenido de haceros merced y cuanto bien yo pudiere. Y comoquiera que gran afán hayáis pasado conmigo, quiero que toméis por la Infanta que y está un poco de trabajo». Y esto le dijo el Infante pensando que no querría ir por él por lo que le aconteciera con el otro rey.

«Señor», dijo el caballero Amigo, «hacerlo he de grado, y serviré a la Infanta en cuanto ella me mandare». «Pues id ahora», dijo el Infante, «con esta mi mandadería al rey de Brez, y decidle así de mi parte al Rey: que le ruego yo que no quiera hacer mal ni daño alguno en la tierra de la infanta Seringa, y que si algún mal ha y hecho, que lo quiera enmendar, y que dé tregua a ella y a toda su tierra por sesenta años. Y si no lo quisiere hacer u os diere mala respuesta, así como os dio el rey de Guimalet su yerno, desafiadlo por mí y veníos luego». «Y vendré», dijo el caballero Amigo, «si me dieren vagar. Pero tanto os digo, que si no lo hubiese prometido a la Infanta, que yo no fuese allá, ca me semeja que vos tenéis embargado conmigo y os querríais desembargar de mí; ca no os cumplió el peligro que pasé con el rey de Guimalet, y enviaisme a este otro que es tan malo y tan desmesurado como el otro, y más habiendo aquí tantos buenos caballeros y tan entendidos como vos habéis para enviarlos, y que recaudarán el vuestro mandado mucho mejor que yo».

«Ay, caballero Amigo», dijo la Infante, «por la fe que vos debéis a Dios y al Infante vuestro señor que aquí está, y por el mi amor, que hagáis este camino donde el Infante os envía; ca yo fío por Dios que recaudaréis por lo que vais muy bien, y vendréis muy bien andante, y seros ha prez y honra entre todos los otros». «Gran merced», dijo el caballero Amigo, «ca pues prometídooslo he iré esta vegada, ca no pueda al hacer». «Caballero Amigo», dijo el infante Roboán, «nunca os vi cobarde en ninguna cosa que hubieseis de hacer sino en esto». «Señor», dijo el caballero Amigo, «un halago os debo; pero sabe Dios que este esfuerzo que lo dejaría ahora si ser pudiese sin mala estanza, pero a hacer es esta ida maguer agra, pues lo prometí». Y tomó una carta de creencia que le dio el Infante para el rey de Brez, y fuese con el escudero que le dieron que lo guiasen.

Y cuando llegó al Rey, hallolo en una ciudad muy apuesta y muy viciosa a la cual dicen Requisita, y estaban con él la Reina su mujer y dos hijos suyos pequeños, y muchos caballeros derredor de ellos. Y cuando le dijeron que un caballero venía con mandado del infante Roboán, mandole entrar luego. Y el caballero Amigo entró y fincó los hinojos delante del Rey y díjole así: «Señor, el infante Roboán, hijo del muy noble rey de Mentón, que es ahora con la infanta Seringa, te envía mucho saludar y envíate esta carta conmigo». Y el Rey tomó la carta y diola a un obispo su canciller que era y con él, que la leyese y le dijese que se contenía en ella. Y el obispo la leyó y díjole que era carta de creencia, en que le enviaba rogar el infante Roboán que creyese aquel caballero de lo que le dijese de su parte. «Amigo», díjole el Rey, «dime lo que quisieres, ca yo te oiré de grado». «Señor», dijo el caballero Amigo, «el infante Roboán te envía rogar que por la tu medida y por la honra de él, que no quieras hacer mal en el reino de Pandulfa, donde es señora la infante Seringa, y que si

algún mal has hecho tú o tu gente, que lo quieras hacer enmendar, y que le quieras dar tregua y seguridad por sesenta años de no hacer mal ninguno a ningún lugar de su reino, por dicho ni por hecho ni por consejo; y que él te lo agradecerá muy mucho, por que será tenido en pugnar de crecer tu honra en cuanto él pudiere».

«Caballero», dijo el Rey, «¿y qué tierra es Mentón donde es este infante tu señor?». «Señor», dijo el caballero Amigo, «el reino de Mentón es muy grande y muy rico y muy vicioso». «Y pues ¿cómo salió de allá este infante», dijo el Rey, «y dejó tan buena tierra y se vino a esta tierra extraña?». «Señor», dijo el caballero Amigo, «no salió de su tierra por ninguna mengua que hubiese, mas por probar las cosas del mundo y por ganar prez de caballería». «¿Y con qué se mantiene», dijo el Rey, «en esta tierra?». Dijo el caballero Amigo: «Señor, con el tesoro muy grande que le dio su padre, que fueron ciento acémilas cargadas de oro y de plata, y trescientos caballeros de buena caballería muy bien aguisados, que no le fallecen de ellos sino ocho que murieron en aquella batalla que hubo con el rey de Guimalet». «¡Ay, caballero, así Dios te dé buena ventura! Dime si te acertaste tú en aquella batalla». «Señor», dijo el caballero Amigo, «sí acerté». «¿Y fue bien herida?», dijo el Rey. «Señor», dijo el caballero Amigo, «bien puedes entender que fue bien herida, cuando fueron de la parte del Rey, entre presos y heridos y muertos, bien seis mil caballeros». «¿Y pues esto cómo pudo ser», dijo el Rey, «que de los del Infante no muriesen más de ocho?» «Pues, señor, no murieron más de los del Infante de los trescientos caballeros, mas de la gente de la infante Seringa, entre los muertos y los heridos, bien fueron dos mil». «Y este tu señor, ¿de qué edad es?», dijo el Rey. «Pequeño es de días», dijo el caballero Amigo, «que aún ahora le vienen las barbas». «Gran hecho acometió», dijo el Rey, «para ser de tan pocos días, en lidiar con tan poderoso rey como es el rey de Guimalet, y vencerlo». «Señor, no te maravilles», dijo el caballero Amigo, «ca en otros grandes hechos se ha ya probado, y en los hechos parece que quiere semejar a su padre». «¿Y cómo?», dijo el Rey, «¿tan buen caballero de armas es su padre?». «Señor», dijo el caballero Amigo, «el mejor caballero de armas es que sea en todo el mundo. Y es rey de virtud, ca muchos milagros ha demostrado Nuestro Señor por él en hecho de armas». «¿Y has de decir más», dijo el Rey, «de parte de tu señor?». «Si la respuesta fuere buena», dijo el caballero Amigo, «no he más que decir». «Y si no fuere buena», dijo el Rey, «¿qué es lo que querrá hacer?». «Lo que Dios quisiere», dijo el caballero Amigo, «y no al». «Pues dígame que no te quiero dar respuesta», dijo el Rey, «ca tu señor no es tal hombre para que yo le deba responder». «Rey señor», dijo el caballero Amigo, «pues que así es, pídate por merced que me quieras asegurar, y yo decirte he el mandado de mi señor todo cumplidamente». «Yo te aseguro», dijo el Rey. «Señor», dijo el caballero Amigo, «ca no quieres cumplir el su ruego que te envía rogar, lo que tú debías hacer por ti mismo, catando medida, y porque lo tienes en tan poco, yo te desafío en su nombre por él». «Caballero», dijo el Rey, «en poco tiene este tu señor a los reyes, pues que tan ligero los envía desafiar. Pero apártate allá», dijo el Rey, «y nos habremos nuestro acuerdo sobre ello».

Dijo luego el Rey a aquellos que estaban y con él, que le dijese lo que les semejaba en este hecho. Y el obispo su canciller le respondió y dijo así: «Señor, quien la baraja puede excusar, bien barata en huir de ella; ca a las vegadas el que más y cuida ganar, ese finca con daño y con pérdida; y por ende tengo que sería bien que os partieseis de este ruido de aqueste hombre, ca no tiene cosa en esta tierra de que se duela, y no dudará de meterse a todos los hechos en que piense ganar prez y honra de caballería; y porque esta buena andanza hubo con el rey de Guimalet, otras querrá acometer y probar sin duda ninguna. Ca el que una vegada bien andante es, crécele el corazón y esfuérase para ir en pos de las otras buenas andanzas». «Verdad es», dijo el Rey, «eso que vos ahora decís, mas tanto va el cántaro a la fuente hasta que deja allá el asa o la frente; y este infante tantos hechos querrá acometer hasta que en él alguno habrá de caer o de perecer; pero, obispo», dijo el Rey, «téngome por bien aconsejado de vos, ca pues que en paz estamos, no debemos buscar baraja con ninguno, y tengo por bien que cumplamos el su ruego, ca nos no hicimos mal ninguno en el reino de Pandulfa, ni tenemos de ella nada por que le hayamos de hacer enmienda ninguna. Mandadle hacer mis cartas de cómo le prometo el seguro de no hacer mal ninguno en el reino de Pandulfa, y que doy tregua a la infanta y a su reino por sesenta años, y dad las cartas a ese caballero, y váyase luego a buena ventura».

Y el obispo hizo luego las cartas y diolas al caballero Amigo, y díjole que se despidiese luego del Rey. Y el caballero Amigo hízolo así. Y antes que el caballero llegase a la Infanta, vinieron caballeros del rey de Guimalet con pleitesía a la infante Seringa, que le tornaría las villas y los castillos que le había tomado, y que le diese su hijo que le tenía preso. Y la Infanta respondiolas que no haría cosa ninguna a menos de su consejo del infante Roboán; ca pues que por él hubiera esta buena andanza, que no tenía por bien que ninguna cosa se ordenase ni se hiciese al sino como él lo mandase. Y los mandaderos del rey de Guimalet le pidieron por merced que enviase luego por él, y ella hízolo luego llamar.

El infante Roboán cabalgó luego y vínose para la Infanta, y díjole: «Señora, ¿quién son aquellos caballeros extraños?» Y ella le dijo que eran mensajeros del rey de Guimalet. «¿Y qué es lo que quieren?», dijo el infante Roboán. «Yo os lo diré», dijo la Infanta. «Ellos vienen con pleitesía de partes del rey de Guimalet que yo le dé su hijo y que me dará las villas y los castillos que me tiene tomados». «Señora», dijo el infante Roboán, «no se dará por tan poco, de mi grado». «¿Y pues qué os semeja?», dijo la Infante. «Señora», dijo Roboán, «yo os lo diré. A mí me hicieron entender que el rey de Guimalet que tiene dos villas muy buenas y seis castillos que entran dentro en vuestro reino, y que de y recibís siempre mucho mal». «Verdad es», dijo la Infante, «mas aquellas dos villas son las mejores que él ha en su reino, y no creo que me las querrá dar». «¿No?», dijo el Infante. «Sed segura, señora, que él os las dará, o él verá mal gozo de su hijo». «Pues habladlo vos con ellos», dijo la Infanta. Dijo Roboán: «Muy de grado». Y llamó luego a los caballeros y apartose con ellos y díjoles: «Amigos, ¿qué es lo que demandáis o queréis que haga la Infanta?»

«Señor», dijeron ellos, «bien creemos que la Infanta os lo dijo, pero lo que nos le demandamos es esto: que nos dé al hijo del Rey que tiene aquí preso, y que le haremos luego dar las villas y los castillos que el Rey le había tomado». «Amigos», dijo Roboán, «mal mercaría la Infanta». «¿Y cómo mercaría mal?», dijeron los otros. «Yo os lo diré», dijo el Infante. «Vos sabéis bien que el rey de Guimalet tiene gran pecado de todo cuanto tomó a la Infanta, contra Dios y contra su alma, y de buen derecho débeselo todo tornar, con todo lo que ende llevó, ca con ella no había enemistad ninguna ni demanda por que él debiese hacer esto de derecho, ni envié mostrar razón ninguna, por que le quería correr su tierra ni se la tomar; mas siendo ella segura y toda la su tierra, y no recelándose de él, entrole las villas y los castillos como aquellos que no se guardaban de ninguno y querían vivir en paz».

«Señor», dijo un caballero de los del rey de Guimalet, «estas cosas que vos decís no se guardan entre los reyes, mas el que menos puede lazra, y el que más lleva más». A eso dijo el Infante: «Entre los malos reyes no se guardan estas cosas, ca entre los buenos todas se guardan muy bien; ca no haría mal uno a otro por ninguna manera, a menos de mostrar si había alguna querrela de él, que se la enmendase, y si no se la quisiese enmendar, enviarlo a desafiar así como es costumbre de hijosdalgo. Y si de otra guisa lo hace, puédelo retar y decirle mal por todas las cortes de los reyes. Y por ende digo que no mercaría bien la Infanta en querer pleitear por lo suyo, que de derecho le debe tornar; mas el Infante hijo del Rey fue muy bien ganado y preso en buena guerra; onde quien lo quisiere, sed ende bien ciertos que dará antes por el bien lo que vale». «¿Y qué es lo que bien vale?», dijeron los otros. «Yo os lo diré», dijo el Infante, «que dé por sí tanto como vale, o más, y creo que para bien pleitear el Rey y la Infanta, las dos villas y seis castillos que ha el Rey, que entran por el reino de la Infante, y todo lo al que le ha tomado, que se lo diese, y demás que le asegurase y que le hiciese hombrenaje con cincuenta de los mejores de su reino que no le hiciese ningún daño en ningún tiempo por sí ni por su consejo, y si otro alguno le quisiese hacer mal, que él que fuese en su ayuda».

«Señor», dijeron los otros, «fuertes cosas demandáis, y no hay cosa en el mundo por que el Rey lo hiciese». Y en esto mentían ellos, ca dice el cuento que el Rey les mandara y les diera poder de pleitear siquiera por la mitad de su reino, en tal que él cobrase a su hijo, ca lo amaba más que a sí mismo. Y el Infante les dijo: «Quien no da lo que vale, no toma lo que desea. Y si él ama a su hijo y lo quiere ver vivo, conviénele que haga todo esto, ca no ha cosa del mundo por que de esto me sacasen, pues que dicho lo he; ca mucho pensé en ello antes que os lo dijese, y no hallé otra carrera por donde mejor se pudiese librar, a honra de la Infanta, sino esta». «Señor», dijeron los otros, «tened por bien que nos apartemos, y hablaremos sobre ello, y después responderos hemos lo que nos semejare que se podrá y hacer». «Bien es», dijo el Infante. Y ellos se apartaron y Roboán se fue para la Infanta.

Y los caballeros, de que hubieron habido su acuerdo, viniéronse para el Infante y dijéronle: «Señor, ¿queréis que hablemos con vos aparte?». «¿Y cómo?», dijo

Roboán, «¿es cosa que no debe saber la Infanta?» Dijeron ellos: «No, ca por ella ha todo de pasar». «Pues bien es», dijo Roboán, «que me lo digáis delante de ella». «Señor», dijeron ellos, «si de aquello que nos demandáis nos quisierais dejar alguna cosa, bien creemos que se haría». «Amigos», dijo el Infante, «no nos queráis probar por palabra, ca no se puede dejar ninguna cosa de aquello que es hablado». «Pues que así es», dijeron ellos, «hágase en buen hora, ca nos traemos aquí poder de obligar al Rey, en todo cuanto nos hiciéremos». Y desí diéronle luego la carta de obligamiento, y luego hicieron las otras cartas que eran menester para este hecho, las más firmes y mejor notadas que pudieron. Y luego fueron los caballeros con el conde Rubén a entregarle las villas y los castillos, tan bien de los que tenía tomados el Rey a la Infanta como de los otros del Rey. Y fue a recibir el hombrenaje del Rey y de los cincuenta hombres buenos, entre condes y ricos hombres, que lo habían de hacer con él para guardar la tierra de la Infanta y de no hacer y ningún mal, y para ser en su ayuda si menester fuese, en tal manera que si el Rey lo hiciese o le falleciese en cualquiera de estas cosas, que los condes y los ricos hombres que fuesen tenidos de ayudar a la Infante contra el Rey y de hacerle guerra por ella.

Y desde que todas estas cosas fueron hechas y fue entregado el conde Rubén de las villas y de los castillos, vínose luego para la Infanta. Y el Conde le dijo: «Señora, vos entregada sois de las villas y de los castillos, y la vuestra gente tienen las fortalezas». Y dióle las cartas del hombrenaje que le hicieron el Rey y los otros ricos hombres, y pidióle por merced que entregase a los caballeros el hijo del Rey, ca derecho era, pues que ella tenía todo lo suyo. «Mucho me place», dijo la Infanta, y mandó traer al hijo del Rey. Y trajéronlo y sacáronlo de las otras prisiones, que no lo tenían en mal recaudo. Y un caballero del rey de Guimalet que y estaba dijo al infante Roboán: «Señor, ¿conoceisme?» «No os conozco», dijo el Infante, «pero seméjame que os vi, mas no sé en qué lugar». «Señor», dijo él, «entre todos los del mundo os conocería, ca en todos los mis días no se me olvidará la pescozada que me distes». «¿Y cómo?», dijo el Infante, «¿armeos caballero?» «Sí», dijo el otro, «con la vuestra espada muy tajante, cuando me distes este golpe que tengo aquí en la frente; ca no me valió la capellina ni otra armadura que trajese, de tal guisa que andabais bravo y fuerte en aquella lid, ca no había ninguno de los de la parte del Rey que os osase esperar, antes huía de vos así como de la muerte». «Por Dios, caballero, si así es», dijo el Infante, «pésame mucho, ca ante vos quisiera dar algo de lo mío que no que recibieseis mal de mí; ca todo caballero más lo querría por amigo que no por enemigo». «¿Y cómo?», dijo él, «¿vuestro enemigo he yo de ser por esto? No lo quiera Dios, ca bien creed, señor, que de mejor mente os serviría ahora que antes que fuese herido, por las buenas caballerías que vi en vos; que no creo que en todo el mundo hay mejor caballero de armas que vos».

«Por Dios», dijo el hijo del rey de Guimalet, «el que mejor lo conoció en aquella lid y más paró mientes en aquellos hechos, yo fui; ca después que él a mí hirió y me priso y me hizo apartar de la hueste a cincuenta escuderos que me guardasen, veía por

ojo toda la hueste, y veía a cada uno como hacía, mas no había ninguno que tantas vegadas pasase la hueste del un cabo al otro, derribando e hiriendo y matando, ca no había y tropel por espeso que fuese, que él no le hendiese. Y cuando él decía: “Pandulfa por la infante Seringa”, todos los suyos recudían a él». Y como otro que se llama a deshonra, dijo el hijo del Rey: «Yo nunca salga de esta prisión en que estoy, pues vencido y preso había de ser, si no me tengo por honrado por ser preso y vencido de tan buen caballero de armas como es este».

«Dejemos estar estas nuevas», dijo el infante Roboán, «ca si yo tan buen caballero fuese como vos decís, mucho lo agradecería yo a Dios». Y cierto con estas palabras que decían mucho placía a la infanta Seringa, y bien daba a entender que gran placer recibía; ca nunca partía los ojos de él, riéndose amorosamente, y decía: «Viva el infante Roboán por todos los mis días, ca mucha merced me ha hecho Dios por él». «Por Dios, señora», dijo el hijo del rey de Guimalet, «aún no sabéis bien cuánta merced os hizo Dios por la su venida, así como yo lo sé, ca ciertamente creed que el Rey mío padre y el rey de Brez mi abuelo os habían de entrar por dos partes a correr el reino y tomaros las villas y los castillos, hasta que no os dejasen ninguna cosa». «¿Y esto por qué?», dijo la Infanta. «Por voluntad y por sabor que tenían de haceros mal en el vuestro señorío», dijo él. «¿Y merecíales yo por qué», dijo la Infanta, «o aquellos donde yo vengo?». «No, señora, que yo sepa». «Gran pecado hacían», dijo la Infanta, «y Dios me defenderá de ellos por la su merced». «Señora», dijo Roboán, «cesen de aquí adelante estas palabras; ca Dios, que os defendió del uno os defenderá del otro, si mal os quisieren hacer. Y mandad tirar las prisiones al hijo del Rey, y enviadlo; ca tiempo es ya que os desembarguéis de estas cosas, y pensemos en al». Y la Infanta hizo tirar las prisiones al hijo del Rey y enviolo con aquellos caballeros que tenía presos; ca dieron por sí doscientas vegadas mil marcos de oro, y de esto hubo la Infante cien vegadas mil y el infante Roboán lo al, comoquiera que la Infanta no quería de ello ninguna cosa; ca antes tenía por bien que fincase todo en Roboán, como aquel que lo ganara muy bien por su buen esfuerzo y por la su buena caballería.

Y todo el otro tesoro, que fue muy grande, que hallaron en el campo cuando el Rey fue vencido, fue partido a los condes y a los caballeros que se acertaron en la lid, de lo cual fueron todos bien entregados y muy pagados de cuanto Roboán hizo y de cómo lo partió muy bien entre ellos, catando a cada uno cuanto valía y como lo merecía; de guisa que no fue ninguno con querella. Y y cobraron gran corazón para servir a su señora la Infanta, y fueron a ella y pidiéronle por merced que no los quisiese excusar ni dejar, ca ellos aparejados eran para servirla y defenderla de todos aquellos que mal le quisiesen hacer, y aun si ella quisiese, que irían de buenamente a las tierras de los otros a ganar algo o a lo que ella mandase, y que pondrían los cuerpos para acabarlo.

«Deos Dios mucha buena ventura», dijo la Infanta, «ca cierta soy de la vuestra verdad y de la vuestra lealtad, que os pararíais siempre a todas las cosas que al mío

servicio fuesen». Y ellos despidiéronse de ella y fuéronse cada uno para sus lugares.

El infante Roboán, cuando supo que se habían despedido los caballeros para irse, fuese para la Infanta y díjole: «Señora, ¿y no sabéis cómo habéis enviado vuestro mandado al rey de Brez? ¿Y si por ventura no quisiese cumplir lo que le enviamos rogar? ¿Y no es mejor, pues aquí tenéis esta caballería, que movamos luego contra él?» «Mejor será», dijo la Infanta, «si ellos quisieren, mas creo que porque están cansados y quebrantados de esta lid, que querrán ir a refrescar para venirse luego si mester fuere».

El Infante comenzó a reír mucho, y dijo: «Por Dios, señora, los cansados y los quebrantados los que fincaron en el campo son; ca estos fincaron alegres y bien andantes, y no podría mejor refrescar en la su tierra, ni tan bien como en esta lo refrescaron; ca ahora están ellos frescos y avivados en las armas para hacer bien. Y mandadlos esperar, que de aquí a tercer día cuido que habremos el mandado del rey de Brez». «Bien es», dijo la Infante, «y mandóselo así». Y ellos hiciéronlo muy de grado.

La Infante no quiso olvidar lo que había dicho el conde Rubén en razón de ella y del Infante, y envió por él y díjole en su verdad: «Conde, ¿qué es lo que dijistes el otro día que queríais hablar conmigo en razón del Infante? Ciertas, no se me viene en mente, por la prisa grande en que estamos». «Aína se os olvidó», dijo el Conde, «siendo la vuestra honra, y bien creo que si de la mía os hablara que más aína lo olvidarais». «Decid», dijo la Infante, «lo que queráis decir, por amor de Dios, y no me enojéis, ca no soy tan olvidadiza como vos me decís, comoquiera que esto se me acaeció, o por ventura que no lo oí bien». «Señora», dijo el Conde, «repetíroslo he otra vegada, y aprendedlo mejor que no en la primera. Señora, lo que os dije entonces eso os digo ahora, que pues vos a casar habéis, el mejor casamiento yo sé ahora y más a vuestra honra, este infante Roboán era». «Ende», dijo la Infante, «yo en vos pongo todo el mi hecho y la mi hacienda, que uno sois de los de mi reino en que yo más fío y que más precio; y pues lo comenzastes, llevadlo adelante, ca a mí no cae hablar en tal razón como esta».

El Conde se fue luego para el infante Roboán y díjole que quería hablar con él aparte. Y el Infante se apartó con él a una cámara muy de grado, y el Conde le dijo: «Señor, comoquiera que vos no me hablastes en ello ni me rogastes, queriendo vuestro bien y vuestra honra pensé en una cosa cual os ahora diré: si os quisiereis casar con la infante Seringa, trabajarme yo de hablar en ello muy de buenamente». «Conde», dijo el infante Roboán, «muchas gracias, que cierto soy de vos que por la vuestra medida querríais mi bien y mi honra; ca ciertas para muy mayor hombre de mayor estado sería muy bueno este casamiento; mas tal es la mi hacienda que yo no he de casar hasta que vayamos adelante donde he a ir y ordene Dios de mí lo que quisiere». Y por amor de Dios, conde, no os trabajéis en este hecho, ca a mí sería gran vergüenza en decir de no, y ella no fincaría honrada, lo que me pesaría muy de corazón. Ciertamente la quiero muy gran bien y préciola y ámola muy

verdaderamente, queriéndola guardar su pro y su honra, y no de otra guisa». «¿Pues no hablaré en ello?», dijo el Conde. «No», dijo el Infante, «ruégooslo yo». El Conde se fue luego para la Infante y díjole todas las palabras que Roboán le dijera. Y cuando la Infante lo oyó, parose muy amarilla y comenzó a tristecer de guisa que hubiera a caer en tierra, si no por el Conde, que la tuvo por el brazo. «Señora», dijo el Conde, «no toméis muy gran pesar por ello, ca lo que vuestro hubiere de ser ninguno no os lo puede toller, y por ventura habréis otro mejor casamiento si este no hubiereis». «No me desfucio de ello», dijo la Infante, «de la merced de Dios, ca como ahora dijo de no, aún por aventura dirá que le place. Y ciertas, conde, quiero que sepáis una cosa, que muy enteramente tenía por este casamiento, si ser pudiese, y cuido, según el corazón me dice, que se hará. Y de ninguna cosa no me pesa sino que cuidaría que de mi parte fue comenzado, y por ventura que me preciará menos por ello». «Señora», dijo el Conde, «yo muy bien os guardé en este lugar, ca lo que yo le dije no se lo dije sino dando a entender que quería el su bien, y aconsejándole que lo quisiese, y cuando yo supiese su voluntad, que me trabajaría en ello». «Muy bien lo hiciste»; dijo la Infante, «y no le habléis más en ello, y haga Dios lo que le tuviere por bien».

Ellos estando en esto entró el escudero que había enviado con el caballero Amigo con mandado del Infante al rey de Brez. «¿Y recaudó por lo que fue?», dijo la Infante. «Por Dios, señora», dijo el escudero, «sí, muy bien, a guisa de buen caballero y bien razonado, según veréis por las cartas y el recaudo que trae». Entonces llegó el caballero Amigo ante la Infante. «Por Dios, caballero Amigo, mucho me place», dijo la Infante, «porque os veo venir bien andante». «¿Y en qué lo veis vos?», dijo el caballero Amigo. «¿En qué?», dijo la Infante, «en veniros muy alegre y en mejor continente que no a la ida cuando de aquí os partistes». «Señora», dijo el caballero Amigo, «pues Dios tan buen entendimiento os quiso dar de conocer las cosas escondidas, entended esto que ahora os diré: que yo creo que Dios nunca tanto bien hizo a una señora como hizo a vos, por la conocencia del Infante mío señor; ca según yo aprise en la corte del rey de Brez, no eran tan pocos aquellos que vos mal cuidaban hacer, y habían ya partido el vuestro reino entre sí». «¿Y cuáles eran esos?», dijo la Infante. «Señora», dijo el caballero Amigo, «el rey de Guimalet y el rey de Libia; pero pues habéis el rey de Brez, no habéis por qué recelaros del rey de Libia, ca el rey de Brez el ruego que le envió hacer el infante Roboán, por estas cartas lo podéis ver que vos aquí traigo». La Infante recibió las cartas y mandolas leer, y hallaron que la seguridad y la tregua del rey de Brez fuera muy hecho, y que mejor no se pudiera hacer por ninguna manera ni más a pro ni a honra de la Infante.

Y el infante Roboán habiendo muy gran sabor de irse: «Y pues buen sosiego tenéis la vuestra tierra, no habéis por qué detenerme». «Amigo señor», dijo la Infante, «si buen sosiego y ha, por vos y por vuestro buen esfuerzo es; y sabe Dios que si os pudiese detener a vuestra honra que lo haría muy de grado. Pero antes hablaré convusco algunas cosas que tengo que hablar». «Señora», dijo el Infante, «tan apercebida y tan guardada sois en todas cosas que no podríais errar en ninguna

manera en lo que hubieseis a decir y a hacer».

Otro día en la mañana, cuando vino el infante Roboán a despedirse de ella, dijo la Infante: «Sed aquí ahora y rédrense los otros, y yo hablaré convusco lo que os diré que tenía de hablar». Y todos los otros se tiraron afuera, pero que paraban mientes a los gestos y a los ademanes que hacían, ca bien entendían que entre ellos había muy gran amor, comoquiera que ellos se encubrían lo más que podían y no se querían descubrir el uno al otro el amor grande que había entre ellos. Pero la Infante, viendo que por el infante Roboán había el su reino bien asesegado y fincaba honrada entre ellos, que sería la más bien andante y la más recelada señora que en todo el mundo habría, con el buen entendimiento y con el buen esfuerzo y con la buena ventura de este Infante, no se pudo sufrir, y no con maldad, ca de muy buena vida era y de buen entendimiento, mas cuidándole vencer con buenas palabras porque el casamiento se hiciese; y díjole así: «Señor, el vuestro buen donaire, y la vuestra buena ventura, y el vuestro buen entendimiento, y la honra que me habéis hecho en dejarme muy rica y muy recelada de todos los mis vecinos, y muy honrada, me hace decir esto que vos ahora diré, y con gran amor ruégoos que me perdonéis lo que os diré, y no tengáis que por otra razón de maldad ni de encubierta os lo digo, mas por razón de ser más amparada, si Dios lo quisiere allegar. Y porque no sé si algunos de mis reinos a qué placería, o por ventura si querrían que se llegase este pleito, no me quise descubrir a ninguno y quíseme atrever ante la vuestra medida, que si no se hiciese que fuese callado entre nos; ca ciertamente, si otros fuesen en el hecho no podría ser puridad; ca dicen que lo que saben tres, sábelo toda res. Y lo que vos he a decir, comoquiera que lo digo con gran vergüenza, es esto: que si el vuestro casamiento y el mío quisiese Dios allegar, que me placería mucho. Y no hemos a decir, ca a hombre de buen entendimiento pocas palabras cumplen». Desí abajó los ojos la Infante y púsolos en tierra, y no lo pudo catar con gran vergüenza que hubo de lo que había dicho.

«Señora», dijo el Infante, «yo no os puedo agradecer ni servir cuánto bien y cuánta merced me habéis hecho hoy en este día, y cuánta medida me mostrastes en querer que yo sepa de vos el amor verdadero que me habéis, y en quererme hacer saber toda vuestra hacienda y vuestra voluntad. Y pues yo agradecer no os lo puedo ni servir así como yo querría, pido por merced a Nuestro Señor Dios que Él os lo agradezca, y os dé buena cima a lo que deseáis, con vuestra honra. Pero digo que sepáis de mí tanto: que del día en que nací hasta el día de hoy nunca supe amor de mujer, y convusco, ca una sois de las señoras que yo más amo y más precio en mi corazón, por la gran bondad, y el gran entendimiento, y la gran medida, y el gran sosiego que en vos es. Y comoquiera que me ahora quiero ir, pídoos por merced que me queráis atender un año, salvo ende si hallareis vuestra honra, si Dios os lo quisiese dar». «Amigo señor», dijo la Infante, «yo no sé cómo Dios querrá ordenar de mí, mas yo atenderos he a la mi ventura de estos tres años, si vida hubiere». «Señora», dijo el Infante, «agradézcooslo». Y quísole besar las manos y los pies, y ella no quiso dar, antes le dijo a un tiempo vendrá que ella se los besaría a él. Y levantáronse luego

amos a dos y el Infante se despidió de ella y de todos los otros hombres buenos que y eran en el palacio con el Infante.

Dice el cuento que nunca tan gran pesar hombre vio como el que hubieron todos aquellos que y estaban con la Infante; ca cuando él partió de su padre y de su madre y de su hermano Garfín y de todos los otros de la su tierra, comoquiera que gran pesar y gran tristeza y hubo, no pudo ser igual de esta; ca pero no se mesaban, ni se arrastraban, ni daban voces, a todos semejava que le quebraran por los corazones, dando suspiros y llorando muy fuerte y poniendo las manos sobre los ojos. Y eso mismo hacía el infante Roboán y toda la su gente, ca tan hechos eran con todos los de aquella tierra, que no se podían de ellos partir sino con gran pesar. Y este reino de Pandulfa es en la Asia la Mayor, y es muy viciosa tierra y muy rica, y por toda la mayor partida de ella pasa el río de Tigris, que es uno de los cuatro ríos de paraíso terrenal, así como adelante oiréis donde habla de ellos.

El Infante con toda su gente fueron andando, y salieron del reino de Pandulfa tanto que llegaron al condado de Turbia, y hallaron en una ciudad al Conde, que saliolos a recibir y que le hizo mucha honra y mucho placer, y convidó al Infante por ocho días que fuese su huésped. Pero con este conde no se aseguraba en la su gente, porque lo querían muy mal y no sin razón; ca él les había desaforado en muchas guisas, a los unos despechando y a los otros desterrando, en guisa que no había ninguno en todo el su señorío en quien no tangiese este mal y estos desafueros que el Conde había hecho.

Y este conde, cuando vio al Infante en su lugar con tan gran gente y tan buena, plúgole muy de corazón y díjole: «Señor, muy gran merced me hizo Dios por la vuestra venida a esta tierra; ca tengo que doliéndose de mí os envió para ayudarme contra estos mis vasallos del mío condado, que me tienen muy gran tuerto, y puédolos castigar, pues vos aquí sois, si bien me ayudarais». «Ciertas, conde», dijo el Infante, «ayudaros he muy de buenamente contra todos aquellos que vos tuerto hicieren, si no os lo quisieren enmendar; pero saber quiero de vos qué tuerto os tienen; ca no querría que de mí ni de otro mal recibiesen el que no mereció por qué». «Sabed, señor», dijo el Conde, «que no lo habéis por qué demandar, ca los mayores traidores son que nunca fueron vasallos a señor». «Conviene», dijo el Infante, «saber de hecho, ca gran pecado sería de hacer mal a quien no lo merece, y conviene que sepamos cuáles son aquellos que lo merecen, y apartémoslos de los otros que no lo merecen; y así los podemos más aína matar y estragar; ca cuantos de ellos apartaremos tanto menguará del su poder y acrecentaría el vuestro». «Señor», dijo el Conde, «no os trabajéis en eso, ca todos lo merecen». «¿Todos?», dijo el Infante. «Esto no puede ser sino por una de dos razones, o que vos fueseis crudo contra ellos y no perdonastes a ninguno, o que todos ellos son falsos y traidores por natura. Y si vos queréis que os ayude en este hecho, decidme la verdad y no me escondáis ende ninguna cosa; ca si tuerto tuvieseis y me lo encubrieseis, por ventura sería vuestro el daño y mío, y fincaríamos con gran deshonor, ca Dios no mantiene el campo sino

aquel que sabe que tiene verdad y derecho».

Cuando el Conde vio que el Infante con buen entendimiento podría saber la verdad y no le encubriría por ninguna manera, tuvo por bien de decirle por qué hubiera malquerencia con toda la gente de su tierra. «Señor», dijo el Conde, «la verdad de este hecho en cómo pasó entre mí y la mi gente es de esta guisa que vos ahora diré; ca ciertamente fue contra ellos muy crudo en muchas cosas, desaforándolos y matándolos sin ser oídos, y desheredándolos y desterrándolos sin razón, de guisa que no hay ninguno, mal pecado, por de gran estado que sea ni de pequeño, a quien no tengan estos males y desafueros que les he hechos; en manera que no hay ninguno en el mi señorío de que no recele. Y por ende con la vuestra ayuda querríame desembargar de este hecho y de este recelo; ca de que ellos fuesen muertos y estragados, podría yo pasar mi vida sin miedo y sin recelo ninguno». «Por Dios, conde», dijo el Infante, «si así pasó como vos decís, fuera muy gran mal; ca no sería así, sino hacer un mal sobre otro a quien no lo merece. Y habiéndoles hecho tantos males y tantos desafueros como vos decís, ¿en lugar de arrepentiros del mal que les hicieris y demandarles perdón, tenéis por aguisado de hacerles aún mayor mal? Ciertas, si en campo hubiéramos entrado con ellos sobre tal razón, ellos fincaran bien andantes, y nos mal andantes y con gran derecho». «Pues, señor», dijo el Conde, «¿qué es lo que y puedo hacer? Pídoos por merced que me aconsejéis, ca esta mi vida no es vida, antes me es par de muerte». «Yo os lo diré», dijo el Infante. «Conviéneos que hagáis en este vuestro hecho como hizo un rey por consejo de su mujer la Reina, que cayó en tal caso y en tal yerro como este». «¿Y cómo fue eso?», dijo el Conde. «Yo os lo diré», dijo el Infante.

Un rey era contra sus pueblos, así como vos, en desaforándolos y matándolos y desheredándolos crudamente y sin piedad ninguna, de guisa que todos andaban catando manera que le pudiesen matar. Y por ende siempre había de andar armado de día y de noche, que nunca se desarmaba, que no había ninguno, ni aun en su posada, de quien se fiase; así que una noche fuese a casa de la Reina su mujer, y echose en la cama bien así armado. Como a la Reina pesó mucho, como aquella que se dolía de la su vida muy fuerte y muy lazada que el Rey hacía, y no se lo pudo sufrir el corazón, díjole así: «Señor, pídoos por merced y por mesura que vos, que me queráis decir qué es la razón porque esta tan fuerte vida pasáis; si lo tenéis en penitencia, o si lo hacéis por recelo de algún peligro». «Ciertas», dijo el Rey, «bien os lo diría si entendiese que consejo alguno me podríais y poner; mas, ¡mal pecado!, no cuido que se ponga y consejo ninguno». «Señor, no decís bien»; dijo la Reina, «ca no ha cosa en el mundo por desesperada que sea, que Dios no pueda poner remedio». «Pues así es», dijo el Rey, «sabed que quiero que lo sepáis. Antes que convusco casase, y después, nunca quedé de hacer muchos males y muchos desafueros y crueldades a todos los de mi tierra, de guisa que por los males que yo les hice, no me aseguro en ninguno de ellos, antes tengo que me matarían muy de buenamente si pudiesen. Y por ende he de andar armado por guardarme de su mal».

«Señor», dijo la Reina, «por el mío consejo vos haréis como hacen los buenos físicos a los dolientes que tienen en guarda; que les mandan luego que tengan dieta, y desí mándanles comer buenas viandas y sanas, y si ven que la enfermedad es tan fuerte y tan desesperada que no puede poner consejo por ninguna sabiduría de física que ellos sepan, mándanles que coman todas las cosas que quisieren, tan bien de las contrarias como de las otras. Y a las vegadas con el contrario guarecen los enfermos de las enfermedades grandes que han. Y pues este vuestro mal y vuestro recelo tan grande y tan desesperado es que no cuidáis ende ser guarido en ningún tiempo, tengo que os conviene de hacer el contrario de lo que hicistes hasta aquí, y por ventura que seréis librado de este recelo, queriéndoos Dios hacer merced».

«¿Y cómo podría ser eso?», dijo el Rey. «Ciertas, señor, yo os lo diré», dijo la Reina; «que hagáis llegar todos; los conocéis los males y desafueros que les hicistes, y que les roguéis muy humildosamente que os perdonen, llorando de los ojos y dando a entender que os pesa de corazón por cuanto mal les hicistes; y por ventura que lo querrán hacer, doliéndose de vos. Y ciertas, no veo otra carrera para vos salir de este peligro en que sois». «Bien creed», dijo el Rey, «que es buen consejo, y quiérollo hacer; ca más querría ya la muerte que no esta vida que he». Y luego envió por todos los de su tierra que fuesen con él en un lugar suyo muy vicioso y muy abundado. Y fueron todos con él ayuntados el día que les mandó. Y el Rey mandó poner su silla en medio del campo, y puso la corona en la cabeza, y díjoles así: «Amigos, hasta aquí fui vuestro rey y usé del poder del reino como no debía, no catando mesura ni piedad contra vos, haciéndoos muchos desafueros: los unos matando sin ser oídos, los otros despechando y desterrando sin razón y sin derecho, y no queriendo catar ni conocer los servicios grandes que me hicistes; y por ende me tengo por muy pecador, que hice gran yerro a Dios y a vos, y recelándome de vos por los grandes males que os hice, hube siempre de andar armado de día y de noche. Y conociendo mío pecado y mío yerro, déjoos la corona del reino». Y tollióla de la cabeza, y púsola en tierra ante sí, y tollió el bacinete de la cabeza y desarmose de las armas que tenía y fincó en gambax, y dijo: «Amigos, por mesura, que hagáis de mí lo que vos quisieréis».

Y esto decía llorando de los ojos muy fuertemente, y eso mismo la Reina su mujer y sus hijos que eran con él. Y cuando los de la tierra vieron que tan bien se arrepentía del yerro en que cayera y tan simplemente demandaba perdón, dejáronse caer todos a sus pies llorando con él, y pidiéronle por merced que no los quisiese decir tan fuertes palabras como les decía, ca los quebrantaba los corazones; mas que fincase con su reino, que ellos le perdonaban cuanto mal de él recibieron. Y así fue después muy buen rey y muy amado de todos los de la tierra; ca fue muy justiciero y guardador de su reino.

«Cuando convenía a vos, conde, que hagáis eso mismo que aquel rey hizo, y fío por la merced de Dios, que Él os endrezará haber amor de la vuestra gente, así como hizo aquel rey». «Por Dios, señor», dijo el Conde, «dada me habéis la vida, y quiero hacer lo que me aconsejáis, ca me semeja que esto es lo mejor; y aunque me maten,

en demandándoles perdón, tengo que Dios habrá merced a la mi alma». «Conde», dijo el Infante, «no temáis, ca si vos y muriereis haciendo esto que vos yo aconsejo, no moriréis solo, ca sobre tal razón como esta seré yo con vos muy de grado en defenderos cuanto yo pudiere; ca pues vos hacerles queréis enmienda y no lo quisieren recibir, ellos tendrán tuerto y no vos; ca del su derecho harán tuerto, y Dios ayudarnos ha y destorbará a ellos, porque nos tememos por nos verdad y razón, y ellos no por sí, sino mentira y soberbia».

Entonces envió el Conde por todos los de su tierra, diciendo que había de hablar con ellos cosas que eran a pro de ellos y de la tierra, y luego fueron con él a una ciudad buena. Y cuando vieron la caballería que tenía de gente extraña, preguntaron qué gente eran, y dijéronles que era un hijo de un rey que era de luengas tierras, y que andaba probando cosas del mundo y haciendo buenas caballerías para ganar prez. Y preguntaron si era amigo del Conde, y dijéronles que sí. «¿Y es hombre», dijeron ellos, «a quien plega con la verdad y con el bien y le pese con el mal?». «Ciertas», dijeron ellos, «sí». «Bien es», dijeron ellos, «pues el Infante tan buen hombre es, bien creemos que él sacará al Conde de esta crueldad que hace contra nos». Los otros le respondieron que fueseis de él bien seguros, y que así lo haría. Y así fincaron los de la tierra ya conhortados, y bien semeja que entre el Conde y ellos partido era el miedo; ca tan gran miedo había el Conde a ellos como ellos al Conde. Desí el Conde mandó hacer su estrado en un gran campo muy bueno que dicen el Campo de la Verdad, y fueron y todos llegados. El Conde asentose en el estrado, armado así como siempre andaba, y el Infante de la otra parte y la Condesa de la otra, y sus hijuelos delante. Y levantose el Conde y díjoles en cómo les había errado en muchas maneras, y pidioles merced muy humildosamente que le quisiesen perdonar, ca no quería con ellos vivir sino como buen señor con buenos vasallos; y desarmose y fincó los hinojos ante ellos, llorando de los ojos y rogándoles que le perdonasen. Y sobre esto levantose el infante Roboán, ca ellos estaban muy duros y no querían responder nada, y díjoles. «Amigos, no querría que fueseis tales como los mozos de poco entendimiento, que los ruegan muchas vegadas con su pro, y ellos con mal recaudo dicen que no quieren, y después querrían que los rogasen otra vez, que lo recibirían de grado, y si no los quieren rogar fíncanse en su daño; por que no ha mester que estéis callados, antes lo debierais mucho agradecer a Dios porque tan buenamente os viene a esto que os dice». «Señor», dijo uno de ellos, «muy de buenamente lo haremos, sino que tenemos que nos trae con engaño para nos hacer más mal andantes». «No lo creáis», dijo el Infante; «antes os lo jurará sobre Santos Evangelios, y os hará hombrenaje, y os asegurará ante mí. Y si vos de ello falleciere, yo os lo prometo que seré convusco contra él». Y ellos le pidieron por merced que recibiese del Conde hombrenaje, y él hízolo así, y perdonáronle, y fincó en paz y en buen andanza con sus vasallos, y mantuvo siempre en sus fueros y en justicia. Y otro día despidióse el Infante del Conde y de todos los buenos hombres que y eran.

Dice el cuento que el infante Roboán endrezó su camino para donde Dios le

guiase; pero que demandó al Conde qué tierra hallaría adelante. Y él le dijo que a treinta jornadas de y que entraría en tierra del Emperador de Triguada, muy poderoso y muy honrado, que había cuarenta reyes por vasallos, y que era hombre mancebo y alegre y de buen solaz, y que le placía mucho con hombre de tierra extraña, si era de buen lugar.

El Infante fuese para aquel imperio, y luego que llegó a la tierra de los reyes dijéronle que no le consentirían que entrase más adelante hasta que lo hiciesen saber al Emperador, ca así lo habían por costumbre; pero que le darían todas las cosas que hubiese mester hasta que hubiesen mandado del Emperador. Enviaron luego los mandaderos, y cuando el Emperador supo que un infante, hijo del rey de Mentón, llegara a su señorío y traía consigo buena caballería y apuesta, plúgole mucho y mandó que le guiasen por toda su tierra, y que le diesen todas las cosas que mester hubiese y le hiciesen cuanta honra pudiesen. Y si el Emperador bien lo mandó hacer, todos los reyes y las gentes por donde pasaba se lo hacían muy de grado y muy cumplidamente ca mucho lo merecía; ca tan apuesto y tan de buen donaire lo hiciera Dios, que todos cuantos le veían tomaban muy gran placer con su vista, y hacían por él muy grandes alegrías.

Y cuando llegó al Emperador, y hallolo que andaba por los campos, ribera de un río y muy grande que ha nombre Tigris; y descendió del caballo, y dos reyes que eran con el Emperador, por hacer honra al Infante, descendieron a él, y fuese para el Emperador y fincó los hinojos y humillose, así como le aconsejaron aquellos dos reyes que iban con él. Y el Emperador mostró muy gran placer con él y mandole que cabalgase. Y desde que cabalgó, llamolo el Emperador y preguntole si era caballero. Díjole que sí. Y preguntole quién lo hiciera caballero, y díjole que su padre el rey de Mentón. «Ciertas», dijo el Emperador, «si doble caballería pudiese haber el caballero», que él lo hiciera caballero otra vegada. «Señor», dijo el Infante, «¿qué es lo que pierde el caballero si de otro mayor caballero puede recibir otra caballería?». «Yo os lo diré», dijo el Emperador, «que no puede ser, por el uno contra el otro, que no le estuviese mal, pues caballería había recibido de él». «¿Y no veis vos», dijo el Infante, «que nunca yo he ser contra el Rey mi padre, ni contra vos por él, ca él no me lo mandaría ni me lo aconsejaría que yo falleciese en lo que hacer debiese?». «Bien lo creo», dijo el Emperador, «mas hay otra cosa más grave a que tendrían los hombres ojo: que pues dos caballerías había recibido, que hiciese por dos caballeros». «Y ciertas», dijo el Infante, «bien se puede hacer esto, con la merced de Dios, ca queriendo hombre tomar a Dios por su compañero en los sus hechos, hacer puede por dos caballeros y más, con la su ayuda». «Ciertas», dijo el Emperador, «conviene que yo haga caballero a este infante, y no lo erraremos, ca cuido que de una guisa lo hacen en su tierra y de otra guisa aquí».

Y preguntole el Emperador de cómo le hicieron caballero, y él dijo que tuvo vigilia en la iglesia de Santa María una noche en pie, que nunca se asentara, y otro día en la mañana, que fuera y el Rey a oír misa, y la misa dicha que llegara el Rey al altar

y que le diera una pescozada, y que le ciñó el espada, y que se la descibió su hermano mayor. «Ahora os digo», dijo el Emperador, «que puede recibir otra caballería de mí, ca gran departimiento ha de la costumbre de su tierra a la nuestra». «En el nombre de Dios», dijeron los reyes, «hacedlo caballero; que fiamos por Dios que por cuanto en él vemos y entendemos, que tomaréis buen esfuerzo».

Entonces mandó el Emperador que comiesen con él los reyes y el Infante y todos los otros caballeros, y fuéronse para la villa. El Emperador comió en una mesa y los reyes en otra, y toda la caballería por el palacio muy ordenadamente y muy bien. Y después que hubieron comido, mandó el Emperador que vistiesen al Infante de unos paños muy nobles que le dio, y que fuesen hacer sus alegrías así como era costumbre de la tierra, e hiciéronlo así; ca los dos reyes iban con él, el uno de la una parte y el otro de la otra parte, por toda la villa. Y todas las doncellas estaban a sus puertas, y según su costumbre lo habían de abrazar y de besar cada una de ellas, y decíanle así: «¡Dios te dé buena ventura en caballería y hágate tal como aquel que te lo dio, o mejor!» Cuando estas palabras oyó decir el Infante, membrósele de lo que le dijera su madre cuando de ella se partió, que el corazón le daba que sería emperador, y crecicole el corazón por hacer bien.

Y otro día en la mañana fue el Emperador a la iglesia de San Juan donde velaba el Infante, y oyó misa y sacolo a la puerta de la iglesia a una gran pila de porfirio que estaba llena de agua caliente, e hiciéronle desnudar so unos paños muy nobles de oro, y metieronlo en la pila; y dábale el agua hasta en los pechos. Y andaban en derredor de la pila cantando todas las doncellas, diciendo: «Viva este novel a servicio de Dios y honra de su señor y de sí mismo». Y traían una lanza con un pendón grande, y una espada desnuda, y una camisa grande de sirgo y de aljófar, y una guirnalda de oro muy grande, de piedras preciosas. Y la camisa vistiósela una doncella muy hermosa y muy hijadalgo, a quien cupo la suerte que se la vistiese. Y desde que se la vistió, besolo y díjole: «¡Dios te vista de la su gracia!», y partiose dende, ca así lo habían por costumbre. Y desí vino el un rey y diole la lanza con el pendón, y díjole: «¡Ensalce Dios la tu honra todavía!», y besole en la boca y partiose dende. Y vino el otro rey y ciñole el espada y díjole: «¡Dios te defienda con el su gran poder y ninguno no te empezca!» Y desí vino el Emperador, y púsole la guirnalda en la cabeza, y díjole: «Hónrete Dios con la su bendición, y te mantenga siempre acreditamiento de tu honra todavía». Y desí vino el Arzobispo y díjole: «¡Bendígate el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, que son tres personas y un Dios!» Y entonces el Emperador mandó que le vistiesen de otros paños muy nobles, y ciñole el espada y cabalgaron, y fuéronse para casa del Emperador, y el Infante trayendo el espada desnuda en la una mano y el pendón en la otra mano con la lanza, y la guirnalda en la cabeza. Y desí se asentaron a la mesa; tenía un caballero delante el espada desnuda, y el otro la lanza con el pendón, hasta que comieron. Y después cabalgaron y diéronle el espada y la lanza, y así anduvo por la villa aquel día.

Y otro día comenzaron los caballeros del Infante de alanzar y bohordar según su

costumbre, de que fue el Emperador muy pagado, y todos los otros, en manera que no fincó dueña ni doncella que y no fuese. Y el Emperador mandó al Infante que hiciese él lo que sabía; ca costumbre era de la tierra que el caballero novel, que otro día que recibiese caballería, que tuviese armas. Y él cabalgó en un caballo muy bueno que traía, y lanzó y bohordó, y anduvo por el campo con los suyos haciendo sus demandas, y bien semejaba hijo de rey entre los otros; que comoquiera que muchos había entre ellos que lo hacían muy bien, no había ninguno que lo semejase en tan bien hacerlo como el Infante. Y todos los que y eran con el Emperador andaban haciendo sus trebejos, según el uso de la tierra, en un gran campo ribera del río de Tigris.

Este imperio de Triguida tomó el nombre de este río Tigris, que es uno de los cuatro ríos que salen del paraíso terrenal. El uno ha nombre Sisón, y el otro Gigón, y el otro Tigris y el otro Éufrates; onde dice el Génesis que en el paraíso terrenal sale un río para regar la huerta, y apartose en cuatro lugares, y son aquellos los cuatro ríos que nacen del paraíso terrenal. Y cuando salen del paraíso van escondidos so tierra, y parece cada uno y donde nace, así como ahora oiréis. Dicen que Sisón corre por las tierras de India, y a semejante que nace del monte que ha nombre Ortubres, y corre contra oriente, y cae en la mar; y Gigón es el río que dicen Nirojanda, y va por tierra de oriente, y escóndese so tierra, y nace del monte Ablan, a que dicen en hebraico Reblantar Mar, y después se mete en la tierra, y desí sale y cerca toda la tierra Etiopía, y corre por seis lugares, y cae en el mar que es cerca de Alejandría.

Los otros dos ríos, que han nombre Tigris y Éufrates, pasan por otra gran montaña y corren por la parte oriental de Seria, y pasan por medio de Armenia, y vuélvense amos a dos contra la villa que ha nombre Abacia, y dícenla entonces las Aguas Mixtas del mundo. Y después que han andado mucho en uno, caen en el mar Oceano. Y el paraíso terrenal onde estos ríos salen dícenle las Islas Bienaventuradas; pero que ninguno no puede entrar al paraíso terrenal, ca a la entrada puso Dios un muro de fuego que llega hasta el cielo.

Y sabios antiguos dicen que Sisón es el río que llaman Nilo, a que dicen en arábigo Al-Nil y en hebraico Nilos. Y dicen que en el tiempo antiguo se solía sumir y perder so tierra, y hacía toda la tierra tremedar, de guisa que no podía ninguno por ella andar, y Josepe manó este río en madre y guareció a Nilo y a la tierra, así que según dicen que esta es la más plantiosa tierra del mundo; ca este río sale de madre dos veces en el año y riega toda la tierra. Y mientras el río está fuera de madre, andan por las barcas de un lugar a otro, y por esta razón son puestas las villas y las alcarías en las alturas de la tierra. Y esta historia fue aquí puesta de estos cuatro ríos del paraíso, porque sepan que el imperio por y donde suele correr; y la otra partida donde se vuelve con el río de Éufrates, y llega hasta la mar; y de la otra parte de cierzo comarca este imperio con las tierras de Cin, y de la otra parte con Asia la Mayor, contra oriente, donde se hallan los zafiros finos, así como adelante oiréis en la historia del infante Roboán, cuando fue señor de este imperio por sus buenas

costumbres y porque le quiso Dios por la su bondad guiar.

Onde dice el cuento que este infante fue muy bien quisto del emperador de Triguada, ca tan bien lo servía en todas las cosas que él podía y tan lealmente, que lo hizo uno de sus compañeros. Y cuando se llegaban todos al Emperador para aconsejarle, no había ninguno que tan bien acertase el buen consejo dar como él. Así que un día vino un físico y él dijo que sí, y mostrole ende sus cartas de cómo era licenciado, y que de todas las enfermedades del mundo guarecía los hombres con tres yerbas que él conocía: la una era para beber, y la otra para hacer unguentos con ella, y la otra para hacer baños con ella. Y mostrole cómo con razón pusiera nombres extraños a las yerbas, de guisa que los físicos de casa del Emperador no las conocían, mas semejábales que hablaban en ello como con razón. Y el Emperador le preguntó que dónde hallarían aquellas yerbas, y él díjoles que en la ribera de la mar escontra donde se pone el sol. Y el Emperador demandó consejo a sus físicos y ellos le aconsejaron que enviase por aquellas yerbas. Y llamó luego aquel físico extraño y díjole que quería enviar por las yerbas, y que le daría de su casa algunos que fuesen con él. Y el físico le respondió y díjole que no quería que fuese ninguno con él; que lo que él apresara con gran trabajo en toda su vida, que no quería que aquellos que enviase con él que lo apresasen en un hora; mas que le diese a él todo lo que hubiese mester, y treinta o cincuenta camellos, y que los traería cargados; ca mucho había mester de ello para hacer los baños señaladamente. Y cuando contaron cuánto había mester para dos años para ida y venida, hallaron que montaba diez mil marcos de plata.

Así que los consejeros y los físicos aconsejaban al Emperador que lo hiciese, ca no podría ser comprada esta física por haber. El Emperador quería lo hacer, pero demandó al infante Roboán que le dijese lo que le semejaba. Y él díjole que no se atrevía a aconsejarlo en esta razón, ca no quería que por su consejo le aconteciese lo que le aconteció a un rey moro sobre tal hecho como este. «¿Y cómo fue?», dijo el Emperador. «Señor», dijo el Infante, «yo os lo diré».

«Así fue que un rey moro había un alfajeme muy bueno y muy rico, y este alfajeme había un hijo que nunca quiso usar del oficio de su padre, mas usó siempre de caballería, y era muy buen caballero de armas. Y cuando murió su padre, díjole el Rey que quisiese usar del oficio de su padre, y que le hiciese mucha merced. Y él díjole que bien sabía que nunca usara de aquel oficio, y que siempre usara de caballería, y que no lo sabía hacer así como convenía; mas que le pedía por merced que por no andar envergoñado entre los caballeros que él conocía, que sabían que era hijo de alfajeme, que le mandase dar su carta de ruego para otro rey su amigo, en que lo enviase rogar que le hiciese bien y merced, y que él pugnaría en servirlo cuanto pudiese. Y el Rey tuvo por bien de mandársela dar, y mandó a su canciller que se la diese. Y el caballero tomó la carta y fuese para aquel rey amigo de su señor. Y cuando llegó que le dijo saludes de parte de su señor el Rey, y dióle la carta que le enviaba. Y antes que el Rey abriese la carta dióle a entender que le placía con él, y demandole si

era sano su señor. Y díjole que sí. Y preguntole si estaba bien con sus vecinos. Y díjole que sí, y que mucho recelado de ellos. Y demandole si era rico, y díjole que todos los reyes sus vecinos no eran tan ricos como él solo. Y entonces abrió la carta el Rey y leyola, y decía en la carta que este caballero que era hijo de un alfajeme, y que le enviaba a él que le hiciese merced, ca hombre era que le sabría muy bien servir en lo que le mandase. Y el Rey le preguntó qué mester había, y el caballero cuando lo oyó fue muy espantado, ca entendió que en la carta decía hijo de alfajeme. Y estando pensando qué respuesta le daría, preguntole el Rey otra vegada qué mester había. Y el caballero le respondió: «Señor, pues tanto me afincáis y porque sois amigo de mío señor, quiéroos decir mi puridad. Sepáis, señor, que el mi mester es hacer oro». «Ciertas», dijo el Rey, «hermoso mester es y cumple mucho a la caballería, y pláceme mucho en la tu venida, y dé Dios buena ventura al Rey mío amigo que acá te envió; y quiero que metas mano a la obra luego». «En el nombre de Dios», dijo el caballero, «cuando tú quisieres».

Y el Rey mandó dar posada luego al caballero, y mandó pensar de él luego muy bien. Y el caballero en esa noche no pudo dormir, pensando en cómo podría escapar del hecho. Y de las doblas que traía calcinó veinte, e hízolas polvos, y fue a un especiero que estaba en cabo de la villa y díjole así: «Amigo, quiérote hacer ganar, y ganaré contigo». «Pláceme», dijo el especiero. «Pues tomad estos polvos», dijo el caballero, «y si alguno te viniere a demandar si tienes polvos de alejandrique, di que poco tiempo ha que hubiste tres quintales de ellos, mas mercadores vinieron y te lo compraron todo y lo llevaron, y que no sabes si te fincó algún poco, y no lo des menos de diez doblas; y las cinco doblas darás a mí, y las otras cinco fincarán contigo». Y el especiero tomó los polvos y guardolos muy bien, y el caballero fuese a casa del Rey, que había ya enviado por él. Y el Rey cuando lo vio, mandó a todos que dejasen la casa, y fincó solo con aquel caballero, y díjole así: «Caballero, en gran codicia me has puesto, que puedo holgar hasta que meta mano en esta obra». «Ciertas, señor», dijo el caballero, «derecho hagas; ca cuando rico fueres, todo lo que quisieres habréis, y recelaros han todos vuestros vecinos, así como hacen a mi señor el Rey por el gran haber que tiene, que yo le hice de esta guisa». «Pues ¿qué es lo que habemos mester», dijo el Rey, «para esto hacer?» «Señor», dijo el caballero, «manda algunos tus hombres de puridad que vaya buscar por los mercaderes y por los especieros polvos de alejandrique, y cómpralos todos cuantos hallares; ca por lo que costare una dobla haré dos, y si para todo el año hubiéremos abundo de los polvos, yo te haré con gran tesoro, que no lo habrás donde poner». «Por Dios, caballero», dijo el Rey, «buena fue la tu venida para mí, si esto tú me haces».

Y envió luego a su mayordomo y a otro hombre de su puridad con él que fuese buscar estos polvos. Y nunca hallaron hombre que les dijese que los conociese ni sabían qué eran, y tornáronse para el Rey y dijéronle que no hallaban recaudo ninguno de estos polvos; ca decían mercaderes y los especieros que nunca los vieran ni oyeran hablar de ellos sino ahora. «¿Cómo no?», dijo el caballero. «Ciertas, tantos

traen a la tierra de mío señor el Rey, que doscientas acémilas podría cargar de ellos; mas creo que por lo que no los conocéis no los sabéis demandar. Iré convusco allá, y por ventura hallarlos hemos». «Bien dice el caballero», dijo el Rey. «Idos luego para allá». Y ellos se fueron por todas las tiendas de los especieros preguntando por estos polvos, y no hallaron recaudo ninguno. Y el caballero demandó al mayordomo del Rey si había otras tiendas de especieros y cerca, que fuesen allá, que no podía ser que no los hallasen. «Ciertas», dijo el mayordomo, «no hay otras tiendas en toda la villa, salvo ende tres que están en el arrabal». Y fueron para allá, y en las primeras no hallaron recaudo ninguno; mas uno que estaba más en cabo que todos dijo que poco tiempo había que llevaron mercaderes de él tres quintales de tales polvos como ellos decían. Y preguntáronle si fincara alguna cosa ende, y él dijo que no sabía, e hizo como que escudriñaba sus arcas y sus sacos, y mostros aquellos pocos de polvos que le había dado el caballero. Y demandáronle que por cuánto se los daría, y él dijo que no menos de diez doblas. Y el caballero dijo que se las diesen por ello, siquiera por hacer la prueba, y diéronle diez doblas, y tomó los polvos el mayordomo y llevolos para el Rey. Y dijéronle cómo no pudieran haber más de aquellos polvos, comoquiera que el especiero les dijera que poco tiempo había que vendiera tres quintales de ellos. Y el caballero dijo al Rey: «Señor, guarda tú estos polvos, y manda tomar polvos de veinte doblas, y haz traer carbón para fundirlo, y haga el tu mayordomo en como yo le diré, y sé cierto que me hallará verdadero en lo que te dije». «¡Quiéralo Dios», dijo el Rey, «que así sea!».

Otro día en la mañana vino el caballero y mandó que pusiesen en un crisuelo los polvos de suso de la calcina, de los huesos que desgastó el plomo y lo tornó en humo, y afinar los polvos de las veinte doblas del más fino oro y más puro que podía ser. Y el Rey, cuando lo vio, fue muy ledo, y tuvo que le había hecho Dios mucha merced con la venida de aquel caballero, y demandole cómo podía haber más de aquellos polvos para hacer más obra. «Señor», dijo el caballero, «manda enviar a la tierra de mío señor el Rey, que y podían haber siquiera cien acémilas cargadas». «Ciertas», dijo el Rey, «no quiero que otro vaya sino tú, que pues el Rey mío amigo fiaba de ti, yo quiero de ti otrosí». Y mandole dar diez acémilas cargadas de plata, de que comprase aquellos polvos. Y el caballero tomó su haber y fuese, con intención de no tornar más ni de ponerse en lugar donde el Rey le pudiese empecer; ca no era cosa aquello que el Rey quería que hiciese, en que él pudiese dar recaudo en ninguna manera.

Este rey moro era tan justiciero en la su tierra, que todas las más noches andaba con diez o con veinte por la villa a oír qué decían y qué hacía cada uno. Así que una noche estaban una pieza de moros mancebos en una casa comiendo y bebiendo a gran solaz, y el Rey estando a la puerta de parte de fuera escuchando lo que decían. Y comenzó un moro a decir: «Diga ahora cada uno cuál es el más necio de esta villa». «Que yo sé es el Rey». Cuando el Rey lo oyó fue muy airado, y mandó a los sus hombres que los prendiesen y que los guardasen ahí hasta otro día en la mañana que

se los llevasen. Y por ende dicen que quien mucho escucha su daño oye. Y ellos comenzaron a quebrantar las puertas, y los de dentro demandaron que quién eran. Ellos les dijeron que eran hombres del Rey. Y aquel moro mancebo dijo a los otros: «Amigos, descubiertos somos, ca ciertamente el Rey ha oído lo que nos dijimos; ca él puede andar por la villa escuchando lo que dicen de él. Y si el Rey os hiciere algunas preguntas, no le respondáis ninguna cosa, mas dejadme a mí, ca yo le responderé».

Otro día en la mañana lleváronlos ante el Rey presos, y el Rey con gran saña comenzoles a decir: «Canes, hijos de canes, ¿qué hubistes conmigo en decir que yo era el más necio de la villa? Quiero saber cuál fue de vos el que lo dijo». «Ciertas», dijo aquel moro mancebo, «yo lo dije». «¿Tú?», dijo el Rey. «Dime por qué cuidas que yo soy el más necio». «Yo te lo diré», dijo el moro. «Señor, si alguno pierde o le hurtan alguna cosa de lo suyo por mala guarda, o dice alguna palabra errada, necio es porque no guarda lo suyo, ni se guarda en su decir; mas aún no es tan necio como aquel que da lo suyo donde no debe, lo que quiere perder a sabiendas así como tú hiciste. Señor, tú sabes que un caballero extraño vino a ti, y porque te haría oro de plomo, lo que no puede ser por ninguna manera, dístele diez camellos cargados de plata con que comprase los polvos para hacer oro. Y creí ciertamente que nunca verás más antes ti, y sí has perdido cuanto le diste, y fue gran mengua de entendimiento». «¿Y si viniere?», dijo el Rey. «Cierto soy, señor», dijo el moro, «que no vendrá por ninguna manera». «¿Pero si viniere?», dijo el Rey. «Señor», dijo el moro, «si él viniere, raeremos el tu nombre del libro de la necedad y pondremos y el suyo; ca él vendrá a sabiendas a gran daño de sí, y por ventura a la muerte por que te prometió, y así será él más necio que tú».

«Y por ende, señor», dijo el infante Roboán al Emperador, «comoquiera que seáis muy rico, y pudieseis emplear muy gran haber en tan noble cosa como aquesta que os dice este físico, si verdad puede ser, no me atrevo a aconsejaros que aventuréis tan gran haber; ca si os falleciese, os dirían que no habréis hecho con buen consejo, ni con buen entendimiento es aventurar hombre gran haber en cosa dudosa; ca finca engañado si no lo acaba, y con pérdida». «Ciertas», dijo el Emperador, «téngome por bien aconsejado de vos».

Y en tantas cosas se hallaba por bien aconsejado del infante Roboán que los consejos de los otros no los preciaba nada, y guiábase todavía por los sus consejos y no por consejo de otro alguno. Así que los otros consejeros del Emperador hubieron muy gran envidia, y hablaron en uno, y dijeron: «Ciertas, si este hombre aquí mucho dura con el Emperador, nos estragados somos, ca el Emperador no nos precia nada, y así ni habremos la honra y el pro que solíamos; por que ha mester que hayamos buen acuerdo sobre esto». Levantose el conde de Lan que era uno de los consejeros, y dijo: «Amigos, no me semeja que otra carrera podemos tomar sino aquesta que ahora os diré, para confundir y estragar a este infante que a esta tierra vino por mal y por deshonor de nos. Vos sabéis que el Emperador nunca ríe, y a quien le pregunta por qué no ríe, que luego le manda matar por ello, o a lo menos que se perdería con él. Y

por ende deciros he en cómo podemos hacer. Yo convidaré a él y a vos todos que comáis en uno en la mi posada, y cuando fuéremos solos diremos en cómo nos maravillamos del Rey porque no ríe, y cierto soy que os dirá que no. Y rogarle habéis que, pues tan privado es del Emperador que se aparte con él a hablar muy a menudo, que en solas le haga esta pregunta, y le diga que cuál es la razón por que no ríe. Y por ventura el su atrevimiento de la privanza le matará o le echará de esta tierra».

E hiciéronlo así, y el Infante creyolos, no guardándose de ellos; ca un día, andando con el Emperador por el campo hablando muchas cosas de solaz por que debiera reír, y díjole así: «Señor, atreviéndome a la vuestra merced quiéroos hacer una pregunta, si la vuestra merced fuere». «Y pláceme», dijo el Emperador, «y decid lo que quisieréis y oíros he muy de grado». «Señor», dijo el Infante, «yo veo que os pagáis mucho de haber solaz, y sabéis decir muchas cosas y muchos retraires en que hombre lo puede tomar, pero que veo que mengua en vos una cosa, la que ha en todos aquellos que de solaz se pagan». «¿Y cuál es esa cosa?», dijo el Emperador. «Señor», dijo el Infante, «que nunca os vi reír por gran solaz en que estuviéseis; y querría saber, si la vuestra merced fuese, que me dijeseis cuál es la razón por que no reís». «Y el Emperador, cuando esta palabra oyó, pesole muy de corazón y demudósele la color, y estuvo gran rato que no lo pudo hablar. Y desí, tornose a él muy airado, y díjole así: «Amigo, mal aconsejado fuistes, y Dios confunda el cuerpo del que en esto os puso, porque tal pregunta me fuistes hacer; ca a vos quiso matar, y a mí quiso hacer perder un amigo muy bueno en quien yo mucho fiaba y me tenía por muy bien servido y bien guardado en todas cosas». «¿Y cómo, señor», dijo el Infante, «tan gran pesar tomastes por esta pregunta que vos yo hice?». «Tan grande», dijo el Emperador, «que mayor no puede ser; ca nunca hombre me hizo esta pregunta que la cabeza no perdiese; pero tan bien os quise hasta aquí que no me sufre el corazón de os dar aquella pena que di a los otros por esta razón, y no quiero que aquellos que y están sepan de esto ninguna cosa, mas quiero que vayáis conmigo como vamos hablando, y llegaremos a la ribera de la mar, y poner os he en tal lugar que por ventura os será mejor la muerte que la vida, o por ventura será gran vuestra pro y gran honra vuestra, si fuereis hombre de buen recaudo y lo supiereis muy bien guardar. Mas, mal pecado, pocos son aquellos que saben sufrir la buena andanza, y caen en mala andanza y súfrenla, maguer no quieren».

Díjole luego el Infante: «Señor, ahora creo que es verdadero el proverbio que dicen, que alguno se cuida santiguar y se quiebra los ojos. Y así aconteció ahora a mí, ca cuidé decir algo y dije nada, y cuidando ganar, perdí; ca asaz pudiera hablar con vos en otras cosas con que tomarais placer, y no hacer os pregunta tan loca en que no yacía provecho ninguno. Onde, señor, agradézcaos Dios ca no me queréis dar aquí la pena que merecía, según que fue dada a los otros que cayeron en tal yerro como yo». Y en esto fueron andando como en habla amos a dos, y llegaron ribera de la mar a una cerca alta que había mandado hacer el Emperador. Y llegaron a la puerta de aquel lugar, y metió la mano el Emperador a su bolsa y sacó de y una llave y abrió la

puerta, y entraron dentro y cerraron la puerta en pos de sí. Y estaba un batel sin remos en el agua, y no hacía sino llegar a la orilla de la mar y llegarse luego al agua. Y tanto estaba a la orilla cuanto podía hombre entrar, y no más. Y el Emperador mandó al Infante que entrase en aquel batel, pero doliose de él, y llorando de los ojos muy fuertemente. Y cuando llegó al batel a la orilla entró el Infante en él, y tan aína como fue entrado, tan aína fue arredrado del batel y metido en alta mar, de guisa que no pudo decir al Emperador: «Señor, con vuestra gracia».

Pero que era ya muy arrepentido el Emperador porque no lo había perdonado, y después que perdió el batel de vista cerró la puerta del cortijo y fuese para su compañía. Y cuando los caballeros del Infante vieron al Emperador solo y no a su señor, fueron muy espantados y dijeron al Emperador: «Señor, ¿qué es del Infante que andaba ahora por aquí por este campo convusco?». «Bien lo sabréis», dijo el Emperador. «Creed, señor», dijeron ellos, «que si vos no nos decís dónde es, que nos conviene de andar en su demanda y no nos partir de ello hasta que lo hallemos o muramos en su demanda». «No os quejéis», dijo el Emperador, «ca yo lo envié con mi mandado a un lugar donde él podrá haber mayor honra que no esta en que yo estoy, si él hombre fuere de buen entendimiento, o será aquí convusco antes del año cumplido. Y estad muy bien sosegados, ca yo os mandaré dar todo cuanto hubiereis menester hasta que él sea aquí con vos». «Señor», dijeron los caballeros, «nos atenderemos aquí hasta aquel plazo que vos nos mandáis, y si algún mal o daño él hubiere, Dios lo demande a vos y no a nos; pero que nos tenemos por desventurados y por muy solos y desconhortados sin él». Y el Emperador los comenzó a conhortar y de asegurar diciéndoles que el Infante su señor no recibiría daño ni enojo ninguno. Y con esto fueron ya seguros.

De que el Infante se fue ido en su batel en que el Emperador lo metió, no sabía por dónde se iba ni pudo entender quién lo guiaba; y así iba recio aquel batel como viento. Y otro día en la mañana, cuando el sol salía, llegó a la costera de la mar a la otra parte, a unas peñas tan altas que semejava que con el cielo llegaban. Y no había salida ni entrada ninguna, sino por un postigo solo que tenía las puertas de hierro. Y así como fue llegado en derecho del postigo, tan aína fueron las puertas abiertas, y no apareció ninguno que las abriese ni las cerrase. Y el Infante salió del batel y entró por el postigo, y luego fueron las puertas cerradas. Y en la peña había un caño hecho a mano, por donde pudiese entrar un caballero armado en su caballo, y estaban lámparas colgadas de la peña, que ardían y alumbraban todo el caño. Y el Infante fue muy espantado porque no vio ninguno con quien hablase ni a quien preguntase qué lugar era aquel, y quisiérase tornar de grado si pudiera, mas las puertas estaban tan bien cerradas y tan juntas con la peña, que no las podía mover a ninguna parte. Y fuese por el caño adelante lo más que pudo, así que bien fue hora de tercia antes que al otro cabo llegase, ca bien había seis mijeros en aquel caño de la una parte hasta la otra. Y cuando llegó al postigo de la otra parte abriéronse luego las puertas de hierro, y halló y dos doncellas muy bien vestidas y muy apuestas, en sendos palafrenes, y

tenían un palafrén de las riendas muy bien ensillado y muy bien enfrenado, y descendieron a él y besáronle las manos e hicieronle cabalgar en aquel palafrén, y fuéronse con él diciéndole que su señora la Emperatriz lo enviaba mucho saludar, y que lo salían a recibir dos reyes sus vasallos, con muy gran caballería, y le besarían las manos y lo recibirían por señor, y le harían luego hombrénaje todos los del imperio a la hora que llegase a la Emperatriz; y que supiese bien por cierto que esta emperatriz había sesenta reyes al su mandar en el su señorío, y que todos serían al su servicio y al su mandamiento.

«Señoras», dijo el Infante, «¿esto cómo puede ser, ca yo nunca en esta tierra fui ni saben quién me soy, ni enviaron por mí, sino que soy aquí llegado, y no sé si por la mi buena ventura o por desventura?» «Señor», dijeron las doncellas, «la vuestra buena ventura fue que anda convusco guardándoos, y enderezando y guiando la vuestra hacienda de bien en mejor. Y Nuestro Señor Dios, al que vos tomastes por guiador cuando os despedistes del Rey vuestro padre y de la Reina vuestra madre, os quiso enderezar y guiar a este lugar donde habéis de ser señor, y daros por compañera a la Emperatriz, que es muy rica y muy poderosa, y a la más hermosa y la más acostumbrada dueña que en el mundo nació. Y comoquiera que su madre fue una de las más hermosas del mundo, mucho más es esta su hija».

«Señoras», dijo el Infante, «¿y quién fue su madre de esta emperatriz?» «Señor», dijeron ellas, «la Señora del Parecer, que fue a salvar y a guardar del peligro muy grande a don Juan, hijo del rey Orián, según se cuenta en la su historia, cuando don Juan dijo a la reina Ginebra que él había por señora una dueña más hermosa que ella, y húbose de parar a la pena que el fuero de la nuestra tierra manda, si no lo probase, según que era costumbre del reino». «¿Y quién fue su padre?», dijo el Infante. «Señor», dijeron ellas, «don Juan fue casado con ella, según podréis saber por el libro de la su historia, si quisieréis leer por él». «¿Y es en esta tierra?», dijo el Infante. «Señor», dijeron ellas, «sí». «Señoras», dijo el Infante, «¿esta vuestra señora fue nunca casada?». «Sí fue», dijeron ellas, «con un emperador que la perdió por su desventura y por su mal recaudo, de lo que os habéis de guardar, que no la perdáis por mal consejo que ninguno os dé; y así podréis ser el más poderoso y el más bien andante señor de todo el mundo».

«Señoras», dijo el Infante, «¿dónde ha la vuestra señora este tal poder para saber y conocer las cosas que no ve? Y esto os digo por lo que de antes me dijistes, que cuando me despedí del Rey mi padre y de la Reina mi madre, que tomé por compañero a Nuestro Señor Dios; y cierto verdad es que así fue». «Señor», dijeron las doncellas, «la Emperatriz su madre la dejó encantada, y a todo el su señorío, de guisa que ninguno no puede entrar acá sin su mandado, y el su señorío es todo cerrado enderredor de muy altas peñas, así como vistes cuando entrastes por el postigo adonde os trajo el batel. Y no hay más de cuatro postigos para salir y entrar, así como aquel por donde vos entrastes. Ca sabed que tan aína como entrastes en el batel, tan aína supo ella la vuestra hacienda toda, y quién erais, y todas las cosas que

pasastes de que nacistes acá; pero no puede saber lo que ha de venir».

Y el Infante fue maravillado de estas cosas tan extrañas que aquellas doncellas le decían, y pensó en las palabras que el Emperador le dijo cuando se partió de él, que él lo enviaría a lugar que por ventura querría más la muerte que la vida, o por ventura que sería gran su pro y su honra, si lo supiese bien guardar. Y tuvo que este era el lugar donde le podría acaecer una de estas dos cosas, como dicho es. Y el Infante les preguntó: «¿Cómo ha nombre esta vuestra señora?» «Señor», dijeron ellas, «Nobleza». «¿Y por qué le dicen así?», dijo él. «Porque su padre le puso nombre así, y con gran derecho, ca esta es la mejor acostumbrada dueña de todo el mundo; ca nobleza no puede ser sin buenas costumbres».

Y la doncella llevaba el libro de la historia de don Juan y comenzó a leer en él. Y la doncella leía muy bien y muy apuestamente y muy ordenadamente, de guisa que entendía el Infante muy bien todo lo que ella leía, y tomaba en ello muy gran placer y gran solaz; ca ciertamente no ha hombre que oiga la historia de don Juan que no reciba ende muy gran placer por las palabras muy buenas que en él decía. Y todo hombre que quisiere haber solaz y placer, y haber buenas costumbres, debe leer el libro de la historia de don Juan. Y el Infante yendo con las doncellas en este solaz, la una a la parte diestra y la otra a la parte siniestra, vieron venir muy gran caballería y muy bien guarnida, con aquellos dos reyes que las doncellas habían dicho al Infante. Y de que llegaron a él los reyes, descabalgaron y fuéronle besar los pies, que así era costumbre de la tierra. Y el Infante no se los quería dar, hasta que le dijeron las doncellas que no los extrañase, ca a hacer lo había de todo en todo. Y desí cabalgaron y tomaron al Infante en medio, y fuéronse a la ciudad donde estaba la Emperatriz. Y estaban y treinta reyes de sus vasallos, y estaba la Emperatriz en un gran palacio en un estrado que era muy noble. Y cuando el Infante entró por el palacio donde estaba la Emperatriz, fueron a él los reyes y fincaron los hinojos ante él y besáronle los pies. Y cuando llegó el Infante a la Emperatriz, quísole besar las manos, y ella no se las quiso dar, antes lo fue tomar por la mano y fuelo a posar cabe ella, ca así lo habían por costumbre. Y y recibió ella a él por suyo, y él a ella por suya, y santiguolos un arzobispo que y era y dioles la bendición. Y luego los reyes y los condes y los vizcondes y todos los grandes hombres y los procuradores de las ciudades y de las villas le hicieron hombrenaje, y lo recibieron por señor y por emperador, y púsole ella una corona muy noble de gran precio en la cabeza con las sus manos, y diole paz y díjole así: «Viva este mío señor y acreciente Dios en la su honra y en los sus días, y dure en el imperio, guardando a cada uno en justicia y no menguando en el servicio de Dios». Y luego dijeron todos: «Amén».

Y luego fueron puestas las tablas por el palacio muy ordenadamente, y las tablas de los reyes fueron puestas a diestro y a siniestro de la tabla del Emperador y de la Emperatriz, y las tablas de los condes y de los grandes hombres apartadas un poco de las tablas de los reyes, y en otro palacio pusieron las tablas para los caballeros. Y sabed que la tabla que fue puesta ante el Emperador y la Emperatriz era la más noble

del mundo que hombre nunca viese, que de oro no fuese, con muchas piedras preciosas, y había un rubí a cada uno de los cuatro cantones de la tabla, que cada uno de ellos era tan grande como una pelota, así que el menor de ellos valía un gran reino. Y en medio del palacio fue puesta una gran tabla redonda con la vajilla, toda de oro, ca no había copa ni vaso ni pichel que todos no fuesen de oro fino con muchas piedras preciosas. Y dos reyes traían de comer al Emperador y a la Emperatriz, y otros dos cortaban delante de ellos, y las dos doncellas que llevaron el palafrén al Emperador a la ribera de la mar, dábanles del vino en sendas copas de berilo muy noblemente obradas. Ca bien valía esta vajilla tanto o más que la que fue puesta delante del caballero Atrevido cuando entró en el lago con la Señora de la Traición, salvo ende que aquella era de infinta y de mentira, y esta era de verdad. Y de que hubieron comido, vinieron delante ellos muchas doncellas muy hermosas y bien vestidas, con ramos floridos en las manos, cantando muy apuesto y dulcemente, que no hay hombre en el mundo que no hubiese gran sabor de estar y por las oír cantar. Y de que hubieron cantado las doncellas fueron holgar. Y de que hubieron dormido, cabalgó el Emperador y todos los reyes con él, y fueron a andar por la ciudad, que estaba toda encortinada de paños de oro y de seda muy nobles, y por todas las rúas hallaban a las gentes que hacían muy grandes alegrías y de muchas guisas, y decían con grandes voces: «¡Viva el Emperador con la Emperatriz por luengo tiempo en paz y en alegría!».

Y de esta guisa vivió el Emperador en aquel imperio doce meses menos tres días, que no le menguaban ninguna cosa de cuantas demandaba y codiciaba que luego no le fuesen puestas delante. Mas el diablo, que no finca de engañar al hombre en cuanto puede, y sacarle de carrera por hacerle perder el bien y la honra en que está, y de hacerle perder el alma, que es la mayor pérdida que el hombre puede hacer, haciendo codiciar vanidad y nada, y mostrándole en figura de honra y de placer, no quiso que cumpliese y el año el Emperador; ca si lo cumpliera no perdiera el imperio así como lo perdió. Y aconteciole de esta guisa.

Acaeció que un día, andando el Emperador a monte, que lo vio el diablo apartado de su gente, yendo tras un venado, y parósele delante en figura de mujer, la más hermosa del mundo. Y el Emperador cuando la vio retuvo la rienda al caballo y parose, y díjole: «Amiga, ¿quién os trajo aquí tan hermosa y tan bien andante? Ca bien me semeja que nunca tan hermosa dueña viese como vos». «Señor», dijo ella, «oí decir de vos de cómo erais venido a esta tierra, y que erais hombre de gran lugar y muy apuesto en todas cosas, y que casarais con la Emperatriz, y por sabor que había de os ver soy aquí venida; y pues la mi buena ventura fue de hallaros aquí apartado, si por mí quisierais hacer, haré yo por vos. Y pues de caza os pagáis, mostraros he un alano que podéis haber de ligero, que no hay venado en el mundo que vea que no lo alcance y no lo tome». Y él, por codicia del alano, ayuntose con ella, y desí preguntole cómo podría haber aquel alano. Y ella le dijo que pidiese a la Emperatriz el alano que tenía guardado en una camareta dentro en la cámara donde ella dormía, y

mostrole por señales ciertas en cuál cámara lo tenía.

Y el Emperador se tornó para la ciudad, y en la noche, estando con la Emperatriz, díjole: «Señora, vos sabéis bien que yo vuestro soy, y por la vuestra medida soy en esta tierra; pero haciéndome vos tanta merced como hacéis, no me atrevo a demandaros algunas cosas que a mí cumplen y a vos no hagan mengua ninguna». «¿Y cómo?», dijo la Emperatriz. «¿Y dudáis en mí que vos no daría lo que me demandaseis? Tuerto grande me haríais, ca debéis entender que quien os da lo más que no dudaría de os dar lo menos; y pues a mí os doy, no debéis dudar que no os diese cualquier cosa que yo tuviese, por preciada que fuese. Y el día que yo os recibí a vos por señor, me desapoderé de mí y de cuanto había, e hice a vos señor de ello». «Señora», dijo el Emperador, «pues que así es, mandadme dar el alano que tenéis en aquella camareta». «Por Dios, señor», dijo ella, «mucho me place, y tomad esta llavecilla, y en la mañana abridla, y comoquiera que no lo veáis ni recuda, llamadlo por nombre y venirse ha para vos». «Señora, ¿cómo le dicen?», dijo el Emperador. «Placer», dijo la Emperatriz. «¡Placer hayáis», dijo el Emperador, «en todos los días que viváis!». «¡Amén!», dijo la Emperatriz, «pero todavía con vos, y no sin vos».

Y cuando fue de día, levantose el Emperador, y abrió la camareta y entró, y miró a todas partes y no lo vio. Y cuando lo llamó por su nombre recudió a él halagándosele, y echose. Y era más blanco que el cristal, y tenía un collar de trena de oro labrada de aljófar, muy granado, y una traguilla de oro hecha como cordón. Y tomolo por la traguilla y cabalgó y fuese a monte. Y nunca vio puerco ni ciervo ni otro venado alguno por grande que fuese, que pareciese, que él no fuese alcanzar y tomar. Y tenía lo muy quedado hasta que el Emperador llegase y lo matase; de guisa que muchos de los caballeros y de los escuderos que fueran con el Emperador venían de pie, y en los sus palafrenes traían los venados muertos. Placer y alegría muy grande tomó el Emperador con aquel alano, y cuando llegó a la Emperatriz fuele a arrebatarse las manos y besóselas. Y ella fue por besar las suyas y no pudo. «Señor», dijo ella, «¿qué hubistes ahora conmigo en hacerme tan gran pesar en hacerme necia delante esta gente?». «Señora», dijo el Emperador, «placer me distes muy grande, y no me semeja que os lo pudiese agradecer de otra guisa; ca, por Dios, señora, yo creo que sería el necio si esto no hubiese hecho por cuanta merced me hacéis; ca no sé hombre en el mundo, por grande y poderoso que fuese, que no se pudiese tener por el más rico y bien andante del mundo, que tal dona tuviese para tomar placer, como aqueste que vos a mí distes; y agradézcaoslo Dios, que yo no podría ni os lo sabría agradecer». Y muy leída fue la Emperatriz ca vio al Emperador muy lozano y muy alegre con el alano. Y estuvo el Emperador con ella departiendo muy gran pieza en la bondad del alano, y de cómo no dudaba ninguna cosa, por fiera que fuese. Y a cabo de cuatro días fue el Emperador a monte, y llevó el alano consigo. Y puso a los caballeros y a los escuderos apartados.

Y él con su alano metiose por el monte; y entrando por una selva muy espesa, parecióle el diablo delante en figura de aquella dueña que la otra vegada viniera,

salvo que semejaba al Emperador que era mucho más hermosa que la otra vegada.

«Señor», dijo la dueña, «¿es este el alano que vos yo dije?». «Sí», dijo el Emperador. «¿Y es bueno?», dijo ella. «Por Dios, amiga», dijo el Emperador, «yo no cuido que en todo el mundo haya tan buen can como aqueste, y bien creo que para haber hombre placer un reino vale». «Ciertas, señor», dijo ella, «si me tuvieseis el amor que pusiste conmigo, yo os mostraría en cómo hubieseis otra dona mejor que esta, con que toméis muy mayor placer». «¿Y qué cosa podría ser esa?», dijo el Emperador, «ca yo no sé cosa en el mundo que venciese a la bondad de este alano». «Yo lo sé», dijo ella. «Yo os prometo», dijo el Emperador, «que os guarde el amor que puse convusco, y que haga lo que quisieréis». Y ella le dijo que demandase a la Emperatriz un azor que tenía en la camareta cerca de aquella donde estaba el alano, que era el mejor del mundo.

Y la gente del Emperador se maravillaba porque no lo veía salir a ninguna parte, ni tomaba el cuerno así como solía. Y el Emperador estaba con aquella dueña departiendo, y atravesó un puerco muy grande, y ladró el alano y fuelo a tomar, y llegó el Emperador y matolo. Y la dueña fuese, y desí atravesó un puerco muy grande y muy fiero, y fue el alano y trabó de él y el Emperador fuelo herir; mas entrando él, hirió el puerco a caballo en la mano diestra de guisa que le hizo caer con el Emperador; pero que no se hizo mal ninguno, y levantose muy aprisa, y comenzó a tocar el cuerno, y recudió luego la su gente y mataron el puerco. Y el Emperador con gran codicia del azor no quiso detardar, mas fuese para la ciudad. Y así como llegó a la Emperatriz, comenzola a la halagar y hacerle placer porque pudiese tomar de ella el azor. Y arrebatole las manos y fuéselas besar muchas veces. Y porque no le quiso consentir que ella se las besase, fue ella muy sañuda y díjole que si no se las diese a besar, que nunca cosa le demandaría que se lo diese. Y él, por la sacar de saña, dijo que no se las daría, ca tendría que le estaba mal; pero hizo que no paraba mientes ni estaba apercebido para guardarse, y desapoderose de las manos. Y ella, cuando vio que él no estaba apercebido para guardarse que no se las besase, arrebatole la mano diestra y fuéselas besar más de cinco veces, de guisa que el Emperador no se la podía sacar de poder, y comoquiera que él mostraba que hacía gran fuerza en ello.

Y si entre ellos gran placer hubo por estas fuerzas que el uno al otro hizo, si alguno o alguna guardó ser verdadero amor aquel que él hubo de guardar, o le aconteció otro tal o semejante de este, júzguelo en su corazón cuánto placer hay entre aquellos que se quieren bien, cuando les acaecen tales cosas como estas. Y cuando fue en la noche, dijo el Emperador a la Emperatriz estando en su solaz: «Señora, el que sus donas de buenamente da, nunca se enoja de dar y plácele mucho cuando da; pero que muy poco tiempo ha que me distes vos una dona la mejor del mundo, no me atrevo a demandaros otra tan aína». «Por Dios, señor», dijo la Emperatriz, «mucho lo erráis en pensar tal cosa como esta, en cuidar que no podréis acabar conmigo aquello que quisieréis demandar. ¿Y no sabéis que la nobleza estableció en sí esta ley, que si en sus donas no acreciese todavía, que no tiene que ha dado ninguna? Y por ende no

dejéis de demandar, ca nunca negado os será lo que quisieréis». «Señora», dijo el Emperador, «gran suelta me dais para vos todavía enojar». «Y ciertas, señor», dijo ella, «no me sería enojo, mas placer». «Pues, señora», dijo el Emperador, «dadme un azor que tenéis en aquella camareta. Y ella sacó una llavecilla de su limosnera y dióselo, y dijo que en la mañana abriese la camareta y que lo tomase. «Mas, señor», dijo ella, «no querría que fincaseis engañado en estas pleitesías, ca a las vegadas el que cuida engañar a otro, finca engañado; pero no dejéis de demandar lo que quisieréis, que sed bien cierto que nunca os será dicho de no. El primer día que yo os recibí por mío, puse en mi corazón de vos nunca negar cosa que demandaseis; mas sabe Dios que querría que fueseis bien guardado, y que en vos ni en vuestro entendimiento no cayese mengua ninguna. Y pues en vuestro poder soy y me tenéis, guardadme bien y no tiréis la mano de mí y no me queráis perder; ca yo guardaros he verdad y lealtad; ca si una vegada me perdéis y os salga de las manos, creedme que nunca me habéis a cobrar, así como dijo la verdad al agua y al viento». «¿Y cómo fue eso?», dijo el Emperador. «Yo os lo diré», dijo la Emperatriz.

«Oí decir que el agua y el viento y la verdad que hicieran hermandad; y la verdad y el agua demandaron al viento y dijeron así: “Amigo, tú eres muy sutil y vas mucho aína por todas las partes del mundo, y por ende conviene de saber de ti dónde te hallaremos cuando te hubiéremos mester”. “Hallarme habéis en las cañadas que son entre las sierras, y si no me hallareis, iréis a un árbol al que dicen trébol, y y me hallaréis, ca nunca ende me parto”.

»Y la verdad y el viento demandaron al agua cuándo la hallarían cuando hubiese mester. “Hallarme habéis en las fuentes; y si no, hallarme habéis en las junqueras verdes; catad y, ca ahí me hallaréis de todo en todo”.

»Y el agua y el viento demandaron a la verdad y dijeron: “Amiga, cuando te hubiéremos mester, ¿adónde te hallaremos?” Y la verdad les respondió y dijo así: “Amigos, mientras me tenéis entre manos, guardadme bien que no os salga de ella; ca si de manos os salgo una vegada me parte de sí; ca tengo que el que una vegada me desprecia, no es digno de haberme”».

«Onde, mío señor», dijo la Emperatriz, «parad mientes en estas palabras y no las olvidéis, si me queréis bien guardar, y así guardaréis a vos y a mí». Ciertas, estas palabras todo hombre las deben entender para se saber guardar, para no perder el amigo que tiene ganado y lo que ha en su poder; ca ninguno no se siente tanto de daño y de pesar que venga, como el amigo que ve y siente en el su amigo tales cosas por que se hayan de él apartar. Ca así como era gran amor entre ellos, así finca gran aborrecimiento; ca mayor llaga hace en el corazón del hombre el pequeño golpe del amigo y más se siente ende, como de aquel de quien atiende recibir placer, y se le torna en pesar. Y esto le decía porque sabía quién le mal aconsejaba, y le solía, a que él mentía con codicia de aquellas cosas que le descubría.

Y el Emperador, no queriendo pensar en estas palabras que la Emperatriz decía, y otro día en la mañana levantáronse, y abrió la camareta, y vio estar en una alcándara

un azor mudado de muchas mudas, más albo que la nieve, y los ojos tan bermejos y tan lucientes como brasas. Y tenía unas piyuelas bien obradas de oro y de aljófar, y la lonja era de hilos de oro tirado y de los cabellos de la Emperatriz, que no semejaba sino fino oro, de guisa que no había departamento ninguno entre ellos y el oro, salvo que eran más primos y más sutiles que los hilos de oro. Y tomó el azor el Emperador y sacolo fuera de la camareta, y tan bel y tan grande era el azor, que no ha hombre en el mundo que lo viese que no tomase muy gran placer en catarlo; y bien creed que no era pequeño el placer que el Emperador tomó con él, ca no le sufrió el corazón de partirlo de sí, y andar con él por el palacio, trayéndole en la mano, remirándose en él. Y venía a la Emperatriz muchas vegadas, agradeciéndole mucho aquella dona que le había dado.

Y otro día fue a caza con el su azor en la mano y con el alano que traía por la trayella^[19] atado a la su cinta. Y cuando llegó a la ribera, nunca lanzó el azor que le errase, y lanzó tan bien a las ánades como a las garzas y ahuestores^[20] y a las avutardas, y no le escapaba ninguna presión, por grande que fuese. Y aun dejaba la prisión maguer viese las águilas; antes huían de él como si fuese señor de todas las aves. Y aun el halcón oriol, que pareció y en ese tiempo, no lo osó esperar, y fuese desterrado. «¡Ay, Dios Señor!», dijo el Emperador, «¡qué bien andante soy entre los bien andantes señores del mundo! Que no sé hombre, por rico ni por poderoso que fuese, que una de estas donas que hubiese que no la preciase más que todas las riquezas del mundo. Y bien es verdad que con la riqueza toma hombre sabor grande y gran placer, mas esto es placer sobre todos los placeres; y además ser señor de tan gran tierra y tan rica como yo soy, y señor de tantos reyes, y haber sobre todo esto la más hermosa y de mejor donaire, y la más enseñada y de mejor palabra, y la más sosegada y de mejor entendimiento, y la más mesurada y de mejor recibir, y la más alegre y mejor mujer que en el mundo fue nacida. Dios Señor, yo no te lo podría agradecer cuanto bien y cuanta merced me has hecho, ni te lo podría servir».

Y tornose contra la ciudad, y con tan gran placer que semejaba como hombre salido de entendimiento, y fuese para la Emperatriz con su azor en la mano y con su alano que llevaba en la trayella. Y luego que a ella llegó, besole la mano con gran alegría. «¡Ay señor!», dijo la Emperatriz, «¿aún no sois castigado de la otra vegada que me hiciste ensañar? Ciertas, gran sabor habéis de perderme». «¿Y cómo perder?», dijo el Emperador. «Perder», dijo la Emperatriz, «si las vuestras manos no me dais a besar». Abajó los ojos en tierra el Emperador como cuidadoso, y la Emperatriz le tomó las manos y besóselas muchas vegadas. Desí puso el Emperador el azor en su vara y el alano en su camareta, y tornose para la Emperatriz, y estuvieron en muy gran solaz departiendo mucho de las bondades del azor y del alano, y ella del bien que le hiciera Dios por la conocencia y por la su venida, diciendo ella que Dios por la su merced le quisiese guardar de yerro y de estropiezo. Y a este solaz estuvieron bien quince días, que nunca se pudo partir de ella ni cabalgar ni ir a cosa; ca le semejaba que de todos los bienes y los placeres del mundo

no le menguaba ninguna cosa.

Y ciertamente así era verdad; ca ningún cuidado no había de tener por ninguna razón. Así estaba el su señorío en paz y en sosiego sin bullicio malo, ca todos se querían tan bien, y habían vida holgada y muy aseogada, y no tenían a ninguno que por fuerza les entrase en aquella tierra, así era cerrada de todas partes. Y bien creo que este fue el mayor amor que nunca hombre supo entre dos que se gran bien quisiesen; pero por mala guarda del Emperador la su alegría tornósele en pesar, y así se cumplió la palabra del sabio que dijo que después de gran alegría se sigue gran tristeza las más vegadas. Y como hombre de fuerte ventura, no parando mientes a la merced grande que Dios le había hecho, ni sabiendo guardar ni sufrir la buena andanza, que hubo a sufrir maguer no quiso, como ahora oiréis.

Así que a cabo de muchos días, después que estuvo en su solaz con la Emperatriz, cabalgó y fue a caza con el su azor. Y andando a monte, encontrose con aquel maldito de diablo que le engañó las otras dos veces, y parósele delante en figura de mujer muy hermosa mucho más que las otras vegadas, y dijo al Emperador: «Señor, no me has que decir de aquí adelante de no quererme bien, y de hacer por mí cuanto yo quisiere; ca yo te hice señor de las más nobles dos cosas que en el mundo ha». «Ciertas», dijo el Emperador, «verdad es, y mucho me has adeudado por hacer yo siempre lo que tú quisieres; y no dudes que así lo haré». «Señor», dijo ella, «pues de tan buen conocer eres y así te membras del bien hecho que recibes, quiérote mostrar ahora otra dona que puedes ganar de la Emperatriz, mucho más noble que las otras dos que tienes, que cumple mucho a caballero». «¿Y qué dona sería esa que tanto valiese?», dijo el Emperador. «Señor», dijo la dueña, «es un caballo más albo que la nieve, el más corredor del mundo; que no ha otro en el mundo por recio que sea que tanto corra como él». «Mucho te lo agradezco», dijo el Emperador, «y sé segura que me has ganado para siempre». Y salió del monte y fuese para la Emperatriz con muy gran caza que llevaba.

Y desde que fue la noche y se fueron para su camareta, comenzola a halagar y a hacerle todos los placeres que podía; comoquiera que ella sabía bien lo que él quería demandar, mas no se lo pudo negar, ca cuando lo recibió primeramente había prometido de nunca negarle cosa que él demandase. Y ciertamente la Emperatriz guardaba y tenía bien siempre lo que prometiera, y nunca falleció a hombre del mundo en lo que le prometiese; ca tenía que la mayor mengua que en hombre podía ser era cuando no estaba en la palabra y en la promesa que prometiera. Y estando a su sabor, adurmiose la Emperatriz. Y el Emperador no podía dormir y estábase revolviendo muy a menudo en la cama, no atreviéndose a despertarla y demandar el caballo. Y la Emperatriz lo sintió, y paró mientes y pensó en cómo estaba cuidadoso, y suspirando, y no podía dormir, y díjole: «Señor, ¿en qué pensáis? Dormid y holgad, que no ha cosa que queráis que no la hayáis, y por Dios no os queráis matar por mal cuidar. Y si de este cuidar vos no dejáis, guareceréis a vos y a mí; y si no, bien creed que si vos no dejáis de este cuidar, que se tornará a vos en gran daño y a mí en gran

pesar». «Señora», dijo el Emperador, «pues así me aseguráis holgaré y dormiré, ca cierto soy de la vuestra medida que queréis lo que yo quisiere». «Y así quisieréis vos», dijo la Emperatriz, «lo que yo quisiese, como yo quiero lo que vos queréis; y luego los entendimientos y las voluntades y los corazones serán unos; mas Dios hizo departidos los entendimientos y los corazones de los hombres, y así no se pueden acordar en todo». «Señora», dijo el Emperador, «¡Dios nunca quiera que los nuestros corazones departidos sean, y quien los cuide departir partido sea de los bienes de Dios!». «¡Amén!», dijo la Emperatriz.

Y durmiese el Emperador, y dióle Dios tan buen sueño que se durmió bien hasta hora de tercia. Y la Emperatriz no osaba revolverse en la cama con miedo que despertase, teniendo que luego le querría hacer la demanda en que estaba cuidando. Y desde que despertó semejole que era pasado gran pieza del día, y asentose en la cama y díjole: «¿Señora, dormís? Gran día es pasado». «Onde bien», dijo la Emperatriz, «que dormistes y holgastes; y no me guíe Dios si mayor placer no tomo en la vuestra holgura que no vos. Mas sois muy quejoso de corazón, y no sabéis sufrir en lo que queréis. Ciertas, no es buena manera en todas las otras cosas os ver muy mesurado sino en esta manera que traéis en esta razón; puédeos traer a gran daño, y por Dios, de aquí adelante no lo hagáis. Y el Emperador, cuando esto oyó, refrenose, y no le quiso demandar lo que tenía en corazón, y levantose y diéronles a comer, y holgaron aquel día todo; pero cuando andaba el Emperador por la camareta donde le dijera la dueña que estaba el caballo, parábase y escuchaba si oiría alguna cosa, y no oía nada ni veía ninguno que le metiese de comer ni de beber, y maravillose ende; pero de tal natura era el caballo que ni comía ni bebía, ca este fue el caballo que ganó Belmonte y había hijo del rey Corqueña, donde quedara cuando se partió de su padre, según cuenta en la historia de Belmonte; y habíalo esta emperatriz en su poder y a su mandar por el encantamiento.

Y cuando vino la noche y se fueron echar, cuidando que se adormiría el Emperador y no se acordaría a hacer la demanda. Mas el Emperador, cuidando en aquel caballo maldito, no dormía ni podía dormir; y cuando la Emperatriz se fue echar, hallolo despierto, y el Emperador le dijo: «Señora, ¿en qué tardastes?» «Señor», dijo ella, «hice partir a las doncellas seda y oro y aljófares para hacer un pendón muy noble, y será acabado de este tercer día, y bien creo que nunca hombre fue que tan noble viese como este será». E íbale deteniendo de palabra hasta que cansase y adurmiese. Y aconteció así, ca durmió muy bien y no se despertó hasta otro día salido el sol, y levantose a deshora de la cama como hombre muy espantado. La Emperatriz fue muy maravillada, y díjole: «Señor, ¿qué fue esto? ¿Cómo os levantastes así a deshora, o qué es lo que hubistes?» «Señora», dijo el Emperador, «yo soñaba ahora que iba en aquel vuestro caballo que os quería demandar, y alcanzaba muy aína un gran venado en pos que iba, y que él daba una gran asconada. Y el alano dejolo y veníase el venado contra mí, y revolvía el caballo, y salía de él en manera que no me hacía mal; pero que entraba en una gran agua y pasaba a nado el

caballo conmigo, y con miedo del agua desperté espantado». Y la Emperatriz hubo muy gran pesar en su corazón porque nombró el caballo; ca tenía que, pues lo engañara, que no podría ser que no se lo demandase. Y fuese que luego le pedía por merced que se lo diese. Y ella metió mano a la limosnera y sacó una llave y dióselo, e hízole prometer que no abriese la puerta hasta el tercero día, que fuese acabado el pendón. E hízolo así, y al tercero día en la mañana abrió la puerta de la cámara donde el caballo estaba y violo muy blanco y muy hermoso, y enfrenado y ensillado, y tomolo por la rienda y sacolo ende, y dijo que quería ir a caza.

Y la Emperatriz, cuando lo vio, recibió tan gran pesar que le fue par de muerte. Y entró donde estaban las doncellas, y tenían el pendón acabado, y pusiéronle en una asta de lanza muy buena, y salió la Emperatriz con el pendón en la mano y dijo al Emperador: «Señor, vos vais a caza, y yo no puedo al hacer sino que la vuestra voluntad se cumpla en todo; y ruégoos que este pendón llevéis por mi amor, ca nunca en lugar del mundo entréis con él que no acabéis cuanto comenzareis. Y llevad el caballo hasta fuera de la puerta por la rienda, y entonces cabalgad». E hízolo así.

Cuando la Emperatriz entendió que se había de ir de todo en todo, después que le dio el pendón y le dijo que llevase el caballo por la rienda y cabalgase fuera, pesole de corazón, y quisiérale detener si pudiera; mas el poder no era ya en ella, sino en el caballo, en cuyo poder estaba. Pero estuvo con él a la puerta del alcázar, y díjole estas palabras, cuidándole hacer fincar:

«Señor, ¿no se os viene en mente las juras y el hombrenaje que me hicistes de nunca partiros de mí y serme leal y verdadero? Y veo que os queréis ir, no habiendo piedad de mí, mezquina, cuitada, desamparada de las cosas que más amo, cuyo amor del mi corazón no se puede partir en ningún tiempo hasta la muerte. Y pues en el mío poder no es de haceros fincar, señor, sea en el vuestro, siquiera por el tiempo fuerte que hace; ca ya veis en cómo los vientos se mueven fuertemente y no dejarán hacer a vuestra voluntad; mas bien creo que os queréis ir para nunca más verme ni yo a vos, que quisiese Dios que vos nunca hubiese visto ni vos a mí. Ca cierta soy que vos en algún tiempo me desearéis, y yo a vos hasta que muera; pero yo no os puedo detener ni vos queréis, rogaré a los vientos que os embarguen la ida, y rogaré al dios del mar que no os reciba en él, y rogaré a Venus, deesa de amor, que os haga membrar del amor que en uno pusimos y de las verdades que nos prometimos, que nunca os consientan fallecer en el amor ni las promesas que me hicistes. Y pero no creo que todo esto que vuestro corazón lo pudiese sufrir en ninguna manera, en quererme desamparar sin os lo merecer, parando mientes en el gran amor verdadero que es sobre todas las cosas del mundo; ca muy verdaderamente os amé y os guardé a toda vuestra voluntad. Y comoquiera que yo sabía el yerro que me teníais, y no os lo quería decir por no os hacer pesar ni os poner en vergüenza; mas vos no catastes por mí, mezquina, ni me guardastes como debíais, ni a vos mismo, maguer os apercibí y os dije que me guardaseis mientras en vuestro poder me teníais, ca si una vegada os saliese de mano nunca jamás me habríais. Y cierta soy que si no fincáis, que perderéis

cuanta honra y cuanto vicio y cuanto bien habíais, según vos sabéis, y perderíais a mí que os era verdadera amiga en amor, y en os hacer placer y en os codiciar hacer vida y salud más que la mía. Mas tanto os digo, que nunca en peligro os veréis que os veáis la mi semejanza delante, que no creáis que aquellos peligros en que fuereis, que por el tuerto que me tenéis os vienen; y querréis tornar y no podréis, y no tomaréis placer ni alegría, ni reiréis así como solíais, y desearme habéis y no me podréis haber.

«¡Ay, mío señor! ¿Tan gran es la crueldad en vuestro corazón contra mí que no dudes de meteros a peligro de muerte, habiendo sabor de desampararme y dejarme triste y cuitada? Ciertas, cruel es en sí mismo el que desama a quien lo ama. Y pues por mí no queréis fincar, porque cuido que soy encinta de vos, y así veréis hacer lo que hicistes; ca yo no le sabría nombre sin vos».

Y fincó los hinojos ante él en tierra, que estaba ya en su caballo, y díjole: «Señor, ¿qué me decís a esto?» Y él respondiolo: «Díganle Fortunado». Y así le dijeron después que fue nacido, del cual hay un libro de la su historia en caldeo, de cuantas buenas caballerías y cuantos buenos hechos hizo después que fue de edad y fue en demanda de su padre. Y y estando la Emperatriz los hinojos fincados ante él, llorando de los ojos, y díjole: «Señor, por merced os pido que finquéis, y dejaos caer del caballo, ca yo os recibiré en los mis brazos; ca de otra guisa no os lo consentiría el caballo, ca muy avivado está para irse; y no queráis dejar lo ganado y lo hecho por hacerlo, y vicio por lacerio, ca cierta soy que después que vos fuereis codiciaréis lo que habéis y no lo podréis haber. Ca maldito sea quien vos así engañó y os metió a demandar lo que pudierais haber excusado. Y bien semeja que os fue enemigo y no amigo; ca bien debéis entender ca el enemigo da semejanza de bien y de amor, y pone al hombre en pérdida y en deshonra. Y por ende dicen: “El que no ama jugando te desama”». Y el Emperador cuando estas palabras oyó, cuidando se revolver para descender, tocó un poco del espuela al caballo y luego fue como si fuera viento; de guisa que el Emperador no pudo decir: «Con vuestra gracia, señora».

Onde dice el cuento que en fuerte día fue nacido el que tan gran placer y tan gran poder y no lo supo guardar; ca este imperio es de los más viciosos y muy abundados del mundo, que dícnle las Islas de Cin, y de la otra parte con la Islas de Trinidad, y de las otras dos escontra oriente. Y la Emperatriz con sus dueñas y doncellas fincaron muy desconhortadas y muy tristes, haciendo el mayor duelo del mundo, como aquella que fincaba desfazada de lo nunca más ver, en cuyo poder ella codiciaba acabar sus días. Ca lo amaba sobre todas las cosas del mundo, y andaba por el palacio así como sandia, dando voces y diciendo: «¡Ay, cativa! ¡En qué fuerte día fue nacida y en qué fuerte hora vi este hombre que así me fue desamparar y matar! ¡Ay, ventura fuerte! Porque diste con él tan gran pesar, tú eres así como la culebra, que hace la carrera con la cabeza y la deshace con la cola, y nunca sabes estar en un estado. Y tú no sabes estar con el hombre en aquello que comienzas, ca si alto lo haces subir, de alto lo haces caer; por que nunca debe hombre de ti fiar, ca en el mejor lugar sueles fallecer, así como tú hiciste a mí; ca y donde yo cuidaba estar en la tu fucia en el mayor placer

y en la mayor alegría en que podía ser, de y me fuiste a derribar y sacar sin piedad ninguna, no doliéndote de mí, habiendo yo en ti gran esperanza que no me desampararías. Mas con derecho te dicen Fortuna, porque nunca eres una. Y pues, así fincaré como mujer sin ventura. Y ciertas, si placer y alegría me diste, no he por qué agradecértelo; ca si me lo diste, tollístemelo en pesar y en tristeza, no mereciéndotelo. Y de aquí adelante haré cerrar las puertas y los muros del mío señorío, en manera que no salga uno ni entre otro en ningún tiempo, y viviré sola sin placer como la tórtola cuando enviuda, que no sabe catar otro marido ni posa en ramo verde, mas en el más seco que halla; y ansí vestiré paños tristes y pondré tocas de pesar por en todos mis días, y será el mío cantar de cada día este:

¡Ay mezquina, cautiva, desamparada,
sin gran conhorto!
¡Ay forzada, desheredada
de todo mi bien!
Ven por mí, muerte bienaventurada,
ca yo no puedo sufrir dolor tan fuerte.

Y así fincó la Emperatriz desconhortada, que nunca más quiso casar. Y el Emperador, luego que fue al postigo por donde entró, hallose en el batel, ca ahí le dejó el caballo, y fue pasado a la otra parte del mar a aquel lugar mismo donde entrara en él. Y el batel llegábase a la tierra y él no quería salir de él, cuidando que le tornaría aún al postigo por donde había entrado cuando de y se partió. Y el mezquino no supo guardar el bien y la honra en que estaba, por codicia de cosas muy excusadas, si él quisiera. Y por ende dicen que quien no cata adelante, cáese atrás. Y este, comoquiera que era muy entendido en todas cosas, y muy apercebido y de gran corazón, no supo guardarse de los engaños y de las maestrías del diablo, que se trabaja siempre de engañar los hombres para hacerlos perder las almas y la honra de este mundo.

Y con gran pesar de lo que había perdido, comenzó a llañar^[21], y dijo así:

¡Ay de mí, mezquino!
¡Ay de mí, sin ningún consolamiento!
¿Dó el mío vicio?
¿Dó el mío gran bullicio?
Hube muy gran riqueza,
ahora soy en pobreza.
Ante era acompañado,
ahora soy solo fincado.
Ya el mi poder

no me puede pro tener
y perdido he cuanto había,
todo por mi follía.
Más perdí aquí donde yago
que Eneas^[22] en Cartago
cuando dijo y anduvo^[23]
de quien no fue despedido.

Y estando en aquel batel muy triste y muy cuitado, el emperador de Triguada, que le hizo entrar en aquel batel, llegó a aquel cortijo y abrió la puerta así como solía hacer cadaquier día después que y metió al Infante, y violo estar en el batel, una lanza con un pendón en la mano muy noble, y allegose a él y díjole: «Amigo, ¿cómo os va?» Y él no le pudo responder palabra. «Amigo», dijo el Emperador, «salid acá, que a lo pasado no hay consejo ninguno; y conhortaos y catad lo de adelante, y si no hubistes seso en lo primero para guardaros, habed en lo segundo cuando os acaeciere». Y salieron fuera del cortijo, y el Emperador demandó un palafrén, y trajéronselo, y cabalgó el Infante, su pendón en la mano. Y para cumplirse el año del día que entró en el batel no menguaba sino dos días. Y el Emperador se apartó con el Infante y preguntole cómo le fuera, y él le dijo: «Señor, bien y mal». «Ya lo veo», dijo el Emperador, «que bien os fue luego y mal después; pero debéis tomar conhorto, y reíd ahora conmigo, si hayáis placer». «Ciertas», dijo el Infante, «no podría reír por alguna manera, y si otro me lo dijese me mataría con él de grado». «Pues ¿por qué», dijo el Emperador, «hacíais vos tal pregunta por qué no reía? Ca por y pasé yo por donde vos pasastes; ca yo fui el primero que hube aquel placer, y perdilo por mi mal recaudo así como vos hicistes». Pero que le iba el Emperador conhortando lo mejor que podía. Las nuevas llegaron a la ciudad, y cuando la gente del Infante oyeron, fueron muy ledos, y saliéronle a recibir, y fuéronle besar las manos, y agradeciendo mucho a Dios porque lo veían vivo y sano; ca ya cierto era de perder fucia de nunca verlo y de andar en pos la su demanda. Y grande fue el alegría que fue hecha en toda la tierra del Emperador cuando lo supieron, salvo ende aquellos que le aconsejaron que hiciese la pregunta al Emperador, a quien no placía de venida del Infante; les pesaba muy de corazón, ca tenía que se lo querrían acaloñar. Y cuando el Infante entró con el Emperador a la ciudad fueron hechas muy grandes alegrías, y no fincó caballero ni dueña ni doncella que allá no saliesen, diciendo a muy grandes voces: «Bien sea venido el amigo leal del Emperador».

Ciertas, bien dio a entender el Emperador que había muy gran placer con él, ca le traía el brazo de suso, diciéndole muchas buenas palabras por traerlo a placer, y con gran alegría díjole: «Amigo, ahora os tengo por hijo, pues Dios no quiso que otro hubiese, y quiero hacer por vos lo que nunca cuidé de hacer por hombre del mundo, y vos que hagáis por mí lo que yo os diré». «Señor», dijo el Infante, «por siempre os seré mandado en lo que vos quisieris». «Pues quiero», dijo el Emperador, «que riáis

y toméis placer, y yo reiré con vos». «Señor», dijo el Infante, «pues a vos place, haré yo todo mi poder».

Y cuando entraron al palacio del Emperador, fueron a un vergel muy bueno que estaba cerca de la cámara del Emperador, y vieron una dueña muy hermosa que se bañaba en una fuente muy hermosa y muy clara en medio del vergel; y esta era la dueña que los engañara, aconsejándolos que demandasen a la Emperatriz tres donas por que la perdieran. Y el Emperador dijo al Infante: «Amigo, ¿conocéis y algo?» «Conozco», dijo el infante, «por la mi desventura; ca aquella es la que con muy gran engaño me sacó de seso y de entendimiento y me hizo perder cuanto placer y honra había; y confúndala Dios por ende». «¡Amén!», dijo el Emperador.

Y ella comenzó a reír y a hacer escarnio de ellos, y fincó la cabeza en el suelo de la fuente, y comenzó a tumbar en el agua, de guisa que no pudieron estar que no riesen; pero el Infante no podía reír de corazón, mas de y adelante rieron y hubieron gran placer y gran solaz en uno. «Bien haya mal», dijo el Emperador, «que trae gran virtud consigo, que de los tristes hace alegres y da entendimiento a hombre para saber guardar mejor en las cosas que le acaecieren; ca este diablo maldito nos hizo sabedores para guardarnos de yerro de no creer por todas cosas que nos acometan con halagueras palabras y engañosas, así como este hizo, a mí y a vos. Pero si a mí engañara primeramente, no pudiera a vos engañar en este lugar; y así no hubiera yo compañero; fuimos en la desventura, seremos compañeros en conhorto, y conhortémosnos lo mejor que pudiéremos; ca ciertas buen conhorto vence mala ventura, y no ha hombre, por de buen corazón que sea, que puede bien sufrir la fortaleza de la desventura, si solo es en ella, que si compañero ha, pasa y sufre su fortaleza mejor. Y por ende dicen que mal de muchos gozo es».

Y este emperador, después que perdió la emperatriz encantada, fue casado, y nunca pudo haber hijo ninguno, y muriósele la mujer. Y siendo el Infante con él, pensó que si él muriese, que fincaría el imperio desamparado y que podría venir a perdición y a destruimiento; y conociendo al Infante cuál era en caballería y en todas buenas costumbres, quiso que después de sus días fincase señor y emperador del imperio, y porhijolo delante todos los de su tierra, e hízole hacer hombrenaje, y recibieronlo por señor después de días del Emperador. El Emperador no vivió más de un año, y fincó el Infante en su lugar, muy amado de toda la tierra del Emperador y del imperio, y recibieronlo por emperador.

Y el Emperador había muy gran sabor de mantenerlos en justicia y en paz, ca los defendía y los mamparaba muy bien; y era toda la tierra recelada de todos los sus vecinos, ca era bien servido y bien guardado de todos sus vasallos, salvo ende todos siete condes consejeros del otro Emperador, que aconsejaron que hiciese la pregunta por qué él no reía. Y con recelo trabajáronse de poner bullicio en el imperio cuanto ellos pudieron, con parientes y con amigos, recelándose de lo que habían hecho contra él; comoquiera que el Emperador no se quería membrar de ello, antes lo dejaba olvidar y no quería hablar en ello, ni consentía a ninguno que en ello hablasen, mas

antes los recibía siempre muy bien y los hacía cuanto honra él podía, y trabajábase en asosegarlos, haciéndoles bien y merced y gracias señaladas entre los otros de su señorío; de lo que se maravillaban todos los hombres buenos de su casa, en hacer tantas honras a aquellos que sabía que procuraran la muerte si pudieran.

Mas el Emperador, como aquel que siempre hizo bien en cuanto él pudo, tomó la palabra del Evangelio en que dice que no debe hombre rendir mal por mal. Y esto es verdad a los que se arrepienten del yerro en que cayeron; mas estos, como desventurados, no queriendo conocer el yerro en que cayeron contra el Emperador, le procuraron la muerte, ni queriéndose acordar del pensamiento que pensaron contra él, ni queriendo el Emperador ser verdadero más a unos que a otros, comoquiera que conocía bien los servicios que cada uno de ellos le hacía y le galardonaba a cada uno de ellos. Ellos hablaron con dos reyes, vasallos del Emperador, el uno el rey de Safira y el otro el rey de Garba, muy ricos y muy poderosos, e hiciéronles creyentes que el Emperador los quería mal y que quería enviar por ellos para matarlos, ca, como hombre extraño, no se pagaba de los naturales del imperio, mayormente de los poderosos; de guisa que los pusieron en gran sospecha contra el Emperador. Y mal pecado, de tan flaca natura es el hombre, que más aína cae en el gran miedo que en gran esfuerzo, y con recelo ha de caer en gran yerro, y muévense los corazones a hacer lo que no deben. Onde dice el verbo antiguo que cual palabra me dicen, tal corazón me hacen. Y más que el hombre de flaco corazón siempre está sospechoso y se mueve a tuerto; onde estos dos reyes estando en este miedo en que los pusieran aquellos condes, y el Emperador, queriendo ir a ver a su padre y a su madre y a su hermano, e ir en romería a aquel monasterio que su padre el Rey hiciera, donde el Nuestro Señor Dios hace muchos milagros, y queriendo dejar encomendada la tierra a aquellos dos reyes, con otros dos que eran de la otra parte del su señorío, envió mandar por sus cartas a estos dos reyes que se viniesen para él cada uno con poca gente, ca los quería guardar de costa.

Y el rey de Garba y el rey de Safira, cuando vieron las cartas del Emperador en que les mandaba que se fuesen luego para él con poca gente, vínoseles en mente de la duda en que les pusieran los condes, y vinieron amos a dos a verse a una tierra que es entre los dos reinos, que era por partir entre ellos, y tenía la en fieldad un conde de aquellos que los habían puesto en este recelo, y enviaron por los otros condes y mostráronles las cartas. Y ellos, después que las cartas vieron, levantose el uno de ellos y dijo así: «Señores, la mala voluntad quien la ha no la puede olvidar, y quien mal quiere hacer manera cata como lo pueda cumplir a su salvo. ¿Y no veis que por cumplir su voluntad el Emperador, y poder acabar el mal pensamiento que tiene contra vos, que os envía mandar que vayáis luego allá con poca gente? Dígoos que por mi consejo que no iréis ahora allá, mas que os apercibáis y que os aguiséis muy bien con toda la más gente que pudiereis haber, y mucho bien armada, y vos veréis que os quiere acometer si no huís; y porque os defendáis». Y ellos creyéronlo e hiciéronlo así.

El Emperador supo de cómo aquellos dos reyes se alborozaban, y además que aquellos malos condes dieron hombres que fuesen a hacer entender al Emperador que aquellos dos reyes que no le querían obedecer y que le querían correr la tierra. Y además que hicieron prendas a los de la tierra del Emperador en manera que se corrían los unos a los otros. Y los de la tierra hiciéronlo saber al Emperador de cómo el rey de Garba o el rey de Safira y los condes le corrían la tierra. Y el Emperador, parando mientes a la palabra del sabio que dice así: «A los comienzos del mal te da a cuita a poner consejo, ca si tarde viene no aprovecha la melecina, cuando el mal por la gran tardanza y luenga creció y tomó gran poder»; y no se quiso detener, y apellidó toda su tierra y fuese contra aquellos dos reyes. Y los otros estaban muy bien apercebidos para defenderse, pero que enviaron decir al Emperador con un caballero que se maravillan mucho por cuál razón se moviera contra ellos; ca ellos bien creían que ninguna cosa habían hecho contra él por que mal los debiese querer ni hacer. Y cuando lo recibieron por señor, que ellos fueron los primeros que fueron besar el pie, y ellos amos a dos le pusieron la corona en la cabeza después que lo bendijo el arzobispo de Frecida su canciller, cuando cantó misa nueva en el altar de *Sancti Spiritus*, donde él tuvo vigilia esa noche.

Dijo el Emperador al que trajo el mandado: «Caballero, verdad es que así pasó todo como ellos lo envían decir, y yo siempre los amé y los honré entre todos los reyes del mi imperio, y fié de ellos así como de leales vasallos debe fiar su señor que ellos bien quieren; mas yo no sé cuál fue la razón por que no se quisieron venir para mí cuando yo se lo envié mandar por mis cartas, y queriéndolos guardar de costa envíeles mandar que se viniesen para mí con poca gente. Y tan desmesurados fueron ellos que no me quisieron enviar respuesta ni saber qué era lo que los quería, y además corriéronme la tierra y matáronme muy gran gente; por que tengo que me erraron, yo no se lo mereciendo. Mas con todo esto, si ellos se quisieren venir para la mi merced así como deben, con poca gente, y me pidiesen merced que los perdonase, creo que no hallarían al en mí sino merced y piedad; ca no es hombre en el que piedad no hay contra aquellos que conocen su yerro y demandan perdón».

«Señor», dijo el caballero, «yo iré con este vuestro mandado a aquellos reyes vuestros vasallos, y fío por la merced de Dios que luego serán aquí convusco a la vuestra merced, y no quiero de plazo más de un mes». Y el Emperador lo tuvo por bien, y mandole que luego se fuese y que no se detuviese. Y el caballero se fue a los reyes y díjoles lo que el Emperador respondió a lo que ellos le enviaron decir. «Señores», dijo un conde, «si se siguen estas palabras con las que dijimos luego en estas nuevas, podéis entender la voluntad que el Emperador os tiene. Bien semeja que no ha mudado el talante malo, ca aún os envía decir que os vayáis a él con poca gente. Y cuando él os viere con poca gente hará de vos lo que quisiere. Y de aquí adelante parad mientes en vuestras haciendas, ca si no os quisieréis guardar vuestro será el daño». Y los reyes cuando estas palabras oyeron fueron muy espantados, y como hombres sin buen consejo no quisieron enviar respuesta al Emperador; antes

enviaron por todos sus amigos para que los viniesen a ayudar.

El Emperador atendió al plazo, y sin todo esto mandó al caballero Amigo que fuese con su mandado al rey de Garba y al rey de Safira, a saber de ellos por qué se alborozaban, y que no lo quisiesen hacer. Y el caballero Amigo, viendo que esta mandadería era muy peligrosa, díjole: «Señor, si la vuestra merced fuese, excusarme debíais de tales mandamientos y mandaderías como estas; ca todo hombre para ser bien razonado delante de grandes señores debe haber en sí seis cosas: la primera, debe ser de buen seso natural para entender las cosas que ha de decir; la segunda, que debe ser de buena palabra y desembargada, para decirlas bien; la tercera, que debe ser letrado, para saberlas bien ordenar, en manera que acuerde la fin con el comienzo, no diciendo razón desvariada; la cuarta, que debe ser de alta sangre, que no haya miedo de decir lo que le fuere encomendado; la quinta, que debe ser rico, ca todos los hombres oyen y acompañan de buenamente; la sexta, que debe ser amado de los hombres, ca el hombre que no es bien quisto no le quieren oír, aunque todas las otras condiciones buenas hayan en sí; y además, para ser cumplidas todas estas cosas en el hombre bien razonado, debe ser de buena fe y de buena verdad, en manera que en lo que dijere no le sea hallada mentira, ni le hayan de qué reprehender. Y comoquiera, señor, que yo sea tenido de os servir y vos me améis verdaderamente, no tengo que en mí haya ninguna de estas buenas condiciones, salvo ende fe y verdad, que es la cosa de este mundo de que más me precio; por que me semeja que sería mejor que escogieseis a alguno de los vuestros vasallos en quien podáis hallar todas estas cosas o las más de ellas cumplidamente, y que os podrán mejor servir en esta mandadería que yo».

«Por Dios, caballero Amigo», dijo el Emperador, «parando mientes al buen seso que Dios puso en vos, y al vuestro buen razonar, y a la vuestra fe, y a la verdad, que no dejaréis de decir verdad por miedo ni por vergüenza, y de como sois amado ypreciado de todos comunalmente; por estos bienes que en vos hay os pongo en todos los mis hechos, de que me tengo por bien servido. Y aun yo fío por Dios que las otras dos cosas que os menguan, de ser rico y señor, que las habréis muy aína, y yo pugnaré por vos llegar cuanto pudiere». Y el caballero Amigo fue con el mandado del Emperador, y halló a los dos reyes ayuntados en un gran campo cerca de la ciudad de Paludes, y los condes con ellos. Y esta ciudad ha nombre Paludes porque está cercada de lagunas que salen de las Aguas Mixtas. Y dioles sendas cartas que les enviaba el Emperador, que eran de creencia.

Y el conde Farán se comenzó a reír cuando vio al caballero Amigo, y dijo a los reyes: «Señores, ahora veréis la soberbia y el engaño del Emperador, ca este es todo el hecho del Emperador; ca este es su consejero, y él por este se guía. Y no os hablará sino con maestría y con engaño y con soberbia». Y el caballero Amigo oyolo, y díjole: «Por cierto, conde, buen callar perdistes, y bien os pudierais excusar de estas palabras, si quisierais; y a malas maestrías muera quien con malas maestrías anda». «¡Amén!», dijo el Conde. «Y yo amén», dijo el caballero Amigo. «Caballero

Amigo», dijeron los reyes, «decid lo que quisiereis y oíros hemos, y cesen estas palabras». «Señores», dijo el caballero Amigo, «comoquiera que yo no sea tan cumplido de razón ni de entendimiento así como era menester para decir el mandado de mi señor el Emperador delante de tan grandes señores ni tan cumplidos de entendimiento como vos sois, y atreviéndome a la vuestra bondad y a la vuestra medida, que si yo en alguna cosa menguare, que el vuestro buen entendimiento que lo quiera entender y enmendar mejor que yo lo sabré decir, y decirlo he lo mejor que supiere». Y dijo así: «Señores, el Emperador mío señor os envía saludar, y os envía decir que en el comienzo de la su honra vos fuistes los más acuciosos y los que más y hicistes para llevarlo adelante, y vos fuistes los que le pusistes la corona primeramente en la cabeza, y él siempre os amó y os honró entre todos los otros del su imperio; y por ende que se maravilla mucho porque le corréis la tierra y se la destruís; onde os envía rogar, como a aquellos que él ama verdaderamente, que no lo queráis hacer y que os vayáis luego para él. Y si en alguna cosa hallareis que os menguó, que os lo enmendará como vos quisiereis; pero que tiene que no os erró en ninguna cosa. Y puesto que os hubiese errado, tiene que os cumple ir, pues que enmienda os quiere hacer. Y si no la quisiereis recibir, que del vuestro derecho haréis tuerto; ca más de culpar es el que no quiere recibir enmienda, si a su honra se la hacen, que el que hizo el tuerto».

En antes que los reyes respondiesen, levantose el conde Farán y dijo: «Señores, si bien paráis mientes a las palabras que este caballero os dijo, algo hay de la soberbia según de antes os lo dije; ca os envía halagar con el pan y con el palo. Y por Dios, señores, decid a este caballero que habréis vuestro acuerdo, y que vos enviaréis vuestra respuesta al Emperador, y no arrebatéis tan aína a responder». Y ellos hiciéronlo así, y enviaron con esta respuesta al caballero Amigo al Emperador. Y el caballero Amigo, tornando con su respuesta por su camino al Emperador, encontrose con la compañía del conde Farán, que andaba corriendo la tierra del Emperador, y cautivaron a él y a todos los que con él iban, y lleváronlos a una ciudad que ha nombre Altaclara. Y dícenle así porque está en alto lugar, ca parece de muy gran tierra. Y teniéndolos y presos sacáronlos a vender. Y un rico mercader fuelos a ver para comprarlos. Y cuando vio al caballero Amigo, pagose de él y del su buen razonar, y díjole: «Amigo, dime, ¿para qué serás tú bueno?» «¡Ay, hombre bueno!», dijo él, «¿y quién os dijo el mi nombre?». «¿Y cómo», dijo el mercader, «Amigo te dicen?» «Amigo», dijo él, «me dicen». «Pláceme», dijo el mercader, «pero dime para qué serás tú bueno». «Para ser libre», dijo el caballero Amigo. «Bien sé yo eso», dijo el mercader, «mas dime si quieres que te compre». «¿Y por qué me pides consejo en el tu haber?», dijo el caballero Amigo. «Ca en la tu mano es de comprarme o no, pues que aquí estoy presto para vender». «Amigo», dijo el mercader, «tan entendido te veo que me conviene de comprarte». Y luego lo compró. «¡Ay, señor!», dijo el caballero Amigo, «pues que a mí compraste, ruégote que compres a aquellos que fueron cautivos conmigo; y sé tú bien cierto que serás de nosotros muy bien servido y que

habrás por nos muy gran haber. Y el mercader hízolo así, y vendiéronselos con tal condición que luego los pasase allende la mar a tenérselos.

El mercader, llevándolos comprados, encontráronse con el conde Farán. Y no sabía de cómo la su compañía los cautivaran y los vendieran. Y el mercader cuando vio venir al conde Farán, pero con poca gente, mandó al caballero Amigo que subiese en su caballo, y a los otros todos en sendos caballos; ca él se llevaba asaz caballos para vender. Y desde que llegó el Conde a ellos conoció al caballero Amigo, y díjole: «Bien creo, caballero, que no me responderéis ahora tan bravamente como me respondistes delante de los señores reyes hoy ha diez días». «Conde», dijo el caballero Amigo, «si algo quisierais decir, respuesta habréis la que no pudiera dar hoy ha diez días, mientras estaba en poder de la vuestra gente que me tenían cautivo. Mas loado sea Dios, en poder estoy de este hombre bueno que me compró». «No compraré», dijo el Conde, y quísose mover para trabar de él. Y el caballero Amigo puso mano a su espada, y todos los otros con él eso mismo, e hirieron al Conde de dos golpes y matáronle diez hombres. «Ea, ea, don conde», dijo el caballero Amigo, «que más hubo aquí de respuesta. Y esto pudierais vos muy bien excusar si quisierais; pero holgad ahora aquí un poco mientras que os vamos a guisar de comer». «Caballero Amigo», dijo el mercader, «¿cómo haremos ahora? Ca cierto soy que la gente del Conde se alborozarán cuando lo sepan y vendrán en pos de nos». «Yo os lo diré», dijo el caballero Amigo. «Aquí cerca está un castillo del Emperador, y vayámonos allá; ca yo traigo cartas de guía, y soy bien cierto que nos acogerán y nos harán mucho placer». «Vayamos», dijo el mercader, «pero catad que no pierda yo lo que di por vosotros». «Yo os hago pleito y hombrenaje», dijo el caballero Amigo, «que de vos no me parta hasta que cobréis todo lo vuestro y más; ca yo fío por Dios que yo os daré muy buenos peños de ello».

Ellos, yéndose por su camino, encontráronse con la hija del conde Farán, que era pequeña, y con su mujer y cuatro hombres de caballo con ellos. Y cuando el caballero Amigo los vio, conociolos, y plúgole mucho. Y dijo al mercader: «Señor, ya tengo peños buenos que os dé por mí y por mis compañeros». Y tomaron a la Condesa y a su hija y prendiéronlas, y a los cuatro hombres que iban con ellas. Y la Condesa cuidó que había caído en malas manos, pero el caballero Amigo era cortés y muy mesurado en todas cosas, y mayormente contra dueñas, y díjole: «Condesa, no temáis, ca no hay aquí ningún hombre que os haga enojo, sino toda honra y todo placer; mas esto recibís vos por la soberbia de vuestro marido el Conde; pero tanto os quiero hacer: la vuestra hija llevaré muy guardada de toda deshonra y de mal, e idos al vuestro marido el Conde, que yace herido en el campo de Tebres, donde él mostró la su soberbia cuanto él pudo, sin Dios y sin razón, y vos guisadle mejor de comer ca cuanto nos ya le guisamos, y pensad de quitar vuestra hija, ca quitando a ella quitaréis a mí y a estos mis compañeros, que fuimos vendidos de la vuestra gente a este hombre bueno que nos compró. Ca sabed que él pagó por nosotros quinientos pesantes de oro, y ha menester que haya por ellos mil pesantes por el trabajo que ha pasado, y por el

galardón del bien que a nos hizo en nos sacar de poder del Conde».

La Condesa se fue y halló al Conde malherido en aquel campo que le dijo el caballero Amigo, y contole la desventura que le aconteciera a ella y a su hija, y de cómo el caballero Amigo le fuera muy cortés, y lo que le dijera: «Ea, conde», dijo ella, «miedo he que estos bullicios en que andáis que os han de traer a gran peligro, si no os partís de ellos y no os tornáis a Dios; ca ni queréis oír misa ni ver el cuerpo de Dios, que todo cristiano debe cada día ver y acomendarse a Él, ni le queréis hacer reverencia cuando lo veis y así como debíais, y sabiendo que las bestias mudas en quien no hay entendimiento le hacen reverencia; así como aconteció a Jorán vuestro sobrino ayer en Altaclara».

«¿Y cómo fue eso?», dijo el Conde. «Yo os lo diré», dijo la Condesa. «Vos sabéis que Jorán era caballero mancebo y muy bullicioso, y muy avivado en los deleites de este mundo, y de muy suelta vida, y no preciaba nada las cosas de este mundo ni las de Dios. Así que, cuatro días ha hoy, estando en Altaclara en su caballo en la rúa, pasaba un clérigo con el cuerpo de Dios, que llevaba en las manos, e iban a comulgar a un doliente, y oyendo la campanilla y viendo la compañía que iban con él por honrar el cuerpo de Dios, y diciéndole todos que se tirase a una parte, no quiso, y el caballo, queriéndose apartar de y, él dábale sofrenadas. Y cuando el caballo vio que venía cerca el clérigo con el cuerpo de Dios, fincó los hinojos en tierra, y Jorán hiriolo con el freno y levantolo. Y esto hizo el caballo muchas veces hasta que fue pasado el clérigo con el cuerpo de Dios. Y Jorán comenzó de hacer mal al caballo, diciéndole todos que no lo hiciese, ca muy buen ejemplo había dado a todos los del mundo para que hiciesen reverencia al cuerpo de Dios. Y él, haciendo mal al caballo, lanzó las coces y sacudiolo en tierra, en manera que luego fue muerto sin confesión y sin comunión. Y luego se fue el caballo aquella iglesia donde era el clérigo que iba a comulgar al doliente, y no lo podían mover a ninguna parte, no haciendo él mal ninguno. Y porque entendieron que era milagro de Dios, mandáronlo y dejar, y y está que no se mueve.

»Y bien parece que Nuestro Señor Dios demuestra los sus milagros en aquellos que no hacen en reverencia a Nuestro Señor Jesucristo; ca oí decir que un rico hombre enviaba un su hombre con su mandadería a gran prisa, y aquel hombre encontrase con un clérigo que iba a comulgar a un doliente, y el hombre acompañolo a la ida y a la venida, y después fuese a su mandado. Y porque tardó, mandó su señor que lo lanzasen en un horno que estaba y en su casa ardiente. El mancebo, cuando se vio en aquel peligro, hincó los hinojos en tierra y rogó a Dios que le hubiese merced. Y el horno estando ardiente, lanzáronlo dentro, y recibíolo Nuestro Señor Jesucristo en sus manos, y cuantos y estaban lo vieron estar en medio del horno, y de cómo lo tenía una criatura en las manos, que no se hizo mal ninguno. Y cuando fue el horno frío, mandó su señor que lo sacasen, y sacáronlo sin ninguna lesión. Y si a los señores terrenales hacemos reverencia, cuánto más la debemos hacer a Nuestro Señor Jesucristo que tanta merced nos hizo en sacarnos del poderío del diablo,

comprándonos por la su preciosa sangre y queriendo sufrir muerte y pasión por nos.

»Onde os pido por merced, señor», dijo la Condesa, «que os queráis guardar y parar mientes en estas palabras y cosas, y Dios guardará a vos y a nos». «Condesa», dijo el Conde, «vayámonos y quitemos nuestra hija, y desí pensemos en lo que habéis de hacer en estas cosas». Y fuéronse y enviaron a quitar su hija, y no pensaron en al. Y desde que pagaron los mil pesantes de oro, el mercader fue con el caballero Amigo al Emperador; ca ya lo sabía de como fuera cautivo el caballero Amigo, y plúgole mucho con él, y dio de su algo al mercader y tornose.

Los reyes no enviaron respuesta ninguna al Emperador, y después que el Emperador vio que no le enviaban respuesta ninguna, fuese contra ellos y hallolos donde estaban en una tierra que era muy llana y muy grande cerca de la ribera del río de las Aguas Mixtas, con muy gran gente y muy bien aguisados. Y veíalos el Emperador a todos muy bien, ca descendía de un puerto muy alto, y teníalos como a su pie. Y luego que llegó el mandado a los reyes de cómo el Emperador pasaba el puerto con su gente y con su hueste, y los vieron, armáronse y pararon sus haces como aquellos que habían sabor de defenderse y de morir. El Emperador asaz hubo que hacer en descender ese día con toda su gente al llano, de guisa que esa noche holgaron, y otro día en la mañana fueron todos armados, y endrezaron sus haces y fueron los unos contra los otros. Y desde que volvieron fue la hacienda muy herida, de guisa que todo el campo estaba lleno de muertos y de heridos; y tan gran era el ruido y las voces que daban los heridos, quejándose de las llagas, que no se podían oír unos a otros; y entre los cuales andaba el Emperador muy crudo, haciendo los golpes muy señalados, de guisa que el que con él encontraba no escapaba bien de sus manos, ca muerto o malherido había de caer del caballo. Y desí encontrose con el rey de Garba, y fuelo herir del espada de guisa que le cortó el brazo diestro. Y desí tornó otra vegada a él y diole por cima del yelmo, que le hendió la cabeza hasta en los ojos, de manera que cayó muerto.

Cuando estas nuevas oyó el rey de Safira, pesole de corazón, pero que comenzó a conhortar la su gente y esforzarla, y comenzaron a herir muy de recio en la gente del Emperador. Y sobrevino al rey de Safira muy buena caballería que vino en su ayuda, en manera que arrancaron al Emperador del campo y no salieron con él sino tres mil caballeros y pocos más, y todos los otros fincaron en el campo muertos y heridos. Y cuando el Emperador se vio así desamparado y la su gente así todo muerto, y fincaba solo, sino con estos tres mil caballeros que le fincaron de treinta mil que había llevado, y túvose por desventurado. Y apartose aquella sierra de aquel puerto por donde había entrado, y comenzó a conhortar aquellos caballeros lo mejor que pudo. Y desarmáronse, ca estaban muy cansados, y los otros fincaron esa noche en el campo, desarmando los caballeros que estaban muertos; y los que estaban heridos, matábanlos, que no dejaban uno a vida, y desnudábanlos y tomábanles todo cuanto les hallaban.

Y el Emperador se levantó a la medianoche, y apartose de la su gente, y comenzó

a hacer oración, pidiendo merced a Dios que si en alguna cosa le errara que le quisiese perdonar, y si entendía que no era él para aquel lugar, que llevase a él donde tuviese por bien, y que pusiese y otro que lo mejor mereciese. «Pero, Señor Dios», dijo el Emperador, «por muy pecador me tengo en perderse tanta gente cuanto hoy murió aquí por mí; por que te pido por merced que te plega de me perdonar». El Emperador, estando en esta oración, oyó una voz del cielo que le dijo así: «Roboán, amigo de Dios, no desampares, ca Dios es contigo. Y bien sabes que el rey de Mentón, tu padre, nunca desamparó de la merced de Dios por ningún embargo que le aviniese, y ayudolo Dios en todos sus hechos; por ende esfuérgate en la su merced y el poder de Dios, ca Él será contigo y te ayudará. Y véngasete en mente del pendón que te dio la Emperatriz, hija de la Señora del Parecer, que hicieron las siete doncellas santas, y sácalo y ponlo en un asta muy luenga, y cierto sé que, luego que lo vean tus enemigos, se te dejarán vencer y los prenderás todos».

Cuando estas palabras oyó el Emperador, membrósele de lo que le dijera la Emperatriz cuando le dio el pendón, que doquier que entrase con él, que vencería. Y plugo a Dios que él fue donde estaba el pendón, fincó con el repuesto del Emperador encima del puerto; y vínose luego para su gente, y envió por aquella arca donde estaba el pendón, muy bien guardado entre muchas reliquias. Y luego que se lo trajeron abrió el arca donde estaba el pendón, y fincó los hinojos y sacó el pendón con gran devoción, llorando de los ojos, ca tenía que, pues aquella voz del cielo descendía y le hizo en mente del pendón, que gran virtud había en él. Y así era, ca aquellas siete doncellas que el pendón hicieron, bien había cada una setenta años, ca en tierra de su abuela la Emperatriz nacieron todas de un vientre, y ella las crió. Y las doncellas fueron siempre de tan buena vida que no quisieron casar, mas prometieron castidad, y mantuviéronla muy bien y muy santamente, de guisa que Dios hacía por ellas en aquel imperio muchos milagros, y nunca labraban cosa por sus manos en que Dios no puso señaladamente su virtud

Y cuando amaneció, sacó el pendón el Emperador con su asta muy grande y muy buena, y dijo a los caballeros: «Amigos, ayer fuistes en el comienzo en medio de la batalla muy bien andantes, mas la fin no nos fue buena, como vistes, y esto tengo que fue por mis pecados; pero Nuestro Señor Dios, habiendo de nos piedad, como señor poderoso no tenía por bien que fincásemos así desconhortados, y mandó que vayamos a ellos, ca no nos esperarán, que todos los prenderemos; y cierto soy que ha de ser así de todo en todo».

«Ciertas, señor», dijeron los caballeros, «mucho nos place, ca mejor nos es la muerte que así escapar tú y nos con esta deshonra grande y tan gran pérdida como aquí hicimos de amigos y de parientes». Y movieron todos de buena voluntad para morir o para vencer, y fuéronlos herir. Y cuando tan aína vieron los del rey de Safira el pendón, tan aína volvieron las espaldas y comenzaron a huir, el Emperador y los suyos en pos, matando e hiriendo de guisa que no fincó ninguno de ellos que no fuese muerto o preso. Y el rey de Safira fue preso y el Conde, que nos volvió muy pequeño;

a Farán tomaron en aquella batalla, ca Dios lidiaba por ellos. Y mandó que le trajesen delante el rey de Safira y el conde Farán, que tenía presos, y el Emperador le preguntó al rey de Safira qué fuera la razón porque se movieron al rey de Garba contra él, y el rey de Safira le dijo: «Señor, no sé otra razón sino por gran desventura nuestra y porque no nos supimos guardar del mal consejo, y señaladamente del conde Farán, que aquí está, que fue comienzo de todo este mal; ca él y los otros condes que aquí murieron nos metieron en muy gran miedo y gran sospecha de vos que nos queríais matar, y señaladamente nos decían que así porque nos enviabais mandar que fuésemos ambos con poca gente, porque más ligero nos pudieseis matar, y además, porque erais hombre extraño, que no amabais los naturales del imperio. Y no os diría el Conde al; so si al quisiere decir, y yo me haré su par y meterle he las manos, y hacerle he decir que es así». Y el Conde no osó negar la verdad y dijo que así pasó todo como el rey de Safira dijera. «Ciertas, conde», dijo el Emperador, «tuerto grande me hacíais, ca nunca lo merecí por qué, y por ende no habíais por qué poner este bullicio contra mí en el mío señorío. Mas ahora, que tengo que es verdadero el ejemplo antiguo, que los pies duchos de andar no pueden quedar; y el que en malas obras suele andar, no se sabe de ellas quitar. Y vos, conde, sabéis que vos fuistes el que me aconsejastes porque el Emperador me mandase descabezar; ca así lo había por costumbre de hacerlo a quien aquella pregunta le hacía; y teniendo que en aquella pregunta no se cumpliera vuestra voluntad, quisistes poner bullicio en el mío señorío por hacerme perder; y no quiero que la tercera vegada lo probéis, ca dice el sabio ca si tu amigo errare una vez, confúndale Dios; y si dos, confunda Dios a ti y a él; y si tres, confunda Dios a ti solo, que tanto lo sufriste. Y por ende quiero que seáis confundido a la segunda vegada, y antes que yo sea confundido a la tercera». Y mandole tajar la cabeza como aquel que lo mereció, queriendo desheredar a su señor, aconsejando a los de su señorío que se alzasen y le hiciesen guerra. Y ciertas, esta pena merece el que mal consejo da como el que hace mal por consejo de otro. «¡Ca, conde!», dijo el caballero Amigo, «ca derecho es por la soberbia que tomastes sobre vos, que me dijistes que yo andaba en maestrías, y yo díjeos que a malas maestrías muriese quien con malas maestrías andaba, y respondistes: “Amén”. Y ciertas, bien debierais vos entender que estos bullicios a mal os habían a traer, ca este casamiento malo entre vos y los reyes vos lo ayuntastes; onde conviene que hayáis las calzas que merecéis». «Por Dios», dijo el Conde, «en salvo parláis, ca si yo a vos tuviese en tal como vos tenéis a mí, yo os daría la revidada». «¡Tomad ahora esa rosa de estas bodas!», dijo el caballero Amigo, y arrancole la cabeza. Y por ende dicen que tales bodas, tales rosas.

Desí el Emperador mandó al rey de Safira que le hiciese entregar luego de todas las villas y los castillos del reino. Y el Rey le dijo que fuese él andar por el reino, y que le recibirían en las villas y castillos del reino sin duda ninguna; ca tal fuero era en aquella tierra que si el Emperador cuyo vasallo él era, y en cuyo señorío era poblado, airado o pagado con pocos o con muchos, maguer era su heredamiento del Rey y lo

heredara de su padre, ca guerra y paz deben hacer al Emperador su señor. Y dijo que fuese luego a la mayor ciudad que era en el su reino, a la que dicen Montecaelo. Y este nombre tomó porque es la tierra de color de cielo, y es todo en manera de zafires, y todos los finos zafires orientales en aquella tierra son. Y aquella tierra es la más postrimera tierra poblada que sea contra oriente, y y se acaba Asia la Mayor contra la parte de cierzo. Onde conviene que se diga algo aquí de las tres partes del mundo que hizo Noé, y dónde comenzó cada una y dónde se acaba, y por qué es dicha Asia Mayor.

Hállase por las historias antiguas que, después que se partieron los lenguajes en setenta lenguajes, así como oístes, comenzaron los gentiles a derramar, y comenzó Noé de ayuntarlos y de aconsejarlos, y partió el mundo por tres tercios y puso términos conocidos a cada tercio, y partiolos a sus tres hijos. Y Europa es el tercio que es a la parte del cierzo, y África es el tercio que es a la parte del mediodía. Asia es en medio de estos dos tercios. Y Noé dio a Europa a Jafé el hijo mayor, Asia a Sem, el hijo mediano, y a África a Cam el hijo menor. Europa es a la parte del cierzo, catando hombre a oriente de cara, y comienza en cima del mundo, cerca de oriente, sobre el imperio de las Ínsulas Dotadas, y viene por las tierras de los turcos y por las tierras de Gog y de Magog, y por las tierras de Alamaña y de Esclamonia, y de Grecia y de Roma, y por las tierras de los galaces y de los picardos y de los gergantes y por la tierra de Bretaña, y por las tierras a que dicen Alar Vire, que quiere decir «la gran tierra», y por la tierra de Gascuña, y por los Alpes de Burdel, y por las tierras de España; y encónase en la isla de Calis, que pobló Hércules, en una iglesia que es y ribera de la mar, cuanto a dos leguas del castillo de Calis, que es labrada por mojón, y pusiéronle nombre los que vinieron después San Pedro; y nunca este nombre perdió, y dícenle *Sancte Petre*, que así se lo mandaron los moros.

Y el tercio de Asia es partido en dos partes: la una es a la parte de oriente, y comienza del río de Éufrates hasta hondón de España, y dícenle la Asia la Mayor, y a mano derecha de esta Asia la Mayor son las tierras de Haces y de Alimaña y de Al-Fares, y acude a la India; y a la parte del mediodía son de Agas y de Almus, y a la partida de los enopes, a que dicen canracaes, porque comen los hombres blancos donde los pueden haber.

Y el río de Éufrates parte entre sí Asia la Mayor y Asia la Menor. Es el año y desierto, hay unas sierras que le dicen Gameldaron, y tiénese con aquellas sierras unos arenales que son de arena menuda como polvo; y con anchura del desierto muévense los vientos y alzan aquel polvo de un lugar y échanlo en otro, y a las veces se hace gran mota, que semeja que y fue siempre. Y a cabo de este desierto anduvieron los hijos de Israel cuarenta años, hasta que llegó el plazo que Dios quiso, que entraron en la tierra de Cananea y poblose la tierra de Sem, hijo de Noé, que es Asia la Mayor contra poniente, de hijos de Israel, y poblose la tierra de Arabia, que es en la provincia de Meca, y los otros moraban en tierra de Cananea, que es en la provincia de Jerusalén.

Y el otro tercio de África, comienza de Alejandría con una partida de la provincia de Egipto, y tiene en luengo desde la ciudad de Barca, que es en la parte de oriente, hasta Tanjat-ally-adia, que es en la parte de poniente, y dícenle en ladino Maritana, y tiene en ancho desde la mar hasta los arenales y grandes sierras, y van de poniente hasta oriente.

Y esto de estas tres partes del mundo fue aquí puesto porque lo sepan aquellos que andar quisieren por el mundo, mayormente aquellos que quieren más valer y probar las tierras donde se podrán mejor hallar y mejor vivir, así como aconteció a este emperador, que anduvo por las tierras haciendo bien hasta que Dios le encimó, así como oístes.

Dice el cuento que el Emperador se fue para aquella ciudad que dicen Montecaelo, y fue y recibido muy honradamente con muy grandes alegrías, comoquiera que veían a su señor el Rey en prisión del Emperador; ca la gente de aquella ciudad era muy rica y muy apuesta y bien acostumbrada, y vivían en paz y en justicia y en alegría todos comunalmente, grandes y pequeños. Desí, otro día después que él entró y, y el obispo del lugar, que era canciller del Rey, y todos los de la tierra, pidieron por merced al Emperador por el Rey. Y el Emperador, con gran piedad que hubo de él, perdonolo, porque vio que era muy buen rey y de muy buen entendimiento, que él no quisiera negar los fueros de aquella tierra. Y mandó a los de la tierra que le recibiesen por señor así, como de nuevo; ca los de la tierra no lo habían a recibir sin mandado del Emperador, pues errado le había y le falleciera en la verdad que le debiera guardar. Y ellos recibieronlo muy de grado, así como aquel que era muy amado de todos, e hicieron muy gran alegría con él, teniendo en gran merced al Emperador la gracia que les hiciera.

Y otro día en la gran mañana llevaron al Emperador a un vergel que tenía cercado de alto muro dentro en la villa, en que estaba labrada una alcoba muy alta a bóveda; y la bóveda era toda labrada de obra morisca de unas piedras zafires muy finas, y en medio de la alcoba un zafir hecho como pelota ochavada, tan grande que dos gamellos no podrían llevar, tan pesado es. Y es de tan gran virtud que todos los hombres y las bestias que alguna hinchadura han, y los llevan y y los ponen delante aquella piedra, que luego son sanas. Y eso mismo hace en la sangre; que aquel a quien sale sangre y lo ponen delante aquella piedra, luego queda y no sale. Y el Emperador mismo lo hizo probar, que hizo degollar muchas reses delante aquella piedra zafiro, y nunca salía la sangre de ellas, y resollaban por la degolladura y no morían hasta aquel tiempo que podrían morir, no comiendo ni bebiendo, según que pueden morir todas las reses vivas de este mundo, que no se pueden mantener sin comer y sin beber. Y ninguno no crea que en el zafir otras virtudes ha sino estas dos: la una contra hinchadura, y la otra contra el flujo de sangre. Y ciertamente esta es la tierra onde los zafires finos y virtuosos vienen, señaladamente de aquella tierra del reino de Zafira; y por ende le dicen aquella tierra Zafira, que tomó el nombre de zafir.

Y desde que el Emperador hubo andado por aquella tierra y la sosegó, y fue por el

reino de Garba, que es muy abundado de todas cosas y muy plantioso, y todo lo más se riega de las aguas de Tigris y de Éufrates. Y este reino dejole a Garbel, un caballero su vasallo anciano de muy buen entendimiento y muy buen caballero de armas, porque le semejó que concordaba el su nombre con el nombre del reino; y fue muy buen rey y muy quisto de todos los de su reino. Y este caballero fue el que dio el rey de Mentón, su padre, por consejero cuando de él se partió. Y otrosí dio el condado del conde Farán al caballero Amigo, y los otros seis condes de los otros seis condados que fueron muertos en aquella batalla dio a los otros sus caballeros, aquellos que entendió que más se lo habían servido y lo merecían; ca muy poca gente le había fincado de los trescientos caballeros que llevó consigo; pero todos los que escaparon hizo mucha merced en heredarlos y honrarlos, y en todo cuanto pudo, de guisa que no hubo y ninguno de ellos a quien no pusiese en buen estado y honrado por el buen servicio que habían hecho. Onde todos los de la tierra loaban al Emperador porque tan bien galardonaba a cuantos caballeros el servicio que le habían hecho, y todos habían por ende gran sabor de servirle, teniendo que así se lo galardonaría a ellos el servicio que le hicieron. Ciertas, muy gran derecho es que quien bien hiciere que buen galardón haya.

Y el Emperador anduvo por la tierra con todos estos condes y con todos los otros a quien heredó, y los metió en posesiones y los dejó asosegados cada uno en sus lugares, y con amor de los de la tierra, haciendo todas mercedes señaladas en lo que le demandaban. Todos los del imperio eran muy ledos y muy pagados porque le habían por señor a quien los amaba verdaderamente y los guardaba en sus buenos usos y buenas costumbres, y era muy católico en oír sus horas con devoción y sin burla ninguna, y en hacer muchas gracias a las iglesias, dotándolas de villas y de castillos, y guarneciéndolas de nobles ornamentos según que mester era a las iglesias. Y entre todos los bienes que el Emperador había señaladamente era este, que hacía gran justicia comunalmente a todos, y la gracia que hacía nunca iba contra ella ni contra las otras que los emperadores habían hecho; antes se las confirmaba por sus cartas y sus privilegios bulados con bulas de oro. Y nunca sabía hombre que contra ellas pasase a quien no hiciese enemigo en la persona; ca tenía por derecho que ningunos pasasen contra las gracias que él hizo ni contra las otras que los emperadores hicieron, pues él tenía por derecho de guardarlas. Y ciertas, gran atrevimiento y gran locura es atreverse ninguno a ir contra las cosas que hace por hacer gracia y merced a aquellos que mester lo han; ca el que hace la gracia y la merced no solamente honra aquel que recibió la gracia, mas a sí mismo; ca es honrado y loado de Dios y de los hombres por el bien que hace. Y así el que quiere las gracias y las mercedes de los señores no debe ir contra ellas en dicho ni en hecho ni en consejo, debe ser desamado de Dios y de los hombres y de sufrir la pena de los crueles y sin piedad, que no se sienten del mal y del daño de su hermano, ca todos somos así como hermanos, y nos debemos amar según la fe de Jesucristo que tomamos.

Dice la Santa Escritura que el Emperador, estando en el mayor sosiego que podría ser con los de su tierra, pidiéronle por merced que tomase mujer, en manera por que fincase de su linaje después de sus días quien mantuviese el imperio; y los más nombraban hijas de emperadores, y los otros hijas de reyes. Y él, siendo en este pensamiento, vínosele en mente de las palabras que hubiera con la infante Seringa, y envió luego allá al caballero Amigo, al que decían el conde Amigo, a saber si era viva o si era casada, y si la hallase viva y no casada, que le diese una carta de querencia que le enviaba, y que le dijese de su parte que él quería cumplir lo que le prometiera de casar con él, si a ella pluguiese. Y el conde Amigo fuese luego sin ningún detenimiento, y halló a la infante Seringa en aquella ciudad donde la había dejado, y preguntó si era casada, y el huésped le dijo que no.

Y otro día en la mañana fuella a ver, y entrando por la puerta conociólo, pero que no se acordaba de su nombre; y díjole: «Caballero, ¿cómo habéis nombre?» «Señora», dijo él, «Amigo». «Bendito sea el nombre de Dios», dijo ella, «ca una de estas cosas de este mundo que yo más amaba y más codiciaba oír es esto. «¿Y si le vino en mente nunca de cuanto bien hizo a mí y a mi tierra?» «Ciertas, señora», dijo el conde Amigo, «si algún bien y hizo olvidado lo he, ca nunca se viene en mente del bien que ha hecho, mas de lo que ha de hacer; y envíaos esta carta que escribió con la su mano». Y la Infante abrió la carta y leyola, y halló dentro una sortija de un rubí pequeño muy fino, que ella había dado al Infante muy encubiertamente cuando de ella se despidió. Y cuando la vio cambiósele la color, y a las veces amarillecía, ca recibía placer cuidando que se la enviaba con aquel caballero porque le creyese de lo que le dijese, y recibió pesar cuidando que era finado y que mandara que se la diesen.

«Señora», dijo el conde Amigo, «el Emperador mío señor os envía mucho saludar». «¿Y cuál emperador?», dijo la Infante. «Roboán, vuestro amigo», dijo el Conde. «¿Ónde es emperador?», dijo la Infante. «Del imperio de Triguiada», dijo él. «¿Y cómo olvidará», dijo la Infante, «la cosa de este mundo que más amaba, por hacerle Dios bien y ser emperador?». «Ciertas, señora, no olvidó»; dijo el Conde, «ca por eso me envía acá a saber si erais casada, y si no lo fueseis, que os pluguiese de casar con él». «¿Traes cartas», dijo la Infante, «para el conde Rubén mi tío?». «Sí, señora», dijo él. «Pues ruégoos», dijo la Infante, «que lo habléis con él, y que le digáis lo que habéis a decir, y no le digáis que hablastes conmigo en esta razón». Y él hízolo así.

Cuando el Conde oyó estas nuevas, plúgole de corazón, y fuese para la Infante y díjole: «Señora, ¿no me daréis albricias?» «Daré», dijo la Infante, «si buenas nuevas me dijerais». «Ciertas, señora», dijo el Conde, «tan buenas son que soy cierto que os placera con ellas». «Yo las oiría de grado», dijo la Infante, «si vos quisierais». «Señora», dijo el Conde, «el infante Roboán, vuestro lidiador y defendedor, es el emperador de Triguiada, y envía por vos para casarse convusco». «¡Ay, conde!», dijo la Infante, «¿y me lo aconsejaríais vos?» «Por Dios, señora», dijo el Conde, «sí». «Y conde, ¿tendríais por bien», dijo la Infante, «que dejase desamparado el reino?».

«Señora», dijo el Conde, «no puede fincar desamparado cuando hubiere por defendedor tan poderoso emperador como aquel es». «Conde», dijo la Infante, «yo por vuestro consejo me guié hasta aquí y me guiaré de aquí adelante; y haced y como entendiéreis, y será más mi honra y vuestra».

El Conde mandó hacer cartas de la Infante para todos los del reino, para hablar con ellos cosas que eran a gran honra de ella y gran pro de la tierra. Y ellos fueron luego ayuntados así como ella les envió mandar, y después de las ochavas de la Pascua de Resurrección, el Conde, tío de la Infante, habló de parte de ella a todos los hombres buenos que eran y llegados, y díjoles de cómo el infante Roboán, hijo del rey de Mentón, el que lidiara por la Infante y le hizo cobrar las villas y los castillos que había perdido, y la hizo asegurar a todos los reyes sus vecinos que la querían desheredar, era emperador de Triguada, y que enviaba demandar a la Infante por mujer, y que dijese lo que y entendiesen; ca ella no quería hacer ninguna cosa sin consejo de los de la tierra. Y ellos se lo tuvieron en gran merced, pero los unos decían que si ella los desamparase, que por aventura los enemigos que antes habían, que se levantarían de nuevo a hacerlos mal y estragar el reino. Pero en la cima acordáronse todos de aconsejarla que lo hiciese, ca la honra de ella era honra de ellos mismos. Y enviaron al rey de Bran, hermano de la Reina, madre de la Infante, a rogar que quisiese ir con ella y acompañarla y honrarla en ese día. Y el Rey se lo otorgó, y fue con ella muy gran caballería y muy bien aguisada. Y la Infante llevó consigo muchas dueñas y muchas doncellas, las más hijasdalgo y mejor acostumbradas que en todo el reino había, y fueron por todas ciento vestidas de paño de oro y de seda según la costumbre de aquella tierra. Y comenzaron su camino de guisa que entraron en el señorío del Emperador. De cómo la infante Seringa era salida de su tierra y se venía para él, y de cómo venía con ella el rey de Bran con muy gran caballería, y ella que traía cien dueñas y doncellas muy hijasdalgo y muy bien vestidas. Y el Emperador cuando lo oyó fue muy ledo, como aquel que no puede haber holgura en su corazón desde que envió a la Infante al conde Amigo, pensando si la podría haber, cuidando que sería casada, porque los tres años del plazo que diera a que le atendiese serían pasados; y ciertamente dio a entender a todos que recibiera gran placer, ca luego envió por todos los reyes sus vasallos y mandoles que saliesen a acogerla, y que les diesen todas las cosas que mester les fuese y les hiciesen muchas honras y muy grandes, como aquellos que codiciaban ver muy bien casado al Emperador su señor. Y cuando supo cierto el Emperador que venía, saliola a recibir a dos jornadas del río de Tigris, a una ciudad que dicen Lédica, y fue la tomar por la rienda y fuese derechamente a un monasterio de dueñas que era fuera de la ciudad. Y era y con el Emperador el Arzobispo su canciller, y entraron en la iglesia, y velolos y salieron ende. Y fuéronse para la ciudad, donde fuera recibida por emperatriz muy honradamente; así como convenía a este casamiento, fue hecho el día de San Juan.

Dice el cuento que esta fue la más hermosa mujer que en aquellas partidas era criada, y que Dios quisiera ayuntarse hermosura con hermosura, y apostura con

apostura, y bondad con bondad, de guisa que cuantos las veían ser amos a dos en su estrado, que no se hartaban de catarlos, ni habían sabor de comer ni de beber ni de dormir; antes estaban como hombres olvidados que de sí mismos no se acordaban, sino cuando ellos se levantaban del estrado para ir holgar. Mucho se tuvieron por bienaventurados los de la tierra por aquel casamiento tan igual en honra y en apostura y en amor verdadero que entre ellos había. Verdaderamente así era, ca todo lo que al uno placía, placía al otro, y de lo que uno se pagaba, se pagaba el otro por cosa que vieses. Y de guisa los ayuntó Dios y los bendijo que entre ellos no había mester medianero en ninguna cosa que por cualquier de ellos se hubiese de hacer. Y a cabo de un año hubieron un hijo que podríais entender que podría nacer de tan buen ayuntamiento como del Emperador y de la Emperatriz, y este fue llamado por nombre Hijo de Bendición, y ciertamente bendicho fue entre todos los hombres de este mundo, ca este fue honrado de su padre y de su madre, y muy mandado a todas las cosas que ellos querían, y amador de justicia con gran piedad, y muy granado en sus dones al que entendía que lo había mester, de guisa que ninguno en el su señorío no era pobre ni había ninguna mengua, si por su gran maldad no fuese. Y en cuanto este niño hubo siete años, dejaron en el imperio.

Y el Emperador y la Emperatriz fueron visitar el reino de la emperatriz Seringa, y después fueron en romería al monasterio de *Sancti Spiritus*, que el rey de Mentón mandó hacer donde conoció el conde Amigo primeramente, y fueron ver al Rey su padre y su madre y al infante Garfín su hermano. Y ciertas, no debe ninguno dudar si hubo gran alegría y gran placer entre estos; que dice el cuento que en siete días que moraron con el rey de Mentón, no fue noche ninguna que oscura pareciere, ca tan clara era la noche como el día; y nunca les venía sueño a los ojos, mas estaban catando los unos a los otros como si fuesen imágenes de piedra en un tenor, y no se moviesen. Y ciertamente, esto no venía sino por merced de Dios que los quería por la su bondad de ellos. Y desí tornáronse para su imperio, donde mostró Dios por ellos muchos milagros, de guisa que a toda aquella tierra que estos hubieron a mandar; y dícenle hoy en día la Tierra de Bendición. Y tomó este nombre del hijo del Emperador y de la Emperatriz, que hubo nombre Hijo de Bendición, así como ya oísteis, de que dicen que hay hecho un libro en caldeo, en que cuenta toda la su vida y muchos buenos hechos que hizo.

Onde dice el trasladador que bienaventurado es el que se da a bien, y se trabaja siempre de hacer lo mejor; ca por bien hacer puede hombre ganar a Dios y a los hombres, y pro y honra para este mundo y para el otro, no enojándose ni desesperando de la merced de Dios. Y no se debe cuitar ni apresurar. Y quien luengo camino quiere andar y quiere llegar con él a cabo, conviene que ande su paso y no se acuite; ca, si se acuitare, cansará, y si cansare, menos andará, y por ventura que no podrá cumplir su camino. Onde dice el filósofo que el movimiento forzado más estuerce en el comienzo que en el acabamiento y el movimiento natural ha lo contrario de aquel que es hecho por fuerza, ca el natural comenzó de vagar y vase

esforzando todavía más hasta el acabamiento, y así acaba su hecho cumplidamente. Y por ende debemos rogar a Dios que Él, por la su santa piedad, quiera que comencemos nuestros hechos con movimiento natural, y acabemos tales obras que sean a servicio de Dios, y a pro y a honra de nuestros cuerpos, y a salvamiento de nuestras almas. Amén.



do deffedor
della . Et la
buena die
na ayendo
puddad de
su marido q
venye de pie
. Dixo le
. Et amigo
Senor desfen
damos a esta
fuente aya
manos desto
q tenemos pla
se me dize
el cauallo q
esta
esta cerca de
a quella fuente
z conyeron z

deuio vna leona lleuo aq
fizo mayor del cauallero q
fizo q

Cuanto andado el cauallo
q fizo fizo q lleuo a
vullano q le desoren fir
lar de muy poca gente z
muy apuesta . Et qndo se cumpliere
los diez dias q Salicio de galipia
muyto se le el cauallo q le diez la
senora dela villa de gussa q onoz
de andar de pie tres dias . Et llego
vn dia aora de resaa cerca de vn
monte . Et fallaron alli vna fuente
muy hermosa . Et la era et vn bue ppa

folgaron de su vagar . Et cerca re
men la jornada fizo vna pica
q abdar q estava cerca dela mar q
le desora mela . Et despues q ouye
pon conyo acostose et el cauallero
q fizo en el legajo de su muger z
ella despulgandolo adunose z
sus fijos andaua qrebeando por
aql pado . Et fueron se llega
do conya el monte . Et spatio v
na leona del monte z tomo en la
bota al mayor . Et alas bores
q duna el ojo qno q venye fu
yendo boluyo la cabeza la du
cua . Et bjo q leuaua la leona z

da bno pudiese tan bien cauallesos ar
 mo estudepos 2 vall estepos 2 peones 2
 sy algud gussamento tenedes qm enl
 vpo almazen mandas melo presta. **Q**uel
 ro dixo la Senoza muy de grado. **E** ca
 vo vos dare el gussamento de my marido
 q es muy bueno. **E** Senoza dixo el cau
 llepo q si no lo qeto vado mas prestado
 en heredamiento es de vpo fto. **E** por ca
 de Senoza no lo podeos dar amiguo. **E**
 te vino el cauallepo q far a los dela hu
 este estana nyan do. **S**obre los mpos dela
 villa de vno estana. **S**erratos en su
 solas

Quod dia en la mañana salie
 ro muy bte gussados. **E** la
 llas q aue de cauallesos
 Ajos dalgo buenos. **G**ento
 it dies 2 de estudepos. **F**ijos dalgo qn

qnta como qel q no temen losigas pa
 los cauallos 2 delos oqos guanos. **D**ela
 villa fallas gussados sesenta. **E** stas
 fueron por todos dosientos 2 beynte. **E** por
 aceto dixo el cauallo q si gente ay a pa
 defender su villa con la merced de dios.
E stla Senoza dela villa dio al cauallo
 q far el gussamento q le piamero muy
 rico 2 muy fermoso 2 pponeselo ally de
 lante todos. **E** st endegolo do entedio q
 era menester 2 mando a los oqos q si
 siesen a y a los sus ligamientos cabie de
 ua a enteder q algud tpo aya vido ca
 fcho de caualla tan bte sabra endegozar
 las sus guaymaciones. **E** nte todos los o
 qos 2 pasesse muy fermoso armado. **E** a
 espagande 2 muy apuesto 2 muy valere.
E st esta Senoza dela villa estana 2
 los andamos en su alcazar 2 pasome



Notas

[1] «allí» (N. del E.) <<

[2] «además, y, de y, de aquí, de esto» (N. del E.) <<

[3] «separar» (N. del E.) <<

[4] «de allí, desde allí» (N. del E.) <<

[5] «quedarse» (N. del E.) <<

[6] «lo demás» (N. del E.) <<

[7] «disponer» (N. del E.) <<

[8] «confianza» (N. del E.) <<

[9] «con vos, con vosotros» (N. del E.) <<

[10] «fingimiento» (N. del E.) <<

[11] «después» (N. del E.) <<

[12] «cocido» (N. del E.) <<

[13] «alboragueciendo» en el original (N. del E.) <<

[14] «confesar» (N. del E.) <<

[15] «perra» (N. del E.) <<

[16] «presto» (N. del E.) <<

[17] «importar» (N. del E.) <<

[18] «templa» (N. del E.) <<

[19] «traílla» (N. del E.) <<

[20] «avetoro» (N. del E.) <<

[21] «plañir» (N. del E.) <<

[22] «Anes» en el original (N. del E.) <<

[23] «anduvo» en el original (N. del E.) <<